



# El teatro en medio del océano

## Francisco Juan Quevedo



DESTINO

# Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Cita

Primera parte (1867-1890)

1. La ciudad del Teatro Nuevo
2. El Berlín
3. Un préstamo del más allá
4. Ofelia O'Higgins
5. Sacrilegios
6. Una lección indecorosa
7. Matrimonio de conveniencia
8. Con un congrí por medio
9. El concierto de Roberto Stagno
10. La boda y «La traviata»

Segunda parte (1891-1918)

11. El teatro cambia de nombre
12. El atentado
13. Cobardía
14. Humboldt y el finlandés
15. Los Juegos Florales y otros juegos de niños
16. París
17. Las plagas
18. El Rolls-Royce
19. Regalo de cumpleaños
20. El incendio

Tercera parte (1918-1921)

21. Viaje de estudios
22. La floristería
23. Un regreso súbito

24. La sucesión

25. Últimas disposiciones

Créditos

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

## Sinopsis

Feliciano Silva se queda huérfano a los nueve años cuando su padre se cae de un andamio en las obras de construcción del teatro Pérez Galdós, en Las Palmas de Gran Canaria, en 1876. A partir de ese momento, solo y desamparado, Feliciano empieza a ingeniárselas entre los maleantes del puerto con un único objetivo: lograr convertirse en el hombre más poderoso de la isla. Así nace el Guirre, un hombre que, espoleado por una desmesurada ambición, pasó de humilde vendedor de pescado a ser el personaje más temido del Atlántico. Y esta es su historia, que se desarrolla al compás de la del gran teatro. Con el trasfondo de los acontecimientos políticos que tuvieron lugar de finales del siglo XIX a las primeras décadas del XX —la Revolución de 1868, la Primera República y la Restauración borbónica, la guerra de Cuba y la Primera Guerra Mundial—, nos adentramos en un fascinante relato de superación y lucha por el poder de un hombre que quiso tenerlo todo.

# EL TEATRO EN MEDIO DEL OCÉANO

Francisco Juan Quevedo

Ediciones Destino

*A mi padre, que me enseñó a leer y a escribir*

Los teatros deben estar aislados, rodeados de arcos cubiertos, tener por el frente una plaza; las calles que los cercan deben ser anchas; sus puertas, sus escaleras, espaciosas, y sus atrios, extendidos; los sitios donde se toman los billetes de entrada, donde se venden las comedias impresas, donde se reciben los abonos deben ser cómodos. Las puertas se han de abrir hacia fuera para que en caso de fuego sea fácil su abertura, deben tener reservorios de agua, pozos abundantes, bombas, almacenes embovedados de ladrillo o piedra para los bastidores, para las roperías, salas de café interiores y exteriores, chimeneas, estufas, letrinas aseadas; en una palabra, nada debe faltar de lo que exigen la comodidad y la seguridad.

VALENTÍN DE FORONDA,  
*Cartas sobre los asuntos más exquisitos  
de la economía-política, y sobre  
las leyes criminales*

La Gran Canaria era la isla a la que iban, la antigua Tamarán de los guanches. Estaba casi en el centro del archipiélago. En el mapa aparecía redondeada en forma de cabeza de gato que solo tuviera una oreja, en el noreste. Esta oreja es La Isleta; el istmo que la une al resto de la isla da lugar, al este, a la gran rada origen del Puerto de La Luz; al oeste, a la hermosa playa natural de Las Canteras, que no es la única de la ciudad de Las Palmas.

La ciudad se extiende desde las estribaciones de La Isleta formando el barrio del puerto, por todo el istmo, en una barriada jardín frente al puerto, y sigue luego a lo largo de la costa hasta alcanzar los barrios de Triana y Vegueta, que son su verdadero corazón. A espaldas de estos barrios se alzan riscos que forman calles populares, escalonadas, de casitas terreras, encaladas o pintadas de colores.

Todo esto lo ignoraban los forasteros. Matilde señaló solamente en el mapa el lugar aproximado donde debían encontrarse en aquel momento: dando la vuelta a La Isleta, para entrar en el Puerto de La Luz.

CARMEN LAFORET,  
*La isla y los demonios*

Primera parte  
(1867-1890)

## La ciudad del Teatro Nuevo

La ciudad atlántica en la que Feliciano Silva Urrutia vino al mundo la noche de San Juan de 1867 se revolcaba de júbilo y fuego celebrando las fiestas de su fundación, ajena a los gritos desgarradores que su madre lanzaba a los cuatro puntos cardinales mientras aquel ser que llevaba dentro se abría paso hacia la vida. Era lo único que podía hacer, ni siquiera le cupo la voluntad de empujar ante aquel vendaval de cuatro kilos y ochocientos gramos que pesó su hijo al nacer. Sufrir, sufrió como si la estuvieran descoyuntando; pero no tuvo nunca la conciencia de parir, porque quien se había parido de verdad había sido aquel crío enorme, como si hubiera querido lanzar al mundo la primicia de que no necesitaba de nadie para sobrevivir. Las Palmas de Gran Canaria, a la que arribó el capitán Juan Rejón en 1478, primera ciudad de la Corona de Castilla en el Atlántico, se recomponía del cólera morbo padecido hacía una década y apuntaba a recuperar pronto los casi veinte mil habitantes que la poblaban antes de la epidemia. Era una ciudad pequeña pero pujante, sobre todo por el aliento que le daba el incesante tránsito de barcos en ruta oceánica que repostaban en el pequeño muelle de San Telmo. Su progreso se había constatado ese año, además, con la creación del Cuerpo Municipal de Bomberos y con el inicio de las obras del Teatro Nuevo, que tanto reclamaba la burguesía isleña y que fue bautizado como Tirso de Molina, aunque después, por aclamación popular, trocase en el definitivo nombre de Pérez Galdós.

Viendo al padre de la criatura jugar con su vástago en la cuna se solventaba cualquier duda que surgiera respecto a sus dimensiones. Pascual Silva, carpintero de profesión y empleado en el Teatro Nuevo, sobrepasaba el metro noventa y podía pesar en aquellos años, en los que gozaba de la paz de un matrimonio bien avenido, más de ciento veinte kilos. Había nacido en el sur de la isla, y como muchos hombres de esa zona tenía rasgos morunos, como la tez canela. Del trabajo con la madera, sus manos eran callosas y gigantes, con una de ellas levantaba a su esposa por la cintura, como una almohada, hasta hacer que rozara el techo.

A Feliciano, de niño, no se le había pasado otra cosa por la cabeza que ser también carpintero; a pesar de que Ernestina Urrutia, su madre, lo obligaba a asistir a la escuela gratuita de don Nicanor Cardoso en la calle Reyes Católicos. El maestro hablaba muy bien de sus aptitudes; era don Nicanor un sabio de vista exhausta y modales tiernos con sus discípulos, demasiado tiernos,

pues la mayoría, con apenas un palmo y medio, le hacían mofa por delante y por detrás sin que su genio de leche tibia le diera ánimo para detenerlos. Aun así, podría decirse que todos los chiquillos que pasaron por sus manos alcanzaron al menos a garrapatear su nombre, a leer los titulares de la prensa y a utilizar las cuatro reglas matemáticas; lo que, a todas luces, se trataba de un éxito. Su espíritu igualitario confundía a sus colegas de estudio de la Universidad de Salamanca, donde se licenció en Filosofía y Letras, incapaces de entenderlo por mucho que leyeran los textos de Voltaire. Su padre, don Ramiro, no solo lo comprendía sino que lo alentaba. Natural de La Orotava, en Tenerife, de origen portugués, trabó amistad de joven con Viera y Clavijo, que continuó hasta que el insigne ilustrado falleció. Imbuido del espíritu de la Ilustración, don Ramiro lo había proyectado en sus hijos, no importándole en demasía observar cómo Nicanor, su primogénito, se despreocupaba de los negocios vitivinícolas familiares para dedicarse al altruismo.

Feliciano Silva dejó de asistir a la escuela de don Nicanor cuando murió su padre y tuvo que escabullirse para no ser trasladado a la Península como sus tres hermanas menores; aunque tiempo después, cuando decidió por su cuenta que la fortuna dejara de serle esquivia, volvió a solicitar los oficios del maestro, sabedor de que en la educación estaba una de las claves que debía manejar para conseguir sus propósitos de convertirse en el verdadero dueño de la ciudad, de la isla y del Atlántico. En realidad, hubiera preferido que don Nicanor acudiese a su domicilio. Sin embargo, el maestro se negó a impartir sus conocimientos más allá de su escuela, así que Feliciano regresó a su antigua aula, aunque no como un alumno más, porque era un adulto y le dictaba las clases a él solo a última hora de la tarde, cuando los críos se habían marchado. Tampoco ningún otro alumno, ni ninguno de sus padres, le quiso pagar el mes con un billete de mil pesetas, que el maestro no aceptó. Su escuela era gratuita, incluso para Feliciano Silva, que se había ganado en la isla el tratamiento de don. Esto fue por mayo de 1885, no había cumplido aún los dieciocho años, pero ya su nombre andaba de boca en boca por ser el dueño del Berlín, que estaba a punto de inaugurarse como la primera sala de fiestas y salón de juegos de la isla. También se le relacionaba con el asesinato de don Edelmiro Avellano y de su hijo en la catedral de Las Palmas. Todos los rumores en torno suyo apuntaban a la turbidez de sus asuntos, aunque ello no fue obstáculo suficiente para que su nombre fuera aceptado entre la burguesía isleña y se le abrieran a buen ritmo las puertas de las casas de mayor alcurnia. Don Nicanor resultó, en este sentido, de una ayuda inestimable. Desde los modales mínimos que debía exhibir en una cena linajuda hasta citas memorables, incluso en latín, como *Alea iacta est* o *Veni, vidi, vici*. Le fascinaba la historia de los imperios, estudiaba con ahínco las razones de sus derrumbes. Cuando regresó a la escuela de don Nicanor, su imperio ya tenía asentadas en su base unas columnas de roca viva, pero estaba aún en el inicio, en el comienzo de la expansión. Tendría que ejecutar esta con esmero para que su mandato no fuera fugaz. Su afán llegaba a que sus descendientes lo perpetuaran honrando su memoria. Por esas fechas, Feliciano Silva Urrutia ya exhibía una belleza perturbadora; casi tan alto como su padre, pero con una cintura juncal, lucía un bigote

bien perfilado y una musculatura torneada que resaltaba su porte viril. A tales atributos se le añadía un cabello negro, lacio y espeso que se peinaba hacia atrás con brillantina, y una mirada verdimiel de ave rapaz. Se habían cumplido ocho años, casi una eternidad, del día en que un compañero de su padre, al que le había tocado el fósforo más pequeño en el sorteo de ser funesto mensajero, se personó en su casa del barrio de San José con semblante compungido y las manos trémulas, nerviosas, dándole vueltas una y otra vez a la gorra de trabajo. Era una tarde bochornosa del mes de julio, el calor impregnaba la ciudad haciendo sudar sus calles polvorientas. Ernestina Urrutia, hija de un ondarrés sin fisuras que se había quedado en la isla de camino hacia el Río de la Plata, había fallecido apenas dos meses antes. Después del primogénito varón, Feliciano, había tenido dos niñas, Irene y Cándida. Se quedó preñada de nuevo con el anhelo de dar a luz otro niño, pero Dios quiso que naciera una cría mofletuda y rosada que decidieron bautizar como Rosalía, entre las carcajadas de Pascual Silva, que veía con desenfadada resignación la escora de su prole hacia el mujerío. Pero al poco las risas se tornaron en lanzas porque su esposa empezó a mostrar los síntomas devastadores de unas fiebres en el sobreparto que la transformaron en dos días en una oruga sanguinolenta. Pascual Silva quedó desnortado, se convirtió no en sombra, sino en nada de lo que fue. Deambulaba por la vida, y solo el débito de atender a los hijos hacía que se levantara todas las mañanas para acudir a las obras del Teatro Nuevo, cabizbajo, en un simulacro diario de supervivencia. Su naturaleza festiva de acordeonista parrandero había mudado en una espectral abulia, de los pitos del acordeón ya solo salían suspiros languidecientes. Por ello, aunque fue impactante y terrible, no causó demasiada sorpresa el suceso. Se veía venir. Había caído de un andamio hasta estrellarse en los adoquines de la calle de la Marina, salpicándolos de coágulos y acorchados fragmentos rosáceos de su cerebro. «Feliciano... Tu padre tuvo un accidente... El andamio se vino abajo... Se cayeron encima las vigas... No pudimos hacer nada, fue en un suspiro... El pésame...»

Don Baudilio Cifuentes, el constructor del Teatro Nuevo, tuvo el detalle de acompañar a la cuadrilla al entierro en el cementerio de Las Palmas, que se halla en la salida de la capital hacia el sur, más allá de Vegueta, cerca ya de Las Tenerías y del barrio marinerio de San Cristóbal. El calor agobiaba, solo la clemencia de las buganvillas que seстеaban por el camino atenuaba el pulso que echaba en aquellos momentos el sol sobre la tierra. Hasta la comitiva llegaba la fetidez de los restos de pescado que la marea todavía no había desprendido de las rocas verdosas y negras que separaban a la isla del agua. Al final del entierro, el constructor le dio un sobre de color desvaído con dos sueldos: el que le correspondía al difunto por lo trabajado y otro más para ayudar a paliar lo que se les venía encima a los huérfanos. «Lo siento, mi hijo, es todo lo que puedo hacer.» Feliciano cogió el sobre y le dio las gracias con las tripas revueltas. Los días que siguieron al fallecimiento de Pascual Silva, Feliciano y sus tres hermanas recibieron la ayuda de las vecinas, que, hartas de atender a su propia prole, mal que bien se turnaban para que aquellos críos salieran adelante hasta que alguien se hiciera cargo de ellos, porque con el dinero que les habían dado en el entierro pronto no les alcanzaría ni para el alquiler de la casa. No había

aparecido ni un familiar del finado, ni para el entierro. De la madre, fallecida unos meses antes, sabían que procedía de la Península y que allí en la isla no había más Urrutias que ella. Don Honorio, el cura de la parroquia de San José, rebuscó con la ayuda de otros párrocos hasta dar con algunos primos de Pascual Silva, pero no se prestaron a recoger a los huérfanos, ya les costaba bastante darles de comer a los suyos con lo que sacaban en los tomateros. Solo la constancia de don Honorio los salvó de ingresar en la Casa Cuna del hospital San Martín. Cogió el hilo de la procedencia ondarresa del padre de Ernestina Urrutia y tiró de él hasta topar con doña Leocadia, viuda de Salcedo, una tía abuela materna de los niños que vivía en Ondarroa y en su viudedad gozaba de una posición económica saludable. Esta, impelida por la autoridad eclesiástica, aceptó a regañadientes a aquellos sobrinos nietos de los que no había tenido noticia hasta el momento, para lo cual había enviado a las Canarias a su mayordomo con una niñera. Don Feliciano, a pesar de ser un chiquillo que no había tomado aún la primera comunión, decidió tajante no llevar a cabo aquel viaje a la villa vizcaína. El párroco se empeñó en pintarle el panorama como el mejor posible en las penosas circunstancias que concurrían en torno a las desvalidas criaturas. Dentro de la desgracia que había acaecido, habían tenido la enorme fortuna, gracias a Dios, de que su tía abuela fuera una persona cristiana, caritativa y muy cariñosa, que a buen seguro les proporcionaría un bienestar y una educación impensable para ellos en la isla. No cedió aunque sabía que don Honorio estaba en lo cierto. A Feliciano se le clavó hondo no abandonar los cuerpos de sus padres, a los que levantaría un panteón de mármol negro, pulido y brillante como una patena, siempre adornado en su interior con rosas amarillas, las preferidas de su madre. Don Honorio tocó en la puerta de la casa para recogerlos y llevarlos al puerto para recibir al mayordomo y a la niñera enviados por doña Leocadia. Esperó unos instantes, la puerta estaba entreabierta, sujeta por la aldaba. La abrió y se topó sobre la mesilla del minúsculo patio abierto que hacía de recibidor una hoja de papel con una piedra encima. En ella encontró la nota de Feliciano con una letra esmerada para su edad; un logro, sin duda, de su paso por la escuela de don Nicanor Cardoso:

Don Honorio, yo no me voy; aunque estén muertos, no dejaré a mis padres solos. Llévase a mis hermanas, sé que es lo mejor para ellas. No se preocupe por mí y no me busque. No quiero ir a la Casa Cuna del hospital San Martín. Gracias por todo lo que ha hecho por nosotros. No lo olvidaré.

Atte. Feliciano Silva Urrutia q.b.s.m.

Bien por considerar que la razón que esgrimía aquel chiquillo era de un peso irrefutable, bien porque se había percatado de que escondía un orgullo y un ánimo irreductibles, bien porque no estaba para niñerías, don Honorio dejó que llevara a cabo su voluntad. Así que, al tiempo que se hizo cargo de la breve estancia de los sirvientes de doña Leocadia Urrutia hasta que se llevaron a las niñas para Ondarroa, no propició la búsqueda de Feliciano, quien por aquel entonces nomadeaba por la zona portuaria, aunque dormía más al norte, bajo las lonas de las barcas varadas en la playa de Las Alcaravaneras. Don Honorio, preso de otras exigencias de sus muchos feligreses, fue olvidándose de Feliciano y de su existencia. Cuando este ya se vio con los duros

suficientes en el bolsillo para plantearse la vuelta de sus hermanas, fue a visitar al sacerdote a la parroquia de San José. Había fallecido hacía unos años de una tos ferina; su sucesor en el cargo no sabía nada ni de ninguna tía suya en Ondarroa ni de la dirección de esta. Lo asumió como el motivo definitivo para dejar a sus hermanas fuera de su vida. Imaginó que la de ellas sería más segura con la tía vizcaína, aunque fuera una vieja desagradable y avarienta, que con él en la isla, donde iba imponiendo su nombre a sangre viva. No las olvidó, pero nunca más volvió a intentar su regreso. Su primer empleo fue de vendedor de pescado, portando dos cestones sujetos cada uno en un extremo de un palo que cargaba en el cogote, se había desollado el primer día a pesar de colocarse una toalla vieja como protección. Un trabajo de galeotes y de rentabilidad escasa, pero que le permitió sobrevivir durante casi un lustro. A las cuatro de la madrugada ya estaba en pie para ayudar a los pescadores de Las Alcaravaneras a ultimar los aparejos antes de salir a faenar, arrastrando los botes hasta el agua. Después debía limpiar los cestones donde descargarían el pescado, tenerles preparado el hornillo para hacerles café cuando regresaran y servirse, ayudar a varar de nuevo los botes y cargar entonces con el pescado, caminando por la carretera nueva hasta Las Palmas para ir casa por casa vendiendo la mercancía. Todos los días pasaba por delante de las obras del Teatro Nuevo, donde había fallecido su padre. La estructura rectangular sobresalía por encima de las casas de Triana, la calle comercial. Los ciudadanos no las tenían todas consigo en que aquel lugar de la margen izquierda de la desembocadura del barranco del Guiniguada, donde reventaban las olas del Atlántico en tiempos de mar de fondo, fuera el sitio idóneo para ubicar un recinto tan digno. Tanto es así que se habían hecho populares las caricaturas de un joven llamado Benito Pérez Galdós, quien apuntaba grandes dotes artísticas y se había mofado al derecho y al revés con sus dibujos de un teatro lleno de peces y actores y cantantes sumergidos bajo el agua, como si se hallaran dentro de una pecera, el teatro de la pecera. Pero más allá de esas mofas, Las Palmas de Gran Canaria iba incorporando poco a poco la imagen de aquel coliseo. Por supuesto, los trabajos de construcción dejaban el impacto de los carromatos con ladrillos y maderas por doquier, o de las grúas, que se desplazaban con una ligereza peligrosa, causando más de un aspaviento entre los viandantes, que tenían que sortear montículos de arena, escombros y a los obreros, que no paraban de dar voces pidiendo más piedra o un escoplo que se había caído a la calle de la Marina. Feliciano no se entretenía más que un par de minutos en contemplar aquel formidable espectáculo de la edificación del Teatro Nuevo, debía vender el pescado, y pronto, porque la competencia era mucha. Algunas clientas se encaprichaban con que lo querían limpio, así que tenía que agarrar el cuchillo de cabo de palo que le habían dado los pescadores como adelanto del sueldo de una semana y ponerse a escamar y a arrancarles las agallas y las tripas a los pescados, que todavía saltaban. Se daba arte, eso sí, pero el beneficio era minúsculo. Después de toda una jornada en la que acababa escocido y baldado, podía llevarse en el mejor de los casos diez céntimos, que apenas le alcanzaban para comprar pan y plátanos. Recurrió a otros ardidés para entrar en los bares portuarios y comerse un potaje caliente. En uno de ellos, el Berlín, el más cercano al espigón del muelle de San Telmo,

halló su segundo trabajo, que le permitió al menos dormir bajo techo después de haber matado por primera vez a un hombre. El dueño del Berlín era un sujeto malencarado natural de Cuenca que decía llamarse Antonio Perales, por mal nombre Cararrajá, pues una cicatriz le atravesaba la cara del rabillo del ojo izquierdo hasta la comisura de los labios. Feliciano acudía allí porque era de los locales que cerraban más tarde; además se ubicaba en la esquina del Camino Nuevo con la carretera que cruzaba de la ciudad a La Isleta por los Arenales, por donde se llegaba a su refugio bajo los barquillos de la playa de Las Alcaravaneras. Un día se plantó delante de Cararrajá y le propuso el trueque de algunos pescados que sisaba de las cestas por comida de plato. Antonio Perales lo escrutó con su mirada de cuervo negro y le pareció bien el trato. A partir de entonces, durante unos años en los que Feliciano dio el primer estirón que lo separó de la apariencia de niño para ya parecerse a un hombre, todas las noches llegaba allí y se arrebujaba por cualquier rincón para cenar un potaje de berros, ropavieja, rancho o lo que tuviera a bien servirle el conguense. Una de esas noches de febrero de 1881, un febrero desatado de aire frío, al ver que Antonio Perales hizo el gesto de «fuera todos de aquí» ladeando la cara una milésima de segundo, Feliciano se enfundó dos abrigos viejos y un gorro más viejo aún, que le había regalado uno de los pescadores de Las Alcaravaneras al verlo tiritar bajo el relente de la mañana, y salió a la calle, en la que cortaba el viento. Le quedaba todavía llegar hasta el día de San Juan para cumplir los catorce, pero ya destacaba algo su talle y la pelusa que se arracimaba sobre el labio iba formando las trazas germinales de un tupido bigote. Corrió para calentarse, pero, tras dejar atrás apenas unos cien metros el Berlín, tuvo que pararse en seco. De un arbusto salió una sombra agazapada:

—Hombre, por fin saliste, me estaba muriendo de frío. —La luna era menguante, pero aun así distinguió que se trataba de un pendenciero habitual del puerto.

—¿Qué quieres? —Intentó no parecer asustado, pero no resultó convincente. El maleante soltó una carcajada hedionda.

—Poca cosa, tratándose de un muerto de hambre como tú seguro que no debes de tener mucho guardado; pero al menos para una botellita de ron me dará. —Al tiempo abría una navaja herrumbriente, al decir del ruido quejumbroso que salió de sus muelles.

Feliciano reaccionó con el instinto primario de la supervivencia a la que su orfandad lo había empujado; con una rapidez animal aferró el cuchillo de cabo de palo que utilizaba para limpiar el pescado y, antes de que el gañán aquel que se le había atravesado en el camino terminara de abrir la navaja de un palmo que tenía entre las manos, dio un salto y se tiró hacia él. La hoja del cuchillo entró en el cuello como si fuera la ventresca de un atún. Le seccionó de cuajo la carótida y también la sonrisa de matón, que ahora se deshacía en una mueca entre asombrada y ridícula. La sangre caliente corrió por su brazo como si se hubiera roto una tubería de agua, empapándolo de arriba abajo de un parduzco caramelo líquido que en segundos empezó a hacerse pegajoso. Cuando extrajo el cuchillo, el cuerpo de aquel matachín cayó a saco en la tierra arenosa; fue el jable el que se encargó de absorber la sangre que continuaba manando del cuello abierto de un

tajo mortal. Se había quedado inerte, sin fuerzas para dar un paso, mirando con fijación, sin poder desviar la vista, al primer hombre que había matado; hasta que oyó a alguien a su espalda y se viró con el cuchillo que todavía tenía aferrado en su mano. «Venga, chaval, ayúdame a subirlo en el burro; no quiero ver merodeando cerca de mi local a los guardias civiles de mierda.» Sin dar respuesta a Cararrajá se agachó y agarró por los pies al hijo de puta que le había amargado la noche; el dueño del Berlín ya se había hecho cargo de sujetarlo por debajo de los hombros. Debía de ser por la muerte, pero pesaba mucho más de lo que aparentaba; de un arranque lo tendieron boca abajo sobre la bestia, que no emitió ni un leve quejido. Con rápidos movimientos de marinero cuajado, Antonio Perales lo sujetó con una lazada y empezaron a caminar entre los arenales, alejándose de la primitiva carretera que llegaba a La Isleta. «Bueno, aquí ya está bien.» Habían caminado unos veinte minutos tierra adentro en silencio y alertas. De un jalón el nudo se deshizo, el fardo sangriento cayó con violencia. Feliciano estuvo a punto de preguntarle a su cómplice inesperado si no lo iban a enterrar; al menos hacer un agujero en aquellas arenas salpicadas de aulagas, meterlo dentro y rezar un padrenuestro por su alma. No se trataba de piedad, al menos no lo sentía así, sino de cumplir lo mínimo posible con la tradición. Cararrajá lo ayudó a zafarse de aquellas cavilaciones.

—Vámonos de aquí, dentro de poco esto estará lleno de gaviotas y perros hambrientos que dejarán a ese hijo de puta sin cara. No lo reconocerá ni la mala madre que lo parió. Y si lo reconocen es igual, esto está bastante lejos del Berlín. Las malas hierbas hay que arrancarlas de la tierra, y esta tuvo suerte de que no la arrancaran antes... ¿Cómo te llamas?

—Feliciano.

—Joderse, un nombre de coña para esta puta vida. Mira, Feliciano, lo mío no es hablar; así que escucha, que no te lo voy a repetir. Necesito a alguien que me ayude en el bar, me hago viejo y la barriga se me está pudriendo. Veo que eres capaz de pararle los pies a cualquiera que se ponga gallito, que siempre hay alguien con ánimos de joder la marrana. Bien, te propongo un nuevo trato: comida, cama y techo por trabajar en el Berlín. Si te atreves a robarme, te la verás conmigo; te juro que yo abro la navaja más rápido que ese cabrón al que ojalá Dios no le dé nunca descanso eterno... ¿Estás de acuerdo?

—Sí, señor.

—A mí me llamas Antonio, que así quiso mi madre que me nombraran, y sin don, que eso es para los señores de cuna; pero tampoco te olvides de que los desgraciados como nosotros también tenemos sangre en el cuerpo y queremos que no se nos prive del respeto.

## El Berlín

El homenaje que el 2 de junio de 1883 la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria rindió a su hijo más ilustre, el escritor don Benito Pérez Galdós, en el Gabinete Literario se convirtió en un memorable acontecimiento. Sus paisanos no vieron mejor modo de honrar al célebre escritor que dedicarle una de las calles del céntrico barrio de Triana, próxima a la de Cano, donde se ubica su casa natal. Asimismo, este reconocimiento fue respaldado en un selecto acto cultural encabezado por la espléndida obertura de *Paragraph III*, de Franz von Suppé. La isla vivía en una burbuja de euforia: don Benito Pérez Galdós triunfaba en la Península, ya se barruntaba que podría aspirar a ser miembro de la Real Academia Española y al Premio Nobel; el Teatro Nuevo proyectado por Francisco Jareño, con la envolvente de toda la edificación terminada, había alcanzado la tercera planta y se adivinaba el porte señorial que le había configurado el arquitecto albaceteño, que también había diseñado la Casa de la Moneda y el Palacio de Museos, Archivo y Biblioteca Nacionales en Madrid. Comenzaba a perfilarse la fachada neoclásica y las comparaciones con el Gran Teatro del Liceo y con el Teatro Real empezaban a circular con desmesura. Por si esto no bastara, desde el parque de San Telmo se podían avistar, al fondo de La Isleta, las obras del Puerto de La Luz, que había empezado a cobrar vida gracias, sobre todo, a la labor de dos prohombres de la isla, los hermanos Fernando y Juan León y Castillo. Ambos eran visionarios y políticos del Partido Liberal. Fernando, al que le fue concedida la pomposa distinción de marqués del Muni, fue ministro de Ultramar durante el reinado de Alfonso XII, y ministro de la Gobernación bajo la regencia de María Cristina de Habsburgo-Lorena, madre del futuro rey Alfonso XIII. Juan, ingeniero de Caminos, Canales y Puertos, fue el brazo ejecutor del proyecto. Con el Puerto de La Luz se disparó la imaginación. Los más optimistas, haciéndose eco de la reciente inauguración del puente de Brooklyn en Nueva York, paradigma del alcance infinito de los avances tecnológicos con sus casi dos kilómetros de vía colgante, ya hablaban de que se podría aprovechar el espigón que se iba a construir en el muelle para sentar los pilares de un puente que uniera Gran Canaria con Tenerife, y que más adelante se vería la posibilidad de ampliarlo hasta Cádiz.

El cuarto del Berlín no guardaba ni de lejos la fragancia a colonia de lavanda de su dormitorio de niño, que llevaba impregnada en la memoria; pero no podía quejarse, estaba limpio y disponía

de ventana a la calle, un buen camastro con colchón de paja, un ropero con mantas y sábanas que olían a jabón de sebo, una mesita de noche con palmatoria y vela y hasta una bacinilla para no tener que ir de noche al retrete atravesando el patio descubierto. La casa era amplia, de una sola planta. La cocina se orientaba al sur, de donde entraba un raudal de luz que le venía muy bien a Perales en sus labores de cocinero. Los clientes estimaban sus guisos, aunque tampoco pudiera decirse que fueran muy exigentes, la mayoría se contentaba con un trago de ron de caña. Disponía luego de dos habitaciones, la del dueño y la de Feliciano, muy parecidas en dimensiones y en enseres, y de un patio con un pozo central que daba a un aljibe desde el que subía un agua fría y un punto salobre. Por el patio se llegaba a una puerta que daba al retrete y al cobertizo donde se cobijaba Nublado, el burro. La casa la completaban dos salones grandes: uno era el bar, con la barra y diez mesas de cuatro asientos bien dispuestas; y otro, el almacén, el gran puesto de intendencia. Este fue su principal quebradero de cabeza los primeros días de trabajo, pues Antonio Perales no cesaba de pedirle mercancías que afirmaba que se hallaban allí; pero él solo veía un batiburrillo que se le antojó caótico hasta que no le quedó más remedio que desenvolverse como pez en el agua en aquel laberinto. Le decía que le trajera las judías pintas para ponerlas en remojo y Feliciano rebuscaba entre tinajas de aceite, botellas de vino, sacos de harina, de azúcar, de papas, de garbanzos, de lentejas, salazones de pescado, tollos y calamares secos, barricas de sardinas ahumadas, paquetes de tabaco, de café de Colombia, té indio, coles que se entremezclaban con zanahorias, manos de plátanos, piñas africanas, patas de jamón colgadas, chorizos, tocino, lomos embuchados, tomates, pasas de Corinto, naranjas de licor y un resto que parecía hacerse infinito, sin encontrar las judías pintas. Hasta que Perales venía furioso e iba a tiro hecho a las botellas de vinagre, porque entre estas y las conservas de guayaba cubana siempre habían estado las judías pintas.

—Fíjate bien para la próxima vez, aquí tiene que estar todo en su sitio, ¿me entiendes?

—Sí.

—Pues aviva el ojo. —Y se llevaba el índice al ojo izquierdo, desde el que la cicatriz que le daba el mal nombre de Cararrajá iniciaba su recorrido descendente hasta el extremo del labio.

Mientras Feliciano, al ritmo de crecimiento de la ciudad, daba el segundo estirón y se convertía a sus diecisiete abriles en el hombre espléndido que iba a enardecer a sus amantes, Cararrajá iba mermando y reduciéndose. El hurón que tenía en las tripas estaba terminando de roerlas, y cada vez con más frecuencia tenía que dejarle el puesto del mostrador a Feliciano para ir a tenderse en la cama, hecho un ovillo, y morder con todas sus fuerzas una soga de esparto para no dar los aullidos que le salían de las entrañas carcomidas. Cuando empezó a ver chorros de sangre negra al dar de cuerpo, ya supo que estaba pronta la muerte a entrar en aquel bar que había sido su casa y su medio de vida desde que le ganó la partida a su anterior dueño, un alemán jactancioso y patilludo que le había dado nombre al recinto. La suerte estaba echada y el conquense decidió no arrendarse ante lo inevitable. Una noche, tras haber echado Feliciano a los

últimos remolones que se empeñaban en que todavía era pronto para dejar atrás el abrigo cálido del ron de caña, fue requerido por Perales al pasar por su cuarto.

—Feliciano.

—¿Qué quieres, Antonio? —Le había costado, pero a fuerza de insistir logró llamarlo por su nombre y sin don.

—Acerca esa silla aquí, quiero hablarte.

—¿Te encuentras peor? Déjame que llame al médico.

—En mi vida me ha tocado un matasanos, ni para esto. —Se señaló la cicatriz, que era un costurón en su rostro enfermizo—. ¿Tú sabes por qué este bar se llama Berlín?

—Porque el otro dueño era alemán.

—Sí, y un hijo de la gran puta; él fue el que me hizo este lindo corte por el que me apodan Cararrajá. Mal perdedor, no llevó bien haber apostado hasta el Berlín y perderlo en una partida de póquer. Yo acabé con esta cicatriz pero él salió peor parado, tuve suerte de meterle la navaja en el hígado; luego lo macheteé, metí los cachos en tres sacos y con una carrucha los saqué de noche y los enterré detrás de la casa, por ahí debe de quedar alguno de sus huesos. La pareja de la Guardia Civil se hizo esperar, no aparecieron hasta que los gallos empezaron a cantar. Les ofrecí diez mil duros en el momento y la promesa de mil duros anuales si el asunto no llegaba al juzgado. Aceptaron, no era mal negocio. Les estuve pagando a los cabrones hasta que se murieron, no hace mucho de ello. Los de ahora son de peor calaña, se enteraron del trato y también ellos exigen su paga. Tú págales y no te enfrentes, es lo mejor. Debajo de este colchón están la escritura y tres mil duros que me quedan de la fortuna que gané aquella noche; cuando me muera, que será muy pronto, es todo tuyo.

—No te vas a...

—Ni se te ocurra rechistarme, es la última voluntad de un moribundo. Anda, trae vino y dos vasos.

—Vengo enseguida. —Cararrajá se desovilló para incorporarse.

—Hasta el borde, ya no me queda tiempo para escatimar. Échate tú también, brindemos por mi muerte.

—Venga, Antonio, es hora de dormir.

—¡Que no, me cago en mi vida! Todavía no eres hombre para llevarme la contraria. Bebe tú también, coño, que vas a heredar el Berlín.

## Un préstamo del más allá

Feliciano había optado por cerrar el Berlín el día del entierro de Antonio Perales en señal de duelo. Al siguiente día, un miércoles recién amanecido de marzo de 1885, fue despertado de mala manera por unas fuertes patadas que daban en la puerta del bar. El periodo de respeto por el alma de Cararrajá y de reposo para la suya había llegado a su fin. No podían ser otros que Almamarga y Almanegra, la pareja de la Guardia Civil que venía a reclamar sus pagas por sus silencios y a renegociar al alza los acuerdos con aquel chiquillo que se iba a cagar en los pantalones. Cumplidores de la misiva de luto que había colgada en el frontis del bar, no habían dado señales de vida el día anterior. Era posible que hasta aquellos malparidos tuvieran un pizco de temor de Dios y que no quisiesen, a pesar de la oscuridad de espíritu por la que transitaban, cruzar algunos límites tocantes a la religión. Feliciano se había decantado por el plan más temerario de todos los que le habían corrido por la cabeza. Se levantó despacio de la cama, se puso los pantalones y la camisa con la lenta parsimonia que había previsto. Se miró en el espejo que usaba para afeitarse; se había dejado el bigote, que ya era mucho más que una traza fina y menuda sobre su labio joven y carnoso. Entraba en su plan, el más descabellado que barajó, hacer rabiarse hasta el máximo a aquellos bastardos que gritaban ya su nombre con severas amenazas de reventarle los huevos; olían a sabuesos con espumarajos en la boca, fuera de sus cabales al ver que aquel gañán se atrevía a no abrirles. El estruendo de los golpes se hacía ensordecedor en la planta baja, en el salón del bar, ahora sin la clientela habitual y su cloqueo variopinto y altisonante. «Abre ya, hijo de la gran puta. Te vamos a dar una paliza que te vas a quedar morado y cojo para el resto de la mierda de vida que te espera.»

Feliciano por fin llegó a la entrada, allí colocados sobre una silla esperaban un hacha de leña y un machete de cocina. Los había afilado con esmero, pensando una y otra vez en que después de usarlos no habría vuelta atrás. La puerta era recia, pero ya se resentía, y a cada patada de los guardias civiles entraba con mayor holgura la claridad que el día naciente dejaba filtrar. El que gritaba con aquel vozarrón airado era Almamarga; Almanegra lo azuzaba por lo bajo. Perro ladrador, poco mordedor. No era el caso, porque los dos mordían a dentelladas; pero sin duda el más peligroso era Almanegra, por eso apostó por dejarlo con vida. Si salía bien la jugada, le serviría mejor a sus propósitos; si salía mal, no habría lugar para arrepentirse de la decisión

tomada. Agarró el hacha por el cabo, calibró su peso, como lo había hecho cien veces antes en los días de luto por Antonio Perales y de preparación para la batalla que estaba ahí, delante. La alzó, pesaba unos diez kilos, pero el joven se había espigado y su cuerpo se había endurecido; sus músculos se tensaron con el hacha en alto, los bíceps, los tríceps, los trapecios... Podía sentir, a pesar de la bulla temible que formaba aquella pareja de animales, las fibras, los tendones, cómo todo su cuerpo se estaba alineando para el combate. Pensó que no tenía miedo; más bien al contrario, una corriente de inexplicable euforia lo recorría de arriba abajo. Estaba preparado, bajó el hacha, continuó agarrando el cabo con la mano izquierda, mientras que con la derecha giraba la llave y la aldaba de la puerta. Esta se abrió con la violencia de un seísmo, girando hasta chocar con la pared; el estruendo fue estremecedor. Feliciano se había apostado en la pared donde batía la puerta, pegado como una lagartija, esperando que entraran los marranos y quedaran justo delante de él, sin poder verlo, pues se hallaría detrás de estos. Almamarga entró primero con un vergajo de cuero en la mano, Almanegra lo seguía apoyándose en su sable. «¿Dónde estás?, me cago en todos tus muertos. Te voy a romper cada uno de los hue...»

El hacha había cruzado vertical el ángulo hasta clavarse en el cráneo de Almamarga, que no llegó a terminar la frase. Los diez kilos del hacha más la fuerza de Feliciano habían logrado que la hoja afilada cortara como una manzana el tricornio y se incrustara en su cabeza hasta llegar al hueso nasal. De la sección producida por el hacha rezumaba la gelatinosa textura de los sesos. Almanegra se viró con los ojos desencajados. Para entonces Feliciano ya había agarrado al vuelo el machete carnicero y se lo había colocado al sorprendido guardia civil junto al cuello. A Almamarga lo había despachado por la espalda, a traición. Le daba igual, para sobrevivir había que hacer lo que fuera necesario, no lo que fuera caballeroso. El machete se mantenía firme, había matado a su segundo hombre y no le temblaba el pulso; erguido, con las cosas claras, la mente despejada. Almanegra, que sobrepasaba apenas la altura de un niño, había recuperado buena parte de su semblante terrorífico con la reaparición de una sonrisa de cuenco siniestro, a pesar de que tenía ante sí un machete y al asesino de su pareja de servicio.

—Te has metido en un buen lío, muchacho, tienes asegurado el garrote vil.

—Y tú un machetazo si no te callas y escuchas, Almanegra. ¿Cómo te llamas de verdad?

—Agapito Luzardo.

—Bien, Agapito, tengo diecisiete años, pero los huevos de un hombre sin miedo, como has podido ver. —Ladeó la cabeza para que dirigiera la mirada hacia Almamarga, que yacía boca abajo con el mástil sin vela del hacha en su cráneo partido en dos mitades.

—Lo mataste por la espalda, no es lo mismo matar cara a cara. —Se empavonó el guardia civil abriendo más la curvatura de la sonrisa hasta hacerse una mueca diabólica. Feliciano apretó un poco el machete y el filo le rozó la piel del cuello.

—Cuidado, Agapito, no te equivoques. También he matado mirando a los ojos, te juro que tú no serías el primero.

—¿Qué es lo que quieres?

—Ser el hombre más rico de la isla.

—Ya... ¿y cómo, si se puede saber?

—Primero matando a don Edelmiro Avellano y a su hijo. Tú mejor que nadie sabes que por el puerto entra y sale todo, los mayores negocios pasan por ahí, por la aduana o por el cambullón, y todo lo controla don Edelmiro. El nuevo Puerto de La Luz va a ser una mina. Tengo planes, pero necesito contar con alguien que siembre el pánico y que maneje los contactos adecuados; ese eres tú, Agapito Luzardo. Por eso no te he matado, quiero que dejes la Guardia Civil y que trabajes para mí. Te juro que no te arrepentirás, te vas a bañar en dinero. Voy a convertir el Berlín en una sala de fiestas, con una planta baja para el juego y una pista de baile con música, y una planta alta con las mejores putas que se hayan visto en Las Palmas. Aquí no va a entrar la bazofia de los marineros apestando a piorrea y a ron, sino los tipos que huelen a plata desde lejos. Y a esos les vamos a sacar el alma, te lo juro por la memoria de mis padres, que les vamos a sacar el alma. Y cuando la tengamos en la mano serán nuestros para siempre.

—¿De cuánto dinero estamos hablando? —Era una pregunta, pero para Feliciano resultó ser la respuesta que estaba esperando.

—Vamos a la barra. —Sin dejar de mantener el machete en horizontal listo para cercenar la garganta del guardia civil, fueron avanzando paso a paso hasta llegar al mostrador de zinc, abollado en cien puntos de su superficie gris por codos perennes o por golpes de culos de botellas y vasos apurados. Alargó el brazo izquierdo por encima de aquella barra que tanto había restregado y sacó una talega de fieltro azul deslucido, atada con un cordón de cuero—. Aquí tienes dos mil duros, no tengo más; pero si vienes mañana a las ocho en punto vestido de paisano, dentro de un año te daré veinte mil y al año siguiente el doble. Te espero mañana.

Feliciano cerró la puerta, había hecho una apuesta muy fuerte: había matado a Almamarga, un guardia civil hijo de la gran puta, pero guardia civil, al fin y al cabo; mientras que había dejado escapar vivo a su pareja con dos mil duros con la confianza de que la codicia por el dinero prometido lo convenciera de unírsele en su empresa de enriquecimiento repentino. Agapito Luzardo, alias Almanegra, no se presentó en el Berlín a las siete de la mañana, sino dos horas antes. Cuando Feliciano abrió la puerta con un farol en la mano, le costó distinguir la figura fiera y menuda de Almanegra. Se había despojado de su tricornio y del uniforme. Estos habían sido sustituidos por un sombrero gris marengo y un traje cruzado de idéntico color, que se convirtió en su indumentaria por el resto de su vida. Feliciano, incluso, dudó de su identidad. Cuando habló se le dispararon las dudas. «Venga, quita de ahí.» Tras el lobuno personaje venían tres figuras embozadas que lo siguieron sin decir ni una palabra, no era la primera vez que lo obedecían. Continuaron sin rechistar cuando les ordenó que recogieran el cuerpo embadurnado en sangre y tierra de Almanegra y se lo llevaran de allí, no sin antes arrancarle el hacha y dársela a Feliciano. Mientras lavaba en el fregadero de la barra la hoja del arma homicida con un estropajo de esparto, esforzándose en extirpar de ella el revoltijo de masa informe que formaban sesos, sangre y astillas de hueso, los embozados llegaron con arena rubia de las dunas cercanas,

que utilizaron para empapar la poza sanguínea que había dejado el cuerpo de Almamarga. Eran duchos en la labor, al cabo de un rato en el que rastrillaron tres sacos de arena sobre la mancha morada, fue cediendo el color y quedó más o menos aparejado al resto del piso terroso del salón del bar. Feliciano secaba el hacha con un trapo de cocina como si se tratara de una hondilla de porcelana, pero sin desatender sus verdaderos propósitos.

—Háblame de don Exuperancio Arenal. —Almanegra le echó un vistazo inquisidor—. Necesitamos financiación, dicen que es prestamista.

—Es un tío que mete miedo, parece un espíritu del más allá. No sale de la casa nunca, no se le conocen tratos ni con mujeres, ni putas ni bujarrones. Vive en una casa de Triana esquina con Travieso con su madre, que está más loca que él; doña Perpetua, se llama. Te mira y te da escalofríos, juro que espanta al más pintado. He entrado allí un par de veces. La bruja no dejaba pasar del vestíbulo, pero se podía ver el patio, que es como una jungla llena de árboles y pájaros raros, de los que no se ven por aquí ni en la Península, y con un estanque en el que las malas lenguas dicen que hay peces que se comen a un hombre en un suspiro. Yo no alcancé a verlos, pero no me extrañaría. Según parece vivieron en Venezuela y practican la brujería, la magia. Olvídate de esa gente, son de otro mundo. Están protegidos por cosas del más allá que es mejor no avivar, como el fuego. Además, no te iba a hacer ni caso.

—¿Por qué?

—Porque don Exuperancio Arenal no le va a prestar sus cuartos a un don nadie como tú, no quiere saber nada de la morralla.

—Eso déjalo de mi cuenta, tú solo te tienes que encargar de protegerme, es tu trabajo.

—Te podré proteger de los vivos, pero Exuperancio Arenal y doña Perpetua vienen del agujero de las tinieblas.

—Me importa un carajo de dónde vengan, esta tarde te espero a la cinco para hacerle una visita a don Exuperancio y a su señora madre. Necesitamos su dinero, entre otras cosas para formar un ejército; lo que se avecina va a ser una guerra y no voy a perderla. —Extrajo una bolsa de su pantalón—. Toma, aquí van cien duros, contrata por ahora a unos cuantos que no tengan escrúpulos en desollar a sus padres. Págales bien, que corra la voz de que ofrecemos más paga que don Edelmiro Avellano.

Las crecidas del barranco del Guiniguada, que aquel año habían causado la admiración de los vecinos de la ciudad, fueron disminuyendo para dejar paso a unos días de azul explosivo y noches limpias. Las buganvillas lilas destacaban sobre el fondo de las paredes encaladas; los ficus, con sus hojas hendidas en el centro como antiguas calles coloniales portuguesas, mostraban su brío en sus troncos rugosos y firmes; las palmeras se desmelenaban voceando desde su altura el orgullo de ser la fuente del rótulo del Real de Las Palmas. Hasta las aulagas, que eran erizos de estropajo verdoso, parecían esponjarse y hacerse notar en los solares desérticos. Feliciano Silva caminaba abstraído junto a Agapito Luzardo ajeno a la primavera de la isla. Eran las cinco y diez y repetía las palabras destinadas a convencer a Exuperancio Arenal.

Avanzaron por Triana hacia la esquina con Travieso hasta que Almanegra se detuvo ante el portal de cantería del prestamista. Les abrió doña Perpetua, una anciana enjuta vestida con un sayo bermellón, en cuyo centro, bajo sus pechos erguidos contra natura, flotaba un medallón esmeralda como una tajada de atún verde. El cabello albo reluciente le caía en una riada confusa sobre la espalda. Sorprendían las arrugas, tan pronunciadas que semejaban dunas de arena sobre una piel que no fue tersa ni al nacer. Como si necesitara ser socorrida de esta circunstancia dérmica, había desarrollado unos ojos que eran luminarias de color malva, achispados, vivaces, frescos, diríase que hasta lúbricos.

—Buenas tardes, doña Perpetua, queremos hablar con su hijo. —Agapito había salido al quite. La conocía de haber tenido que acudir por algunos mandados llevando paquetes sin señas y sin preguntas. No era la primera vez, pues, que se topaba con la mirada de basilisco que tenía la madre del prestamista. Su nombre, además, era una premonición de eternidad y de muerte. Sabía de primera mano que la única coraza útil era evitarla, así que le hablaba con la cabeza gacha.

—¿Tienen cita concertada? —La voz recordaba la que hacían las cadenas de los presos al arrastrarse por el suelo de prisiones horribas.

—Dele esta carta de presentación. —Feliciano había sacado de su chaqueta un sobre que entregaba a la hechicera mientras esta lo escrutaba como si lo estuviera escaneando, con pausa, al milímetro, concienzuda. Dentro se hallaba la escritura del Berlín y un plan desmenuzado con las operaciones que su nuevo dueño tenía en mente ejecutar, no solo en el bar sino en toda la isla.

—Acompañenme.

Desde que flanquearon el umbral, un concierto selvático llegó a sus oídos. Pasaron por el vestíbulo reflejados en la luna de una cómoda de patas arqueadas. En el patio descubrieron un araguaney que arrancaba del centro de la tierra para encumbrarse a lo alto, rodeado de palmas moriches y helechos, formando un techo verdoso solo descubierto por un círculo a través del cual pasaba la necesaria luz para iluminar aquella umbrosa estancia. Guacamayos, turpiales de agua, periquitos y loros, protagonistas del repertorio musical, cruzaban de un lado a otro creando con sus alas un panorama de arcos iris entrelazados. Un ligero movimiento de su mano huesuda, en la que circulaban gruesas venas amoratadas en todas las direcciones, instó a los recién llegados a esperar sentados junto a un estanque. Obedecieron a doña Perpetua. El banco era de piedra, tosco, aderezado con unos cojines en rubí que mitigaban la dureza y la frialdad de la roca tallada.

Almanegra se retorció en el banco de piedra, sudaba, se desanudó la corbata; no era hombre paciente, lo estaba devorando estar allí sentado en un patio del infierno. Se desabrochó la cartuchera que colgaba de su hombro izquierdo y empuñó el Colt 45. Aunque a los malditos espíritus no podrían detenerlos las balas, al menos se daría el gusto de desahogarse acribillando a los putos loros, que no cesaban de parlotear. Exuperancio Arenal apareció enfundado en una sotana talar bermellón, como la de su progenitora. Era un ser esquelético, descarnado, con apenas briznas de cabello sobre la calva. Lucía una barba larga cuya punta rozaba la altura de su ombligo, donde destacaba un cinto formado por una cadena de eslabones de plata de la que

colgaban lo que parecían ser símbolos telúricos y solares. Calzaba sandalias de esparto y caminaba con una lentitud exasperante, refrenando el tiempo con las cinchas de su voluntad. Tardó un siglo en llegar a la altura de unos sillones de mimbre. Fue entonces cuando los encaró y pudieron observar que sus ojos, aislados del continente de una figura espantosa, eran los de un bebé: tímidos, indefensos, mimosos y nuevos.

—No, por favor, no se levanten ante mi humilde presencia. Por lo general no acostumbro a recibir a nadie sin cita y sin las debidas referencias. No puede uno confiar en todo el mundo, ¿verdad? Sin embargo, don Agapito es conocido en esta casa como recadero de instancias muy fiables. Además, he de reconocer que esta misiva que han entregado a mi madre me ha suscitado asombro, y debemos estar abiertos siempre hacia el asombro, que nos permite seguir creciendo en el conocimiento y en la vida. Entiendo que Feliciano Silva, firmante del documento, es usted, joven.

—Sí, soy yo, Feliciano Silva Urrutia.

—¿Qué edad tiene?

—¿Importa?

—No sé si conoce que el significado que encierra mi nombre, Exuperancio, es el de portador de la eternidad; el de mi madre, Perpetua, se explica por sí solo. Así que, para nosotros, la idea del tiempo como tránsito posee cierta irrelevancia. Sin embargo, como hemos vivido tanto, nos hemos percatado de que, de un modo u otro, véase o no, todos los actos están entrelazados en un tejido universal, cósmico. Si la costura de la tela se desgarrar por el borde, a la larga llegará el descosido hasta el corazón. Así que creo que sí que es relevante saber su edad y, sobre todo, que no vuelva a cuestionar mis preguntas porque, si se repite, esta amable reunión habrá concluido.

—Tengo diecisiete años, pero creo merecer el respeto de que me trate como a un hombre, un hombre muy ambicioso, como usted habrá podido comprobar por el documento que ha leído. Ahí ha podido ver las estimaciones de beneficios que pienso extraer de mis futuras empresas en un plazo corto de tiempo. Aunque gane la mitad de lo que aparece en el papel, sería un buen negocio, ¿no es cierto, don Exuperancio? Además, tengo también el aval de la escritura del Berlín, el solar también vale sus buenos duros. Para poner las cosas en su sitio, en lo único que creo es en el dinero, y me burlo de fantasmas o espíritus. Sabe tan bien como yo que esta reunión se acabará cuando lleguemos a un buen acuerdo. Le he descubierto mis estrategias para convertirme en el hombre más poderoso de la isla, mucho más de lo que lo ha sido don Edelmiro Avellano, al que mataré llegado el momento. Antes de una década controlaré el puerto, el juego y la prostitución; un manantial de oro más amarillo que el color de esos guacamayos. Usted y su madre son tan inmortales como cualquiera. Mi madre murió de unas fiebres después de parir a mi hermana Rosalía, y mi padre se reventó los sesos al caerse de un andamio en el Teatro Nuevo. Encontraron la muerte jóvenes, cuando aún se reían de boberías como las formas de las nubes al cruzar el cielo. Si ellos, que eran buena gente, murieron, no tengo ninguna duda de que ustedes

también morirán. Si me son fieles, haré que mueran con la placidez de los ángeles sobre colchones rellenos de billetes; si no, les daré una mala muerte.

—Quien no tiene fe camina por el mundo perdido en las tinieblas, extraviado entre las soledades y la incertidumbre. Me apena que sufra ese mal. No pretendo convencerlo, usted ha cerrado su alma con las llaves del odio. A mí, se lo reconozco, me interesan sus planes porque el dinero es fuente de vida, quien dude de ello es un zote. Voy a financiar su empresa con un millón de duros de plata con la efigie de nuestro soberano Alfonso XII. Confío en usted, don Feliciano, se ha ganado mi respeto hasta el punto de ofrecerle doscientas mil pesetas más de las que me ha pedido como préstamo. Las condiciones variarán en grado mínimo: el interés sobre esta cantidad asciende del veinticinco al cincuenta por ciento y quiero una participación directa de todos sus beneficios de un cuarenta por ciento hasta que cubra el millón y medio. Hasta entonces, si no le importa, guardaré la escritura del Berlín en mi poder. Como la naturaleza de este negocio es a medio y largo plazo, voy a ser paciente, le doy justo un año, el 25 de marzo de 1886 tendrá que venir a liquidar el primer pago. En este punto espero que entienda que ya no se trata de una negociación, sino de un ofrecimiento que se abre y se cierra ahora. Lo toma o lo deja. En mi mal vista profesión debemos escrutar con exactitud a quién le confiamos nuestro peculio. En definitiva, es una gran cuestión de confianza mutua, diríamos hasta que de amor por los demás. Por eso sé que es un hombre, no un crío, inteligente. Conoce que, aunque quiera despellejarme vivo, porque lleva la marca de la barbarie incrustada en los huesos, no podría hacerlo porque sería un asesinato que muchos festejarían, pero otros no tanto, pues yo les estoy proporcionando a cada día que pasa cuantiosos réditos. Por muy salvaje que se crea y por muy valiosa que sea la ayuda que le preste nuestro querido Agapito, aquí presente, no lo salvará nadie de ser ajusticiado. Creo que aceptará que aquí, entre nosotros, no haya más firma y más papeles que nuestra palabra. ¿Está de acuerdo con los términos expuestos?

—Sí. —La respuesta fue instantánea, aunque las condiciones del préstamo, más que abusivas, eran criminales.

Exuperancio Arenal pidió con su mano de hielo que aguardaran mientras él se encaminaba hacia el interior de la estancia. Doña Perpetua iba a su lado bisbiseando consejas reprobatorias acerca de la conveniencia de confiar en aquel joven insolente en quien había visto el mal circulando fluido por su mapa venoso. Para su desgracia y la de su hijo, lo había descubierto a última hora; cuando ya, sin remedio, Exuperancio Arenal rebañaba con gusto el sabor argénteo de los millones de duros que florecerían bajo las plantas de sus pies por mediación de aquel animal salvaje llamado Feliciano. Si, como decía, lograba asesinar a Edelmiro Avellano y a su hijo, nadie en la isla sería capaz de ponerle collar. La usura no se basaba en la intuición sino en la certidumbre, pero a veces las operaciones arriesgadas producían los mejores dividendos. Doña Perpetua seguía rumiando cuando acompañó a su hijo de vuelta al patio, caldeado del vapor del trópico que allí reinaba. Exuperancio Arenal cargaba dos sacas de rafia ocre. Debían de pesar,

porque los brazos cadavéricos del prestamista se extendían tensos hacia el suelo de piedras redondeadas como huevos grisáceos. Las colocó a los pies de Feliciano.

—Aquí tiene. Un millón en duros de plata con la efigie de nuestro soberano Alfonso XII, a quien Dios guarde por muchos años. Si desea lo puede contar, pero le aseguro que no falta una pieza.

—Me basta su palabra. Es justo, usted también se ha fiado de la mía.

La reunión había llegado a su fin, así que Feliciano se puso de pie y adelantó su mano abierta para estrechar la del prestamista. Este no la evitó, así que el joven pudo palpar aquella huesuda extremidad que lo instaba a seguirlo hasta el borde del estanque. Almanegra también se había levantado, el miedo a aquellos seres umbríos no se había atenuado lo más mínimo. Le daban mala espina el trato edulcorado de Exuperancio Arenal y las esquirlas translúcidas que emergían de su madre, doña Perpetua.

—Solo quiero mostrarle un pequeño divertimento, si usted me lo permite.

Se desligó entonces del apretón de manos y aquel ente espectral, con dos saltos tan inesperados como ágiles y sorprendidos, se encaramó al monumental araguaney sobre el que pivotaba la vida animal de aquel patio. Los pájaros, los loros, los guacamayos..., todos quedaron rígidos, como si una fuerza eléctrica les hubiera detenido la respiración y el movimiento. Exuperancio Arenal agarró un turpial de agua y saltó más de dos metros de altura al lado de Feliciano, que intentaba contener el asombro en una mueca neutra. Agapito sujetaba la culata del Colt 45. Había empezado el espectáculo, aquellos demonios de madre e hijo le chuparían la sangre; pero él no dejaría de disparar hasta la última bala aunque no les hiciera mella, para sí mantenía que aquellos seres procedían de las estancias mortuorias. «¿Le gusta? Es precioso, ¿verdad? Mire cómo mueve su cabecita amarilla, parece una yemita de Santa Teresa. Este es macho, porque el resto del cuerpo es de un negro de seda, ¿quiere acariciarlo? ¿No?, bien, mejor; se le podría volar, enseguida notan las presencias extrañas. Es un turpial de agua, nativo de Venezuela y muy común en el río Orinoco. No se puede usted imaginar lo que es un gran río, aquí en la isla solo tenemos barrancos que corren cuando hay lluvias torrenciales; pero el Orinoco es un mar de agua dulce que llega a alcanzar los veintidós kilómetros de ancho. Mi madre y yo vivimos muchos años en su orilla, en Santo Tomás de la Nueva Guayana de la Angostura del Orinoco, hoy conocida por Ciudad Bolívar en memoria del Libertador; pero, sin menoscabar su figura, yo prefiero el nombre antiguo, me sumerge más en el recuerdo del río. Allí todo gira en torno a ese mundo de aguas terrosas, la vida y también la muerte.»

De improviso, tiró el turpial al estanque. El pájaro llegó a agitar por un instante sus alas. No fue suficiente para despegarse del agua, que se le había adherido como capa de plomo. En aquella alberca meliflua, plácida, las pirañas habían desatado un torbellino. Comenzó a borbotear, se había convertido en un caldero hirviente con burbujas que al estallar salpicaban los zapatos betunados de Feliciano. Este veía la cara de embeleso de Exuperancio Arenal, el mutuante se agarraba con fuerza el medallón de esmeralda. Doña Perpetua, unos pasos detrás de

su hijo, también lo hacía; temblaba mientras sonreía tensa, diríase que había entrado en trance. Agapito Luzardo le había quitado el seguro al revólver, él no era un turpial de agua. Exuperancio Arenal se remangó hasta el hombro su brazo derecho, seco sarmiento, cerró los ojos y apretó con la mano izquierda el medallón de tajada de atún verde. Entonces se agachó y metió los dedos en el agua del estanque hasta llegar al codo. Feliciano estuvo a un tris de detenerlo y Almanegra de sacar el Colt 45 y emprenderla a tiros con todos, hasta con los loros y guacamayos enmudecidos. Las pirañas iniciaron su baile mortífero, encrespando de nuevo las membranas acuosas; pero cuando estaban a punto de ebullición cesó el revuelo, aquellos peces de pecho rojo amainaron su escándalo, su voracidad fue dejando paso a un sosiego sensiblero que se hizo más palpable cuando empezaron a chupar, cual besos impúdicos, los dedos esqueléticos del prestamista que, ahora, se mostraba complacido como un padre orgulloso. «Las fuerzas del agua del río viajan con mi madre y conmigo, y son, créame, muy poderosas si se saben aplicar. Nosotros conocemos sus códigos y sus fórmulas. Por favor, le ruego que no me haga utilizarlas en su contra; le auguro un porvenir radiante que no debería ser mordisqueado por los caribes, como llamamos en el Orinoco a estos pececitos tan obedientes. Le acompaño hasta la puerta. No se olvide de las sacas, contienen un millón en duros de plata.»

## Ofelia O'Higgins

Cuando Ofelia O'Higgins entró en el dormitorio al que la había invitado a pasar Feliciano Silva creyó hallarse en un capítulo verdadero de *Orgullo y prejuicio*, su novela preferida. Era una lectora voraz. Desde que su padre, James el Rojo, le enseñó a leer en Arigna, no había día en que la irlandesa no se enfrascara en devorar las páginas de aquellas historias que nacían para ella a medida que iba juntando letra a letra, palabra a palabra. Su progenitor había emigrado a los Estados Unidos con la hambruna de la papa, pero saciada el hambre le pudo más la tierra de sus ancestros y regresó con el firme propósito de dedicarse por entero a la liberación de Irlanda del malhadado imperio inglés. Volvió entonces a la mina en Arigna, donde también ejercía su tarea de agitador en pro de la independencia que se había trazado como razón de existir. Cualquier otra cosa era secundaria, cualquiera; así que no se limitaba a proclamar sus ideas en Arigna, sino que salía por todo el condado de Roscommon promoviendo reuniones clandestinas, mítines y sabotajes. Un tren que paraba ante una oveja atada en la vía era una acción de lucha que se celebraba con algarabía en los *pubs* de madrugada, cuando los únicos parroquianos eran irlandeses de ley. Había encontrado una misión y solo tenía pensamiento para ello; sin embargo, católico como era, no pudo decir que no al matrimonio cuando la delgaducha Elaine Walsh se presentó en su casa para decirle que estaba embarazada. James O'Higgins era un buen mozo irlandés, de estatura media, de espaldas anchas, complexión fuerte, mirada azul e infantil, hoyuelos en los mofletes y un matojo de pelo encarnado en la cabeza. Para la joven Elaine Walsh se tornó irresistible y lo asedió hasta que se topó con él en el camastro del chamizo donde vivía James en las afueras de la aldea. Fue un contratiempo. Había consagrado su celibato a la libertad patriótica, pero el sexo le había jugado una mala pasada y ahora debía atender a una familia. También el sexo se la jugó años después a su hija Ofelia cuando llegó a Arigna una *troupe* de teatro con jóvenes muchachos universitarios dispuestos a cambiar el mundo mostrando a la población más humilde las obras de Goldsmith, Sheridan y Boucicault; este último en plena efervescencia en los escenarios ingleses y americanos. Ofelia asistió a las tres sesiones diarias que durante cuatro días representaron en Arigna, lo que tampoco constituía un mérito excepcional, pues los tablones que, a modo de bancos, se habían instalado en la plaza del Ayuntamiento se llenaron de público. Había sido un éxito, los actores estaban entusiasmados. En

aquel pueblo minero lleno de analfabetos constataban la necesidad de su labor de teatro docente, utilitario, indispensable para abrir las cabezas y socavar la barbarie.

Ofelia no era analfabeta, a los tres años ya sabía leer y garabateaba algunas palabras con la pluma de su padre. Este se propuso que su hija fuera libre, estudiara y se convirtiera en una mujer moderna e independiente, como las que necesitaba Irlanda. Por ello, cuando comenzó en la escuela de Mrs. Donne fue el asombro y pasmo de los otros niños; la hija de Elaine Walsh sabía leer de corrido y escribía en la pizarra subida en una silla su nombre ante el resto de los alumnos, que la miraban boquiabiertos. Para Mrs. Donne no fue una sorpresa, era la que surtía de libros a James el Rojo. La maestra tenía muy pocas oportunidades de hablar de literatura y de política en aquella aldea, así que las conversaciones con aquel exaltado idealista se convirtieron en uno de sus esparcimientos más agradables. Estiraba el tiempo de aquellas tertulias hasta el límite de lo decoroso. James estaba casado y ella era una solterona, no estaba bien que aquellos encuentros produjeran más comentarios de los imprescindibles. Mrs. Donne supo por boca del revolucionario que todas las tardes, después de venir de la mina, instruía a la niña en los conocimientos básicos hablándole siempre en irlandés. Luego la volvía a dejar con su madre para ir al bar o a algún pueblo próximo en aras del proselitismo. Elaine Walsh, por mucho que su marido se lo intentara explicar, nunca entendió que fuesen más importantes la lucha independentista y los dichosos libros que leía que cuidar de ella y de la casucha que habitaban, hilvanada con parches de madera y latas que a duras penas atenuaban los aguaceros perennes de aquellas tierras. Como una lona que se rasga al embate del viento, Elaine Walsh se deshilachó sin que nadie pudiera hacer nada para recomponerla. La voluntad la abandonó y ni siquiera los ojos de vidrio de su hija la sacaron de aquel marasmo interior que la llevó a la muerte consumida en un pellejo de higo seco.

Tras enviudar, James O'Higgins se volcó más en Ofelia sin abandonar la causa irlandesa. A Mrs. Donne le había costado, pero al final consiguió que aquel hombre terco cediera en su absurda decisión de no leer a ningún autor inglés, ni siquiera a Shakespeare. Con su envolvente voz de *mezzo* fue convenciéndolo de que el arte no tenía fronteras, que las obras cobraban vida más allá de sus autores, que estos eran sus artífices pero no sus dueños y que aquellas volaban libres donde quiera que se les abriera una puerta. Al pelirrojo, tan propenso a las quimeras, esos vocablos le sonaron tan delicados y contundentes que no tuvo más remedio que darle la razón a la maestra. Se llevó ese día una antología poética del bardo inglés que le remejó las vísceras más recónditas, se rindió ante la belleza de los versos, que estaban por encima de patrias y banderas, y Shakespeare se convirtió en su autor preferido de cabecera. Cuando su hija, que se había enamorado de todos los comediantes de la compañía, oyó recitar a uno de los secundarios, patilludo y meridional, aquello de «¿Quién es la bella del intacto seno / que tu cultivo marital desdeñe? / y ¿quién tan loco para ser la tumba / de un amor egoísta sin futuro?», se arrebató de amor y creyó a pies juntillas que era a ella y no a ninguna musa incorpórea a quien le dictaban aquellas cuitas. Ya contaba catorce años bien surtidos, de lo que daban cuenta sus caderas, sus

pechos y un cabello pelirrojo rebelde como los delirios de su padre con la independencia de Irlanda, que no llegaba nunca. El día posterior a la partida de la compañía de teatro que había amenizado las tediosas jornadas de Arigna, cuando arribó a su casa, apenas ya una choza descuidada, James el Rojo encontró una carta de su hija Ofelia sobre la caja de botellas de güisqui que hacía de mesa de noche. El mensaje informaba de su decisión de marcharse de aquella aldea negruzca que olía a carbón y a miseria, de la casa hedionda en que había vivido, para casarse con Michael Griffith, uno de los actores universitarios. Este la esperaba en Mullingar, donde iban a llevar a cabo sus penúltimas actuaciones antes de terminar en Dublín la exitosa gira. No iban a vivir en pecado, contraerían matrimonio en cuanto el joven terminara los estudios de Medicina y se iniciara en un hospital. Hasta entonces ella residiría en una pensión para señoritas, que se pagaría con algún trabajo en alguno de los muchos comercios de moda que había en la capital irlandesa. No era fácil encontrar a una dependienta que supiera leer y escribir tan bien como ella. Le rogaba que no la siguiese para impedirle cumplir su sueño; él ya tenía el suyo, su patria por conquistar, y a él se había entregado sin importarle su mujer, a la que había trasladado al cajón de los olvidos. Ahora ella se había tropezado con su sueño y no quería que la despertaran jamás. Le pedía perdón por haberle cogido de la lata una libra y unos cuantos peniques para el viaje hasta Mullingar. Un escueto adiós selló la despedida. James el Rojo quemó la carta en la llama de la vela que le había servido para leerla y salió hacia el bar. No había tiempo que perder, la causa lo necesitaba y ahora no tenía a nadie de quien preocuparse. Aquella noche se desgañitó entre los quejidos de los mineros que le exigían que se callase de una vez, que disponían de solo de un par de horas para dormir antes de volver a pegar en la mina.

Cuando llegó a Mullingar, la joven pelirroja quedó decepcionada. Al pedir noticias de la compañía de jóvenes actores universitarios, le comentaron en la estación que a esa hora ya debían de estar llegando a Dublín. El alcalde, acompañado de los tres oficiales que formaban el cuerpo de policía del pueblo, había ordenado a los comediantes que abandonaran de inmediato aquella localidad decente que estaba siendo hollada por aquella horda de comunistas irrespetuosos y lascivos, al decir de las obscenidades que los habían visto hacer junto a sus carromatos de feriantes. Ofelia, acurrucada contra la pared, rebuscó en los entresijos de sus senos para hacerse con el dinero que le quedaba de lo sisado a su padre. Preguntó cuánto costaba el próximo tren a Dublín. Le dio para pagar el billete, para comer en la cantina un *colcannon* con sidra y para llevarse un cartucho con un buen trozo de bizcocho de manzana. El viaje sería largo y tendría que reponer fuerzas. Se quedó solo con unos peniques, pero confió en dar con Michael. Le había dicho que estudiaba medicina en el Trinity College, no sería difícil llegar allí y esperar a que saliese de las clases. No había pisado nunca una ciudad como Dublín, se encontró mareada ante el gentío que abarrotaba unas calles que parecían interminables. Después del golpe inicial que sufrió ante aquel vaho en forma de turba humana, se recompuso, no se arredró y retomó su decidida voluntad. Con indicaciones y gestos de unos y de otros no le costó mucho encontrarse ante el monumental arco de entrada de la institución académica. Allí se quedó, no la traspasó.

Pensó que su amado Michael tendría que pasar por allí tarde o temprano. Se sentó en el césped del parterre que lo rodeaba con la impaciencia de las novias y la esperanza que pone el herrero al dar el golpe en la fragua para ablandar el metal. Quiso la fortuna, porque bien podía el actor secundario no haber asistido aquel día a sus clases de Anatomía, que a las dos horas de espera apareciera Michael rodeado de sus colegas de estudio, futuros eminentes doctores, que emitían unas risas retumbantes con el telón de fondo de lo acontecido en el aula. «¿Pero qué haces, salvaje?» Ofelia había salido corriendo hacia su enamorado, al que se abrazó con un visceral arrebató de pertenencia. Este le dio tal empujón para quitarse de encima aquel vendaval pelirrojo que ella dio de bruces en el suelo. Los compañeros de estudio, interrumpida la risotada que los animaba, interrogaron con una mirada reprobatoria a Michael, que se encogió de hombros. «¿Qué? Es una putilla de una aldea de mierda que ahora vendrá a reclamarme que me acosté con ella... Por cierto, una putilla con grandes condiciones, todo hay que decirlo.» Ofelia se había rasguñado la rodilla, solo eso, aunque la zarpa que le llegó al alma fue de órdago. Se incorporó azuzada por el odio, este fue el que la hizo dirigirse de nuevo a aquel grupo que estaba a punto de cruzar el arco de entrada del Trinity. Se escurrió entre ellos hasta alcanzar uno de los codos de Michael, del que tiró como quien frena la carrera de un cerdo huidizo. Le lanzó, primero, un escupitajo que le colgó de su nariz helénica, y después una bofetada que le viró la cara. Allí lo dejó maldiciéndola mientras corría hacia las entrañas de un Dublín del que quería salir cuanto antes; pero tuvo que esperar un tiempo para dejar atrás Saint Stephen's Green y a Molly Malone, la vendedora de pescado. No fue solo el dolor rumiante por el hachazo de desamor sufrido, sino el hambre y el orgullo de no regresar a Arigna los que la determinaron a prostituirse. Así fue como observó que su sexo pelirrojo provocaba en los hombres una anormal exacerbación de su lascivia, con lo que su condición de puta fue con presteza reconocida y reclamada en la capital irlandesa. En apenas seis meses logró, con los descuentos aplicados por manutención, alojamiento y protección en el prostíbulo, reunir el capital necesario para embarcar con destino a la India, un país lejano del Imperio británico que odiaba tanto su padre. No se despidió de nadie, a nadie le debía agradecimiento ni afecto.

Debía de ser porque estaba en la flor de la vida, o porque debido a su profesión se le habían estimulado los efluvios carnales, por lo que la joven Ofelia O'Higgins causó tal estrago entre la tripulación y el pasaje que rara era la noche en que no se acabara con alguien en la enfermería del barco, bien con un hueso quebrantado o con un botellazo en la sesera repleta de astillas de vidrio. El capitán que tripulaba el navío le pidió por favor que desembarcara en la primera escala. Ya había tomado la decisión para que no continuaran aquellas trifulcas que iban a generar un motín. Sería —así se lo transmitió a la desconcertada Ofelia— aconsejable que accediera por su cuenta. Se había informado a través de conversaciones con caballeros que le aseguraban haberla visto en lugar de dudosa condición, a lo que había que añadir la extraña circunstancia de que viajara sin compañía. Si aceptaba se comprometía a gratificarla con diez libras, con las que podría tomar otro buque hacia el destino que prefiriese, y con la gratitud expresa de la naviera. Si no aceptaba,

tendría que recurrir a la fuerza notificando a las autoridades locales el obligado desembarco de una súbdita británica, de origen irlandés, cuyo irrespetuoso comportamiento había desatado el descontrol a bordo. Ofelia O'Higgins bajó con la maleta que había llevado a Mullingar y luego a Dublín con el propósito de convertirse en la señora Griffith. Ahora estaba a más de cuatro mil kilómetros de Irlanda, en medio del Atlántico, en un pequeño espigón desde el que podía contemplar una ciudad pequeña con un enjambre de palmeras y un manto de dunas al norte, como las ciudades africanas que había imaginado en sus lecturas. Su primer pensamiento fue esperar allí sin moverse hasta que volviera a pasar otro barco con rumbo hacia la India, pero tuvo que desistir. Los estibadores que se arremolinaron a su alrededor, como insectos caídos en la trampa del ámbar, la convencieron en un inglés chapurreado que era mejor que se instalara en una pensión, pues el próximo mercante que pasaba hacia el país asiático atracaría en el puerto dos semanas más tarde. Aunque insistió en que no la acompañasen, no pudo quitarse de encima a aquellos estibadores, que dejaron de descargar fardos para convertirse en una guardia de corps que la escoltó hasta la puerta de la pensión Gracia, un edificio de tres plantas en la calle San Pedro que conformaba un lucrativo negocio. Fue doña Manuela, la dueña de la pensión, la que los echó de allí enarbolando el buen nombre de aquella casa, no sin advertir a aquella jovencita pelirroja que no estaba bien que se dejara cortejar de aquella manera, más siendo tan guapa y tan extraña en esos lares, con el cabello rojo que encandilaba a los hombres, que ya se sabe cómo son todos, unas bestias que no reparan en nada hasta desfogarse. Ofelia, sin saber una palabra de español, creyó haber entendido a aquella señora que la reconvenía con gestos y con semblante adusto. Aquellos días de espera hasta la llegada del vapor hacia la India la convencieron de que en cualquier lugar donde existiesen hombres su vida sería idéntica. En su cuerpo había explotado alguna suerte de humor afrodisíaco que los enardecía, mugían y pateaban por entrar en el recóndito centro de su pubis pelirrojo. Tuvo que cortar sus paseos por aquella ciudad de ritmo pausado, de sabor salino, pues había corrido la voz y el perfume del sexo se había extendido hasta el punto de serle imposible dar un paso sin estar agobiada por los alientos jadeantes que la perseguían. Entonces fue cuando en la pensión de doña Manuela entró Eugenia Valido, dueña de la más reputada casa de meretricio de la isla y, al decir de muchos putañeros avezados en el asunto, de todas las riberas del Atlántico, por el conjunto tan heterogéneo de pupilas de todas las parlas y las naciones que allí exponían su saber en el arte del fornicio. «Estás condenada a ser puta, y mejor que lo seas conmigo que con algún chulo de mierda que te destruya la vida y te arranque de cuajo ese olor de vicio que Dios te ha dado.» Se lo había disparado a bocajarro la Valido en un inglés más que aceptable, varios de sus feligreses más selectos eran miembros de la numerosa colonia británica de la isla. Ofelia O'Higgins, lejos de ofenderse, se reconfortó con las palabras de aquella mujer que le ofrecía un trabajo de puta, y con ella un amarre para una vida que se le había desbocado hasta no poder asir sus bridas.

Después de siete años siendo el mayor reclamo de aquel burdel atlántico sin que nada, más allá de la costumbre, lograra abrirle los ojos y despertarla día a día, se había presentado Feliciano

Silva como cliente y le había lanzado una propuesta que le reanimó los instintos. Había entrado en la habitación como otro chico de rasgos morunos de la isla, cualquier otro de los que necesitaba inscribir en su currículum de hombre que se había acostado con la pelirroja irlandesa sin desmayarse ante el puro placer que esta ocasionaba con su piel blanquirrosa y sus pechos esponjosos y el aroma fascinante de su sexo rojo. Feliciano era ya, mientras intentaba no deshacerse como una milhoja de merengue sobre el cuerpo infinito de Ofelia O'Higgins, un hombre de negocios. No podía desperdiciar las tres mil pesetas que le costaba ese lujo que no se había dado nunca antes, así que comprobó con todo detalle que la mercancía que iba a comprar era de la mejor especie, auténtico polvo de estrellas. Esperó a vestirse del todo para ponerle los billetes sobre la mesa de noche y hacerle la oferta a Ofelia, que se repasaba con el cepillo su cabellera incandescente: «Mañana la espero en mi local, no sé si ha oído hablar del Berlín, junto al parque de San Telmo y el muelle Viejo. Lo he reformado del todo, quiero ofrecer lo mejor. Por eso deseo que sea usted la regenta de un prostíbulo selecto, solo para clientes exclusivos. Usted contratará a las chicas y cobrará el porcentaje que decida. Este local es un antro, yo le ofrezco una residencia que será su casa y que podrá decorar como quiera. Contará con mi protección, nadie se atreverá a hacerle daño. A las diez estará esperándola mi lugarteniente abajo en la calle para acompañarla. Me llamo Feliciano Silva; creo que le he demostrado en la cama que soy un hombre, pronto me convertiré en el más rico de la isla».

Todavía faltaban los espejos que iban a cubrir las paredes desconchadas del salón del Berlín, pero el piso ajedrezado en granito blanco y negro ya estaba puesto y, aunque no lucía por los atrabancos y por la manta de polvo y tierra rojiza producida por las obras, se adivinaba lo que resaltaría recién pulido y limpio el día de la inauguración. La fecha elegida fue la víspera del 24 de junio, festividad de San Juan, día grande de las fiestas fundacionales y decimotercero cumpleaños de Feliciano Silva. Este no había escatimado en gastos; fiel a su propósito de hacer de aquel tugurio portuario un exclusivo cabaré en el menor plazo posible de tiempo, se había encargado de extender la noticia de que se necesitaba una buena cuadrilla de hombres, a los que pagaría tres veces más que lo que ya estaban cobrando en el Puerto de La Luz o en el Teatro Nuevo, donde su padre había perecido al caer de un andamio hacía ya ocho años. No tardaron en aparecer, atraídos por el vaho del dinero, decenas de trabajadores que fueron entrevistados por el propio Feliciano, ellos de pie y él sentado en una silla de esparto. Aunque ya los había comprado, había dispuesto que el escritorio de nogal con tapete verde oliva y el sillón de escritorio Chesterfield recubierto en idéntico tono no le fueran entregados hasta que lo dispusiera. Sería cuando terminaran su despacho, que había decidido instalar en la planta baja, en el cobertizo de Nublado, el burro de Antonio Perales que había quedado tan melancólico tras la muerte del conqueño que había enmudecido, ni un rebuzno se le oyó más. Feliciano le había ordenado a Almanegra que se lo llevara de allí, no tenía tiempo ni huecos para tristezas, menos aún para las de un burro desconsolado.

Ofelia O'Higgins había cedido a la invitación que le había cursado el día anterior aquel joven

luciferino. Le había visto al trasluz la atractiva fuerza de su determinación, el coraje de un corcel indómito que la atraía con su labia y sus sueños. Así que había bajado a la hora prevista, pretextó ante la Valido que iba a misa; creía en Dios a medias, según los días, y aquel se había levantado con ansias de prosternarse y confesar la riada pecaminosa que la empapaba con un agua corrompida. La vieja madama musitó unos vocablos apenas inteligibles, pero que daban cuenta de su aquiescencia. Almanegra la esperaba en la puerta y la acompañó hasta el Berlín. En la planta alta la esperaba Feliciano Silva, este quiso recibirla en la que iba a ser su alcoba si aceptaba el acuerdo que le había ofrecido. Aquella habitación era la única de la casa que estaba acondicionada hasta el último detalle, según le había asegurado con una voz que sonaba a timbre de bicicleta el dueño de Muebles El Palacio, que se había hecho cargo hasta de la elección de las cortinas y la ropa de cama, en una seda con fondo amarillo siena moteada de pequeñas lilas que le aportaban el toque floral, como insistía en recalcar aquel comerciante que, a la sazón, se había convertido en auténtico diseñador del Berlín. «Esta es su habitación, si no le gusta la decoración, la cambiamos a su antojo, lo que usted decida. Venga, quiero que vea esto. —Le indicó una puerta pintada de blanco mate que se hallaba en la esquina izquierda. Cuando la abrió, la irlandesa tuvo que llevarse las manos a la boca para no gritar de júbilo—. Es solo para usted, de su particular uso.» Ya se había decidido por aceptar la oferta de Feliciano antes de entrar en su nuevo dormitorio; pero cuando vio el baño reluciente, con una bañera esmaltada en rosa, con agua corriente, con inodoro, con bidé, con toallas sin estrenar bordadas con las iniciales O. O., solo se dejó llevar por la golosinería de disfrutar de aquel lujo que se le ofrecía como un presente fastuoso. Feliciano la vio corretear por el enorme baño, llevarse a la nariz los perfumados jabones que se destacaban en el lavamanos, comprobar la dureza justa de los peines y cepillos que se alineaban sobre el tocador.

—¿Qué me dice, acepta mi propuesta? —La pregunta era retórica a todas luces, porque el contento de la cortesana evidenciaba su asentimiento.

—¿De verdad que este baño será solo para mí? —Se había virado hacia Feliciano Silva como una niña con un juguete en las manos, temerosa de que la privaran de él en cualquier momento.

—Por supuesto, hasta que usted lo desee esta será su casa, su dormitorio particular, donde recibirá a quien sea de su gusto. Le insisto en que en esta casa no se va a dejar entrar a cualquiera, solo serán personas seleccionadas, la flor y nata.

—En la cama, todos los hombres son animales salvajes. —Feliciano pensó en responderle que ahí ya no podía hacer nada; pero prefirió no hacer comentario y dejó que se extinguieran en el silencio las palabras pronunciadas—. ¿Cuándo quiere que empiece?

—Sobre la marcha, quedan muchas cosas que hacer. La fecha de estreno será la víspera de San Juan, apenas nos queda mes y medio, así que debe elegir a las chicas, usted las dirigirá. Por su patrona no debe preocuparse, yo iré y trataré en persona su decisión de cambiar de empresa; son negocios, lo entenderá. Podemos encargarnos de recoger sus enseres, no hace falta que vuelva por allí. Como le he dicho, esta es su casa.

La Valido lo recibió con una sarta de insultos, pero no le impidió que entrara hasta el salón de las visitas. La madama debía admitir que aquel cabrón de chiquillo se gastaba unos cojones de burro al presentarse con aquel aplomo en su casa para comunicarle lo que ella ya sabía. Podía haber elegido a otra de las veintitrés niñas que tenía bajo su cargo; pero se había encaprichado nada menos que de Ofelia O'Higgins, la irlandesa del coño pelirrojo que era un filón de oro, que ella había descubierto, amparado y querido como a una hija.

—No he venido a discutir con usted, no es mi forma de entender las relaciones comerciales. Esto es un negocio, una de sus protegidas ha querido incorporarse a mi empresa; como ello puede que le cause algún quebranto en su cuenta de resultados, he traído una cantidad que creo más que suficiente para resarcirla. —Sacó un sobre canelo de su chaqueta—. Aquí tiene cien mil pesetas. Es un dineral, lo sé; pero soy un empresario justo, me llevo una pieza muy codiciada. Creo que es un trato conveniente para los dos. A una señora como usted, que ha debido de luchar tanto para mantener esta entidad a flote, este dinero podría ayudarla a decidirse por una merecida jubilación. Si no lo acepta, me la llevaré por las malas; entonces perderá a la señorita O'Higgins y no obtendrá ni un real por ella.

Le costó no saltarle a los ojos y arrancárselos con sus uñas, aún tenía fuerza en las garras para estrujarle aquella cara de hijo de puta. Era un jodido engendro de crío y hombre que daba consejos como un viejo general con la experiencia de siglos y la prepotencia que dan los galones y las batallas grabadas en el sable. Contó el dinero con una rapidez impropia de su edad sexagenaria, cien mil pesetas. Era una pequeña fortuna, aquel cabrón jugaba fuerte; pero a la Valido le salió el coraje que le había forjado fama de mujer de cuidado.

—No sé quién coño eres, muchacho, pero te estás metiendo en una cueva peligrosa. ¿Crees que he podido montar todo esto sin contar con gente importante? Te recomiendo que recojas la mierda de tu dinero y te lo gastes en un pasaje para el fin del mundo, porque allí van a ir a por ti a despiezarte. Quiero aquí a la irlandesa esta tarde sin falta, no te doy más tiempo.

—Bien, ha elegido ir por las malas, creo que es una elección desafortunada pero la acato. —Cogió el sobre que la madama le había tirado al pecho—. Me llevo el dinero y me quedo con la señorita O'Higgins, puesto que así es el deseo de ella y, por supuesto, el mío. —Sacó la leontina con su reloj—. Son las once menos veinte, antes de las doce la veré suplicándome en el Berlín, lo estamos remodelando para abrir la víspera de San Juan.

—¡Estás muerto, hijo de la gran puta! ¿Me oyes? ¡Voy a tener el gusto de cagarme en tu lápida y en la de tus padres! ¿Me oíste? —Lo había agarrado de la manga de la chaqueta, pero Feliciano se había zafado para dirigirse sin contestarle hacia la salida—. ¡A Eugenia Valido no la amenaza nadie, y menos un mierda como tú! ¡Te van a joder vivo, hijo de la grandísima puta!

Cincuenta minutos después, a las once y media, la Valido pedía entrevistarse con Feliciano Silva en el Berlín. Agapito Luzardo la acompañó desconfiado hasta su despacho; aunque la había cacheado bien, incluso entre las tibias ingles y sus grávidos pechos, no las tenía todas consigo. En su lugar, no hubiera dudado en arreglárselas como fuera para intentar cercenarle la yugular a

Feliciano Silva, aunque fuera a mordidas. En vez de mostrarse altivo —tenía en sus manos todos los ases—, el joven se levantó, sacudió el polvo de obra que se acumulaba sobre un butacón y le rogó que se sentara. La vieja mesalina bufaba como una vaca a punto de parir; no era un dolor de parto, pero vaya si dolía tragarse la bola del orgullo postrándose ante aquel cabrón que se las había arreglado para que hasta el comisario le negara la entrada en la comisaría. Y eso que podía ir a su casa y contarle a su esposa cómo le gustaba que le metieran el dedo en el culo mientras se la chupaba la más joven de sus muchachas, con el pubis rasurado porque así la hacía más niña y eso le volvía loco. Lo que no había previsto la Valido es que esa historia ya fuera del dominio de Feliciano Silva, como también que el juez decano de la Audiencia Territorial de Las Palmas, a pesar de su impotencia, pagaba sus buenos cuartos para gozar del perfume de hembra real que emanaba del sexo pelirrojo de Ofelia O'Higgins. Se desnudaba, se dejaba caer con su arrobado peso en la cama y allí manoseaba los caracolillos encarnados de la meretriz más codiciada del burdel.

Feliciano Silva se había presentado, antes de visitar a la Valido, en la comisaría y en el Gobierno Civil, donde fue recibido con caras hoscas pero serviles ante la amenaza de hacer públicos aquellos sabrosos comentarios sobre sus personas, así como de soltarles al perro de caza que era Almanegra a ellos y a sus nietos, que correteaban, adolescentes, en el colegio de San Agustín. Para endulzar la desagradable ingesta les había llevado un sobre a cada uno con treinta mil pesetas, mucho más de lo que la Valido les surtía a lo largo de un lustro. Como contrapartida solo quería que no mediaran en sus asuntos de negocios con Eugenia Valido, él se encargaría de controlar la boca de aquella, les garantizaría su silencio. Además, los invitaba a ellos y a sus esposas a la reinauguración del Berlín; por supuesto, el primer servicio que desearan disfrutar con sus chicas sería por cuenta de la casa. Desarmada de la protección que le prestaban estos dos sólidos sostenes del orden en la ciudad, la Valido vio con horror como su casa de meretricio fue rociada de gasolina por unos encapuchados, que la empujaron con desdén sin hacer mínimo caso de sus amenazas y de sus súplicas. Por mucho que se desgañitó en el intento, ningún policía ni ningún probo ciudadano se acercó a socorrerla. No tuvo que preguntar a ninguno de aquellos demonios quién era el causante de aquel horror que sería el infierno si llegaban a prender las mechas que ya formaban con cortinas desgarradas. Corrió hacia la comisaría, hacia la Delegación del Gobierno. Llamó cobardes y maricones a los que se escondían de sus peticiones de socorro; se cagó en silencio en la madre de don Edelmiro Avellano, al que tampoco pudo acogerse, por ser tan beato y casto que nunca quiso saber nada ni de ella ni de sus asuntos de putiferio. No le quedó otra que encaminarse hacia el Berlín. «Doña Eugenia, como le dije, hubiera sido todo más fácil para usted y para mí si hubiera contemplado esta operación como un mero negocio. Usted se habría embolsado cien mil pesetas y hubiéramos quedado como socios de una provechosa relación para ambos; pero me ha obligado a actuar de un modo, digamos, algo más persuasivo. Le voy a ahorrar el disgusto de pedirme disculpas, su presencia aquí ya justifica todo lo demás. Puede quedarse tranquila, no le sucederá nada a su burdel, podrá seguir regentándolo como hasta

ahora. Solo me interesa la prostitución de lujo. Digamos que usted se puede quedar con el resto de la demanda, que es mucha. No hay que dejarse perder por la avaricia, ¿no está de acuerdo?» Nada iba a ser igual, era lo bastante vieja para entenderlo; no le quedó más remedio que comerse la rabia que tenía atravesada como una malla de púas en la garganta y arrastrar los pies hasta su casa, empapada en gasolina, masticando los granos de odio e implorando entre dientes los mayores infortunios para aquel monstruo que había salido de no sabía dónde para desgracia del mundo.

## Sacrilegios

El día siguiente de la capitulación de Eugenia Valido fue un miércoles encorajinado, no solo por el viento, que se había metido como una escoba de esparto por La Isleta removiendo los arenales, sino por el asesinato de don Edelmiro Avellano y de su vástago Edelmiro José. Había sido un sacrilegio, el asesino no había guardado el decoro de respetar la casa del Señor. En la catedral de Santa Ana había disparado a bocajarro a ambos, dejándolos que rezumaran su sangre y que esta se extendiera por el piso fresco ante la imagen consternada de la Dolorosa de Luján Pérez. La gente se hacía cruces ante un suceso que abría de un tajo la superficie de la tranquila existencia en una isla arrumbada a la calma cimbreada del Atlántico, solo interrumpida por los temporales del sur. Fue el 20 de mayo de 1885, Feliciano Silva lo tenía marcado en rojo en su agenda mental. Todo había salido según lo había planeado, a pedir de boca. Si alguien podía entorpecer sus sueños de grandeza ese era don Edelmiro Avellano, que se había adelantado en el tiempo a sus propósitos; poseía el control del contrabando portuario y había sabido mantenerse cortando todas las cabezas de la hidra antes de que abrieran los ojos. Don Edelmiro era, por lo demás, un hombre papudo, triste y abúlico que vivía en el Monte Lentiscal, en una quinta en medio de cinco hectáreas de vides plantadas en picón volcánico, que producía un vino mineral que gozaba de gran prestigio entre aquellos pocos privilegiados que lo habían degustado, pues la mayor parte de las botellas se exportaban al puerto de Londres; solo unas cuantas se guardaban en la excelente bodega del propietario. Era en extremo devoto, tenía en su quinta una capilla en la que rezaba y aliviaba su alma, expuesta a las múltiples contradicciones humanas; sin embargo, todos los miércoles bajaba a la catedral a la misa matutina de las siete. Allí se confesaba, comulgaba y salía reconfortado; pero aquel 20 de mayo la absolución de sus pecados fue un balazo de un revólver Smith & Wesson que entró por la órbita ocular derecha y salió por el occipital para incrustarse en la base de la pila bautismal. En cambio, los dos proyectiles que acabaron con la vida de Edelmiro José, el único varón de don Edelmiro y natural heredero de su emporio, quedaron dentro de su cuerpo. En la autopsia hubo que extraerlos del abdomen y del pulmón izquierdo. La devoción católica de don Edelmiro, en la que se refugiaba para expiar los sentimientos de culpa que le atormentaban por sus incontables pecados, había hecho que renunciara a manejar los hilos de la prostitución. El demonio de la carne era demasiado poderoso

para enfrentársele, no quería entrar en ninguna reyerta moral con la lujuria como espada de Damocles colgando sobre su cabeza.

A Feliciano Silva la obediencia religiosa le resbalaba, de tal modo que le pareció tan buen sitio como otro la catedral para asesinar al caudillo y a su hijo. No había otra manera, lo había repasado cientos de veces, había trazado el plan como la cartografía de un mapamundi. Y debía hacerlo pronto, ya empezaban a circular los rumores en torno al joven dueño del Berlín, que pagaba muy bien a los obreros que lo estaban convirtiendo en una sala de fiestas. Edelmiro José informó a su padre de las circunstancias que concurrían en torno a la remodelación que allí se estaba llevando a cabo. A don Edelmiro le disgustó que en la isla creciera la oferta de centros conducentes a la indecencia, pero mientras no afectara a su trama de estraperlo prefería mantenerse al margen. Evitaba las salpicaduras, siempre tan molestas y difíciles de limpiar; lástima que no se hubiera manchado antes de que Feliciano Silva le disparara en el ojo y el traje impoluto se le ensuciara con un reguero de su sangre.

Lo primero que había hecho fue encontrar el punto débil de don Edelmiro; lo había hallado en su fervor religioso, que le hacía llevar la rutina de asistir todos los miércoles a la misa de siete en la catedral. Estudió con Almanegra *in situ* la manera de abordarlo. Lo hicieron cuatro miércoles seguidos escondidos bajo los soportales de las Casas Consistoriales. Nunca varió de procedimiento. Llegaba a las siete menos cuarto en una berlina, de la que se bajaba solo con su hijo, y entraban ambos a la catedral; salían a las ocho menos diez. Los dos guardaespaldas que lo acompañaban rara vez se bajaban de la berlina. A veces lo hacían para estirar las piernas; pero no entraban, se dedicaban a vigilar el exterior. También conocía sus movimientos dentro del templo gracias a la lengua larga del sacristán. Así supo que lo primero que hacía al entrar en la santa casa era dirigirse al confesonario para dar cuenta de sus pecados. Quiso ejecutarlo él; Almanegra volvió a apostarse en las Casas Consistoriales ojo avizor. Entró en la catedral a las seis y media como un feligrés más, se dirigió al confesonario y ahuyentó al padre que estaba allí sentado esperando a los pecadores. Bastó con que lo encañonara con el revólver para que saliera de allí corriendo hacia la sacristía. Lo demás fue muy rápido y en cierta medida bastante piadoso. Desde que lo vio por la rejilla le quitó el seguro al arma. Don Edelmiro Avellano se arrodilló con pujidos llevándose una mano a la espalda, que parecía tener resquebrajada, dejó el sombrero en el escabel. Esperó a que pronunciara el «Ave María Purísima», y entonces le disparó. Fue un disparo limpio, antes de caer al suelo ya estaba muerto. Edelmiro José lo vio salir del confesonario, pero no le dio tiempo ni a desenfundar. Los ojos se le abrieron como a los meros cuando los enganchan con el bichero y los sacan del agua, y así se le quedaron después de haberle metido dos tiros para asegurarse de que aquel fuera su último día. Estuvo a punto de cerrárselos, pero ya escuchaba los pasos de los guardaespaldas de los Avellano, alertados por los disparos. Feliciano corrió hacia la sacristía, donde el cura del confesonario se hallaba incrustado en la pared, temblando, amarillo como los cirios, envuelto en miedo. Le hizo la señal de rebanarle el cuello y se marchó de allí con los hipidos del religioso silbando en sus oídos.

Alcanzó la calle Espíritu Santo por la puerta lateral del patio de los Naranjos y se encaminó hacia el Berlín, donde brindó con Almanegra con un ron de caña mañanero por los recién finados.

«Quien a hierro mata a hierro muere.» Con este refrán y cara de pocos amigos lo recibió don Nicanor Cardoso en su escuela. Hacía nueve años que había dejado de asistir, tras el fallecimiento de su padre en el Teatro Nuevo. Aunque en la época que estuvo vendiendo pescado llegaba hasta la calle Reyes Católicos, no se atrevió nunca a tocar para interrumpir sus clases. La noticia del asesinato de don Edelmiro Avellano y de su hijo llegó, incluso, hasta aquel maestro tan ajeno a los tejemanejes del puerto. Lo más que lo había conturbado de la noticia, sin embargo, había sido que todos los rumores apuntaban a un joven de San José que ahora era el dueño de una sala de fiestas que se estaba levantando al lado del parque de San Telmo. Por lo visto era un demonio, un golfo que daba miedo. Se lo había contado su hermana Rafaela mientras le servía la taza de leche y gofio del desayuno. Se había atrevido también a comentarle que no había manera de que le tocaran un pelo porque chantajeaba con unos asuntos de faldas a ciertos individuos. Eso era lo que se decía en la ciudad, no se hablaba de otra cosa. Don Nicanor, tras recomendarle a su hermana que no hiciera tanto caso de los mentideros, se dirigió a la escuela barrenándole la certeza de que se trataba de Feliciano Silva, tenía que ser él, se había vuelto loco. A los pocos días del crimen, para su sorpresa, apareció hecho un dandi para contratarlo como su preceptor particular. Era mucho más guapo que su padre, no tan alto pero con una figura esbelta de la que su progenitor carecía. Los ojos verdimiel eran más turbios, más siniestros, más atractivos. Llevaba, además, un bigote que lo separaba del todo del niño que había asistido a su liceo. No pudo remediar espetarle el refrán en la puerta cavilando si le franqueaba la entrada o se la cerraba para siempre.

—No sé lo que me quiere decir, don Nicanor.

—Lo sabes de sobra, atreverte a hacer lo que hiciste... Además, en la catedral. Yo soy ateo, pero me guardo muy bien de respetar las creencias de los demás, y eso fue una profanación incívica, una salvajada. Debería correrte a cintazos hasta despellejarte vivo.

—Vamos, vamos, no se altere...

—¿Quién me lo iba a decir a mí, un hijo de aquellos ángeles? Porque si tu madre era buena, tu padre era mejor... Y tú..., el maldito demonio, que se te ha metido en el cuerpo.

—Si quiere reprocharme algo, dígamelo a las claras y no esté recordando a los muertos, déjelos en paz.

—Fuiste tú el que se atrevió a matar a don Edelmiro Avellano y a su hijo en la catedral, lo sé tan bien como que me llamo Nicanor Cardoso Aguirre.

—Don Nicanor, basta ya. Lo he aguantado hasta aquí por el aprecio que le tengo y porque, aunque no lo crea, pienso que es de bien nacido ser agradecido; pero todo tiene un límite y usted ya lo ha cruzado.

—Si...

—Hágame el favor y olvídese de don Edelmiro Avellano y su hijo, eran personas poco

recomendables para el buen orden de la comunidad, basura que viene bien eliminar de las calles. Así que incluso habría que agradecerlo a quien se encargó de ellos. Perdóne mi falta de escrúpulos, pero usted sabe que esos de santos solo tenían el frontis; el viejo iba a confesarse porque no le dejaban dormir los fantasmas de los muertos que se habían comido sus perros. El dinero de este sobre es para que se encargue de un panteón para mis padres en el cementerio, se lo pido como un favor. Usted tiene buen gusto artístico, no quiero cometer el error de elegir un adefesio. Solo quiero que sea de mármol negro y que en el interior haya rosas amarillas, las flores favoritas de mi madre. No escatime en el precio. Si hace falta más, se pone, no hay problema; pero quiero que los cambien del cacho de tierra en que los metieron a una sepultura digna antes de la víspera de San Juan, el panteón tiene que estar listo para entonces.

Tomó el sobre resoplando; no se podía negar al mandado, aunque no sabía cómo el marmolista se iba a dar tanta prisa para llegar a tiempo a la fecha requerida por aquel salvaje. Lo hacía por los padres, que no tenían la culpa de lo que había hecho el satán en que se había convertido su hijo. Este aprovechó la mediana tregua que don Nicanor le concedió para solicitarle sus servicios de preceptor en exclusiva, necesitaba una buena mano de barniz cultural para integrarse en los círculos de la burguesía isleña. Le pagaría el doble de lo que estipulara conveniente por sus clases. Don Nicanor le dio la respuesta que le hubiera dado también a Alfonso XII, a la sazón rey de España, aunque por poco tiempo, pues en noviembre de ese año 1885 moriría de tuberculosis.

—Quien quiera recibir mis modestos conocimientos, que son gratuitos, que venga a esta escuela; está abierta para quien la necesite.

—Le tomo la palabra, don Nicanor. Si no le importa, mañana vendré a última hora de la tarde para aprender de usted lo que me he dejado atrás todos estos años. Lo necesito de veras.

Don Nicanor asintió de mala gana. Había abogado por las causas perdidas desde que había decidido, con asombro por parte de sus profesores y colegas de la Universidad de Salamanca, donde había estudiado Filosofía y Letras, cambiar una prometedora carrera en las aulas salmantinas por montar una academia gratuita para familias desfavorecidas en su ciudad natal, en medio del Atlántico. Sin embargo, consideró que Feliciano Silva más que perdido estaba condenado. Aun así, al día siguiente lo recibió con el *Emilio*, o *De la educación* de Rousseau sobre la mesa. Sus visitas se hicieron regulares a partir de entonces. Salvo en los periodos en los que los negocios le exigieron salir de la isla para llevar de forma directa sus asuntos; fue extraño que fallara en acercarse al menos una vez a la semana a la academia de don Nicanor. Discípulo y maestro fueron convirtiéndose en una pareja necesitada uno del otro. Ya después de haber adquirido los buenos modales culturales y de no necesitarlos porque podía hacer lo que se le antojara, Feliciano hallaba en las conversaciones filosóficas con don Nicanor un lenitivo tratamiento de sus neurosis por controlar y no perder el imperio que había forjado. Pese a ello, el maestro confirmaba que aquel alumno que había regresado ya hecho hombre a su escuela no tenía remedio alguno para su condena, estaba abrasado por la ambición. Aun así, no se arredraba

y seguía, más allá de haberle enseñado algunas normas de comportamiento, como el uso de los distintos tenedores y cuchillos, y unas citas ubicables en toda conversación, con sus lecciones en torno a la historia, el arte, la política, la ética, la moral o la innata bondad de los seres humanos. Los debates eran tan calientes que doña Rafaela, la hermana del maestro, los escuchaba desde la colindante casa familiar y se acercaba a poner orden y sosiego. El maestro había encontrado en Feliciano un tertuliano litigante e inteligente que podía competir con las mejores mentes que se daban cita en el Gabinete Literario. Eran el agua y el aceite, don Nicanor se sulfuraba hasta la exasperación; pero cuando pasaban algunos días sin que Feliciano acudiera ya le calaba su ausencia y se comprometía a no arremeter contra su discípulo y contrincante la próxima visita. Por supuesto, don Nicanor procuraba llevar siempre las conversaciones al terreno de la abstracción, pero era irremediable que a veces saliera a relucir la naturaleza de los negocios de Feliciano y no podía impedir que se le resbalara de la boca de nuevo aquello de «quien a hierro mata a hierro muere».

Las sórdidas resonancias que rodearon el asunto del asesinato de don Edelmiro Avellano y de su vástago Edelmiro José fueron por fortuna suavizándose con el paso al trote de una primavera remolona y la llegada del verano. La víspera del día de San Juan incitó a pensar en que el futuro deparaba muchas sorpresas, pues para muchos lo fue que el Berlín, aquel bar portuario, se convirtiera en una novedosa sala de fiestas al estilo del Moulin de la Galette parisino. Desde las ocho de una tarde rumorosa se abrieron las puertas, aunque el espectáculo al que había invitado Feliciano Silva a la élite grancanaria daría comienzo dos horas más tarde, a las diez, hora más propicia para que el ambiente rebosara el lujoso jolgorio que esperaba su dueño. Los invitados formaban una escogida lista, que adjuntaba con la misiva de la invitación a cada uno de ellos, para que observaran cuán afortunados eran al ser de los elegidos para asistir a la reinauguración del Berlín, donde serían agasajados con champán y un gran espectáculo musical y de variedades. Allí se hallaban, en orden ascendente, don Baudilio Cifuentes, constructor del Teatro Nuevo, del Palacio Militar y del Puerto de La Luz, junto a su esposa, doña Victoria de los Ángeles Quesada Araujo; el armador Paulino Ortiz y esposa, doña Elena Manrique e Infante; el director del Banco de España, don Sacarino Bezares, y esposa, doña Leonor de la Nuez; el exportador frutícola Guillermo Monroe y esposa, doña Lidia de los Lirios Sarmiento; don Eugenio Canals, director de Correos, y su esposa, doña Catalina Mondragón; don Genaro Valdecasas, comisario de policía, y esposa, doña Expedita Santisteban; don Fernando Hilario Iriarte, alcalde del Partido Liberal, y esposa, doña Mariana Silva; don Pedro Santillana, juez decano, y esposa, doña Ermelinda Pelletier; don Amalio Elgorriaga, coronel del regimiento de infantería de Las Palmas, heredero del valeroso tercio del Batán, que repelió al vicealmirante Drake y al corsario neerlandés Van der Does, y esposa, doña Engracia Arnaiz. Encabezaba la lista el obispo, don Constantino Illescas Rubio. Había considerado incluir entre aquellos invitados a don Exuperancio Arenal y a doña Perpetua, pero sabedor del gusto por el anonimato que practicaban el usurero y su madre los descartó. El hecho de que apareciera el señor obispo en puesto tan eminente en el listado no

había sido un acto sarcástico por parte de Feliciano, sino de respeto hacia su autoridad. Sabía que iba a ser malinterpretada su decisión de invitar al prelado a su cabaré; por otra parte, no invitarlo hubiera supuesto un desaire a su indiscutida y privilegiada posición en el escalafón. Don Constantino Illescas, que todavía se retorció del mal cuerpo que se le había quedado tras la profanación que había sufrido su catedral con aquellos viles asesinatos a los que se pasó página sin su consentimiento, no podía dar crédito ante aquella invitación serpentina, digna de un ser provector. Esa tarde se presentó ante don Armando, al que el tic en el labio superior que le brotó tras ser encañonado en el confesonario por el asesino encapuchado se le acentuó ante el señor obispo. Este eximió al cura de la impartición de las misas vespertinas, que él daría sin especificar razón alguna. Don Armando solo tuvo que escuchar las primeras frases del sermón para saber de qué se trataba y cuánta razón tenía don Constantino para estar tan indignado, al punto de que las venas de su cuello de toro amenazaran con salir de la carne y formar tubos de hierro al fuego vivo. «Condenada sea la serpiente maléfica que está creciendo delante de nosotros y que está dispuesta a devorarnos con sus fauces fétidas, con sus colmillos como dagas, que buscan nuestros corazones para herirlos con saña. Pretende este incubo ensuciar la convivencia de esta ciudad con la apertura de un antro de libertinaje y sumisión a los vicios más nefandos. Y se ha atrevido, escupiendo su veneno viperino, a invitar a la inauguración de ese lupanar a las máximas autoridades, incluyendo, en el colmo de la vesania, a las respetables esposas. Como las trompetas de Jericó derribaron las murallas, nuestra palabra se alza para golpear en los cimientos de ese castillo indigno que debe ser aniquilado de inmediato. ¡Ay de aquel que ose levantarse para defender a los inicuos! ¡Será castigado por el fuego de la condena eterna! ¡Ay de aquel que no atienda este mensaje y contribuya alevoso a mantener esa casa impía! ¡Mejor será no haber nacido, porque arderá en el infierno por toda la eternidad! Manifiesto desde este púlpito que condeno a todo el que se atreva a traspasar el umbral de ese cabaré, de inmediato será excomulgado.»

La diatriba causó el efecto previsto, las señoras invitadas fueron en corro a responder ante el señor obispo con una respuesta inequívoca de la más absoluta obediencia. Sobre la barahúnda de los murmullos que sobrevoló como una masa de moscas alrededor del corro de las distinguidas señoras que se habían reunido con don Constantino, se alzó la férrea determinación de extirpar a aquel engendro de la isla. Lo que ninguna de ellas confesó en esos momentos fue que ya algunas habían adquirido traje para el acontecimiento; por ejemplo, doña Lidia de los Lirios Sarmiento se esforzaba por rebajar un par de centímetros de su cintura para que le quedara como un guante el hermoso vestido de muselina celeste que se había traído del último viaje que había realizado con su marido a Londres. El resto llevaba con mucho sigilo las pruebas en Modas Quinta Avenida, donde Panchita Machín ejecutaba con maestría sus hábiles conocimientos de costura, aprendidos en su Caracas natal y luego en Nueva York, donde había residido muchos años encandilada con una de sus clientas, que al final decidió ocultar del todo el gusto que le daba encamarse con Panchita y se casó con su novio de toda la vida. A la modista le entró tal ataque de celos y de

rabia que parecía que se ahogaba en Nueva York. Así que agarró el barco y se vino para las Canarias; a Venezuela no quería regresar ni muerta, no les iba a dar el gusto de ser blanco de la zumba de verla regresar de los Estados Unidos con la cara de mierda que se le había quedado de llorar y de maldecir a gritos. Nanay. Su tía abuela se había casado con un canario y había partido para allá sin quejarse nunca de la decisión tomada, así que ella pensó que no sería mala tierra. No encontró nunca a su tía abuela ni a descendiente alguno, habría recalado aquella en otra isla; pero no le puso asunto, porque pronto empezó a deslumbrar entre las señoras de Las Palmas la finura de sus manos al hacer los respaldos y las chambritas de los niños, y ya las novias, incluso aquellas que podían viajar a cualquier emporio europeo de la moda, querían que las vistiera Panchita Machín. Coincidían todas en que la decisión de ir a la inauguración había sido de sus maridos, a ver qué se les perdía a ellas allí, donde habría tanto hombre sucio y mujeres livianas, pero ellos habían insistido, pues se trataba sobre todo de negocios. Ellas no podían entenderlo porque eran señoras, pero en esos lugares surgían las conversaciones más francas y las transacciones más productivas. Además, tampoco estaba tan mal que la ciudad tuviera una verdadera sala de fiestas, como las de París, *oh là là*. Y ellas cumplían con el deseo de sus maridos, no podían hacer otra cosa; sin embargo, tras el sermón de don Constantino, la decisión estaba más que tomada: no asistirían ni ellas ni sus esposos. Por mucho que les doliese, los trajes deberían esperar una nueva fiesta para ser estrenados. Así que la reinauguración del Berlín se vio mermada sin la presencia de aquellos insignes prebostes ciudadanos, que enviaron las correspondientes esquelas a Feliciano dando cuenta de la sentida imposibilidad de asistencia a aquel grato evento por cuestiones familiares, lo cual no dejaba de ser cierto. Le deseaban, no obstante, el mejor de los éxitos. Este fue el tono general de la disculpa, aunque las escritas por don Genaro Valdecasas, el comisario de policía, y por don Pedro Santillana, juez decano de la Audiencia, fueron más prolijas en detalles excusadores; pendía sobre ellos la amenaza que les había cursado aquel hijo de puta de desvelar sus correrías en el burdel de la Valido. El primero adujo un terrible dolor de oídos que le impedía hasta rozar su cabeza con la almohada; el segundo no tentó al destino con la invención de enfermedades y eligió un requerimiento de Madrid para que se personase en el Ministerio de Justicia, la nueva Ley de Prensa recién aprobada era un motivo de preocupación para el Gobierno de don Práxedes Mateo Sagasta, así que debían reunirse todos los magistrados para recibir la máxima información en torno a la ley y su aplicación.

Feliciano ocupó las mesas de aquellos que rehusaron su invitación con sustitutos. Para ello, contrató a una pequeña *troupe* de actores que interpretaron los papeles de aquellos que no habían asistido con tanto desenfado y tanta picardía que se convirtieron en una de las grandes atracciones de la noche. En especial, el cómico que hacía de obispo llegó a causar la hilaridad con los obscenos movimientos de su pelvis y con los atrevidos manoseos con los que se propasaba al tocar las partes más pudendas de las ficticias señoras, máxime de la émula de doña Lidia de los Lirios Sarmiento, la esposa de don Guillermo Monroe, exportador de orquilla y

tomate, cuyos grandes pechos parecían a punto de rebosar de su corsé mientras lanzaba coquetos hipidos al intentar huir de las garras aviesas del prelado. La ausencia de los escogidos invitados espoleó a Feliciano a descartar una ceremonia prudente, así que desde el primer día Sodoma y Gomorra afloraron con la contundencia de los flujos comprimidos y desatados. Contribuyó, además de la surrealista cohorte de comediantes, el carrusel de variedades, entre las que destacaron una pareja de bailarinas indias que danzaban lúbricas melodías con el concurso de una pitón que se les enroscaba formando anillos verdosos entre sus pieles morenas; un lanzador de cuchillos que cortaba los habanos humeantes de los señores a una distancia de cinco metros, a más de uno también les rebanó algunos pelos de sus mostachones; un mago italiano que en vez de palomas sacaba de la chistera cisnes azules, que causaron gran admiración por su color y por la extrañeza, debido a su gran tamaño, de que se hallaran en verdad escondidos en aquel hongo; el indecente número de una hetaira vikinga, al decir de su aspecto fornido y sus cabellos rubios, que se fue desnudando al ritmo de un vals palaciego hasta que quedó en cueros mostrando la mayúscula sorpresa de ser en realidad un varón con un descomunal miembro, y la incandescente atracción final de un cancán que terminó por desembarazar a hombres y mujeres de cualquier inhibición púdica. La velada se estiró hasta que el sol comenzó a cortar la noche en rodajas anaranjadas.

Don Constantino Illescas Rubio, obispo de la diócesis de Canarias, desayunaba en su cámara todos los días del mundo a las siete de la mañana, tras haber efectuado su imprescindible lavatorio personal. Sor Marina, su asistente de confianza, recibía en mano los churros y el chocolate que le llevaba a diario Justo Alcocer, el dueño de la churrería La Puerta del Sol, sita en el mercado de Vegueta. Don Constantino, verdadero entusiasta de aquellas viandas crujientes y grasientas, había constatado que los mejores churros de la isla, con mucha diferencia, eran los que salían de la freidora de aquel pequeño local envuelto en vaharadas y estridentes conversaciones de mercaderes de abastos y vendedores de todo tipo de productos, desde albacoras a naranjas de licor y mieles de romero y de palma.

Desde que había tomado posesión de la diócesis de Canarias, no había comido churros a su gusto. Las monjas que trabajaban en la cocina, y que preparaban las más esmeradas recetas para deleite de su excelentísimo, no habían encontrado, para su infortunio, el punto ideal de elaboración de aquella fritanga por la que suspiraba el obispo recién llegado, así que este no había empezado con el estómago contento los primeros días en aquella isla africana a la que le habían enviado. Era un hombre resuelto, así que decidió hacer una inspección por su cuenta. Le preguntó a la madre Marina dónde podría encontrar la churrería más próxima. La monja se santiguó. «¡Pero qué preguntas me hace, monseñor!... Yo no salgo del obispado, solo me preocupo de lo que ocurre aquí dentro. Pregúntele mejor a don Armando, el señor presbítero.» Este le dio noticias de La Puerta del Sol y hasta allí se encaminó solo. El personal de la churrería se quedó boquiabierto al ver allí a aquel hombretón vestido de más que cura, debía de ser por lo menos obispo, con su sotana negra impecable, sin una arruga, ceñida con un fajín rojo amaranto

y en la cabeza el solideo de idéntico color. A alguno que otro de los habituales de la churrería se le cruzó la mala idea de cuánto podía sacar por el anillo episcopal, pero nadie se atrevió a molestar a don Constantino, que, tras unos «Buenos días» tronadores, preguntó si allí se servían buen chocolate y mejores churros. «Los mejores de España, su excelentísimo», contestó achulado Justo Alcocer, que se había repuesto en segundos del impacto producido por la inesperada presencia. Su acento no poseía la cadencia musical de los isleños, su tono erguido provenía de tierras más altas en el mapa; de Madrid, donde había nacido. Era Justo Alcocer un auténtico gato criado entre las ferias de los barrios madrileños, entre chulapos, manolas, verbenas y grescas. De una de ellas escapó con un navajazo debajo del hombro que a punto estuvo de perforarle el pulmón; no tuvo a bien otro carretero, cojo y de aliento perruno, que aquel chaval espabilado se encamara con su consorte, una rebenque fea pero con unas tetas de globos terráqueos. Salió de aquella gracias a los buenos servicios de un cirujano de guerra conocido de su padre por haber participado juntos en 1868 en la Gloriosa, pero decidió echar tierra de por medio, así que pronto se fue a Sevilla, donde no le fue mal con la sapiencia adquirida en el arte de dulces de sartén; pero, gallo y joven al fin y al cabo, volvió a tropezar con la misma piedra, esta vez con la hija del buñolero. Así que huyó de nuevo más al sur, a las Canarias, de donde se decía que había mar por todos lados, un mar que nunca había visto y del que se quedó prendado cuando el barco en el que viajaba lo enfiló en la desembocadura del Guadalquivir. El churrero, que sentó cabeza en la isla con negocio propio y matrimonio, había acertado en el tratamiento de excelentísimo de pura casualidad. Le pareció rimbombante y venido al caso; lo había pronunciado con énfasis, como el alumno que se quiere hacer notar ante el catedrático. Flotaron en su mente otros vocablos escuchados en misas o entierros, o leídos en las pocas lecciones de catecismo que le fueron impartidas. «Los mejores churros de España..., eso es mucho decir», le había contestado don Constantino Illescas Rubio, entrando en el juego del desafío que había promovido Justo Alcocer. Le cayó bien el madrileño, los seres con arrojo merecían su aprecio. El churrero no se arredró, salió del mostrador, hizo un ligero movimiento de cabeza para que unos polleros de siempre desalojaran la mesa central, la limpió con un paño húmedo y la relimpió con el delantal. «Si quiere usted sentarse...» Le bastó con el primer bocado para saber que por fin había encontrado en La Puerta del Sol isleña la alquimia que estaba buscando.

—¿Cómo se llama?

—Justo Alcocer Sanabria, para servirle, excelentísimo. —Don Constantino se terminaba de limpiar las comisuras de los labios con su pañuelo de hilo, las mesas no disponían de mantel ni de servilletas.

—Temo no estar de acuerdo con usted, don Justo; sus churros no son los mejores de España, sino los mejores del mundo, y se lo digo yo que he estado hasta en Manila.

El churrero no pudo dejar de mostrar su júbilo prorrumpiendo en un «Viva la madre que me parió», que causó la hilaridad del obispo y el regocijo y aplauso de los muchos circunstantes. Don Constantino insistió en pagar con un duro aquel hallazgo en La Puerta del Sol, pero por

nada consintió su dueño en admitirlo. «Entréguelo de mi parte al cepillo de la catedral, excelentísimo, que habrá pobres que lo necesiten más que yo.» Don Constantino se llevó de allí el compromiso de serle entregado todas las mañanas, a las siete en punto, un plato abundante de churros con la jícara de chocolate en la puerta del obispado; allí lo recogería sor Marina. El encargo quedó establecido, y desde entonces no hubo día en que el madrileño en persona no le suministrara sus productos al señor obispo.

Aquella mañana fue igual que otras tantas para Justo Alcocer. Había amasado y freído los churros; también había hervido y colado el cacao hasta dejarlo terso. Lo había puesto en la canastilla y envuelto con una pañoleta de cuadros encarnados, que fue lo que más se le acercaba al color rojo amaranto del fajín y del solideo del señor obispo. A las siete menos cinco salió de la churrería en dirección al obispado, dio un par de buenos días a quienes se fue encontrando por la calle de la Pelota, sin percatarse de que un joven alto, afilado como la hoja de un cuchillo y con el ceño fruncido sobre sus ojos verdimiel, lo seguía a cierta distancia. A Feliciano le había llegado la información sobre la costumbre del desayuno del señor obispo sin buscarla, formaba parte de la sabiduría urbana como los días de panza de burro en el mes de agosto. Vio como sor Marina recogía puntual el encargo de manos de Justo Alcocer, que continuaba haciendo reverencias a la madre hasta que esta cerraba el portón. Como preveía, no le fue complicado encaramarse a una reja baja y saltar desde allí al segundo piso, donde se hallaba el dormitorio de don Constantino, confirmado por fuentes internas del servicio seglar del obispado, que abrieron sus manos y sus bocas al grácil tintineo de los reales. Le habían asegurado que don Constantino gustaba de tener las ventanas abiertas mientras se encontraba en sus aposentos, en verano y en invierno, que aquel hombre era un toro y que salía a la calle cuando diluviaba sin paraguas y ni un mal catarro se le pegaba. Se agazapó en el antepecho de la ventana con el equilibrio de un palomo que reposaba en apariencia tierno. Desde allí no veía al obispo, pero escuchaba sus degluciones, ávidas, glotonas. No esperó más, pasó al alféizar y ya lo pudo ver. También don Constantino lo miraba. Con el buche lleno, su cara remedaba una prieta calabaza esférica. En tres zancadas se había situado tras don Constantino, en sus manos se enrollaban los extremos del cinturón de cuero del que se había despojado en un santiamén. Mientras el obispo intentaba ponerse en pie, Feliciano, ya en batalla, pasó el cinto por delante de los ojos desorbitados de su enemigo y, a la altura de la nuez, llevó a cabo un giro vertiginoso que atrapó el cuello bestial del religioso y lo tensó. Sus manos empezaron a temblar ante el embate de tromba de agua que aquel ejercía para librarse del ahogo y no asfixiarse con los trozos de churros que no le bajaban de la garganta. Se había hecho un hombre cargando cestas de pescado por las calles y manejando la mercancía del Berlín, su anatomía estaba trenzada con una fibra flexible y dura como la sogá de esparto; pero parecía no bastarle para contener el embate de bisonte atragantado que daba el obispo. Los esperridos, aun con la mordaza del cinturón, bramaban en un borboteo de saliva que se convirtió en una espuma salina de perro rabioso. Feliciano Silva veía que no podía retenerlo más, agarró la jícara de chocolate y se la vertió sobre los ojos saltones. No estaba hirviendo pero

aún quemaba lo suficiente como para que don Celestino se encogiera del escozor producido. Feliciano, con la frente pavimentada de gotas gruesas de sudor, con los brazos doloridos, aprovechó la circunstancia. «Estese quieto o lo ahogo, deje de joderme o le reviento el pescuezo. Solo vine a darle un mensaje. Por si no me ha reconocido, soy Feliciano Silva; como me vuelva a joder le salto la tapa de los sesos. Le juro por mis padres, que en paz descansen, que la noche menos pensada le pongo el cañón del revólver entre ceja y ceja y no dejo de dispararle hasta que solo vea astillas desparramadas; después me cagaré encima de las astillas y me iré sin remordimientos. Usted, que habla en latín, me entiende, ¿verdad? —Don Constantino cabeceó afirmando como si fuera un caballo embridado, quería respirar y no podía; sobre todo quería seguir vivo, aminoró sus convulsiones—. Bien, solo un momento más y lo suelto. No le guardo rencor; tampoco me lo debe guardar usted a mí, solo lucho por lo que es mío. Le dejo a usted las almas de la ciudad, pero a mí me corresponden los vicios del cuerpo; usted no se meta en mi territorio y yo tampoco lo haré en el suyo. No se arrepentirá, le aseguro que no habrá nadie que sea más generoso que yo en los donativos; hoy, por las molestias, le dejo en la cama mil duros. No creo que valga la pena contarnos los pelos de los huevos a ver quién tiene más, ¿verdad? Si asiente entenderé que hemos llegado a un acuerdo. —Don Constantino volvió a cabecear una afirmación caballuna con menos ímpetu, estaba exhausto—. Bien, no hay más que hablar, le dejo que continúe con su desayuno, que tenga un buen día.»

La frente del señor obispo cayó sobre el plato de los churros, que no pudieron amortiguar el golpe, todo su ser se centraba en respirar. Tras ser liberado del cinto, su garganta se abrió, su boca expulsó los restos de la ingesta que no habían sido tragados y se abrió como un hueco descoyuntado aspirando con fiereza. Los pulmones reaccionaron bruscos; la asfixia se rebajó, pero no impidió que las arcadas surgieran con un vómito achocolatado. Cuando sor Marina entró a retirar el servicio se lo encontró desplomado con la cabeza sobre el vómito. Sobresaltada, se le acercó trémula con el triste convencimiento de que don Constantino había pasado a mejor vida en uno de sus hartazgos de churros matutinos; pero por fortuna aún respiraba con un estertor agónico. «Excelentísimo, excelentísimo, ¿se encuentra usted bien? ¿Qué le ha ocurrido? ¡Ay, por Dios y por la Virgen Santísima, diga usted algo! ¡Ay, que alguien nos soco...!»

La monja principiaba a solicitar ayuda con una voz que expelía como graznido de gaviota cuando, con los abultados dedos de una mano, el señor obispo la agarró y la atrajo hacia sí ordenándole que se callara, que no quería que nadie supiera de aquel malhadado trance del que tampoco dio mayores explicaciones a sor Marina. Esta, al ver que don Constantino se había erguido y sus inspiraciones eran más prolongadas, suavizó su temor. Recuperó al pronto su proverbial eficacia, llevó la jofaina y la jarra aguamanil a la mesa y, con las toallas de lino del aseo personal de don Constantino, le limpió la cara y el cuello. Al principio rechazó tal servicio, pero ponía en el empeño la monja un ánimo tan férreo y se había sentido tan frágil que cedió, dejó que la toalla le resbalara hasta el cuello estragado por el cinturón de Feliciano. La marca del cuero se extendía como una culebra morada por aquel redondo contorno, nunca se le llegó a

quitar del todo la señal, como un recordatorio de una humillación indignante. Recuperado el resuello, don Constantino se levantó, caminó hacia el alféizar de la ventana, por donde había entrado aquel demonio. Sor Marina limpiaba con las toallas la mesa, el obispo le pidió que le dejara solo, no sin antes agradecerle su auxilio y reiterarle que nadie debía saber lo que allí había sucedido. Don Constantino vio el sobre de Feliciano sobre la cama, sor Marina había tenido el buen juicio de no mencionarlo; en efecto, había mil duros dentro, lo tiró sobre la mesa. Volvió hacia la ventana, se masajeaba el cuello, le dolía, pero más le trizaba no haber podido descuartizar con sus manos a aquel malnacido; solo le quedaba la rabia de toro ensartado. «¡Hijo de puuuuuuta!» Las palomas de la plaza de Santa Ana se espantaron y echaron a volar. Deolindo Díaz, barrendero de la zona, aseguraba a todos los que querían escucharlo que había sido el señor obispo quien había lanzado aquel grito, que daba miedo verlo allí en la ventana con el puño en alto como si estuviera retando a Satanás.

## Una lección indecorosa

Pronto, apenas tres meses después, encontraron otra ocasión de estrenar sus trajes las distinguidas señoras que rechazaron asistir a la reinauguración del Berlín. Don Demetrio Cano, interventor del Banco de España, y su esposa, doña Emilia Hidalgo, celebraban por todo lo alto la puesta de largo de su primera niña casadera, Micaela, una morena belfona que llevaba el peligro en el cuerpo. Su madre, buena conocedora de los afanes uterinos de su retoño, pues venían de familia, instó a su marido a que se precipitara en la fiesta y que concitara al mayor número de galanes jóvenes para concertar una boda cuanto antes y sofocar los ardores de Micaela. Así que todo quedó listo para la cena y baile en los salones del hotel Cuatro Naciones el sábado 26 de septiembre de 1884. Micaela había vuelto a romper las medidas que le había tomado Panchita Machín la semana anterior. La costurera no daba crédito al crecimiento de las caderas y del pecho de la niña de doña Emilia, ni a las culonas caraqueñas había visto desarrollarse con tanta urgencia. «¡Pero mire, que le tengo que sacar otra vez al traje! ¡Déjese de comer, por Dios, mi niña!»

Almanegra no estaba contento con lo que iba a hacer, pero Feliciano se había empeñado en que no podían pasar el desaire recibido en la reinauguración del Berlín sin aquel escarmiento. Don Constantino Illescas, el señor obispo, ya lo había recibido, faltaban las señoras que lo secundaron. Así que se encogió de hombros, se ladeó el sombrero y salió a buscar a Ramiro Batista y a Ignacio Zulueta. De los sicarios que había reclutado para el ejército de Feliciano Silva, estos eran los que poseían algún punto más de cabeza que el resto. Escupió al suelo antes de adentrarse en el hotel Cuatro Naciones por la puerta lateral de servicio, que da a la parroquia de San Francisco; Ramiro e Ignacio lo siguieron. Nadie los interpeló, por el pasillo transitaban camareros por doquier que ignoraron la presencia de aquellos sujetos. Almanegra sacó el papel que antes había repasado con Feliciano; allí constaba la ubicación de las mesas, marcados con una equis estaban los nombres de las señoras elegidas. Las localizó a todas, en la primera mesa a la izquierda estaban doña Elena Manrique e Infante, doña Leonor de la Nuez, doña Lidia de los Lirios Sarmiento y doña Ermelinda Pelletier, que codeaba al coronel cada vez que este soltaba un exabrupto. Doña Expedita Santisteban hablaba con desmesura en la segunda mesa a la derecha. Detrás de ella, doña Catalina Mondragón se mostraba arrobada con las explicaciones de su

marido sobre el papel básico que constituía para la nación que el servicio de correos funcionara con diligencia. Doña Victoria de los Ángeles Quesada Araujo y doña Mariana Silva departían divertidas en la mesa más cercana a la salida de la cocina. Desde allí las observaba contrariado Agapito Luzardo. Lo que iba a hacer no estaba bien, pero donde manda capitán no manda marinero. Había sondeado a los camareros en un pispás, enseguida captó cuál era el más avisado. Le metió diez duros en el bolsillo de su chaquetilla con el encargo de entregar en el orden que se le fuera indicando un recado en forma de un sobre rosa con una pequeña tarjeta en su interior. El muchacho, enardecido por la inesperada y sustancial propina, no reparó en inconveniente alguno y se prestó a efectuar aquel servicio extra, sin dejar, eso sí, de atender la salida de la segunda entrega del menú, *magret* de pato con manzanas reinetas. Almanegra, quizás acuciado por el remordimiento, dejó que hincaran bien sus dientes a aquella delicadeza culinaria; solo doña Lidia de los Lirios Sarmiento se mostró melindrosa, al punto que casi ni lo probó, con el beneplácito de su marido, don Guillermo Monroe, que devoraba su porción con avidez para apañar luego la de su esposa sin remilgos. Por ella se decidió Agapito Luzardo para comenzar la faena.

«Señora, una dama me ha dado esto para usted.» El camarero se había acercado con sigilo a doña Lidia de los Lirios Sarmiento mientras le rellenaba la copa de vino. Casi sufre una angina de pecho al ver el sobre. Llevaba una temporada rondando a la señora de Monroe un petimetre, un pintor con ínfulas que había advertido el flanco abierto de la abulia que sentía junto al exportador. Era atrevido su pretendiente, tanto que imaginó que tal vez fuera una misiva de este perseguidor al que hasta ahora solo había dado ligerísimas esperanzas. Se sintió al tiempo aliviada y compungida al comprobar que no se trataba del pintor, la tarjeta era lo suficientemente explícita para saber que era de una señora en ciertos apuros:

Querida, perdona, pero estoy en el servicio y me siento algo indispuesta por un suceso imprevisto; ya tú me entiendes. ¿Podrías acercarte y socorrerme, por favor?

Doña Lidia de los Lirios Sarmiento echó una ojeada rápida a la sala y observó que sus más allegadas se encontraban en sus asientos, pero no podía desatender a cualquier otra señora, fuese quien fuese, en aquellos apuros. Su marido engullía a dos carrillos. No hubo necesidad de decir nada, dejó la servilleta sobre la mesa, cogió su bolso y se dirigió al baño. En el pasillo observó a dos sujetos que desentonaban bastante con el ambiente de la puesta de largo de Micaela Cano, la desnudaban con sus miradas descaradas. Se incomodó bastante y aceleró el paso hasta llegar al baño. Cuando entró se encontró de frente con Almanegra, que le explicó la situación con la mayor delicadeza, o eso era lo pretendido por el sicario: «Por favor, señora, entre y cierre la puerta. No le voy a hacer daño a menos que no cumpla mis instrucciones. Ahora vendrán otras amigas tuyas, se reunirán todas aquí sin montar un escándalo ni ponerse a gritar como locas. Entonces les diré lo que han de hacer. Si usted y sus amigas siguen mis instrucciones no les tocaré un pelo; pero si no es el caso, atégase a las consecuencias».

Doña Lidia de los Lirios Sarmiento había cerrado la puerta, aquel sujeto que la taladraba con el semblante más torvo que hubiera visto jamás la había inundado de miedo. Su presencia en el baño de señoras la había sumergido de repente en un siniestro lago de pavor. A pesar de la advertencia quería gritar, dar alaridos de angustia, pero no salía de sus cuerdas vocales ni el más corto sonido. Se había quedado petrificada, y así hubiese permanecido si no entra doña Elena Manrique e Infante, con su bolso de terciopelo gris en la mano, dispuesta a ayudar a la anónima necesitada de la tarjeta. El pequeño bolso de la señora Manrique e Infante cayó al piso cuando la señora Sarmiento se le abrazó despavorida. Entonces doña Elena captó el peligro y se puso a dar saltos, que conjuntaba con unos ayes lastimeros. «¡Que no quiero gritos, coño!» La escasa paciencia que Dios le había otorgado a Almanegra se agotó con presteza. Se lo había dicho a Feliciano, que él no valía para ese trabajo, que las mujeres no se le daban bien, que prefería apuñalar hombres que habérselas con damas afligidas. Ya no había vuelta atrás, así que había que salir de allí con los machos bien apretados. Ramiro Batista e Ignacio Zulueta fueron comprobando cómo seguían llegando las señoras al baño; algunas lo hacían juntas, comentando algún cómico sucedido de la cena, muy ajenas a lo que ocurría dentro del servicio. Agapito Luzardo, que aún no había necesitado sacar su Colt 45, se había colocado delante de la puerta, empujándolas hacia las encimeras de mármol veteado en gris perla, donde se disponían tres lavabos y el largo espejo corrido. Revoloteaban como gallinas espantadas, sofocando apenas los baladros reprimidos por mandato de aquel monstruo sin alma. Lo que escucharon a continuación les confirmó que no solo carecía de alma, sino también del más mínimo grado de decencia: «A ver, señoras, presten atención, no me obliguen a usar la fuerza... Vale, así, un poco de silencio... Feliciano Silva, propietario del Berlín, que tuvo a bien invitar a sus maridos y a ustedes al acto de inauguración de su local y recibió como respuesta su desprecio, considera inapropiado que vistan hoy los vestidos que fueron realizados para aquella ocasión; así que les pide, con mucho respeto, que se los quiten. —O no entendieron o no quisieron entender las palabras de Almanegra, porque ninguna reaccionó de otro modo que mirándose entre ellas, desparramándose el terror líquido que emanaba de sus poros—. ¡Venga, joder, desnúdense de una puta vez o las desangro a cintazos...! ¡Que no griten, coño!».

Fue imposible, aquellas mujeres chillaban como si las fueran a sacrificar. Le tenían más miedo a mostrar sus vergüenzas que a ser desgarradas a correazos. Sin planificarlo, habían formado un ovillo compacto, un círculo entrelazado por brazos, manos y piernas que pretendía defenderse de la vileza asiéndose lo más fuerte posible en la desgracia. Fuera, los camareros se sorprendían por los aullidos, que llegaban nítidos al pasillo. Ya Almanegra se había sacado la correa del pantalón y estaba a punto de ponerse a repartir cuero cuando Ignacio Zulueta se llegó al coro femenino, del bolsillo sacó una navaja que refulgió acerada y de la bragueta se sacó su miembro amocillado. «¡Viejas de mierda, como no se desnuden ya les voy a meter la verga por el culo! ¡A ti te voy a dar con gusto, todavía estás carnuda y sé que tienes ganas de esto!»

Y se agarró zafio el pene mientras doña Lidia de los Lirios Sarmiento, a quien iba dirigida

aquella ordinariez, se ponía del color de la grana. No se supo a ciencia cierta quién fue la primera que se decidió a bajarse el vestido de los hombros y mostrar el corpiño, todas estaban esperando ese movimiento para actuar de idéntico modo; a su lado, el semental con todo al aire las azuzaba para que se desvistieran lo más rápido posible. Por fin, los preciosos trajes quedaron diseminados por el suelo del servicio formando una multiforme alfombra, una carta cromática de finas telas que simbolizaban la deshonra. Las atormentadas señoras vieron con espanto que aquel no era el último escalón del infierno. Almanegra había comprobado el buen hacer de Ignacio Zulueta en menester tan deleznable, así que quedó en segundo plano mientras le daba mando en plaza a su subalterno, que mostraba signos palpables de una erección de ariete. «¡Venga, fuera esas mierdas de fajas, enseñen las tetas y los coños!»

Doña Engracia Arnaiz no tuvo la fortuna de desmayarse cuando el endriago le frotó su cuerno en las nalgas y le cortó con la navaja el cordón del corsé. Lloraba, como todas, mientras poco a poco, violentadas, iban despojándose de sus prendas interiores y dando libertad a unas carnes que recuperaban sus volúmenes y flaccideces. En cambio, doña Lidia de los Lirios Sarmiento mostró un cuerpo prieto, con los pechos abombados y un pubis silvestre que amparaban muslos férreos. Ignacio Zulueta se lanzó a por ella, por la espalda la agarró del cuello, su asta buscaba desenfundada el hueco por donde introducirse; la calentura no le impidió advertir cómo el cañón del Colt 45 de Agapito Luzardo se incrustaba en su sien. «¡Suéltala, animal, o te quiebro el alma!»

Del saco de los instintos de Ignacio Zulueta irrumpió la fuerza por vivir a pesar de la demanda de su miembro cornudo. Sudando, enfebrecido, soltó a doña Lidia de los Lirios Sarmiento, que corrió a refugiarse entre las demás señoras, que ululaban envueltas en la coraza del pánico. La tardanza de las damas, amén de aquellos gritos que los sonos de la orquesta ya no podían cubrir, hizo que algunas otras invitadas empezaran a preguntarse por su ausencia. Para ser fieles a la verdad, también algún que otro marido, como el juez decano de la Audiencia, don Pedro Santillana, y el coronel Amalio Elgorriaga, dieron muestras de singular preocupación, que fueron aliviadas por los comensales vecinos con los consabidos tópicos: las mujeres, ya se sabe cómo son, estarán hablando de fruslerías, de los pretendientes de sus niñas o de las joyas que luce Fulanita o Menganita. Pese a ello, Ramiro Batista, apostado delante de la puerta del servicio de señoras, ya estaba a punto de empezar a soltar la mano ante la insistencia del *maître*, azuzado por un coro de invitadas que exigían pasar para saber qué estaba ocurriendo allí. Los disparos sonaron secos pero aterradores. «¡Fuera, coño, o les hago otro agujero en el culo!»

Almanegra se había llegado hasta la puerta atravesando el anillo de las mujeres a codazos, con tan mala fortuna para doña Catalina Mondragón que sufrió del golpe la rotura de la mandíbula. Almanegra abrió la puerta y disparó tres tiros al aire, los proyectiles quedaron incrustados en el techo, del que cayeron trozos de estuco encima de aquellas mujeres, que se vieron espoleadas a salir en una estampida alborotada hacia la sala principal, en la que de repente cesó hasta la música; el último sonido fue el del violín, cuyo intérprete estaba tan absorto en la divertida polca

*Tritsch-Tratsch*, de Johann Strauss hijo, que tardó más de la cuenta en percatarse de aquella imagen insólita. Las señoras se atropellaban intentando huir de Almanegra y sus secuaces, los tres portaban revólveres y seguían disparando al aire, como había ordenado Feliciano. El desconcierto se mezcló con el pavor, los quejidos se multiplicaban y los desmayos hicieron acto de presencia. No se daba crédito a lo que se veía, un estado de estupor barrió el salón principal del hotel Cuatro Naciones y dejó por unos momentos noqueados a los asistentes, que necesitaron un tiempo para interpretar la desnudez, la vergüenza y la humillación de aquellas señoras mancilladas. La que reaccionó con mayor presteza dentro de aquel estado de parálisis fue Panchita Machín. Quizás porque estaba acostumbrada a ver a las señoras en paños menores en su local de modas, aunque no tanto en cuero vivo como ahora se hallaban, o porque se enfureció sobremanera, pues vio que sus preciosos trajes habían desaparecido, ya no enfundaban a las señoras que los lucían. En cualquier caso, Panchita Machín tuvo la resolución de tirar del mantel de su mesa, arrojando al suelo platos, copas, floreros, candelabros, ceniceros... Con el mantel cubrió a las tres primeras damas que habían llegado a la sala, atropellándose y tapándose con los brazos y las manos sus intimidades. El acto de Panchita Machín, y sobre todo sus órdenes a voz en grito, hicieron reaccionar a los atolondrados espectadores: «A los hombres no les va esta vaina, carajo, dejen de mirar y tírense para la calle, aquí no se les pierde nada; y a ver las señoras, ayúdenme con los manteles».

Se entendió enseguida el propósito de la caraqueña; los señores, todavía en silencio, fueron desfilando hacia la plazoleta de Cairasco. La niña Micaela Cano lloraba desconsolada junto a su mamá, los músicos de la orquesta ya habían abandonado la sala, y su puesta de largo quedó señalada en el almanaque como de infausto recuerdo. A punto de atravesar el umbral, el coronel don Amalio Elgorriaga enarboló el sable y se revolvó a vengar la afrenta hacia el pasillo del servicio, por donde había salido su señora en pelota junto a aquellas otras damas agraviadas. Amenazaba con el degüello, y seguro que hubiera intentado asestar algún sablazo a los hacedores de la ignominia, pero estos ya se habían dado a la fuga. Ramiro Batista consolaba a Ignacio Zulueta por no haber podido empalar a aquella madurita tetona que ya tenía en el punto de mira; Almanegra iba dos o tres metros por detrás, virando la cabeza de vez en cuando a ver si los seguían. Nada, no había de qué preocuparse, tomaron por Pilarillo Seco. Juraba por su alma que nunca más lo meterían en otro lío de mujeres. Era un hombre bragado, coño, no un mataviejas de mierda; tenía el estómago revuelto.

Cinco meses después de haber abierto las puertas, el Berlín se llenaba todas las noches, ni los días de guardar fueron respetados. Aquellos invitados que habían desistido de asistir el día del estreno por mor de la negativa de sus esposas, alentadas por don Constantino, fueron cayendo por allí gota a gota bajo el amparo de la mentira o de la conveniencia para sus empresas, sin reparar en el escarnio que sus cónyuges habían sufrido, al que cubrieron con un ominoso velo. Enfrentarse a aquel chiquillo resultó ser una opción inviable, manejaba una corta pero peligrosa cohorte de sanguinarios que habían dado ya muestras tangibles de no preocuparles lo más

mínimo cortar un cuello o violar a una mujer. Por otro lado, aunque todos sabían quién había organizado aquel vergonzoso ultraje del hotel Cuatro Naciones, lo cierto es que Feliciano Silva no se hallaba presente y sus hombres no iban a soltar prenda sobre lo ocurrido. Esto fue lo que declaró Pedro Santillana, juez decano de la Audiencia Territorial de Las Palmas de Gran Canaria, ante el resto de los maridos afectados en la reunión que mantuvo en su despacho al día siguiente del infame altercado. El propio juez y el comisario jefe de policía, don Genaro Valdecasas, trataban de poner algo de concierto en una sala que clamaba justicia y sangre, como exigía el coronel don Amalio Elgorriaga. Don Fernando Hilario Iriarte, alcalde del Partido Liberal, ducho en los constantes vaivenes de la política española decimonónica, aunque estaba indignado como el que más por la infamia de ver a su señora violentada junto a las demás damas, de manera sutil fue arrimando voluntades a la calma con el presupuesto de favorecer los intereses de la ciudad, que a la postre era favorecer los intereses personales de cada uno de los que allí se hallaban. Las Palmas se extendía con nuevas construcciones, entre las que destacaban el Puerto de La Luz en el norte y el Teatro Nuevo en el sur. Los negocios iban viento en popa, se adivinaba en el futuro una urbe cosmopolita. Consideraba el edil que no era el momento de emponzoñar aquel engranaje de prosperidad con una guerra abierta contra un mafioso imprevisible falto del mínimo principio moral. Había que ser prácticos, lo mejor era llegar a un acuerdo y establecer límites de actuación y compromisos monetarios.

El coronel don Amalio Elgorriaga fue el único que no se convenció de la conveniencia del apaciguamiento y salió del despacho del juez decano voceando que el valor que había desparramado por los campos de batalla no iba a ser pisoteado por ningún matón, y mucho menos por una manada de comerciantes cobardes, que eso es lo que eran y no había más que hablar. Se encaminaba al viejo Gobierno Militar de la calle Cano, próximo a la casa donde había nacido Benito Pérez Galdós, por el que don Amalio sentía gran respeto y admiración. Dado solo a lecturas de índole bélica, había encontrado en los *Episodios nacionales* del canario un tesoro, sobre todo en la primera serie, con piezas excelsas como *Trafalgar*, *Zaragoza* o *La batalla de los Arapiles*, donde, amén del valor patrio, el coronel disfrutaba de los pormenores de las tácticas empleadas en aquellas admirables contiendas. Pisaba furibundo, paso ligero, rápido a sus cincuenta y tres años, decidido a arrasar aquel burdel donde habitaban el huevo y la serpiente. Cruzaba la calle de la Peregrina cuando le salieron al paso tres sujetos encapuchados, dos por delante y uno a su espalda. Echó la mano al sable. «A mí la...» No tuvo tiempo a terminar la frase, la guardia no llegaría a protegerlo de la paliza animal que le propinaron. En las batallas de Montejurra, Estella y Abadiano, en las que había participado luchando por el Gobierno legítimo en las terceras guerras carlistas, había sufrido heridas de metralla, esquirlas que se le habían incrustado y que allí habían quedado para siempre; pero no había estado tan cerca de la muerte como estuvo tras el brutal apaleamiento. Quedó descoyuntado, le habían molido los huesos hasta dejarlos convertidos en una papilla doliente. Los médicos militares lo trasladaron en el cañonero *Marqués del Duero* a Sevilla, donde estuvo internado siete meses hasta que salió con unas

muletas que fueron sus extremidades inferiores para el resto de su vida, que pasó en Pamplona, donde había nacido. En 1888, con motivo de la inauguración del Palacio Militar de San Telmo, impulsado por el general Bravo y apoyado por el capitán general Valeriano Weyler, fue invitado a regresar a Gran Canaria. Don Amalio escupió la misiva y luego la arrojó a la hoguera de la chimenea.

El caso del coronel fue considerado como un robo, le habían sustraído el sable. No se detuvo a ningún culpable, algún sospechoso fue detenido sin pruebas concluyentes, lo que hizo que fuera liberado tras una corta estancia en los calabozos. Fue extraño que desde las instancias militares no hubiera una ofensiva más fuerte para que se esclareciera el asunto; parecía como si todos quisieran que el velo del olvido cayera con suavidad, como la modorra subtropical de las islas. Nunca declaró Feliciano Silva que había sido obra suya, aunque muchos lo supusieron, pues llevaba su rúbrica; pero también hubo otros, quizás malpensados, que veían la mano del alcalde y el resto de las personalidades que se habían reunido en el despacho del juez decano para tomar una posición conjunta ante el vituperio de sus esposas. No les había gustado a estos que el coronel fuera por libre y amenazara la paz social y económica de una ciudad novelera, en la que el rumor callejero se convertía en certeza de barrio con la rapidez con la que la certeza de barrio se desvanecía por otro rumor mañanero que crecía haciéndose robusto. Tanto los ayes de consuelo como las carcajadas de burla por las viejas en cueros del hotel Cuatro Naciones y por el vehemente coronel desprovisto de su sable, de su honor y de su salud remitieron ante el devenir de los acontecimientos futuros, como la colocación, dos años después, en 1887, del clavo de oro en la carpintería del Teatro Nuevo, con el que se marcaba la finalización de la obra, aunque hubo que esperar algo más para que abriera las puertas al público.

## Matrimonio de conveniencia

Entre los potentados de la isla, fue don Paulino Ortiz, armador de tercera generación de una dinastía santanderina afincado desde joven en Las Palmas, el que calibró con más anchura la dimensión de los propósitos de Feliciano Silva. Después de haber perdido en la ruleta del Berlín mil duros de plata, el joven dueño le indicó que lo acompañara. El cántabro, embarullado entre el reconcomio por los dineros perdidos, el titilar de la bola cayendo en el plato y la exigente mirada verdimiel de aquel diablo, que ya caminaba dándole la espalda hacia su despacho, se despegó de su asiento y del goloso tapete verde maldiciendo su mala fortuna.

—Por favor, siéntese, don Paulino. —Le ofrecía una copa de coñac y una caja de habanos; el armador, refunfuñando, cogió uno y lo acercó a la lumbre que había encendido Feliciano—. Pruebe, pruebe, verá que no ha fumado algo mejor. De Pinar del Río. Me han asegurado que es la mejor tierra de Cuba para los tabacales, y el maestro torcedor es un artista, un guajiro de ochenta y cuatro años que saca solo diez puros al día; cinco para él y los otros cinco para los compradores que hacen fila en su puerta... ¿Qué tal? Excelente, ¿no?

En verdad aquel habano era una obra excepcional, el cálido vaho que ocupó la boca del armador antes de infiltrarse por todos sus canales era de una tersura finísima que portaba un aroma de regaliz y mamey, inidentificable para don Paulino, pero en extremo apetitoso. Las volutas de humo se tornasolaban, variando de un denso gris hasta la celeste agua. Había que reconocerle a aquel arrapiezo que sabía elegir el tabaco que fumaba. El habano obró la difícil tarea de suavizar su ánimo soliviantado, así que siguió chupándolo cada vez con caladas más seguras, más densas, lo que le permitió advertir, entreverado entre los otros sabores ya catados, el de la vainilla.

—He de reconocer que tiene usted razón, es un tabaco excelente. Me ha de hacer el favor de decirme la marca y las señas para dirigirme, quiero adquirir unas cajas. —Feliciano, sin dejar de mirarlo, esbozando una sonrisa a medio hacer, estiró su mano hacia uno de los cajones de la mesa escritorio para extraer otra caja de tabaco idéntica, que puso al lado de su interlocutor.

—Es suya, don Paulino; a partir de ahora todos los primeros de mes recibirá una caja similar como presente de la casa. En cuanto a la marca, quienes me descubrieron el secreto lo llaman el Anónimo, no me dieron muchos más datos de los que ya le conté. En cuanto a las señas, se

sorprenderá al saber que entran en el puerto en uno de sus barcos, el *Ría de Arosa*. Un marinero me vende la mercancía a un precio ridículo para su calidad, pero tres veces superior a lo que le costó en Pinar del Río. Como verá, de todos lados surgen criaturas dispuestas a lograr un dinero fácil.

—Tiene que decirme quién es ese hijo de puta que hace contrabando a mi costa. Todo el flete tiene que estar declarado, así lo mando yo, que soy el armador y me gasto mi buen dinero en pagar a la marinería y en mantener los barcos a punto para que no se los trague este jodido océano de mierda. —Se tomó el coñac, que no había probado, de un tirón y pidió con el dedo índice que Feliciano rellenara la copa. Presto se la sirvió, y añadió el gesto de darle unas suaves palmadas en su brazo para tranquilizarlo.

—Si le dijera el nombre usted no solucionaría gran cosa y yo perdería la credibilidad, la delación está muy mal vista en mi sector. ¿Qué iba a hacer usted, echarlo? ¿Cree que es el único que en sus barcos hace contrabando? Por favor, don Paulino, no me haga reír. El gran negocio de las islas son los puertos francos, nunca le agradeceremos a don Juan Bravo Murillo su ley. El comercio va a más, y usted, como armador, sabe que los barcos de ahora van a ser de juguete comparados con los que están construyendo en los astilleros británicos; el cabotaje se multiplicará por diez, por cien o por mil. Estamos en el siglo XIX, la era de la imparable sociedad industrial.

El santanderino estaba desconcertado, un par de resoplidos dieron cuenta de no encajar con exactitud el verdadero propósito que inspiraba aquella reunión. Desde que se había sentado frente a aquella ave rapaz parecía notar la indeleble dureza de una peladilla en el ano, como una almorrana del tamaño de un huevo de pato. El escozor que le producía solo era aliviado por el azogue del coñac, y sobre todo por las sedosas fragancias que catava del habano, al que le dio otra larga chupada. Feliciano volvió a inclinarse hacia uno de los cajones de la mesa, pero en esta ocasión no sacó otra caja de tabaco sino un fajo de billetes.

—Tome, como prueba de mis buenas intenciones con usted le devuelvo los mil duros que ha perdido esta noche. —Don Paulino miró asombrado a aquella zigzagueante criatura con la impresión de que pronto llegaría su mordisco—. A cambio, solo quiero que cuando llegue a casa piense con tranquilidad en la posibilidad de aliar nuestras aptitudes, usted conoce todo de navíos y de las rutas del Atlántico pero se le escapa el control de sus hombres y sus mercancías, con lo que pierde unas ganancias millonarias. Yo le propongo ganar al año seis millones de pesetas limpios, el doble de lo que he estimado puede sacar ahora. Usted se seguiría encargando de la compra y el mantenimiento de los barcos; yo me encargaría de los fletes, de la estiba y de la tripulación. Creo que es una opción que debe valorar. Va a ganar el doble y se dedicaría a su auténtica vocación, que son los barcos, como un marinero en tierra; en cambio, yo lidiaría con las transacciones mercantiles. Le ruego que no me responda ahora nada, ni que sí ni que no. Sé que es un asunto para reflexionarlo y no merece la pena valorarlo o rechazarlo por una respuesta en caliente, las prisas no son buenas consejeras.

Como era de esperar, la primera reacción que tuvo don Paulino fue la de levantarse y agarrarlo por el pescuezo y estamparle la brasa del magnífico habano en su frente de bronce; pero Feliciano fue más veloz. Cuando el cántabro se apoyaba en los brazos de la silla para alzarse, el joven ya le incrustaba las garras con el inocente ánimo de prestarle ayuda al armador para incorporarse. Este no fue capaz de articular palabra audible, solo gestos y onomatopeyas que revoloteaban alrededor como el mareo que le había surgido de repente, y que no se le atenuó hasta después de una noche espartana, atestada de imprecaciones muy poco piadosas hacia Feliciano Silva y todos sus muertos. Don Paulino contuvo el vicio por el juego tres semanas, tiempo en el cual no cruzó el umbral del Berlín, ni siquiera se había acercado al muelle de San Telmo, lindante con el cabaré, para comprobar *in situ* las faenas de estiba. Se había llevado los mil duros que le ofreció Feliciano a regañadientes, sabía mejor que nadie que se trataba de un regalo envenenado; pero después de esas tres semanas sin haber recibido noticia del Guirre, como empezó a ser apodado Feliciano Silva por su rapacidad sin que nadie declarara ser el autor del alias, don Paulino cedió a las patadas que las ansias por el juego le propinaban y se atrevió a acudir de nuevo al Berlín portando aquellos mil duros. Entró intentando no ser reconocido, procuraba no levantar la cabeza, mirando hacia el suelo como si hubiera perdido una moneda de oro o la vergüenza. Ganó doce mil duros y no había sido abordado por el bastardo, don Paulino llegó a casa eufórico. Si doña Elena Manrique e Infante se lo hubiera permitido, habría ayuntado con ella, pero la susodicha no estaba dispuesta a favorecer el imprevisto apetito carnal del marido sabiendo a ciencia cierta que había estado allí, en el cenáculo del vicio. La segunda y la tercera, la cuarta y también la quinta vez que don Paulino Ortiz entró a jugar en el Berlín después de su regreso, la suerte le fue provechosa; la racha se había convertido en costumbre, creyó haber hallado el método infalible en la ruleta para hacer saltar la banca. Las ganancias fueron acumulándose con el ritmo de galope a lomos de un azar bonancible, un azar que también le había deparado la extrema fortuna de no encararse con el dueño del local. Quiso creer que aquel máncer había considerado mejor la situación y había descartado el trato que le había ofrecido. Que se fuera a tomar bien por culo, no le iba a entregar el comercio de sus barcos a un mierda como aquel por los mil duros que le había condonado. Para hacerse cargo de la naviera y ampliarla había dispuesto que el primogénito estudiara leyes en la Universidad de Granada y que los otros dos varones se enrolaran como guardiamarinas en la Armada española. La niña, apenas dieciséis años recién cumplidos, debía comer más y leer menos para que los pechos le aumentasen y casara bien. El elegido por el armador era Honorio Cifuentes, hijo de don Baudilio Cifuentes, el constructor, un guapo muchacho que cursaba Ingeniería de Caminos, Canales y Puertos en Madrid y que hacía las delicias de la muchachada femenina isleña, que suspiraba por aquel rubiales.

El 14 rojo par fue el elegido para llevar a cabo la apuesta de la noche, las fichas por valor de cinco mil duros concitaron la admiración de los congregados alrededor de la rueda de la fortuna. La bola cayó en el 8 negro y anunció la senda que le esperaba de ahí en adelante, una noche

aciaga en la que don Paulino fue incapaz de controlar a la bestia que lo impulsaba a apostar de nuevo a sabiendas de que, cuando es no, es no y punto. Feliciano apareció en la sala cuando el armador se negaba a abandonar la ruleta a pesar de que ya no le quedaban fichas sobre el tapete, exigía que consideraran su palabra y sobre esta le fiaran una próxima jugada. Feliciano lo permitió y aquel empeñó cien mil duros bajo palabra al 12 rojo. Nada, 20 negro. Don Paulino apoyó su frente en el filo de la mesa, de sopetón había despertado en mitad de la pesadilla que vivía. Por lo bajo había perdido más de dos millones de pesetas, más del cuádruple de lo que había ganado en los últimos cinco días. Sintió una mano en su hombro y supo a ciencia cierta que era el Guirre. «¡Está trucada, la ruleta está trucada! Eres un hijo de la gran puta y te voy a arrancar el...»

Almanegra le propinó un puñetazo en el hígado que lo hizo doblarse y vomitar. Feliciano pidió un vaso de agua que le fue alcanzado al instante, se la dio a beber a don Paulino, que no tuvo más remedio que aceptar la situación. Joder, era un hombre que se vestía por los pies. Se había metido en el lodo y no podía renunciar a oler y a ser tratado como un puerco, había que afrontar la deuda y no gimotear.

—¿Se encuentra mejor? —Asintió el armador con la cabeza, no había mucho que decir y retrasaba las palabras para cuando fuera necesario—. Haga el favor de acompañarme a mi despacho; tenga cuidado, no se vaya a hacer daño con los escalones. Bien, tome asiento, así. —Aquellas finezas del Guirre lo enervaban. Mejor hubiera sido que lo encañonara con un revólver y le exigiera el dinero que le debía, hubiera sido menos humillante—. Esta es la suma total de lo que me debe. Don Paulino, mantengo en lo sustancial mi propuesta, no voy a repetírsela; pero ahora, claro está, su deuda es mucho más amplia, así que la contrapartida debe serlo también, ¿no le parece? Vayamos al grano, quiero la mano de su hija. Tenga en cuenta que la valoro en mucho: dos millones cuatrocientas veintiocho mil quinientas treinta y dos pesetas.

—¡Nunca!, ¿me oyes, hijo de puta?, ¡nunca!

Doña Elena Manrique e Infante hubiera preferido arrojarle desde la azotea a ver como su hija se desposaba con aquel demonio. Pero la sola idea de ser enterrada fuera del camposanto, en suelo de herejes, la hacía volver a la asunción de la realidad fragmentada en cristales rotos y cortantes anunciada, entre gimoteos, por su marido de que no había otra opción que casar a la niña con el Guirre para no quedarse sin barcos y sin casa, con una mano atrás y otra delante, pues había caído más fuerte que nunca en el vicio del juego y aquel cabrón se había aprovechado de su enfermedad, porque había que decirlo así, estaba enfermo, y se lo contaba llorando; a doña Elena Manrique e Infante se le hubiera roto el alma si la hubiese tenido entera y no deshecha en pizcos como se le quebró cuando escuchó, y supo, que no había vuelta de hoja, que su marido había vendido a su María de la Caridad al peor postor. Por el contrario, la cándida niña estaba exultante. Convenció con mimos y adulaciones varias a Fernanda Castellano, su aya, para agazaparse tras la ermita de San Telmo y ver cruzar de lejos al que iba a ser su marido. La niña quedó fascinada y su educadora, descompuesta; aquel era un animal selvático, un caballo sin

doma que la reventaría de gusto pero también de dolor, porque saltaba a la vista que llevaba consigo un cepillo de púas para destrizar las carnes y las pieles que rozaba. Le dio su beneplácito a la niña María de la Caridad, «Sí, sí, es muy guapo», para que no siguiera chillando con los dientes casi de leche apretados, rechinándolos hasta la dentera. Hubiese querido María de la Caridad contraer nupcias aquella misma tarde, hubiera renunciado al traje, a la fiesta, al vals solo para poder encamarse con Feliciano cuanto antes. «Niña, tú estás loca, esa no es manera de hablar de una señorita, sino de una perdularia.» A la niña María de la Caridad le resbalaba cualquier calificativo de su preceptora, casada con un feo ayudante de boticario con el que nunca habría gritado en la alcoba como ella iba a hacer hasta rajar el encalado de las paredes; pero sus hervores sexuales tuvieron que esperar un lustro en un estado de ebullición que la volvía cada vez más frenética, atolondrada, antojadiza, insufrible e indefensa. Don Paulino había transigido con todos los apartados del acuerdo con Feliciano Silva, pero consiguió una prórroga de cinco años, hasta 1890, para la fecha de la boda. El armador, con la excusa de un necesario periodo de noviazgo, estiraba el tiempo, a ver si la fortuna, esquivada en el juego, le favorecía en este nuevo trance con una temprana y repentina muerte del Guirre. Al dueño del Berlín no le pareció mal el retraso del enlace, María de la Caridad había sido elegida por motivos comerciales, y mientras estos no peligrasen no había por qué correr con prisa. Con alguna mujer se tenía que casar, entraba en sus planes no solo crear un imperio sino también un clan que lo heredara y lo sostuviera. Creía amar a Ofelia O'Higgins, pero una puta no podía ser la madre de sus hijos. Podía haber sido otra, pero ya a la edad de dieciséis años, cuando se la solicitó a don Paulino, María de la Caridad disponía de una cara agraciada, unos pechos bien erguidos, unas caderas anchas y, sobre todo, su padre poseía la naviera que Feliciano necesitaba para llevar a cabo con más holgura sus actividades de contrabando. La Guerra Chiquita en Cuba había concluido, pero no el caldo de cultivo del independentismo. Habría pronto otra contienda, el trasiego de barcos españoles por Las Palmas rumbo a la isla antillana crecía y Feliciano, a partir del acuerdo con don Paulino, ya tuvo el control total para embarcar mercancías prohibidas o fraudulentas.

La tarde del 4 de octubre de 1887, coincidiendo con la festividad de San Francisco y con los actos que por este motivo se llevaban a cabo en el castillo militar que llevaba el nombre del santo de Asís, un carromato conducido por Feliciano Silva y Almanegra transportaba desde el castillo de San Francisco al puerto de San Telmo diez cajas de fusiles y treinta barriles de pólvora, que fueron embarcados en el *Península de la Magdalena* con rumbo a Santiago de Cuba y La Habana. Desde lo alto del Risco de San Francisco se veían las torres de la catedral, pero también la vista se iba sin querer hacia la mole rectangular del Teatro Nuevo. Ningún otro edificio, salvo el citado templo, podía competir con aquella construcción, que ya evidenciaba su notable presencia al pie del océano que mojaba su cara este. Era la primera vez que Feliciano Silva viajaba, el contrabando de armas no era un asunto para tratarlo con emisarios. Dejaba al mando del Berlín y sus negocios a Almanegra con la ayuda de Casiano Ballesta, que, a esas alturas, ya trabajaba en su causa. El joven abogado sevillano, poseedor de un excelente expediente

universitario, hacía más de dos años que había aceptado la onerosa suma que le había ofrecido por carta el señor Silva solo por viajar a Las Palmas y hablar en persona sobre una oferta de trabajo. No sabía nada del remitente, salvo que era un hombre de negocios de las Canarias que necesitaba los servicios en exclusiva de un buen letrado. Desde que llegó a la isla, Casiano Ballesta supo en qué estaba metido Feliciano Silva y que su trabajo consistiría en limpiarle toda la mierda ilegal que pisara, para lo que necesitaba estar al día de derecho marítimo e internacional con el fin de sortear mejor los escollos del contrabando. El sevillano se contagió del espíritu fundador de aquel sujeto que le revelaba la creación de un nuevo imperio, imperio en la sombra, pero tan provechoso o más que el hallado por Hernán Cortés. Le entró el virus del conquistador en cierta manera al abogado, y renunció a un bufete en una capital importante para centrarse en arreglar los muchos litigios que salpicaban los negocios del señor Silva. En Las Palmas casó a los pocos meses de estancia con Paquita Araujo de Salazar tras haber sucumbido antes a la fragancia de hembra de Ofelia O'Higgins. Feliciano Silva lo obligó a dejar su residencia en el Berlín, donde vivía desde que decidió aceptar ser su abogado, y tomar una pensión. Le dio unos días de vacaciones y le mandó a don Ceferino Toledo, médico de mujeres y partos y de otras enfermedades de ámbito general, que tenía larga experiencia en la isla tratando a los afectados por los estragos de amor y sexo que generaba la irlandesa. Como había diagnosticado en otras ocasiones, el galeno certificó el mal y prescribió idéntico tratamiento: duchas frías a diario y la búsqueda urgente de una joven casadera. Feliciano Silva, al que no le cabía duda de las cualidades que en el ejercicio de la abogacía iba a ofrecerle el letrado sevillano, quiso recuperarlo cuanto antes, así que se dio a la búsqueda de la joven requerida y la encontró en la figura de Paquita Araujo, una chiquilla linda e inquieta de carácter, sobrina por parte de esposa del constructor don Baudilio Cifuentes, quien había coincidido, tras unas sesiones concertadas con esmero, con el abogado en misas, conciertos y tertulias poéticas. Por fortuna cuajó aquel caldo, formalizaron relaciones de modo urgente, pues Paquita advirtió una falta y tuvo que acelerarse la boda. Hubo murmullos, risitas, injurias que a la joven le entraron por un oído y le salieron por el otro porque estaba bien contenta de estar preñada de un hombre al que quería y que había olvidado gracias a ella —quizás olvidar fuera demasiado pretencioso, mejor adormecer— su enfebrecimiento por Ofelia O'Higgins. Paquita se desbordó tanto en enamorar a su marido que Casiano Ballesta, ya padre de un crío comelón, pudo entrar en el Berlín sin que le temblaran las piernas de puro deseo por la irlandesa cuando Feliciano Silva lo mandó a buscar con celeridad antes de zarpar hacia Cuba. Ya estaba todo hablado, así que no dio más indicaciones a Almanegra y al abogado para la primera ausencia de su jefe. Solo remató un deseo que sonó a amenaza:

—Quiero que todo esté igual a mi vuelta.

—Puede marchar tranquilo, que Agapito y yo mantendremos el fuerte en pie. De todos modos, no se tarde mucho por las Américas. Hágame el favor, si puede, de traerme un detallito para Paquita, una chuchería, un abanico de colorines.

—Por supuesto, Casiano, no me olvidaré.

## Con un congrí por medio

El 21 de enero de 1888, tres meses después, regresó Feliciano Silva a Gran Canaria. El *Península de la Magdalena* había zarpado de La Habana el día primero del año, tras una Nochevieja en la que compartió la mesa de honor de El Louvre con los principales mentores ideológicos de la independencia cubana. Julio Soler había nacido en Camagüey. Su padre, un panadero de Reus que había hecho fortuna en Cuba con una red de prósperas panaderías por toda la colonia, se había casado con una de las cinco hijas de un notario camagüeyano con la mejor biblioteca de la provincia. Al niño le dio bien pronto por la lectura; en vez de correr detrás de las guajiras como hacían sus compañeros del liceo, él se enclaustraba en la casa de su abuelo para devorar todos los libros del mundo, porque por entonces estaba convencido de que no podían existir más y de que, de haber existido, el yayo los habría comprado y los habría dispuesto en una de las baldas de las estanterías. El notario estaba encantado con su nieto, tan diferente de sus tíos, que habían salido jaraneros, bien dispuestos al trago y al baile y a encamarse con cualquier hembra que cimbreara bien el culo. No tenía más de doce años cuando le puso en sus manos dos folletos amarilleados por el uso, *El manifiesto de Cartagena* y las *Cartas de Jamaica*, de Bolívar, que el viejo guardaba con llave en una de las gavetas de su despacho como un tesoro de incalculable valor.

—¿Son cuentos, yayo?

—Mejor no te digo nada, Julito, tú los lees y me dices después qué te piensas sobre ellos; pero no quiero que los saques de aquí ni que le digas a nadie lo que estás leyendo, ni a tus padres. Es un secreto nuestro, ¿de acuerdo?

El niño Julio Soler le dijo que sí, al tiempo que sintió como si le espolearan en las costillas para lanzarse a la lectura de un misterio que no podía ser malo viniendo de su abuelo, un hombre que había leído tanto no podía ser ruin. Los leyó esa tarde, pero no le comentó nada a su abuelo hasta una semana después. Estuvo releýéndolos todos esos días, párrafo a párrafo, palabra a palabra. Los leyó incluso al revés, desde el final hasta el principio, solo para estar seguro de no defraudar a su abuelo con su juicio.

—Bien, Julito, ¿qué me dices de las lecturas que te encomendé?

—¿Yayo, por qué Cuba no es libre? —La respuesta de su nieto alborozó al notario.

—¡Tenemos hombre, carajo!

Le dio igual que su hija y su yerno pusieran el grito en el cielo al encontrar a su hijo mareado por el humo del habano. El notario, para celebrar aquel gesto de hombría y patriotismo cubano de Julito, había hecho brindar a su nieto con ron Bacardí y tabaco Partagás. La bebida no le cayó tan mal, pero el puro le produjo unas náuseas que acabaron con él vomitando toda la noche bajo el sereno de Camagüey, avergonzado por no haber estado a la altura del hombre que quería su abuelo. Sin embargo, este estaba como unas castañuelas de contento, aunque ni de lejos atisbara entonces la relevante labor que Julito iba a tener para la independencia de Cuba. No tuvo el notario el gusto de ver realizado su gran sueño porque murió antes de un atragantamiento con un hueso de pollo, inocente pero mortal. Eso sí, llegó a saber que Julito se había enrolado en el Partido Revolucionario Cubano y que no solo conocía a Martí, el padre de la lucha por la libertad, sino que este lo tenía en tan alta estima que le había encomendado ser el coordinador de las operaciones mercantiles en La Habana en pos de conseguir fondos y materiales para la guerra. Por eso fue Julio Soler el que se entrevistó con Feliciano en El Louvre al llegar este a la capital cubana. Se cayeron bien de inmediato, los dos iban directos al grano y pusieron negro sobre blanco sus pretensiones: «Mire, don Feliciano, desde el norte de América al sur las repúblicas se han independizado de España; es solo cuestión de tiempo que Cuba también lo logre. Se trata de un proceso histórico imparable, más temprano que tarde esta isla será independiente, y entonces los que han sido nuestros amigos serán todavía mejor tratados de lo que son ahora. Usted me entiende, ¿verdad?».

Por supuesto que lo entendía y le sonaba a miel sobre hojuelas, no desaprovechó el ofrecimiento. Comprobó de primera mano el apoyo mayoritario del pueblo cubano a la causa de la independencia. Por supuesto, también escuchó a realistas furibundos nacidos en el Caribe más españoles que los del madrileño barrio de Chamberí; pero, como afirmaba Julio Soler con una convicción científica, Feliciano también constató que el destino de la isla estaba ya escrito y solo era cuestión de tiempo que se cumpliera. El trato se cerró con un congrí por medio y una desbordante confianza en un prometedor futuro para ambos. El empresario canario se comprometió a ayudar a los insurgentes con todas las armas que pudiera conseguir, bien de los arsenales en Canarias, bien de los barcos militares que pasaban por las islas. También se prestó a boicotear en todo lo posible la acción del ejército español con actos de sabotaje en los puertos canarios, donde se producirían a partir de entonces incendios inesperados en las sentinas de los buques que retrasarían la partida *sine die*, o extrañas invasiones de gorgojos que devorarían los sacos de harina. Por su parte, Julio Soler les franqueó la entrada del contrabando en los puertos cubanos a los barcos fletados por Feliciano. Lo malo fue que a Julio Soler, aun sin despreciar el dinero que también le llegaba por sus gestiones de intermediario, le tiraba en demasía el fondo patrio. Para el Guirre fue una lástima que a su hermano Julio, que así llegaron a tratarse, se le metiera aquella inquina contra los americanos, que «si los jodidos yanquis nos están invadiendo y esto va a ser peor que con los españoles porque estos, al fin y al cabo, amaban Cuba que hasta lloraban al perderla». Y seguía con la tabarra de que los cabrones americanos solo venían por los

dólares que sacaban de la isla, «mi hermano, que tú ya sabes que nos ayudaron para la lucha; pero hasta ahí no más, porque nos desprecian, chico». Y Feliciano quería hacerle entrar en razón y le soltaba la perorata de que los negocios de los yanquis eran beneficiosos para todos. El fervor patriótico de Julio Soler lo estaba devorando, así que arremetió por primera vez contra Feliciano requisándole la carga de tabaco que portaba en el *Península de la Magdalena*. Los guardias portuarios comprobaron que llevaba tres toneladas más de las que se registraban en la licencia comercial y detuvieron al capitán. El telegrama que el camagüeyano le envió era bien explícito:

Ya yo te lo advertí, Feliciano, que no te juntaras con los yanquis, que aquí hay mucha gente que no los quiere. Y tú erre que erre, con el güisquito, que aquí todo se sabe, ¿o no es verdad?

La Habana, 10 de febrero de 1906

J. S.

Julio Soler fue encontrado con un tiro en la sien dos días después de haber recibido Feliciano Silva este telegrama. Lo guardó entre las páginas del ejemplar de *Versos sencillos*, dedicado por Martí, que su hermano cubano le había regalado en El Louvre la Nochevieja de 1887, la víspera del regreso a Gran Canaria de su primer viaje a Cuba:

A Feliciano Silva, natural de las islas Canarias como mi madre, originaria de Tenerife, y como el capitán grancanario don Nicolás Estévez, que en el café donde usted ahora se encuentra rompió su espada en acto de protesta contra la ejecución de ocho jóvenes estudiantes libertadores. Sus palabras son testimonio de grandeza: «Antes que la patria están la humanidad y la justicia». Espero que estos versos sencillos le agraden y lo ayuden a entender y a amar a esta tierra cubana que desde ahora también es la suya.

JOSÉ MARTÍ

Lo prometido es deuda, así que, desde que se reencontró con Casiano Ballesta y este le puso al corriente del estado de cuentas, de los litigios interpuestos en los juzgados y de los compromisos verbales que había establecido a la espera de su llegada, Feliciano le entregó el abanico que aquel le había solicitado para su esposa Paquita. Cuando se abría formaba una media luna dentada en amarillo que enmarcaba una composición en la que un rosetón central, con gajos azules, rojos y verdes, parecía dar vuelta alrededor de una floresta anaranjada sobre fondo blanco. También le trajo un abanico de palmas reales en palo rosa a María de la Caridad y otro igual, pero en corinto, a su mamá. Los había comprado en una casa de abanicos en la calle Obispo de La Habana, adonde lo había llevado Julio Soler, que se carcajeaba, picarón, con la cantidad de abanicos que el canario compraba. «Muchas mujeres, hermano; ten cuidado con los cornudos, chico, que tienen la mala costumbre de tomarse a mal los cuernos.» Con Almanegra no hubo regalos ni florituras, solo bastó un apretón de manos sin más para congraciarse en el reencuentro. Solo había habido un problema algo serio, pero ahora el problema andaría medio tullido en Fernando Poo, de donde había llegado para su desgracia y hacia donde fue embarcado para no verlo jamás en la isla. No necesitó más Agapito Luzardo para darle a entender que todo había estado bajo control durante su ausencia. Al tocar tierra se había engallado, de repente le

entró un hervor que solo podía apaciguar Ofelia O'Higgins, para ella había elegido un abanico con estrellas de colorines.

## El concierto de Roberto Stagno

Feliciano Silva no había heredado las dotes de su padre, que poseía un oído envidiable para sacar en el acordeón cualquier pieza que escuchara; pero este sí le había transmitido un gusto por la música que iba en aumento con los años, como si su espíritu enrabietado le exigiera con el paso del tiempo una aplicación más frecuente de esa pomada sonora. Don Gustavo Pacheco, el director de la orquesta Fetén, creyó que su patrón estaba de broma cuando le pidió un concierto de Bach; así que el maestro, cuarentón, barriga prominente, alopécico, bigote con puntas retorcidas, desdentado, prorrumpió en una carcajada sonora que cortó de raíz al ver el gesto adusto que se había dibujado en el señor Silva. «Perdone, don Feliciano, creí que se trataba de una chanza. Como nuestro trabajo consiste aquí en tocar canciones ligeras propias de una sala de fiestas, pues no creí que se nos fuera a solicitar a Bach; pero por supuesto que podemos complacerlo en la medida de nuestras posibilidades.»

Así fue como empezó a disfrutar de las interpretaciones clásicas de la orquesta Fetén en las horas matutinas, en que el Berlín tenía cerrada sus puertas y en las que el silencio, si no total, era sin duda mayor que a partir del mediodía, cuando la maquinaria del local empezaba a engrasarse para dar lo mejor de sí a las siete de la tarde, hora de apertura. Don Gustavo Pacheco eligió un cuarteto de cuerda: dos violines, una viola y un violonchelo. Feliciano Silva estaba solo en el salón principal del cabaré, vacío, aromado con la mezcolanza a licores que desprendían las estanterías del bar, el olor a tabaco y el frescor salino de la mar cercana. «He elegido el *Concierto para dos violines en re menor* del maestro Bach, como usted solicitó. Está compuesto por tres movimientos: el primero, *vivace*; el segundo, *largo ma non tanto*, y el tercero, *allegro*. Espero que sea de su agrado.» Y lo fue, aunque no para el resto de los habitantes del Berlín. Algunas de las pupilas de Ofelia O'Higgins hubieran preferido alargar su descanso mañanero sin aquella cantinela tristona de gatos maullando. Claro que la ejecución del cuarteto de don Gustavo Pacheco no se podía comparar con los conciertos que se tocaban en el Gabinete Literario, pero remediaba con una más que decente nota media los interregnos que se generaban entre los recitales programados por la sociedad cultural, que esperaba como agua de mayo en aquel 1888 que el Teatro Nuevo se estrenara por fin, como era el anhelo general de una ciudad emergente que contaba entonces con más de veinte mil habitantes. Cuando supo de la llegada a la isla del

tenor siciliano Roberto Stagno, su entusiasmo por la música, o por el terapéutico alivio que esta extendía en su ánimo, se hallaba *in crescendo*. Le fue muy fácil saber que arribaría al puerto grancanario el 9 de marzo en el vapor italiano *Vittoria*, que haría una escala de veinticuatro horas para repostar agua, alimentos y carbón antes de continuar hacia América, donde el cantante iba a cumplir su gira. Fue el propio Feliciano el que se puso en contacto con los directivos del Gabinete Literario para hacerles llegar la gran noticia. De inmediato se formó una comisión para recibir al tenor y agasajarlo con una visita a Tafira; con suerte, el cantante les daría la satisfacción de corresponderlos con alguna interpretación, como así sucedió en el salón de Oriente del Gabinete Literario. Feliciano Silva puso sobre la mesa desde el primer momento su firme decisión de pertenecer a aquel grupo de elegidos que compartirían con el tenor su breve estancia en la isla; aunque, por supuesto, no fue bien recibida por los responsables del Gabinete aquella imposición tajante, la dieron por asumida sin más y tuvieron que hacerle un hueco en los actos de bienvenida. La verdad es que no notaron la presencia del Guirre, que en una prudente segunda fila fue testigo presencial de la llegada del cantante siciliano y del recorrido que, en efecto, llevó a cabo a Tafira, al Monte Lentiscal, donde le ofrecieron un almuerzo acorde a su ilustre condición. La comitiva llegó al Gabinete Literario sobre las dos de la tarde, un gentío de ambos sexos se arremolinaba alrededor del recinto. En el salón de Oriente fue recibido por una triple salva de aplausos. El tenor, ya en su papel de escena, hacía mínimas inclinaciones con su mano a la altura del corazón; su sonrisa era grande, generosa. Silencio, ahora silencio, el maestro ya está presto a cantar.

*Ecco, ridente in cielo  
spunta la bella aurora,  
e tu non sorgi ancora  
e puoi dormir così?  
Sorgi, mia dolce speme,  
vieni, bell'idol mío;  
rendi men crudo, oh Dio,  
lo stral che mi ferì.*

Feliciano reconoció al instante la serenata de *El barbero de Sevilla*, entonces fue cuando le entraron las súbitas ganas de llorar sin más, sintió una parálisis momentánea de sus miembros. No pudo aplaudir, el escaso control que tenía sobre sí mismo lo empleó para atenazar su mandíbula y cerrar los puños. Por nada del mundo lloriquearía allí, antes se arrancaba las venas a mordidas. No se arrancó las venas, pero sí se estrujó los testículos a través del bolsillo del pantalón en la romanza de *Los hugonotes*. Un dolor afilado lo recorrió, como si una aguja de coser redes de trasmallo hubiera atravesado el escroto y le llegara al bulbo raquídeo. Para finalizar, el tenor regaló al público el caricato Fiorini, la *canzonetta* de *Crispino e la comare*, el broche distendido de un brevísimo recital que dejó a todos con la miel en los labios. Los

requerimientos al siciliano para que incluyera a Las Palmas como una de las ciudades de su gira y diera un concierto en condiciones no cayeron en balde, el generoso Stagno prometió que en su siguiente escala de regreso de América ofrecería un concierto a beneficio de los pobres de la ciudad.

El 13 de septiembre de aquel año sucedió una tragedia. El *Sudamérica*, otro barco italiano que provenía del nuevo continente y hacía escala en Gran Canaria, sufrió a la entrada del puerto el desafortunado abordaje del buque *La France*. La succión del océano fue rápida e inmisericorde, el *Sudamérica* fue chupado y se ahogaron alrededor de cincuenta personas. La ciudad miraba al mar y este le devolvía la muerte. Hubo dolor, hubo luto; pero no se suspendió el prometido concierto benéfico de Roberto Stagno a su vuelta de América. Feliciano, que formaba parte de la comisión organizadora del evento, propuso que la recaudación se dedicara a los damnificados por el tremendo accidente del *Sudamérica*; ya se encargaría él de proporcionar idéntica cantidad a los pobres de Las Palmas a los que iba dirigida, en principio, la recaudación. No hubo inconveniente, ninguno de los comisionados, aunque afligidos por la desgracia, quería suspender el concierto en el que habían empleado tantas horas; sobre todo con el acondicionamiento del Teatro Nuevo, que no estaba todavía a punto para su estreno oficial, pero había sido elegido para albergar aquel magno acontecimiento. La expectación había desbordado todas las previsiones, el pequeño teatro Cairasco era a todas luces insuficiente para dar cabida a las numerosas solicitudes de localidades. Así que Feliciano Silva propuso agilizar las obras del Teatro Nuevo, donde su padre había fallecido al caer de un andamio. Fue quien conversó con don Julio Arroyo, arquitecto municipal, para adecentar las carencias; el resultado fue encomiable. A pesar de que el Teatro Nuevo estaba inconcluso, a falta de las decoraciones, las butacas y el palco escénico, las soluciones que aportó el arquitecto más el buen hacer del atrecista configuraron un coliseo digno de la ocasión. Feliciano ya había invitado a su prometida María de la Caridad Ortiz Manrique y a sus padres, que habían accedido porque no podían decir que no a Stagno ni a su futuro yerno. Otra cosa fue Ofelia, la irlandesa batió el cobre hasta que no pudo más y le dijo que sí, que iría; pero que no se atreviera a tocarla ni a mirarla delante de aquella niña que iba a ser su esposa porque se arrepentiría el resto de su vida. Solo quedaba don Nicanor.

La última de sus clases había finalizado a las cinco y media. Los chiquillos salieron escopetados, ninguno de ellos mostraba especial interés en aprender más de las cuatro reglas. Borró la pizarra con un trapo húmedo para eliminar cualquier rastro de tiza, colocó los pupitres y las sillas alineándolos; el aula quedó lista para recibir a sus diecisiete pupilos el día siguiente. Cerró la puerta y se dirigió a la cocina, calentó agua para un té. Tomó la taza humeante, de la que emanaba un aroma oriental, y se encaminó al salón; sobre la mesa de estar reposaba *Los hermanos Karamázov*. Dejó la taza sobre el plato, se caló las gafas de présbita y comenzó a leer. Tocaron en la puerta, eran las siete y veinte; se le había pasado el tiempo en un suspiro. Se trataba de Feliciano, se extrañó porque esa semana ya había acudido a su escuela a recibir sus clases. En realidad, más que clases en el sentido literal, se habían convertido en unos diálogos

socráticos, salvando la distancia, en los que hablaban de casi todo. Cuando los temas se desviaban hacia las actividades ilícitas del Guirre, el maestro intentaba frenarse para no caer en trifulcas eternas y estériles.

—Buenas tardes, don Nicanor, espero no molestarlo. —Por supuesto que lo había molestado, estaba leyendo a Dostoievski.

—¿Quieres un té?

—No, gracias, don Nicanor, prefiero que vayamos a caminar, ¿no es la hora de su paseo?

El maestro vio que aún le quedaba más de media hora para las ocho, pero Feliciano le abrió el apetito por la salida. Se calzó convenientemente, se enfundó su chaqueta de paño y se caló el sombrero de fieltro negro. Anduvieron desde el domicilio de don Nicanor en la calle Reyes Católicos hasta la desembocadura del Guiniguada, donde al Teatro Nuevo solo le quedaban unos toques de maquillaje. Feliciano Silva le comentó en el trayecto que podían entrar en aquel recinto, casi ya mítico para los habitantes de Las Palmas, no en vano habían tardado más de veinte años en construirlo. Se hallaba abierto, pues estaban llevando a cabo a toda prisa unos arreglos para el concierto de Roberto Stagno. Se quedó fascinado. Es cierto que aún faltaban detalles importantes, pero estaba casi todo hecho y se erguía amplio, sonoro, con un eco limpio, sin vibraciones. Los obreros trabajaban en el tablado que iba a hacer la función de escenario, se afanaban en dejarlo bien afirmado antes de que oscureciera, sus gritos resonaban con intensidad por todos los rincones. Don Nicanor, aunque como buen humanista gustaba de la buena música, no era un melómano, no se hubiera peleado como en aquellos momentos hacía más de uno por lograr una entrada para el concierto; sin embargo, no rechazó la invitación que le formuló Feliciano. Este quedó contento; su prometida iría con sus padres y él con lo más cercano a una familia: su maestro y Ofelia O'Higgins.

A regañadientes, torciendo la cara sin disimulo, doña Elena Manrique e Infante accedió a entrar en aquel palco que el protervo prometido de su hija había reservado. Sabía de la catadura moral de aquel sujeto que le había robado el negocio a su marido. Sí, es cierto que su Paulino tampoco debería haberse hundido en la lacra del juego; pero el Guirre se había aprovechado de sus debilidades y había destrozado a la familia. Su hija era joven y solo tenía ojos para él. «No sé cómo puede gustarle, a mí no me parece guapo, ¿cómo me va a parecer guapo el demonio?» Incluso así, sabiendo lo que había hecho en su casa, le costó creer que se atreviera a presentarse en la puerta del teatro con aquella mujerzuela, una mujer de la vida, a la que preferían los hombres porque hacía unas marranadas que no se atrevían a hacer las señoras. Y eso que aún desconocía que Feliciano había decidido, y no iba a haber vuelta de hoja al respecto, que la irlandesa fuera su madrina de boda. Tampoco fue de su gusto que don Nicanor se prestara a aquella función; pero qué se podía esperar de un loco como aquel que había dilapidado la fortuna de sus ancestros en fundar una escuela para pobretones, ni que saber leer y escribir les fuera a arreglar sus vidas. Las presentaciones se soslayaron, solo hubo una ligera inflexión de cabeza de Feliciano hacia María de la Caridad. Bastó esto para que la joven disculpara aquel atrevimiento

tan poco decoroso, pues alguna buena razón oculta tendría su prometido para hacerlo; su caballerosidad lo obligaba, sin duda, a ocultarla. La misma caballerosidad tuvo para dejar que en la primera fila del palco se sentaran ella y sus padres, mientras que don Nicanor y la pelirroja ocupaban la segunda fila; al fondo, algo oculto, tomó asiento el Guirre. La orquesta de la Sociedad Filarmónica de la ciudad dirigida por el maestro Valle Chínestra acompañó con temple y fineza las arias que cantaron las diversas figuras de la compañía operística, entre las que destacaron la divina soprano Gemma Bellincioni y, por supuesto, Roberto Stagno, que volvió a deleitar con el *racconto* de *Los hugonotes*. En el cuarteto final del *Rigoletto*, Feliciano tuvo que levantarse del asiento y aspirar con profusión. No había necesitado aquella noche triturarse los testículos para contenerse, solo se había clavado las uñas en los dorsos de sus manos canelas, que fueron aliviadas con las caricias furtivas de Ofelia O'Higgins.

## La boda y *La traviata*

En 1890 sucedieron varios acontecimientos relevantes en el devenir de Gran Canaria, entre ellos el estreno oficial —el oficioso ya había tenido lugar dos años antes con el concierto de Roberto Stagno— del Teatro Nuevo, que fue denominado Tirso de Molina. Se inauguró el hotel Santa Catalina, promovido por capital inglés pero respaldado con los auspicios del Guirre, que exigió desde el principio su cuota en aquella empresa inmobiliaria. En octubre empezó a circular el tranvía desde el centro de Las Palmas hasta el Puerto de La Luz, una vía de seis kilómetros que comunicaba el casco antiguo con la modernidad que significaban las nuevas instalaciones portuarias; el concesionario, don Juan Bautista Antúnez, inició la explotación con dos locomotoras de vapor. Feliciano estuvo detrás de la compra de estas locomotoras, así como de su mantenimiento. Sin embargo, el evento que generó más eco en la isla fue la boda del Guirre con María de la Caridad Ortiz Manrique en la catedral de Las Palmas, que fue, al decir de todos, la de mayor boato que jamás se había visto hasta entonces en esos lares. Esa noche de bodas los recién casados estrenaron su nueva residencia, que enseguida empezó a ser conocida como El Silencio. Era una mansión levantada en Los Arenales, cerca del hotel Santa Catalina y del futuro hotel Metropole, que se edificaba por entonces, una zona residencial alejada del bullicio del centro de la ciudad. Más tarde, en 1922, cuando Miguel Martín Fernández de la Torre comenzó a desarrollar su plan de ordenación urbana creando Ciudad Jardín, El Silencio quedó enclavado como uno de los chalés centrales de este barrio distinguido, ameno por su floresta, con sofisticadas construcciones de estilo racionalista que engarzaban con las ya existentes, fabricadas bajo los patrones de la arquitectura colonial inglesa. A pesar de que se distinguía como un oasis en medio de un desierto, tal era la exuberante flora tropical que pugnaba por salir de sus dominios, la mansión de Feliciano Silva estaba velada por una gasa invisible que provenía del miedo. Había calado la leyenda según la cual, tras sus impresionantes muros de cantería azul de Arucas, se soterraban los gritos de los que allí eran torturados hasta morir cortados en trozos de carne que echaban a los perros. De ahí el nombre que brotó de la conciencia del pueblo para llamar El Silencio a la residencia de don Feliciano Silva, era un espacio innombrable. La obra fue encargada al arquitecto municipal don Laureano Arroyo, que había supervisado los arreglos necesarios para llevar a cabo el concierto de Roberto Stagno en el Teatro Nuevo. Feliciano se

presentó en su estudio y le solicitó sus servicios acompañando tal deseo con un saco con quinientas mil pesetas y la única condición de que la casa debía estar terminada antes de junio de 1890. Su boda estaba ya programada para el 14 de septiembre y no quería andar con prisas, debía luego amueblarla y el tiempo se echaba encima con rapidez. El arquitecto nunca antes había recibido tal suma y menos de forma tan contundente. El encargo fue aceptado y Laureano Arroyo se puso a la labor de inmediato: a los tres días ya llevaba al Berlín los primeros bocetos de una residencia de dos plantas más una buhardilla alargada a dos aguas, rodeada de jardines y con un garaje con piso superior y sótano, que había requerido en especial don Feliciano. Las obras se ejecutaron a buen ritmo, solo requirió más tiempo del previsto la cimentación porque hubo que drenar el agua de mar que se filtraba por el poroso arenal. En agosto ya estaba lista para ser habitada.

Como había hecho con la renovación del Berlín, depositó toda su confianza en don Raimundo Peñaflor, dueño de Muebles El Palacio, para la decoración y el mobiliario. Ofelia O'Higgins se había negado en redondo a ayudarlo en tales menesteres y Feliciano no había insistido. A doña Elena Manrique e Infante se le quitó un peso de encima cuando su hija María de la Caridad le transmitió que su prometido le había dicho que ni hablar de vivir juntos en la casa de sus padres, que para ellos estaba construyendo una mansión por la zona de los hoteles de los Arenales. Lo sentía por su niña, pero de solo pensar en tener bajo su techo a aquel engendro se le desarretaba la madre y ya tenía que pedir que le hicieran infusiones de tila con manzanilla para calmar sus nervios malheridos. Solo pisó El Silencio el día de la boda, porque la obligó don Paulino, y cuando nacieron sus nietos para hacer solo una visita y comprobar que su hija había parido vástagos del diablo, preciosos, porque la verdad es que los niños eran lindos y la niña una figura de porcelana, pero desde que nacieron estaban condenados a llevar la semilla del mal de la sangre paterna. A María de la Caridad le importó poco que su madre no accediera a compartir su felicidad el día en que fue a visitar por primera vez la que sería su casa dos semanas antes de la boda, la acompañó Fernanda Castellano. María de la Caridad estaba pletórica, llevaba una eternidad esperando la boda, alimentando su amor por aquel hombre de verdad que el destino le había deparado en suerte, nada que ver por fortuna con Honorito Cifuentes, que solo era un niño que no debía haber dejado de usar pantalones cortos. Había cumplido los veintiún años y sabía, o creía saber, todo lo que una mujer debía dar al marido, y ella estaba desesperada por dárselo. Feliciano la había respetado demasiado para ser el diablo que era. María de la Caridad se preguntaba por qué su prometido no incrustaba su boca en sus senos y su piel en su piel y sus dedos en la apertura de la carne. Pero el estraperlista no transigió en aquel juego. Los negocios eran los negocios y María de la Caridad formaba parte de una negociación pactada con don Paulino Ortiz que no iba a romper porque la chiquilla estuviese más ardiente de lo debido en una señorita de su posición. Recorrió la casa de arriba abajo, abriendo cajones, probando sofás, calibrando calderos y sartenes. Solo se le vetó la entrada al sótano del garaje. «Esta puerta solo la puedo abrir yo, nadie más, ni tú ni nadie. No se te ocurra jamás, ¿me oyes?, jamás, intentar

entrar. No pienses que hay cosas extrañas, es un almacén con productos de mi trabajo que me gusta tener en orden. ¿Lo entiendes?» Más que entenderlo, se lo había grabado a cincel en su mente para el resto de su vida. Nunca la había mirado así antes, por unos momentos pensó en su madre y su penosa cantinela de que su niña se iba a casar con un ser luciferino.

La boda se ofició en la catedral el 14 de septiembre de 1890; el excelentísimo obispo don Constantino Illescas Rubio predicó un hermoso sermón sobre el amor y la fidelidad mutua con el pasaje bíblico de las bodas de Caná de fondo. El templo estaba abarrotado, no cabía un alfiler, y en el exterior de la plaza de Santa Ana se congregaban cientos de ciudadanos curiosos por conocer todos los detalles del enlace matrimonial entre la niña de don Paulino Ortiz y doña Elena Manrique e Infante y el Guirre. Los afortunados que habían visto salir de los landós a los novios decían que iban muy guapos y que era mentira que la niña María de la Caridad estuviera triste por casarse con aquel bruto. Al contrario, bajo el velo se la adivinaba risueña como debía estarlo una novia enamorada del que va a ser su marido. Don Paulino sí iba serio, incluso desencajado, era el padrino más amargo que pudiera uno echarse a la cara. Feliciano Silva iba como un pincel, a reventar de hermoso, la maldad parecía sentarle bien porque aumentaba su atractivo con los años; en los ojos verdimiel el fulgor era más esmeraldino y las pestañas ennegrecían el aire más férreas. Sin embargo, quien causó verdadera admiración fue la madrina. Ofelia O'Higgins llevaba un espectacular vestido de terciopelo en azul de Prusia que contrastaba con el rojizo centelleo de su cabello, recogido en un moño trufado de bucles y trenzas. El traje había sido confeccionado por Panchita Martín, quien para sus adentros, pues la confesión hubiera provocado celos innecesarios entre su clientela, aseguraba no haber vestido a nadie con un cuerpo tan perfecto como el de la irlandesa y con un perfume que, ¡carajo!, le hacía morir de ganas de manosearle las tetas.

—¿Quieres recibir a Feliciano Silva Urrutia como esposo, y prometes serle fiel en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad, y así amarlo y respetarlo todos los días de tu vida?

—Sí, quiero.

María de la Caridad no tuvo un instante de duda. Arrojó aquel asentimiento con un ímpetu un tanto indecoroso, como si el deseo de yacer con su marido esa noche de bodas la impulsara a gritar con desespero «que sí, que estoy deseando acostarme con él desde los dieciséis años, que ya está bueno de esperar». Con otros circunstantes, don Constantino Illescas Rubio hubiera reprendido con la mirada a la novia. Sin embargo, el rostro del obispo continuaba hierático. Feliciano lo había conminado a que celebrara aquellos esponsales en la catedral; el obispo no se negó, pero tampoco mostró alborozo. Cumplió el cometido de la manera más aséptica posible. Bendijo a la pareja haciendo un sacrificio cristiano. Al lado de la novia, el padrino, don Paulino, con rostro de cordero degollado, aguantaba a duras penas el tipo. Junto a Feliciano, la madrina, Ofelia O'Higgins. Las mujeres tuvieron que emplearse a fondo para que sus maridos no se perdieran levantándose de los bancos de la catedral para correr tras el cañonazo de lujuria que

dejaba el olor interno de la irlandesa. Don Constantino hubiera deseado que la catedral estuviera vacía, officiar con la mayor rapidez posible aquel acto vergonzoso, expulsar a aquel infiel del lugar sagrado y rezar para que nunca más volviera a aparecer por allí. También doña Elena Manrique lo hubiera deseado así, una boda a hurtadillas, como si su hija se hubiera quedado preñada antes del matrimonio, que ya hubiera querido ella que así hubiese sucedido con Honorito Cifuentes, aunque no hubiera cantado el coro el *Ave María*, de Schubert, ni en el órgano se hubiera interpretado la *Marcha nupcial*, de Wagner, que sí se escucharon pero a los que ella ni caso les hizo a pesar de que siempre la habían emocionado tanto y se echaba a llorar sin remedio. Sin embargo, la catedral estaba llena y la plaza de Santa Ana era un hervidero de gente que esperaba por que saliera la pareja y subiera a la calesa engalanada que los esperaba en la entrada para llevarlos a su nueva casa, donde se celebraría la boda. El clamor de «¡Vivan los novios!» se alzó unánime al aparecer enlazados de la mano ya marido y mujer. Animó a ello la bolsa de duros que repartió Almanegra entre la muchedumbre para que esta mostrara la enorme alegría que les causaba el enlace de aquellos dos conciudadanos, tan vistoso él y tan guapa ella. Aquellos asistentes que sabían de buena mano que el Guirre era un mafioso hijo de puta no osaron, ante las miradas de Almanegra y sus secuaces, manifestar ninguna animadversión en forma de rechifla o de un insulto en alto. Para sus adentros seguro que se cagaban en los padres del Guirre, que yacían en el panteón del cementerio de Vegueta. Solo uno medio pimplado, que a duras penas se mantenía en pie, se trabucó en el vótor y gritó aquello de «¡Vivan los reyes!». Almanegra le impidió que volviera a repetir su aclamación con un culatazo de su revólver que le abrió la cabeza y lo dejó sangrando en el piso. A su alrededor saltaron más risas que ayes, debido a la ocurrencia del beodo y también al escarmiento que había recibido, aunque cesaron pronto cuando el sicario levantó la vista y los encaró. No estaba de broma el sujeto. Agapito sabía que aquel miserable era más inofensivo que el pan, pero no podía permitir que se extendiera la chacota y se convirtiera la fiesta en un circo. No estaba bien y punto. Cayeron flores y arroz sobre los recién casados que daba hasta pena luego ver a los hambrientos recoger el cereal blanco regado como un manto por la calle Obispo Codina. Estos también hicieron cola ante la verja de El Silencio porque se había corrido la voz de que don Feliciano iba a repartir las sobras de aquella boda de lujo entre los más pobres de Las Palmas; y así lo hizo, que hasta algunas langostas llegaron a los pedigüños después de que los comensales dieran cuenta de las succulentas viandas que el estraperlista había ofrecido a los invitados, y de que los camareros y cocineros también llenaran bien sus morrales. La costumbre dictaba que el convite fuera pagado por el padrino, pero don Paulino, cruzado por el desenlace del matrimonio de su hija con el gánster, no quiso bajo ningún concepto que se celebrara una fiesta de tanto fasto; no por el dinero, que lo tenía de sobra para ello y era su única hija, sino porque no le daba gusto hacerlo, poco había que celebrar, con unas copas si acaso bastaba para brindar con hipocresía y luego dejar a María de la Caridad en el ara del sacrificio. Por supuesto su esposa estaba de acuerdo con el armador, no tanto sus hijos varones, que habían llegado a la isla con la intención de festejar el

casorio de su hermana pequeña y de paso cortejar a alguna joven casadera de buen ver, que en tales eventos, como es sabido, se ponen más tiernas y más receptivas a admitir la presencia de los hombres a su alrededor. Feliciano había maniobrado para que sus tres cuñados estuvieran lejos de las islas. Al mayor, que había estudiado leyes en Granada, un catedrático le había ofrecido que continuara bajo su tutela prometiéndole una prestigiosa carrera universitaria. A los dos guardiamarinas tampoco les fue mal, su capitán les había valorado tanto su capacidad como marinos y la necesidad que tenía la Armada española de oficiales como ellos que decantaron su vocación al servicio de la patria. En las fechas de la boda de María de la Caridad estaban enrolados como tenientes de navío en el *General Concha*, que patrullaba en Puerto Rico. Los dos solicitaron un permiso a la comandancia, que les fue concedido, para su sorpresa. Feliciano los quería lejos de Canarias, mejor prevenir que curar, pero la boda era su plataforma de acceso a la gran sociedad con mayúsculas y no podía haber nada disonante, nada que lo estropeará, sus cuñados debían estar para regocijo de su hermana e imagen de una familia bien avenida. «Don Paulino, no se le ocurra joderme más de lo justo. No se preocupe por el convite, que lo pago yo, usted límitese a disfrutar con su familia, sobre todo con María de la Caridad. Caramba, que uno no casa a su hija todos los días y parece que en vez de una boda va a ser padrino de un funeral.»

Ofelia O'Higgins le rogó que no celebrara el festejo de boda en la nueva casa. Aunque no se permitía creérselo porque era imposible y ya está, se le filtraba en sueños jubilosos que se trataba de la suya, en donde se despertaba junto a Feliciano y no lo dejaba levantar de la cama, y lo embullaba a lanzarse sobre ella y a morderla riente, bullendo de complicidad mientras el puerto, el océano, los cargamentos de armas a La Habana, las deudas de juego que tenía que cobrar le daban un descanso que la irlandesa agradecía infinito ofreciéndole todos sus encantos sin límites de acceso. Fue un tira y afloja tenso el que sostuvieron Feliciano y su madrina, al final se saldó con la victoria del estraperlista, la boda se celebró en los jardines de El Silencio. Ofelia, que no entró en las dependencias interiores ni siquiera para ir al baño, solo bebió un sorbo de champán en el brindis para que su vejiga no le exigiera vaciarse. Tras el vals de los recién casados, Feliciano sacó a bailar a la madrina al tiempo que María de la Caridad hacía lo propio con don Paulino. Se iniciaba el baile con los sones de la orquesta Fetén bajo la batuta de don Gustavo Pacheco, que estaba la mar de contento, como si el cambio de escenario del Berlín al festejo de la boda más espectacular que se hubiera contemplado en la isla le hubiera dado alas. El jolgorio duró hasta las nueve de la noche de aquel domingo 14 de septiembre de 1890. Los alisios habían soplado suaves, dejando un día luminoso pero sin los agobios de los calores desérticos que en ocasiones cruzaban la isla desde el cercano Sáhara africano; la tarosada empezaba a caer, pero los invitados apenas la advertían envueltos en el ajetreo de la jarana. Algunos pocos, como don Paulino y doña Elena Manrique, ya habían abandonado la celebración arguyendo motivos de salud y de cansancio, ya no estaban para esos trotes más dedicados a espíritus y físicos juveniles. Los padres de la novia mantuvieron las formas impacientes hasta la partición de la tarta.

Cuando el Guirre hizo el ademán de cruzar las manos, Almanegra entendió al instante que el

festejo debía terminar. Don Gustavo Pacheco, enzarzado, se atrevió a ejecutar dos piezas más, una polca y una mazurca muy bailables. Todo fueron alabanzas y deseos de felicidad para la joven pareja, que despidió en el jardín a los invitados. Don Nicanor y Ofelia O'Higgins partieron juntos, el maestro estaba azorado en su compañía. Nunca, ni en sus tiempos de joven universitario en Salamanca, se le había dado bien el trato con las mujeres. La irlandesa se había aislado, enmudecido, como si estuviera sola encerrada en su cuarto del Berlín. A don Nicanor no se le ocurrió otra cosa que mirar por la ventana del faetón e indicar que la constelación de Casiopea se veía espléndida, un verdadero espectáculo de la naturaleza. También se le había pasado por la cabeza recitarle aquellos versos del «Paraíso», de la *Divina comedia*: «La gloria de quien mueve todo el mundo el universo llena, y resplandece en unas partes más y en otras menos». No sabía la razón por la que le surgieron tales versos ni la figura de Beatriz, pero le resonaban dentro como golpes de martillo en yunque para recitarlos ante la compungida pelirroja. Pero no le salieron, solo pudo alongar su cuello hacia el exterior y soltar aquel disparate sobre Casiopea. Ofelia O'Higgins, sin embargo, valoró el esfuerzo de don Nicanor, al que le tomó y estrechó la mano. El faetón paró ante el Berlín, se bajó raudo don Nicanor para ayudarla a descender. La irlandesa bajó, el maestro creyó entrever —mejor, quiso entrever— un mohín en su agraciado rostro. Fue literal, se descompuso, le entró un arrebató, un ardor en la entrepierna, que creía ya enterrado desde hacía tiempo a sus cincuenta y ocho años. Se sonrojó, su barba entrecana no llegó a disimular del todo aquel enardecimiento de su tez. Es verdad que Ofelia O'Higgins era una mujer turbadora, pero hasta entonces no había experimentado junto a ella esas vibraciones que ahora lo hacían dar ligeros saltitos sin poder estarse quieto, un esperpéntico y gracioso saltimbanqui. La pelirroja, harta de escrutar hombres, supo enseguida qué le ocurría a don Nicanor. Pensó en llevarlo a su cama, un acto compasivo que lo aliviase de la quemadura que estaba abrasando sus partes; pero también calibró que igual sería peor el remedio que la enfermedad, pues don Nicanor, con toda su sapiencia, solo era un romántico que corría el grave riesgo de enamorarse hasta las trancas. Le otorgó, eso sí, un beso en la mejilla, que al sabio le supo a ambrosía. «Gracias, don Nicanor, es usted todo un caballero.» Y allí quedó, con los saltitos más ligeros, contemplando a aquella Venus, que ya por esas alturas mitológicas navegaban las ansias del humanista, envuelta en las llamas rojizas de su cabello, del que pendían algunas guedejas por su nuca. Se metió en el carruaje y dio dos golpes de bastón para que arrancara y lo alejara de allí lo antes posible, porque estaba a punto de cometer la idiotez de entrar en el Berlín y preguntarle el precio del fornicio a Ofelia O'Higgins. Al llegar a su casa corrió a sus estanterías, tenía los libros ordenados por un riguroso criterio alfabético; Dante Alighieri. Esa noche no corrió el mejor de los caminos; pero sí que se solazó con los versos de la *Divina comedia* y con la imagen de una Beatriz irlandesa.

Cuando crecía de verdad el océano Atlántico llegaba a golpear el costado este del Teatro Nuevo, que se inauguró de modo oficial el 6 de diciembre de 1890 con *La traviata*. No se habían cumplido aún tres meses de la boda de Feliciano Silva y María de la Caridad Ortiz. Ella se lo

perdonó porque todavía estaba enamorada, pero fue un antes y un después, una rémora que no lograba eliminar ni con leña. No había sido su madre quien se lo había contado, doña Elena estaba ya escarmentada y no le cogió de sorpresa aquel atrevimiento de su yerno, bastante tenía su hija con llevar en el vientre una criatura del demonio para atormentarla con aquella humillación de su marido. Fue Paquita Araujo, esposa de Casiano Ballesta, el abogado de Feliciano, quien se lo contó y no por maldad. La esposa del abogado la visitaba con frecuencia en El Silencio, María de la Caridad había quedado embarazada a las primeras de cambio y, primeriza y habiendo manchado un poco, prefería mantener el mayor reposo. Paquita, a sus veintiséis años, era una madre veterana con tres varones que eran clavados a Casiano, así que las conversaciones fluían por lo general sobre el asunto de la maternidad en todas sus extensiones, desde el parto hasta la lactancia pasando por múltiples dudas sobre el puerperio. No había respetado que fuera domingo, se había preocupado tanto por la ausencia de María de la Caridad en el palco que al día siguiente se encaminó hacia El Silencio. No hubo manera de que Casiano la detuviera, instándola a no meterse en asuntos privados. Estaba tan convencida de que María de la Caridad había sufrido un aborto que, cuando la recibió de tan buen aspecto en el vestíbulo, recordó la advertencia de su marido de no inmiscuirse, pero ya era tarde. Tomaron café en la sala de estar, el tiempo estaba revoltoso y la glorieta del jardín recibía de vez en cuando fuertes ramalazos de vientos cruzados. No le ahorró la verdad Paquita, fue al grano sin pestañeos: «Feliciano estuvo anoche en la inauguración del Teatro Nuevo, en el palco, con esa mujer que tú sabes».

La verdad es que Feliciano Silva hubiera querido repetir la invitación del mismo modo que había hecho dos años antes en el concierto de Stagno. No veía razón para no volver a asistir junto a su esposa, embarazada; sus suegros; Ofelia O'Higgins, su madrina de boda, y don Nicanor. El Teatro Nuevo se había convertido en el Gran Teatro entre las gentes de la isla. Quien más y quien menos se sentía admirado y orgulloso por el empaque de aquel edificio imponente al lado del océano que representaba la alta cultura, un broche de distinción definitivo para la ciudad. Por fin se inauguraba de manera oficial el esperado coliseo, para el que se eligió el nombre de Tirso de Molina. El sábado 6 de diciembre fue el día elegido, con *La traviata*, que llevó a escena la compañía operística de Luigi Medini. La maquinaria del estreno comenzó a funcionar y no hubo casa de postín que no obtuviera con celeridad sus localidades aunque detestase el *bel canto*. Feliciano se agazapaba en el hueco cóncavo de Ofelia O'Higgins. Después de la boda la irlandesa estuvo remisa a permitir que su patrón volviera a yacer con ella, pero era luchar contra corriente, así que le había vuelto a franquear el paso siendo ya un hombre casado. Faltaban apenas tres semanas para el evento y no podía esperar más para comunicárselo. «El día 6 del mes que viene se estrena el Gran Teatro, vas a ser la reina de la noche.» No por ser verdad dejó de sonar a una burda adulación que la pelirroja se tomó de mal grado. Ya no más. Estaba dispuesta a acostarse con él bajo el techo del Berlín porque no sacaba fuerzas para negárselo y a ella, para qué engañarse, le satisfacía tanto o más que a Feliciano; pero no pasaría más por el mal trago de

posar de barragana delante de la legítima y menos en un teatro abarrotado de gente mirando a la puta del Guirre en segundo plano. Se indignó la irlandesa y soltó un ultimátum con el convencimiento de ser inviable, solo para que la dejara en paz rumiando sus cuitas. «Si quieres que vaya, lo haré, pero abrazada de ti, sin tu mujer. A ver si eres tan hombre para hacerlo.» La terquedad de Ofelia O'Higgins no cedió por muchas zalamerías que le prodigó. Dos días antes del acontecimiento anunció a su esposa su imposibilidad de asistir a la esperada inauguración del Tirso de Molina, asunto de negocios; no dio más explicaciones. María de la Caridad era consciente de que de aquellos asuntos no se podía hablar, había que asumirlos como se asume que el Sol sale por oriente y no hay vuelta de hoja. No obstante, quejosa, manifestó su lamentación por no poder asistir al acto por el que la ciudad había esperado veintitrés años. Feliciano, impaciente, le alargó el brazo con la mano abierta en señal de que parase de inmediato, de que no se atreviera a cuestionar sus decisiones, mucho menos en lo tocante a su trabajo. La invitación a sus suegros también fue cancelada sobre la marcha. Almanegra fue el encargado de llevarle la misiva a don Paulino a su domicilio de la plaza de San Bernardo.

Queridos don Paulino y doña Elena:

Por motivos profesionales no podré asistir a la representación de *La traviata*, con la que se inaugurará pasado mañana el Teatro Nuevo. Por supuesto, su hija María de la Caridad tampoco acudirá, por lo que considero pertinente anular el palco reservado en el que ustedes, como es natural, tenían sus asientos. Lo que les hago saber para su conocimiento.

FELICIANO SILVA

A don Paulino, todo lo que no fuera la construcción de barcos le hacía ni fu ni fa; tiró el mensaje a la letrina de su retrete y luego meó encima, era una de las pocas venganzas que podía tomarse contra su yerno. Doña Elena lo sentía por su hija, a la que le hubiese encantado asistir, pero ella se quedó muy aliviada al verse libre de fingir al lado de aquel demonio. Quien sí acudió fue don Nicanor, pero tampoco al palco, Almanegra le llevó su correspondiente notificación:

Querido maestro:

En esta ocasión tendremos que disfrutar de *La traviata* en asientos diferentes. Que disfrute mucho. Aquí le dejo su entrada. Ya tendremos oportunidad luego de confrontar nuestros pareceres.

FELICIANO SILVA

Desde su asiento de platea, don Nicanor vio ocupar uno de los palcos laterales a Feliciano con Ofelia O'Higgins. La entrada del director con la correspondiente salva de aplausos taponó el runrún que había comenzado a levantarse en la sala. El preludio de la ópera de Verdi empezó a imponerse entre los rescoldos de aquellas murmuraciones, que se fueron apagando. Don Nicanor tuvo que esperar al intermedio del primer acto para escabullirse y desaparecer de la función. A alguno que otro de los muchos conocidos que lo interpelaron al verlo alejarse del Tirso de Molina hacia el Puente de Palo, don Nicanor les comentó que se hallaba indispuesto. No mentía el maestro o lo hacía a medias. Era cierto que estaba indispuesto, pero no de la dolencia que

imaginaron sus amistades, sino por la revoltura anímica que le había pateado las tripas cuando los vio allí y se sintió traicionado por los dos: por Feliciano porque lo había expulsado del palco para disfrutar, egoísta, de la compañía en solitario de Ofelia O'Higgins; por esta porque en algún recóndito lugar, en una rendija interna, don Nicanor aún albergaba la desvaída esperanza de entablar amores con la irlandesa. Una imbecilidad de viejo que, desde la fiesta de la boda del Guirre y María de la Caridad, aguijoneaba las entrañas del profesor cada vez que se acordaba de que estuvo a punto de entrar en el Berlín y solicitar sus servicios. Los raspados que se había obligado a aplicarle a su memoria para olvidar el efluvio a pastel de sexo que emanaba de Ofelia O'Higgins no habían limpiado del todo las glándulas donde se había incrustado. Don Nicanor, hombre racional, positivista, pragmático, analizaba el asunto ante el espejo del baño. En camiseta, se veía a sus cincuenta y ocho años un hombre mayor, pero no envejecido. Si optara por darse tinte negro en el bigote y la perilla aparentaría veinte años más joven. Su dedicación al estudio, a la vida pasiva, no le había atrofiado en exceso su constitución delgada. No se podía decir que estuviera fornido, pero una frugal alimentación y sus sempiternos paseos diarios contribuían a que no hubiera engordado más de tres kilos del peso que esgrimía de estudiante universitario. Ofelia O'Higgins podía conquistar a cualquier hombre; otra cosa era que este le ofreciera, como él sería capaz de hacerlo aunque fuera ateo, el matrimonio y una vida dedicada a su persona, sin lujos —porque el erario heredado de su familia se había reducido—, pero sin estrecheces. Si se negaba el obispado a consagrar el matrimonio por las especiales circunstancias del trabajo llevado a cabo por la irlandesa hasta entonces, vivirían amancebados o decidirían abandonar la isla, incluso sería factible instalarse en Irlanda, tierra de grandes escritores, como el célebre Oscar Wilde. En fin, que había días en que don Nicanor, con su método analítico, sin lanzar la imaginación al vuelo, decidía que sí, que tenía su chance y que el mundo era de los valientes, y así se envalentonaba y daba por el salón grandes pasos de desfile militar. Sin embargo, con el paso del tiempo fueron siendo más los días en que se le filtraba el pesimismo, también fruto del empleo del método analítico, y pensaba que aquello era solo una locura senil, que iba a meter la pata hasta el corvejón y sería el hazmerreír de la isla y allende los mares, que una persona de sus conocimientos no podía caer en semejante desvarío, para qué si no, entonces, sus miles de lecturas y la convicción de obrar sobre la base de la moralidad y el buen juicio. Si en el faetón que los trasladaba de El Silencio tras la celebración de la boda de Feliciano, don Nicanor odió a este hasta la médula por el maltrato dado a aquella escultura pelirroja, inmóvil, retrepada en su calvario, en el Tirso de Molina no pudo dejar de lanzar sus diatribas contra la irlandesa, que se había condenado a ser la puta de oro de un mafioso.

Regresó a El Silencio pasado el fin de semana, el lunes al mediodía. El Guirre exigió comer y pronto le fue servida la mesa con una sopa de pollo de primero y lenguado con salsa de mostaza y guarnición de verduras de segundo. Bebió solo agua y no tomó postre, solo café. Tomó uno de sus últimos habanos El Anónimo; el viejo maestro torcedor que los hacía en Pinar del Río había fallecido hacía más de un año, solo le quedaban en existencia dos cajas que iba apurando poco a

poco, como un tesoro de agua que se escurre entre las manos. María de la Caridad lo había escuchado abrir la puerta y cerrar con estampido, sin disimulo, haciendo notar la llegada del emperador. Su esposa se hallaba en la sala de estar con Fernanda Castellano, su institutriz y, ahora, dama de compañía. Bordaban las dos colchas para el niño; a María de la Caridad le entró la certeza de que era un varón que heredaría del padre solo sus ojos verdimiel y sus labios finos y su cuello de caña de azúcar y su pecho de piedra lavada..., pero no su barbarie. María de la Caridad se levantó de inmediato al escuchar la llave en la cerradura. A pesar del embarazo, subió ligera las escaleras, exigiendo idéntica agilidad a Fernanda. No quería verlo y, al mismo tiempo, se regocijaba con que hubiera vuelto. No sabía cómo actuar, lo había pensado cientos de veces desde que Paquita Araujo se lo había contado; su cabeza se había transformado en un molino de viento imparable que molía el grano de la afrenta de su marido en el teatro. Un batiburrillo en su mente mezclaba impedirle entrar en su alcoba con arrodillarse ante él suplicándole que no lo volviera a hacer jamás, pues no lo aguantarían ni ella ni la criatura que llevaba en el vientre. Su huida escalera arriba no hizo más que ratificar el carácter imprevisto de sus acciones, Fernanda Castellano se precipitó a consolarla. Feliciano no cayó en el engaño, no iba a postrarse, no iba a subir a mostrar una máscara de hombre cortés y avergonzado. Había decidido almorzar sin su esposa, por la que no había preguntado a ninguna de las sirvientas. Por estas, María de la Caridad supo que se encontraba en la sala de estar tomando su café y fumando como si no hubiera sucedido nada, como si no le hubiera clavado una estaca y le hubiera girado la circulación de la sangre y la hubiese desgraciado con su infamia y su despecho. Fernanda la agarró por las mangas, le rogó que se quedara allí en la alcoba y que no se atreviera a chistarle, que era un bruto que podía desgraciarla a ella y a la criatura de una patada. Pero a María de la Caridad le había entrado un fogonazo de rabia y quiso aprovecharlo, bajó sofocada aireando sus faldas dispuesta a aclararle quién era su verdadera mujer a Feliciano Silva. «¡Ah, estás ahí, menos mal que apareces! Acabo de almorzar comida de enfermos, sopa y pescado con verduras; mañana quiero comer ropavieja. ¿Tu madre no te enseñó a hacer ropavieja?»

Segunda parte  
(1891-1918)

## El teatro cambia de nombre

—¿Es tan buen escritor nuestro paisano como comentan? Sabe usted cómo es nuestra gente a la hora de ensalzar los productos del país. —Caminaban hacia la plaza de Santa Ana; don Nicanor y Feliciano en avanzadilla y Almanegra en retaguardia. El maestro se detuvo al instante ante la pregunta del estraperlista, sus ojos se dilataron.

—Por supuesto, todavía resuenan los ecos de su estreno de *Electra* en el teatro, y su *Fortunata y Jacinta* es la cumbre de la gran novela española, comparable, ¡fíjate lo que te digo!, a un Balzac, a un Dickens, a un Tolstói, a un Dostoievski... Y los *Episodios nacionales*, ah, amigo, eso es otro cantar, una empresa hercúlea.

Don Nicanor, que había nacido en 1840, tres años antes que lo hiciera Benito Pérez Galdós, lo recordaba bien, aunque tratara más con sus hermanos mayores. Don Nicanor también había estudiado en el colegio de San Agustín como el escritor. Aunque en esas fechas no le prestaba demasiado tiempo a la prensa local, absorto en tareas de mayor envergadura, como el estudio de la obra de Schopenhauer, más en concreto *El mundo como voluntad y representación*, no era ajeno a los artículos que el joven Benito publicaba en *La antorcha* y *El ómnibus*. Este manejaba con acierto la escritura, pero también el dibujo; por la ciudad circularon sus viñetas del Gran Teatro de la Pescadería, en las que se burlaba de la errada ubicación del Teatro Nuevo, en la orilla del barranco del Guiniguada. Peces y cangrejos ocupaban los asientos inundados por el agua del Atlántico. Las vueltas que da la vida, porque aquel coliseo del que el joven Benito hizo chufla se había estrenado hacía más de diez años y no solo había aguantado en pie, sino que la ciudad reclamaba para que se le cambiara el nombre de Tirso de Molina, que siempre les pareció postizo a los isleños, por el suyo. Feliciano había recibido una visita de deferencia de don Anselmo Acevedo Galán, el nuevo alcalde, para conocer su opinión en torno a este asunto del cambio de nombre del teatro. Por ello, para tener más sólidas referencias sobre el famoso Benito Pérez Galdós, había acudido a don Nicanor. Los pocos ratos libres que su trabajo le permitía los dedicaba a la música y a Ofelia O'Higgins, no tenía más tiempo para la lectura. Aunque no había leído ni una línea de sus obras, por supuesto lo conocía de nombre y también por haberlo visto en el Puerto de La Luz el 18 de octubre de 1894, cuando el escritor regresó a su ciudad natal en olor de multitudes. Repasaba el Guirre la carga que traía el *Península de la Magdalena* desde La

Habana cuando los vítores anunciaron la llegada del autor en el vapor *Pío IX*. Lo vio desde la borda del *Península de la Magdalena*; era corpulento, tenía ojos tímidos y saludaba con una sonrisa contenida. Tuvo la oportunidad de visitarlo en la casa familiar de la playa de Santa Catalina, frente al viejo castillo de idéntico nombre, por donde pasaba a diario desde El Silencio al puerto; pero tenía asuntos más urgentes que atender y tampoco iba a presentarse allí sin ni siquiera haberle leído un libro suyo. Don Nicanor sí lo había visitado junto a otros notables de la isla y había asistido al homenaje ofrecido en el Gabinete Literario, donde el general Bravo le entregó el título de socio de honor.

Don Anselmo Acevedo Galán se estrenaba en 1902 como alcalde de Las Palmas; don Fernando Hilario Iriarte había sido elegido diputado en Cortes y dejaba su puesto a su camarada del Partido Liberal. El nuevo edil quiso dar un golpe de efecto a las primeras de cambio, así que propuso, ahora en serio —porque había habido escarceos anteriores que no llegaron a materializarse—, cambiar el nombre del Gran Teatro para que llevara el de Pérez Galdós, lo que era un clamor popular, máxime después del éxito arrollador de su *Electra*, que el año antes se había estrenado y convertido en símbolo de la lucha contra la superstición y el fanatismo, lo que necesitaba España para salir de su rutina y lograr la transformación en una moderna sociedad europea. Su antecesor en el cargo le aconsejó que antes de llevar la propuesta a pleno la consultara con don Feliciano Silva; este era, sin duda, el gran valedor del coliseo capitalino y siempre había que andarse con cuidado con el Guirre por medio. Tuvo don Anselmo el buen juicio de no convocarlo por las bravas, sino acercarse a El Silencio para pedir audiencia con el mafioso, que, recién comenzado el siglo xx, no solo había conseguido mantener su posición de privilegio en el negocio del estraperlo en las islas, sino que se había ido consolidando en todas las redes del comercio del Atlántico. Había instalado junto a su despacho de El Silencio una centralita telefónica atendida por Venancia Figueras para mantener con mayor comodidad y discreción sus asuntos. Fue Ofelia O'Higgins la que le sugirió que utilizase a Venancia como secretaria. Venancia había sido una de las prostitutas elegidas por la irlandesa para el reestreno del Berlín en el inicio del primigenio reinado de Feliciano. Morena zaína, con los ojos más oscuros que había visto jamás la irlandesa, pechos erguidos, caderas prietas, gaditana de Barbate. A diferencia del común de las ramerías que se habían presentado para trabajar en el Berlín, Venancia tenía el habla corta y baja. Hablaba solo cuando se le preguntaba y en un tono melifluido que encandilaba a muchos hombres. Venancia había cumplido con su trabajo con eficacia y profesionalidad, ninguna queja se recibió de su parte ni ningún cliente quedó insatisfecho con sus servicios. Una tarde sufrió un accidente. Se preparaba, como todos los días, para empezar la jornada. Había calentado un caldero de agua para echar en la tina y bañarse a conciencia. Subía la escalera desde la cocina cuando perdió el pie de apoyo, el caldero voló y el agua hirviendo cayó sobre ella. Las quemaduras en el cuerpo fueron numerosas, pero lo más grave fue en su cara. No sirvieron las compresas de leche, manzanilla y lavanda sino para calmarle los dolores; la cicatriz del agua hirviendo la había desfigurado. Cuando pudo valerse por sí misma, recogió sus

pertenencias y se presentó delante de Ofelia O'Higgins para despedirse. No soltó ninguna queja sobre su mala suerte ni solicitó ningún tratamiento especial. Sabía que era una puta por la que nadie pagaría, se hizo fea y vieja antes de tiempo, no había más tela que cortar. «Por favor, señorita Ofelia, si me llega alguna carta a mi nombre envíemela a esta dirección. Es la casa de mis padres, espero que todavía esté en pie.» La irlandesa observó que las señas que le ofrecía estaban cumplimentadas con una hermosa letra gótica con arabescos. Indagó sobre ella y la gaditana le manifestó que sabía leer y escribir gracias al cura del pueblo, que la había iniciado en tales menesteres a cambio de sus carnes. No le había servido para mucho, pues había sido pieza de burdel desde niña. Fue entonces cuando Ofelia O'Higgins se dirigió a Feliciano y le solicitó que contratase a Venancia como su secretaria. La irlandesa le pedía pocas cosas y le daba mucho. Aunque al principio María de la Caridad forcejeó con su marido para que expulsara a aquella puta de su casa, que quien fue puta lo seguiría siendo aunque tuviera la cara quemada, que no tenía vergüenza, que allí había niños, llegaron con el tiempo a congeniar hasta el punto de hablarle de cosas íntimas que era incapaz de contar a Fernanda Castellano, que había sido su institutriz desde niña.

El nuevo alcalde, don Anselmo Acevedo, era atrevido e impulsivo, demasiado franco para un político; pero a Feliciano le agradó su ímpetu y la transparencia de sus intereses. No había llamado para concertar una cita, se presentó de improviso para ver si don Feliciano lo podía atender para exponerle un asunto de interés. Dio sus señas a Almanegra, al que también le manifestó su intención de hablar con don Feliciano si este lo tenía a bien y no le causaba molestia. «Espere aquí.» Agapito Luzardo se dirigió a la puerta de la mansión, poco después apareció con Venancia Figueras, la secretaria del señor Silva, que ya se hizo cargo de la situación y lo invitó a entrar en El Silencio. Don Anselmo poseía una mandíbula prominente, que se alzaba con el andar marcial que imponía a sus pasos; todo en él era directo, como si su prognatismo lo impulsara a actuar con decidido arresto. De formación atlética, practicaba el boxeo como un arte de caballeros a pesar de que su mandíbula extensa era un flanco muy débil; sus contrincantes veían en su mentón el centro de una diana que era golpeada una y otra vez. Le agradó la contenida elegancia del interior de El Silencio, un recinto amplio, distinguido pero exento del suntuoso abigarramiento que era común en las residencias de los burgueses isleños. Venancia le rogó que se sentara en el tresillo del vestíbulo mientras iba a avisar al señor Silva. Las once y veinte marcaba el reloj de pie que se situaba frente a su asiento, un acto reflejo hizo que comprobara el suyo, el minuterero pasaba de las veinte; mejor estar adelantado, así llegaba antes y podía exigir la disciplina horaria en los plenos. Un olor entremezclado de verduras, canela y limón le llegó tibio. «Buenos días, soy María de la Caridad Ortiz Manrique, esposa de Feliciano Silva. ¿Se encuentra usted esperando por mi marido?» Don Anselmo se levantó al punto para cumplimentar un saludo excesivo. La conocía de vista, la isla era pequeña y redonda, siempre había ocasión de que las caras se repitieran; pero no se habían presentado antes. Al edil le pareció una mujer hermosa en extremo, con los ojos melosos un tanto desgastados, que portaban

muy en su interior algunos destellos de la pizpireta chiquilla que había sido cuando le comunicaron la decisión de su compromiso con el Guirre. Se había presentado con sus señas de soltera, sin renunciar a su estatus de consorte de Feliciano Silva pero con sus apellidos, como un acto de rebeldía al dominio, a la monarquía absoluta que ejercía su marido. «Perdone que lo atienda de este modo, estaba ayudando en la cocina con la comida para los niños, son insaciables, devoran todo lo que se les pone en la mesa.» Don Anselmo lanzó una carcajada tempestuosa, como si hubiera escuchado un chiste verde en el salón del Gabinete Literario mientras jugaba al billar, una de sus grandes aficiones más allá de la política y del boxeo. María de la Caridad lucía un delantal de cuadros rojos y blancos anudado en la espalda que se abombaba en unas caderas salientes, redondeadas por el parto, que al alcalde le resultaron poderosas; dotaban a la señora Silva de una sugestiva fisonomía madura. El alcalde, hábil en las distancias cortas, dio pie a que María de la Caridad se extendiera sobre sus hijos y ella lo hizo. Pascual y Paulino simulaban ser hombrecitos, pero no eran más que dos niños de once y nueve años que estaban, como todos los hermanos, buscándose para hacerse alguna maldad y acabar llamándola a gritos. Ernestina todavía no la mortificaba, pero sí sus dientes de leche, que le hacían crujir las encías al salir, y se ponía tan desmadejada y febril que no había manera de que comiera nada, salvo trocitos de manzana que María de la Caridad le pasaba alrededor de los dientillos para refrescarle y adormecerle la zona con el frescor de la fruta. «¿Asistirá usted a los actos de toma de poder de nuestro joven rey en Madrid?» Don Anselmo, tras un titubeo inicial, exclamó una afirmación jubilosa, como si hubiera esperado largo tiempo para que le hicieran esa pregunta, que deseaba contestar con énfasis patriótico. No esperaba que aquella señora estupenda, al servicio de sus hijos y de su marido, tuviera también inquietudes políticas, lo que para el edil suponía un verdadero encanto en la mujer, muy al contrario de lo que opinaban muchos de sus colegas, que no soportaban que el sexo femenino se inmiscuyera en cuestiones cuyo alcance era muy elevado para sus cabezas. De hecho, lo tenía todo organizado: zarparía hacia Cádiz a finales de abril, llegaría con tiempo sobrado y disfrutaría no solo del acontecimiento sino de la vida madrileña, de sus paseos, de sus museos y sus teatros. Quería tomar ideas de modernidad y traerlas a Las Palmas. Si Feliciano Silva le daba la aquiescencia, visitaría a Benito Pérez Galdós en su residencia madrileña. De hecho, ya tenía medio concertada una entrevista a través del sobrino del escritor, Hermenegildo Hurtado de Mendoza. Allí le comunicaría en persona el dictamen de la corporación capitalina de cambiar el nombre de Tirso de Molina por el de su insigne figura, como consecuencia de haber escuchado y dado carta de naturaleza al clamor popular que así lo exigía. Venancia Figueras, discreta, se acercó a la pareja que formaban el alcalde y María de la Caridad. «Disculpen que interrumpa su conversación, el señor Silva lo espera en su despacho.»

## El atentado

Feliciano Silva sufrió un atentado el 4 de noviembre de 1906 a las cinco y media de la tarde, a la altura de la entrada a Las Palmas por la carretera hacia el Puerto de La Luz. Procedía el carruaje de El Silencio y era conducido por Ignacio Zulueta. Cuando distaba doscientos metros del Berlín salió un embozado que se parapetaba tras unas plataneras, se acercó corriendo al vehículo y lanzó una bomba Orsini. Ignacio Zulueta solo tuvo tiempo de gritar que eran atacados mientras intentaba desviar los caballos de la trayectoria del artefacto. Por fortuna para Feliciano y el cochero, aunque por desgracia para los equinos, la bomba estalló bajo las herraduras de estos reventándolos, rociando de vísceras el camino terroso, que se tornó enseguida ensangrentado. El carruaje, impulsado por la inercia de la onda expansiva y el peso de los caballos, que habían volado, se escoró y volcó. Ignacio Zulueta cayó desde el pescante y su pierna derecha quedó atrapada bajo una rueda; nunca pudo volver a caminar sin la ayuda de una muleta, pero siguió al servicio de Feliciano Silva y tuvo tiempo y oportunidades para dar rienda suelta a la inquina que aquella cojera le ocasionaba. El Guirre salió del carruaje a través de la ventana con una brecha en la frente, se había precipitado hacia delante con los bruscos movimientos, no le había dado tiempo a apoyarse y su cabeza había chocado con el filo del asiento delantero. La sangre le cegaba la vista, pero aun así buscaba a su atacante; aferraba su pistola con el brazo derecho extendido, apuntando al vacío, girándose para dar con un blanco a quien disparar. Nadie. Había desaparecido. Escuchó los ladridos de dolor de Ignacio Zulueta y vio como un grupo de sus hombres salían del Berlín cargados con escopetas y se dirigían a socorrerlos. Cuando llegaron ya Feliciano intentaba sin éxito levantar la rueda que escachaba la pierna del cochero. Tuvieron que traer una grúa del antiguo muelle de San Telmo para poder izar el carruaje y liberarlo. Almanegra, desde que oyó el estallido de la bomba, supo que iba dirigida a su jefe, así que salió corriendo del Berlín. Cuando vio a Feliciano de pie dejó que los otros lo socorrieran y él empezó la cacería. El autor del atentado se había agazapado en las plataneras de nuevo y había huido, después de quitarse el pañuelo que le cubría el rostro, hacia el Puerto de las Nieves para trasladarse a Tenerife y de ahí a la Península, desde donde había venido para matar a Feliciano Silva. Su montura estaba donde la había dejado, junto a una acequia al pie de la finca de plátanos, que había cruzado esquivando los jodidos racimos que le cortaban el paso; pero había

desaparecido el acompañante que lo acogió en su casa de la villa mariana de Teror desde su llegada a la isla diecisiete días atrás, tiempo más que suficiente para preparar a conciencia el atentado.

Desde que zarpó de Barcelona rumbo a aquellas islas en el culo del mundo, presentía un mal fario, solo compensado por el abultado sobre de billetes que descansaba en el bolsillo interior de su chaqueta y que tocaba a cada momento como un amuleto que evitara sus augurios. Cuando se halló en tierra vio que la cosa era todavía más complicada. Ya en Barcelona había indagado acerca de su objetivo y se había extrañado de que fuera conocido allí entre los estraperlistas del puerto barcelonés, que referían del canario historias descabelladas sobre sus métodos de trabajo. Se comentaba que era capaz de despellejar a un hombre vivo de una vez, sacando la piel entera como un rulo de cáscara de naranja. Ya sería menos terrible el elemento; sin embargo, hasta encerrado en la cocina de su casa su contacto isleño musitaba su nombre sin abrir del todo los ojos, como si de repente Feliciano Silva fuera a aparecer para llevárselo al infierno. Además, estaba aquella humedad cálida que lo iba descomponiendo. Se quejaban en Barcelona de la humedad mediterránea, una broma comparada con el bochorno de aquella isla que lo atravesaba en las horas de sol, empapándolo de sudor y mala leche. Y cuando anochecía el relente caía fulminante como una losa y no había modo de calentarse, coño, porque el frío se metía entre las paredes y no había forma de pararlo. Con todo, lo más preocupante era la vía de escapatoria, ya llevaba demasiados encargos a sus espaldas como para saber que más importante que el acceso al elegido era el modo de escaquearse. Una mierda de isla, redonda, que lo obligaba a depender de otros para salir de aquel agujero de ratas en que se iba a convertir su mundo después de lanzar la bomba. Previsor, había recorrido en dos ocasiones el tortuoso camino que llevaba de la ciudad al pueblo pesquero del Puerto de las Nieves, su lugar de escape. Las coincidencias de la vida, o de la jodienda, lo hacían cruzar un barranco por un peligroso camino de bestias denominado Cuesta de Silva, como si aquel acceso incrustado en paredes pétreas fuera también propiedad del cabrón al que iba a asesinar si la isla no lo mataba a él antes. Gracias a esa previsión no desesperó tanto al no encontrar a su cómplice, que se habría cagado al escuchar la explosión y habría corrido a meterse debajo de las piedras. Mejor era pensar en esto que en una traición premeditada, que lo hubiesen elegido como chivo expiatorio y él, que había picado, hacía su trabajo y luego lo dejaban tirado a su suerte a la espera de que la jauría de los hombres de Feliciano Silva lo devoraran. Se tocó el sobre del dinero a través de la chaqueta, allí estaba. Espoleó al caballo y salió de la ciudad al trote, no quería llamar la atención, pero tampoco disponía de tanto tiempo como para pasearse. Las mujeres corrían por las calles arrastrando a los niños desconcertados, los hombres habían salido de las tabernas y vociferaban en corrillos acerca de lo sucedido. Los más de cincuenta mil habitantes con que en aquellas fechas ya contaba Las Palmas sabían a los pocos minutos del estampido que Feliciano Silva había sufrido un atentado; pero el resultado de este era incierto y se esparcieron noticias sobre la suerte del Guirre: murió en el instante; quedó desfigurado; la bomba le había arrancado media cara, ni sus hijos lo podrían reconocer; había

salido vivo pero tan mal herido que no se pudo hacer nada por él, cuando llegó el médico ya no respiraba, por lo visto un vecino le ofreció buscar un sacerdote pero le escupió un salivazo de sangre por respuesta; otros decían que el muy ladino había corrido con la suerte del demonio y que daba una recompensa de mil duros a quien le entregara al criminal que había intentado matarlo.

Almanegra era ahora un perro cazador. Enseguida estableció un perímetro alrededor del lugar del atentado. Sin preguntar a Ignacio Zulueta, el único que había visto acercarse al hijo de la grandísima puta que había tirado la bomba y que le había triturado la rodilla haciéndolo aullar de dolor y desvanecerse en fatigas, supo que había salido de las plataneras a la derecha del camino hacia la ciudad. Era el lugar que hubiera escogido él si hubiera querido cometer un atentado con una bomba Orsini; aquel individuo, fuese quien fuese, era un profesional, un mercenario y no un mindundi. Sabía lo que tenía que hacer y conocía el lugar idóneo para agazaparse. Entró apretando con fuerza las cachas de madera rojiza de su Colt; las hojas de las plataneras ensombrecieron por un instante su vista hasta que se acostumbró al nuevo entorno. Pisaba con cuidado, escrutaba entre las piñas de plátanos, entre los rolos viejos que se pudrían sobre la tierra; faltaban unos metros para llegar al linde de la finca cuando encontró el pañuelo con el que el fugitivo se había cubierto la cara y que había tirado en su huida. Era un pañuelo negro de tela basta, olía a pólvora. Había encontrado la pista, ahora había que seguirla; Almanegra se juzgó más perro que nunca. Allí había huellas de dos monturas, pero por el estado de los excrementos que habían dejado los caballos vislumbró el cazador que uno había marchado antes que otro. Seguro que el compinche había abandonado al ejecutor del atentado a su suerte, que iba a ser la que Almanegra decidiera y ya había decidido que iba a morir. Se apresuró a llegarse hasta el Berlín, escogió un alazán fino de zancada, recuperó el rastro del animal que había evacuado la bosta más reciente y no levantó la cabeza del camino hasta hallarse a quinientos metros de su presa. Este había desistido de seguir cabalgando hacia el Puerto de las Nieves al llegar a El Hormiguero. La noche se le había echado encima, salvo la desaparición del cabrón de su contacto en la isla todo iba según lo previsto; pero al iniciar la Cuesta de Silva le entró canguelo, el caballo estaba cansado, llevaba cinco horas sin detenerse y allí empezaban a abrirse los altos vacíos escabrosos de un barranco que cortaba como la hoja de una cuchilla. A lo lejos divisaba achicando los ojos algunas farolas encendidas en Las Palmas, no escuchaba nada, no veía nada, solo aquella cuesta que era una culebra resbaladiza a la que tenía más respeto que a un escuadrón de la Guardia Civil. Se permitiría dormir hasta que saliera el sol y así dejar que el caballo descansara y se sintiera fresco para acometer con confianza aquel camino de despeñaperros. Lo más seguro era que todavía anduviesen preguntándose de dónde había salido aquel asesino con la bomba y no fuera hasta el día siguiente cuando empezaran a comprender lo que había sucedido. También cabía la remota posibilidad de que ya hubieran dado con su rastro y se hubieran puesto a perseguirlo, pero habría divisado sus antorchas. Dormiría con un ojo abierto y otro cerrado, no era la primera vez ni tampoco sería la última. Se refugió en una cueva horadada en la piedra;

había muchas, como si allí hubieran habitado los aborígenes de aquellas islas. En el suelo echó un par de mantas que sacó de las alforjas. También se permitió fumarse un cigarro después de desensillar la cabalgadura, de perdidos al río, tampoco iba a vivir con el miedo metido en el cuerpo, porque entonces no sería vida. Quizás en otras ocasiones había logrado su propósito de dormir con un ojo abierto y otro cerrado; sin embargo, en esos momentos, cuando su cuerpo se alineó horizontal y se acostumbró lo mínimo al piso duro y rugoso de la cueva, entró en letargo cerrándosele los dos párpados. Se despertó con un dolor en el pecho, todavía la oscuridad de la noche no se había disipado. Le costó apreciar la figura de un hombre de corta estatura, sombrero calado y cara de asesino como la suya. La primera reacción fue entender que aquello no era más que un sueño jodido, una mala pasada que le estaba jugando su cabeza, la muy cabrona. La segunda reacción fue la de sacar el brazo debajo de la manta con su escopeta, que reposaba a su lado. Almanegra apretó con mayor fuerza la suela de su zapato; las costillas se hundieron hasta apretarle los pulmones e impedirle la respiración. Agapito aflojó, no quería que muriera todavía, de una patada alejó la escopeta fuera de su alcance.

—¿Quién te pagó? —Esa era la única cuestión que le importaba a Almanegra, lo demás ya sobraba. Lo tenía encañonado con su Colt 45. Se reconocieron como iguales, en otras circunstancias y con la suerte soplando desde otro extremo podrían haberse intercambiado sus posiciones.

—Anda, dispara ya y no jodas más la marrana... Espera, maté a tu jefe, ¿verdad?

Almanegra apuntó bien al tabique nasal, por muy fuerte que agarrara su revólver la fuerza de la detonación hacía que el arma subiera y, por lo tanto, también su trayectoria, así que si apuntaba a la nariz la bala se alojaría entre las cejas o la frente. Lo tenía más que demostrado. «Mierda de trabajo», articuló mudo el sicario de Feliciano Silva. Si a alguien le hubiera perdonado la vida era a aquel sujeto que tenía bajo su pie enfrentando la muerte sin lloriqueos ni excusas ni rogativas de piedad. Solo había formulado la pregunta que él también habría hecho para irse del mundo con la conciencia tranquila de haber cumplido bien su cometido.

—Sí, hijo de puta, lo reventaste con la bomba.

Se le empezaba a dibujar una sonrisa cuando la bala se le incrustó justo encima de la ceja izquierda. Almanegra le había mentido, le dio el último gusto de su vida al engañarlo con la muerte de Feliciano, un gesto de solidaridad entre colegas. Esperaba que, llegado el momento, alguien hiciera también algo parecido con él. Escupió al camino, al que volvió para regresar a Las Palmas. Antes le registró los bolsillos a su presa y la alforja; encontró el dinero, pero nada que lo delatara ni lo identificara, un profesional. Le habría gustado saber su nombre. Se lo podría haber preguntado, pero hubiera dado igual. Enrique Torrejón Llopart, al que Agapito había arrojado por el barranco de la Cuesta de Silva, no se lo habría dicho ni muerto.

Los días siguientes fueron de pánico en la isla. Feliciano Silva había lanzado a su ejército a la calle. Casiano Ballesta le había recomendado que no lo hiciera, que era un error mostrarse con aquel salvajismo. «Han intentado matarme al lado del Berlín. Si no lo paro antes, volverán y me

matarán en mi casa; y a mis hijos para que estos no se venguen algún día.» No lo había saciado saber de boca de Almanegra que había matado a su atacante, un mercenario bien pagado; tiró sobre la mesa de su despacho de El Silencio el abultado sobre con el que había sido pagado Enrique Torrejón Llopart. Conminó a su lugarteniente a que buscara a quien le había prestado apoyo, tenía que haber alguien, pero le encargó también que no se atreviera a matarlo cuando lo encontrara, quería interrogarlo en el sótano del garaje de El Silencio y después cortarlo en trozos como se corta un cochino para hacer un adobo. A Agapito Luzardo le costó tres días dar con Emilio Cervera, dueño de una tienda de confecciones en Teror, Telas Hortensia. Le costó asimilar que aquel sujeto barrigudo, tan pequeño o más que él y de andares bamboleantes, tuviera algo que ver con el atentado a Feliciano. Parecía, más que un faccioso, un payaso rechoncho y de cara risueña, afable; pero el hilo del que había tirado lo había llevado hasta él. Agapito había seguido la pista a través del caballo que había montado Enrique Torrejón Llopart. Preguntando en las caballerizas fue atando cabos hasta dar con el nombre de un comerciante de Teror que había comprado hacía un mes ese caballo a un cristalero de la calle La Pelota. «Se llevó un buen caballo; el hombre no era tonto, aunque lo parecía.» El establecimiento presentaba un estado ruinoso, cajas amontonadas en el suelo, una lámina de polvo gruesa en el mostrador, rollos de tela apilados sin orden de colores ni concierto de tejidos. El sujeto estaba sentado en una silla de enea releyendo un ejemplar atrasado de *El Progreso de Canarias*, como si hubiera desechado desde hacía tiempo la esperanza de que alguna señora misericordiosa atravesara el umbral de su negocio. No se percató de la presencia de Almanegra hasta que este traspasó el mostrador y se situó a unos pasos. La cachetada resonó como una campanada de la basílica de la Virgen del Pino, que distaba solo unas calles de Telas Hortensia. El golpe lo había dejado aturdido, pero no inconsciente. Tenía la impresión de que la cabeza le había dado vueltas retorciéndole el cuello, una quemazón le abrasaba la piel enrojecida donde había descargado la mano Almanegra.

—¿Quién te pagó?

Antes de contestar recibió otra campanada de Agapito; pero esta vez un poco más atrás, en el tronco del oído. Por alguna razón de la física un tanto incomprensible, el comerciante no cayó de la silla, su cabeza de calabaza boba de cabello de ángel se había ladeado y de la comisura de los labios le caía una baba larga y pronunciada. Lo había reconocido desde el principio, sabía que era la mano derecha de Feliciano Silva, un asesino que venía a hacer su trabajo. Le había llegado la hora, no había más que hacer. Le habían asegurado que Enrique Torrejón Llopart no fallaría y que tras la muerte del Guirre un nuevo hombre ocuparía su lugar y lo premiaría con una fortuna. Ya le habían pagado bien, lo suficiente para vivir con comodidad un largo periodo. La tienda, desde que había fallecido su esposa dos años y medio atrás, se había ido al garete, y eso que le puso empeño al principio; pero no era lo suyo y las señoras no le tenían tanta confianza. No se hallaban cómodas al hablar de sus vestidos y de sus cosas delante de don Emilio, que era un buen hombre, pero no dejaba de ser un hombre y ya se sabe. Además, qué necesidad tenían de sufrir al

verlo así, tan desasistido, sin la mujer y sin sus dos hijas, que se habían marchado para Montevideo. Almanegra estaba dispuesto con la mano alzada para tocar la tercera campanada cuando el comerciante confesó:

—Es suficiente. Yo ayudé al catalán que vino a matar a don Feliciano Silva. Me ofrecieron mucho dinero. Como veré, mi negocio no pasa por su mejor momento. No sé por qué me eligieron; he escuchado cosas terribles sobre don Feliciano Silva, pero a mí en concreto nunca me ha hecho daño. Una tarde se presentó un señor peninsular muy bien trajeado y me propuso sin rodeos el trato. Yo cobraba un dineral y solo tenía que recibir en el Puerto de La Luz a un hombre y darle hospedaje. En el trato no estaba acompañarlo el día del atentado, pero el catalán me obligó. Decía que podía echarle un cabo si salía algo mal, para ayudarlo hasta llegar al Puerto de las Nieves. Al final fui, aunque desde que entró en la finca de las plataneras espoleé al caballo y me vine para Teror. Luego he sabido que don Feliciano salió ileso y el catalán acabó despeñado por la Cuesta de Silva. Del hombre que me contrató no sé nada, ni su nombre, solo que era peninsular; ni alto ni bajo, normal, un hombre corriente. Cuando acepté me dio el dinero y se marchó, nunca lo vi más. Sabía que tarde o temprano usted u otro llegaría, nunca he tenido buena suerte, salvo con mi Hortensia, pero murió hace dos años y medio. Perdón, sé que a usted esto no le importa.

Le pegó un tiro en la nuca y ni así cayó al suelo, quedó en la silla de enea con su cabeza de calabaza sobre el pecho. Había desobedecido la orden de Feliciano de llevarlo vivo. Lo hizo porque había participado en muchos interrogatorios para saber que aquel hombre ya había hablado todo lo que tenía que hablar, no le iban a sacar nada más porque no lo sabía. Y sobre todo porque respetó a aquel payaso gordo que se había portado como un hombre y no se había puesto a llorar, soltando los mocos y rogándole que se apiadara de él, que era solo culpable de ser un desgraciado, que por la Virgen del Pino, que estaba allí, bien cerca, a dos pasos, no le hiciera daño. Feliciano Silva se cagó en su puta madre cuando le comunicó que le tuvo que pegar un tiro por la espalda porque se le escapaba. Almanegra, con los pulgares en el cinturón, bien asentados sus pies en el suelo, le respondió que el comerciante de Teror era un don nadie sin importancia que no sabía una mierda. El círculo se cerraba y el Guirre no hallaba a los organizadores del atentado, lo que lo envenenaba más que la bomba. El miedo había invadido la isla como un techo de hierro que se hubiera desplomado. Se acercaba la Navidad de 1906 con una estampa sombría. Se había armado hasta los dientes para defenderse y se había parapetado en sus dominios. No quería dar ninguna facilidad a sus enemigos en territorio alguno, así que había cerrado el Berlín. El Jack Daniel's clandestino había dejado de servirse en la barra, la música de la orquesta Fetén había dejado de escucharse, los jugadores compulsivos se mordían las uñas alrededor del local privados de los tapetes de las barajas y la ruleta. Incluso las prostitutas preferían volver al trabajo a estar allí encerradas como si estuvieran esperando a que se desencadenara en cualquier instante la guerra del fin del mundo. Le dio hasta por pensar que su mujer estaba metida en el ajo, y a punto estuvo de llevarla al sótano si no es porque entrevió la

mirada pavorosa de su hijo Pascual cuando la arrastraba sin tino. Andaba como la gallina sin nidar, solo empezó a reconfortarse bajo los nutridos senos de Ofelia O'Higgins. Fue ella quien le hizo entrar de nuevo despacio, poco a poco, en la rueda de la razón. Nunca lo había visto tan fiero ni tan frágil. Ni la esencia de sexo rabioso de la irlandesa pudo reconstruirle el ánimo y armarle una erección. Su pene se mostraba alicaído, acurrucado. La pelirroja lo cubría de besos, lo acariciaba como al hijo que nunca tuvo. En el gramófono que le había regalado para el último de sus cumpleaños le ponía las óperas de Puccini, sus preferidas, y se tendía junto a él con el único propósito de recuperarlo, de que volviera a ser el salvaje que siempre había sido. Sonaban una y otra vez *La bohème*, *Tosca*, *Madama Butterfly*... Aunque le dolía aquel quebrantamiento de Feliciano Silva, se sentía dichosa al tenerlo en su regazo, acunándolo, mimándolo como un crío desprotegido. Cuando una de las noches no buscó en ella su regazo sino la hendidura de la carne por donde deslizar su miembro de nuevo hambriento, Ofelia supo que Feliciano había superado lo peor y que el mundo podía estar seguro de que su reinado en el Atlántico seguía en pie.

## Cobardía

El barítono Néstor de la Torre había triunfado en los teatros de medio mundo: Madrid, Buenos Aires, Caracas, Roma, Milán, Barcelona, Tiflis, Venecia... Ahora volvía a su ciudad natal para dar un concierto en el teatro Pérez Galdós. Feliciano Silva acudió al concierto, que se celebró el domingo 25 de agosto de 1908, con Ofelia O'Higgins y sus hijos Pascual, Paulino y Ernestina. Ya no era noticia que el Guirre estuviera acompañado en su palco de su concubina, pero era la primera vez que se atrevía a llevar consigo a sus hijos junto a la prostituta; lo cual era, más que un atrevimiento, una sinvergonzonería rayana en el delito. Aquellos críos no se merecían tal vileza por parte de su progenitor. Lo que desconocían las indignadas personas que volvían a sentirse violentas ante la desfachatez de aquel hombre sin moral era que su esposa, María de la Caridad, no solo había accedido a que sus hijos fueran al concierto de Néstor de la Torre con su padre y su querida, sino que lo había alentado. «Deberías llevar a los niños al teatro para que se diviertan, aunque vayas con quien sabes; ellos no tienen la culpa de tus maldades.» Aprendía a sobrellevar a su marido, lo cual ya era mérito de superviviente, más aún al faltarle sus padres. No era que don Paulino ni doña Elena fueran de gran ayuda, ambos rehusaban su presencia en El Silencio como si se tratara de un sanatorio de tuberculosos; pero al fin y al cabo mantenía un hilo umbilical que se cortó cuando murieron. Primero fue doña Elena, a quien devoró un cáncer de útero y quedó convertida en sombra cruda de lo que fue. Por último, ya no tenía apenas conocimiento y el poco que mantenía era para quejarse del suplicio que la horadaba; pero antes de que cayera en tal estado, cada vez que acudía María de la Caridad a visitarla le pedía perdón por lo que su padre había hecho con ella; la había desgraciado casándola con Feliciano Silva. Don Paulino le sobrevivió siete meses, fue una especie de suicidio el que lo llevó a la tumba. No comía, no se adecentaba, no pasaba por el muelle a ver la estiba de los barcos. A pesar de los ruegos de María de la Caridad, todo fue en vano, estaba perdido desde la muerte de su esposa. Su hija tampoco llevaba una vida social amplia, sus salidas por lo común se circunscribían a las que realizaba a misa los domingos y festivos, aunque fueron espaciándose en la medida en que veía que sus dolorosas confesiones ante los sacerdotes y los consejos de estos no causaban mejoría alguna en su matrimonio; a la consulta de don Ceferino Toledo, donde también había empezado a ejercer el joven Ceferino, que tenía la intención de seguir la estela de su padre como médico de

mujeres y partos y de otras enfermedades de ámbito general; a Modas Quinta Avenida, donde Panchita Machín continuaba confeccionando los vestidos de las damas de mayor alcurnia de la ciudad, y también continuaba siendo una fiel confidente de desconsuelos y malestares que ahuyentaba con frases malsonantes y proposiciones indecentes, que causaban la hilaridad hasta de las más dolidas, y a casa de Paquita Araujo, donde era hartito complicado hablar con tranquilidad entre las mujeres, pues los nueve hijos de Paquita y Casiano Ballesta daban mucho de sí y raro era el rato en que no aparecía alguno de los críos solicitando los servicios de su mamá.

Anselmo Acevedo era la segunda razón, y la de más peso, para que María de la Caridad le dijera a su marido que se llevara a los niños al concierto a pesar de que lo acompañase su barragana. Había congeniado con el alcalde desde que este había ido a solicitarle a don Feliciano la aquiescencia para cambiar el nombre del teatro Tirso de Molina por el de Pérez Galdós, que le fue concedida. A partir de entonces había llevado algunas visitas a El Silencio en ausencia de Feliciano Silva, por las que este nunca preguntó a ninguno de sus guardianes. Sabía que ninguno de los dos, ni su mujer ni el alcalde, se atreverían a pasarse de la raya que marcaba el miedo al Guirre. Por otro lado, aunque nunca dio explicaciones de sus actos, aquellas visitas eran un buen argumento para desacreditar los ataques de María de la Caridad hacia Ofelia O'Higgins, ataques que cada vez eran menos frecuentes y furibundos. Su mujer había dado por perdida su batalla de amor por Feliciano desde hacía tiempo, así que tampoco buscaba darle celos para avivar los rescoldos que no había. Tampoco había enloquecido tanto aún como para pensar en el adulterio, no deseaba acabar descuerada con su amante colgado de un gancho de carnicero en el sótano. Aquellos ratos con Anselmo Acevedo, tan dicharachero como ingenioso y caballero, se habían convertido en un pasatiempo goloso y no había detrás de ello nada salvo las conversaciones agradables e inteligentes que hubiera deseado tener con su marido. Así que la ocasión del concierto de Néstor de la Torre le vino como anillo al dedo, sin niños y con su esposo abrazado a la puta del Berlín mientras ella preparaba dulces y bebidas para recibir a Anselmo Acevedo. No se trataba de una revancha de amores, pero era lo que más se le acercaba y a lo que podía llegar sin caer en la indecencia. De todos modos, ya era mucho estar con un hombre que no fuese su marido a solas, aunque aquel se hallase con su amante. Se había deshecho de la servidumbre, a la que había dado la tarde libre, y había regalado a Fernanda Castellano, su dama de compañía e institutriz ahora de los niños, unas entradas del concierto para ella y su marido, que aceptó alborozada. También le regaló un par de entradas a Venancia Figueras, la secretaria del Guirre, para que eligiera la compañía que deseara. Esta aceptó de buen grado, más por complicidad sin palabras por medio con María de la Caridad que por el gusto de ir al Pérez Galdós, que no llegó a pisar; prefirió invertir el tiempo en visitar a sus antiguas compañeras del Berlín, que la recibieron como una más de la casa y la acribillaron a preguntas acerca de lo que se decía de María de la Caridad, que estaba loca de atar, que llevaba tan mal los cuernos que le ponía el Guirre con Ofelia que había perdido la cabeza y que le echaba azúcar a los potajes y sal a las natillas y

descuidaba a los niños, tan lindos que eran, que parecían moritos guapos, y a la niña, la princesa Sherezade esa de *Las mil y una noches*, y les ponía la ropa sucia para que apestaran porque le había entrado en el caletre que eran demonios como el padre, y que daba de cuerpo en cualquier lado, hasta en el salón la habían visto acucillarse para cagar. Por mucho que insistió Venancia en que aquello no eran más que chismes de viejas, y en que María de la Caridad estaba tan bien de la cabeza como podía estarlo cualquier otra mujer cuyo marido fuese Feliciano Silva, buena parte de sus colegas de antaño siguieron convencidas de que la esposa del Guirre estaba de atar y de que Venancia, por miedo, no se atrevía a confirmarles la verdad. A pesar de la relevancia social del evento, Anselmo Acevedo no había dudado un segundo en aceptar la propuesta de María de la Caridad. Había enviado a su teniente de alcalde para que lo excusara arguyendo una inexistente lumbalgia que, por supuesto, no le impidió presentarse en El Silencio a la hora dispuesta por la señora de don Feliciano Silva, a las cuatro y media de la tarde, coincidente con el comienzo del concierto en el Pérez Galdós.

Néstor de la Torre confirmó las expectativas; las arias de *Lakmé* y *Tosca* estremecieron al Guirre, pero no dejó que trasluciera ningún gesto afectado ante sus hijos. Pascual había cumplido los diecisiete años. Aunque distaba un mundo del Feliciano que a esa edad ya había matado a dos hombres y había clavado la primera pica de su imperio en el Berlín, nadie podría negar que era su vástago, máxime con aquel bigote, ralo aún, que intentaba emular al de su progenitor. Paulino era dos años menor, le asomaba ya el bozo y todo apuntaba a que no superaría en altura a su hermano pero sí en fortaleza; era fornido y ancho de espaldas. Ambos se mostraban distinguidos, buenos hijos de un rey, aunque demasiado indolentes a su juicio. Todo lo contrario que su hermana Ernestina, que burbujeaba como si el teatro fuera su elemento natural, aplaudía a rabiar y gritaba bravos como los viejos melómanos del lugar. Del físico de Feliciano solo había sacado sus ojos verdimiel y el cabello oscuro, grueso y ensortijado, pero en el carácter mostraba una fiereza que la retrataba como heredera suya, portadora de sus genes. Desde que se puso en pie mostró su genio, y con seis años ya se fajaba con sus hermanos para que no le quitaran las galletas y la pastilla de chocolate de la merienda.

La charla con Anselmo Acevedo fue de lo más reveladora aquella tarde, aunque había comenzado con la enésima versión de su presencia en la boda de sus majestades Alfonso XIII y Victoria Eugenia, lo que no entusiasmó demasiado a María de la Caridad, que ya veía que el edil le detallaría una vez más cómo la reina se presentó ante los invitados con el vestido manchado de sangre de los fallecidos en el frustrado regicidio de Mateo Morral; ese gesto lo había conmocionado de tal grado que a partir de entonces sintió por los reyes, y en especial por doña Victoria Eugenia, una devoción que rozaba el fanatismo. Sin embargo, viró la conversación hacia el atentado de Feliciano, que, ya pasados dos años, no había sido resuelto por las autoridades policiales ni por la propia víctima, pese a que puso todo su empeño y poder en ello hasta que Ofelia O'Higgins lo convenció de que lo dejara correr, porque si no iba a enloquecer e iba a ser peor el remedio que la enfermedad. María de la Caridad prestó suma atención al alcalde a pesar

de haber vivido aquella experiencia aterrorizada, pues al desvariado de Feliciano se le había ocurrido que su esposa también podía estar inmersa en el plan; que muerto lo quería la mayor parte del tiempo, eso era verdad, pero pensar que ella, católica como la educó su madre, se atreviera a asesinarlo y encima con una bomba por medio, ¡qué disparate! Anselmo Acevedo le trasladó a su contertulia, bajo la conjura de no salir lo dicho de aquellas paredes, que una de las pistas que se habían seguido para aclarar lo sucedido a su marido vinculaba su atentado con el sufrido por los reyes el 31 de mayo de 1906, casi cuatro meses justos antes del llevado a cabo por Enrique Torrejón Llopart contra Feliciano Silva el 4 de noviembre. El hecho de que los dos terroristas fueran catalanes y eligieran idéntico artefacto, la bomba Orsini, abrió una línea de investigación pero sin mayor base. Esta, no obstante, se había ampliado con unos datos que apuntaban hacia Nicolás Estévanez como ideólogo del acto contra los monarcas y suministrador directo del explosivo. El republicano grancanario, al parecer, se había trasladado desde Francia a Barcelona para entregarlo en persona a Mateo Morral; después de lo sucedido embarcó hacia Cuba. Esto llevó a Feliciano Silva, todo el mundo sabía que ninguna mercancía ni ningún tripulante o pasajero hacía escala en las Canarias sin que fuera del conocimiento del estraperlista, más aún si los barcos se dirigían hacia Cuba, donde sus negocios fructificaban como el olor a mango en época de cosecha. Al parecer, ya el atentado contra el monarca se barruntaba y, según las acreditadas fuentes que habían informado al edil, ese fue el motivo para que el rey abandonara Madrid a finales de marzo en un viaje al lejano archipiélago canario, que, más allá de la importancia que tenía como asunto de Estado, pues estaban en juego su soberanía y el rol que intentaba jugar España en el continente africano, fue una artimaña para alejarse de los peligros que lo acechaban. Lo que no supo Alfonso XIII fue que la inquina y la determinación de atentar contra su persona estaban tan exacerbadas entre sus enemigos que no dudaron en intentarlo en Tenerife. Uno de los camareros que lo atendieron en el ágape recibido en el Jardín Botánico del Puerto de la Cruz estuvo a punto de asestarle una puñalada en el cuello; pero la fortuna jugó también en favor del rey en aquella ocasión, pues, según parece, cuando ya el asesino se hallaba a menos de un metro con el cuchillo empuñado bajo la bandeja, un inesperado estornudo de su majestad hizo que se abalanzara sobre su persona un guardia real para ofrecerle un pañuelo. Tras el guardia real surgió otro pañuelo ofrecido por el conde de Romanones, ministro de Gobernación; al que se le unió el del general Luque, ministro de Guerra; el del vicealmirante Concas, ministro de Marina, y así hasta el último de la comitiva, con lo que se creó un cuadro de pañuelos en torno al monarca que causó, de todos es sabida la campechanía borbónica, una carcajada suya que fue coreada hasta alcanzar un estado de hilaridad entre la concurrencia. El único al que no le hacía maldita gracia la escena era al camarero, que tuvo que mantener su mano derecha aferrada al cabo del cuchillo sin poder sacarlo para apuñalar hasta la muerte a Alfonso XIII y pasar a la historia. No le fue posible, el rey decidió que, después de aquellas francas risotadas, ya era hora de continuar con las visitas protocolarias y no hubo ya manera de acercársele. Pues sí, todo apuntaba a que su esposo, lo sentía mucho pero su amistad y el afecto

que le profesaba lo obligaban a manifestárselo, ya estaba detrás de ese intento frustrado del Jardín Botánico, y luego participó en la huida de don Nicolás Estévez hacia Cuba. Los propios anarquistas que le habían pagado un dineral por el apoyo prestado también financiaron su eliminación. A algún miembro de su comité ejecutivo le habría entrado en la sesera que debían deshacerse de todo vestigio que les pudiera incriminar más de lo necesario, se debía borrar cualquier huella de la planificación del regicidio frustrado, más aún cuando Mateo Morral los vinculaba de modo tan explícito.

María de la Caridad se había llevado las manos a la boca y había abierto los ojos en expresión de asombro y temor. Sabía que su marido era capaz de cometer cualquier vileza por dinero, pero llegar hasta los límites de asesinar al rey era algo impensable, atroz, indigno hasta para un personaje de su calaña. Al punto, sin saber por qué y sin que su intención en aquel encuentro en solitario con el alcalde fuera llevar a cabo una revancha de amores, el deseo, olvidado por los desaires de su marido, se le subió a la cabeza y quiso que Anselmo Acevedo se atreviera a ser un espolón de fuego, que ya estaba bueno de tanta palabrería y tantos remilgos de buenas costumbres ciudadanas, que lo que necesitaba ahora más que nadie era que se abalanzara sobre ella y que le lamiera el cuello hasta hacerle reventar los pezones y que le metiera la mano por debajo de la falda y de su enagua hasta encontrarse con la fragua en donde se fundían sus ardores, y que la ensartara de pie y que, así, de pie, la empotrara en la pared para alzarla todas las veces que hiciera falta hasta que explotaran los fuegos que albergaba su sexo e invadieran El Silencio de un estruendoso ritmo festivo y bullanguero. El reloj de pared dio las seis de la tarde con un sonido de gong, Anselmo Acevedo sacó su reloj de leontina para confirmar lo evidente: ya habían dado las seis y la función del Pérez Galdós estaría ya tocando a su fin. Así era, Néstor de la Torre recibía una salva de aplausos y unos acalorados bravos por su interpretación de «A tanto amor», de *La favorita*, de Donizetti. La orquesta se aprestaba a cerrar el programa con la *Marcha rusa*, de L. Game. No le quedaba mucho tiempo a Anselmo Acevedo, que seguía sin ser el hombre que deseaba María de la Caridad a pesar de que la amaba, bien sabía Dios que la amaba y que no había otra mujer más hermosa y más refinada y más interesante y más desgraciada en la isla; pero Feliciano Silva era un jodido caníbal, ojalá atentaran de nuevo los anarquistas contra su persona y corriera mejor suerte. Bastante riesgo corría ya con atreverse a presentarse allí en su ausencia. No eran a escondidas aquellos encuentros, Feliciano Silva los sabía y los aprobaba como moneda de cambio por su relación a corazón abierto con Ofelia O'Higgins; pero, aunque la puta irlandesa fuera un premio descomunal y el Guirre ponía las dos manos en el fuego por el recto comportamiento de María de la Caridad, no dejaba de ser un gallo de pelea, y en cualquier momento podría envenenarse al ver a su gallina con otro. Se despidió con la cortés inclinación de cabeza que formulaba siempre, aunque esta vez a María de la Caridad le pareció más forzada, más artificial que nunca. «Mierda de hombre», pensó la esposa del Guirre cuando le cerraba la puerta y lo veía alejarse hacia su berlina sin ella; decidió no volver a invitarlo a aquellas reuniones, que se habían convertido en estancias de sosiego para sus

ánimos desarretados. Lo había decidido y tal vez lo hubiera llevado a efecto si no fuese porque no hubo necesidad de ello. Al mediodía del miércoles siguiente, solo tres días después de aquella visita del edil, recibió una misiva:

Estimada señora de Silva:

Le comunico que he sido designado por mi partido para representar a Canarias en el Parlamento nacional como diputado; por lo tanto, debo renunciar a mi puesto de alcalde de la ciudad y trasladarme a Madrid. Espero servirla, como al resto de los ciudadanos, en la capital de España como he pretendido hacerlo en Las Palmas. Reciba de mí un afectuoso saludo en esta despedida.

Las Palmas de Gran Canaria, 26 de agosto de 1908

ATTE. ANSELMO ACEVEDO GALÁN

Se ratificó en su diagnóstico, era un mierda de hombre que no había tenido los huevos de enfrentarse a su marido para pelear por ella. La dejaba más sola que nunca en la arena del circo que era El Silencio. El domingo, tras el concierto, Feliciano la había escrutado con aquellos ojos de gato que la horrorizaban. La radiografió, lo había intuido desde que entró en su casa y la vio con aquellos exagerados arreboles en el rostro que la delataban.

—¿Qué ocurrió con el alcalde?

—Nada, ¿qué ha de ocurrir?

—¿Sabes lo que pasaría si me entero de...?

—Cállate, estás demasiado acostumbrado a estar con esa cualquiera para no saber lo que es una señora que sabe guardar el respeto en su casa, en su matrimonio, lo que tú no has hecho nunca. Y sí, sé lo que harías si yo hubiera dejado de ser esa señora, porque todo el mundo conoce que Feliciano Silva es un asesino que despellejaría a la madre de sus hijos si esta hace lo que él sí puede hacer con una mujer de la calle que se ha acostado con miles de hombres que la han disfrutado más que tú.

Al día siguiente, lunes, se presentó en el Ayuntamiento y le ordenó a Anselmo Acevedo que se fuera a Madrid como diputado si no quería acabar colgado de una viga y con un fincho ensartado en los pulmones. Feliciano había mantenido antes una conversación telefónica con don Fernando Hilario Iriarte, otrora alcalde de la ciudad y en esos tiempos diputado electo del Partido Liberal, para convencerlo de que ya era hora de que dejara su puesto a alguien más joven y combativo, savia nueva. Le costó cien mil duros que don Fernando Hilario accediera, más la promesa de un puesto de asesor de las minerías Río Tinto. Anselmo Acevedo se tuvo que tragar las palabras que le quería decir a Feliciano, estas se quedaron trabadas en sus cuerdas vocales, que, como el resto de los órganos de su cuerpo, se habían paralizado por el puro espanto.

## Humboldt y el finlandés

La floristería El Jardín de la Alameda, más conocida por la tienda de flores de don Federico, fue el primer establecimiento de estas características que abrió en la isla y el que seguía manteniendo mayor prestigio. Don Federico en realidad se llamaba Fredrik Virtanen. Finlandés, nacido en Jokikunta, a sesenta kilómetros de Helsinki. En la capital finlandesa había estudiado Botánica para desdicha de su padre, un esforzado agricultor que no entendía como el dinero que invertía en la educación de su hijo no iba encaminado a carreras más rentables como medicina, ingeniería o derecho. Pero el joven Fredrik se había enganchado con los estudios botánicos de tal modo que apenas salía de la biblioteca de la universidad. En vez de llevar a cabo las habituales correrías entre bares y cabarés que tanto su edad como su condición de universitario demandaban, prefería pasarse las horas estudiando la clasificación de los tallos y copiando las ilustraciones de los atlas a su libreta. Se daba gran maña para el dibujo y era muy pulcro y ordenado; catalogaba con esmero los tallos acuáticos, los espígeos, los bulbos, los rizóforos, los rizomas, los tubérculos, los tuberibulbos, los xilopodios...; así hasta el final, que parecía infinito, pues la naturaleza era en extremo variada. Esto lo deslumbraba, consideraba casi mágicos la multiplicidad de organismos vivos y su extraordinario polimorfismo. Y todavía quedaban miles de especies sin descubrir y sin catalogar. Se le abría el pecho y respiraba profundo al imaginarse todo ese terreno científico que quedaba por investigar. Su primer año de carrera lo cursó en 1862, tres años después de que Darwin publicase *El origen de las especies*. La Facultad de Biología era un hervidero, la práctica totalidad de los profesores secundaron las ideas del naturalista inglés, pero había quienes las refutaban. Fredrik se inclinó desde el primer momento por la teoría evolutiva, participando incluso en acalorados debates en las aulas de aquellos docentes que, según su criterio, se resistían a lo evidente. Y lo hacía con tal vehemencia que algunos de sus compañeros no daban crédito cuando veían allí defendiendo como una fiera los postulados darwinistas a aquel sereno ratón de biblioteca. Con todo ello, no fue Darwin el científico que avivó más sus inquietudes intelectuales, sino Alexander von Humboldt. Humboldt era su referente, le entusiasmaban sus aventuras científicas. Su *Ensayo sobre la geografía de las plantas* y el *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente* eran sus libros de cabecera; aunque podía decirse que lo había leído todo del berlinés. Se ratificó más que nunca en la elección de sus estudios naturalistas

a pesar de que no le produjeran los estipendios que deseaba su padre, sacrificado en el campo para que su hijo malgastara su talento. También corroboró su decantamiento en sus próximas investigaciones biológicas por las plantas, sobre todo por una cuestión de escrúpulo. Había visto parir muchos terneros en la finca familiar y nunca se había acostumbrado a los estremecimientos dolorosos de los animales, ni a la sangre ni a los olores de los excrementos. Y también había determinado que su proyecto futuro tras licenciarse era viajar a la América intertropical, como lo había hecho Humboldt. Su padre dio por perdida del todo la inversión económica en la carrera de Fredrik cuando este le comunicó su decisión de viajar al continente americano; quería llevar a cabo allí la tarea de campo de su doctorado, que versaría sobre la fauna subtropical. Partió de Helsinki el 3 de febrero de 1868; el jueves 20 de ese mes llegó al viejo muelle de San Telmo, en Las Palmas, tras una escala en Ámsterdam. Humboldt había dedicado dos capítulos a su estancia en las islas Canarias en su *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*, que Fredrik llevaba consigo y que releyó con avidez antes de tocar tierra en el archipiélago. Lamentó que su barco no hubiera arribado a La Graciosa, como sí lo había hecho el que transportó a Humboldt; sin embargo, por mediación de un pasajero natural de las islas, se orientó bien para avistar a babor, con la ayuda de unos prismáticos, aquel islote que se desgajaba de la tierra entre ennegrecida y rojiza, cenicienta, de Lanzarote. No le hicieron falta ni los prismáticos ni las explicaciones del canario para ubicar Tenerife; el Teide era una mole descomunal en medio del océano. Comprobó lo citado por Humboldt que había subrayado en lápiz:

El pico de Tenerife se descubre muy raras veces de lejos en los tiempos cálidos de julio y agosto, y por el contrario se percibe a distancias extraordinarias en los meses de enero y febrero, cuando el cielo está ligeramente cubierto, o inmediatamente después de una copiosa lluvia o bien algunas horas antes. La transparencia del aire aumenta prodigiosamente, como lo hemos dicho ya, cuando una cierta cantidad de agua está uniformemente extendida en la atmósfera. No debe sorprendernos, por lo tanto, que el pico del Teide sea más raramente visible desde lejos que las cumbres de los Andes, que he tenido la ocasión de observar tan largo tiempo; porque este pico, menos elevado que las partes del Atlas, a espaldas del cual se halla la ciudad de Marruecos, no está, como ellas, cubierto de nieves perpetuas. El pitón o pan de azúcar, que termina el pico, refleja sin duda mucha luz, a causa del color blanquizco de la piedra pómez arrojada por el cráter; pero la altura de aquella pirámide truncada no forma sino una vigésima parte de la altura total. Los flancos del volcán están cubiertos o de montones de lavas negras y escorificadas, o de una vegetación vigorosa, cuyas masas dan tanta más claridad cuanto que las hojas de los árboles están separadas unas de otras por una extensión más considerable que la de la parte alumbrada.

Desembarcó en Gran Canaria con la intención de estirar las piernas y tomar un primer contacto con la flora macaronésica de aquellas islas. Solo tenía seis horas para recorrer aquella pequeña ciudad, en la que prevalecían las palmeras que habían originado su nombre; el barco zarpaba para Santa Cruz de Tenerife a las tres de la tarde con previsión de llegar a su puerto a las diez de la noche. La estancia en Tenerife sería mayor, contaba con dos días para recorrer el valle de La Orotava y, por supuesto, subir al Teide. Antes de bajar a tierra en Las Palmas había notado un par de punzadas en la boca que lo habían paralizado unos instantes para volver —el entusiasmo era un buen sedante— a recuperar su estado normal, que era entonces el del joven

científico exultante en su primer viaje oceánico. Ya había estrenado su diario de viaje, pero con referencias mínimas, pues el mar le había ofrecido, más allá de las gaviotas, de algún pez volador y de los rimeros de algas, poco material para plasmar sus impresiones. Sin embargo, todo hacía prever que iba a dar rienda suelta a sus ganas de rellenar las páginas iniciales de su diario en esa escala en Las Palmas. Tomó el cuaderno para sus borradores y descendió al espigón del viejo muelle de la ciudad como si se hallara en la Amazonia. Solo tuvo que cruzar la calle y adentrarse en el parque de San Telmo para apuntar sus primeras anotaciones. *Phoenix canariensis*. Fredrik comenzó a definir las características de la palmera que escogió como representativa. No tenía tiempo para detenerse en cada uno de los ejemplares y dibujarlos, como era su intención según el proyecto metodológico científico que se había impuesto; eligió la que consideró más recia y frondosa:

Palmera endémica de las islas Canarias. Especie dioica de tronco único, grueso y erecto, de unos quince metros de altura y hasta setenta centímetros de diámetro de ancho. Hojas pinnadas, formando una corona muy frondosa, con entre cuatro y cinco metros de longitud y con unos ciento cincuenta pares de foliolos juntados de color verde intenso. Los foliolos interiores forman espinas...

El lápiz se le cayó de la mano a la tierra harinosa del parque. Había logrado mantener el cuaderno, pero no tuvo más remedio que también dejarlo junto al lápiz mientras él se acuclillaba, torcida su cara con una expresión tétrica a causa del dolor. Aquellas punzadas que horas antes le habían pellizcado se habían convertido en un taladro que le quebraba las quijadas. Un oficial del barco al que le llegó el aviso de que un pasajero aullaba como un loco en el parque frente al muelle se hizo cargo y lo acompañó a la consulta de don Valeriano Puga, el dentista de la isla. Le diagnosticó una caries con absceso de pus bastante serio con gran riesgo de provocar una septicemia, así que le recomendaba unos enjuagues de vinagre caliente y sal para rebajar aquella inflamación antes de extirparle la muela. Decir que le recomendaba era un eufemismo que escondía la orden casi militar que don Valeriano le hacía a aquel joven finlandés que lograba entender de la misa la mitad, y ello gracias al servicio de intérprete del oficial que lo había transportado a la dirección del dentista. A Fredrik se le salían las lágrimas del suplicio que su muela le infligía y buscaba con sus manos a don Valeriano para que le metiera las tenazas de una vez y acabara con aquel sufrimiento. Fue en vano, el dentista se ratificó en que debía bajársele antes la infección; si no, correría un alto riesgo de muerte. Se lo decía un dentista titulado en Londres, no un sacamuelas cualquiera, que él era el único en la isla que extraía los dientes con anestesia para alivio de sus pacientes. Don Valeriano se dirigía tanto a Fredrik como al oficial. Este se lavó las manos, no quiso tener sobre sí la decisión de correr con los riesgos y que luego se le produjera a aquel pasajero una septicemia en el barco de camino a Tenerife. Con el pretexto de consultarlo con su capitán se fue al muelle, desde el que volvió a la consulta de don Valeriano con el equipaje de Fredrik. Le comunicó, entre los bramidos de Fredrik por los martillazos sin piedad que la caries le propinaba, que el barco hacía el mismo recorrido todos los meses, así que dentro de un mes lo recogerían para continuar su viaje hacia la América equinoccial. Si hubiera

podido hablar, lo cual le era imposible, le hubiera dicho al oficial que era un hijo de puta por dejarlo en el sillón de aquel dentista que no quería sacarle la muela. Fue entonces cuando apareció Carmita, a la que había llamado don Valeriano asomándose a un patio interior. Carmita era la hija de doña Manuela, dueña de la pensión Gracia. El dentista había alquilado un local de la pensión en la planta baja; Carmita le servía de ayudante, tenía los brazos fuertes y su presencia tranquilizaba por lo general a la clientela. Frisaba casi la veintena y no era mal parecida, pero el continuo trabajo en la pensión, así como la intensa vigilancia que ejercía doña Manuela, le había ofrecido pocas oportunidades de que la galantearan como ella pretendía. Al ver a aquel muchacho de un rubio transparente, hermoso como debía de ser la nieve en el país de donde procedía, se dijo que este sí, que este no se lo quitaba nadie ni aunque su madre la moliera a palos.

Se encargó de acomodarlo en uno de los cuartos con más aire y luz de la pensión, y a su vez más alejados de la sala de estar, centro de operaciones de doña Manuela. Cada hora, sin importarle dejar de realizar la labor que estuviera haciendo, entraba en el cuarto de Fredrik con una palangana de vinagre caliente y sal, el remedio prescrito por don Valeriano. No salía hasta que el muchacho de nieve terminaba de enjuagarse la boca, hasta que aquellos buches que eran plomo fundido sobre su muela a punto de reventar eran expulsados a la escupidera. No esperó a que se le bajase la inflamación del todo. Aprovechó que doña Manuela discutía con la planchadora acerca de una quemadura en una sábana para desnudarse y meterse en la cama de Fredrik. El finlandés no pudo hacer nada para rechazarla, así que se acomodó lo mejor posible al cuerpo rotundo de su cuidadora, no tanto para gozarla como para que los embates que aquella producía, en forma de una serie de olas compactas y duraderas, no afectaran a su mandíbula sensible. Carmita quedó encantada con aquella batalla, pero no satisfecha. Provocó otros desastres domésticos para volver a someter a su antojo a aquel muñeco de nieve tan servicial. Echaba azúcar en el potaje de berros a escondidas de la cocinera, que se deshacía en excusas ante el ataque furibundo de doña Manuela; o metía un chorro de lejía en la ropa de color que estaba en remojo, lo que hacía que a doña Manuela se la llevaran todos los demonios. En tales trances histéricos de su progenitora, Carmita se introducía en el cuarto de Fredrik y repetía aquel juego al que le había tomado vicio. Lo malo de aquella treta era la cortedad del tiempo del que disponía, pues su madre, después de arremeter contra las empleadas, siempre acababa reclamando la presencia de Carmita, no porque se le pasara por la cabeza que su hija cometiera aquellos dislates, sino porque, al fin y al cabo, ella iba para vieja y Carmita iba a heredar la pensión para lo bueno y para lo malo. La última faena que se le había ocurrido a la niña fue extravíarle el paraguas a don Roberto Merchán, un huésped sempiterno de la pensión. Sufría de una ligera cojera y por coqueterías de viejo se negaba a usar bastón, así que el paraguas le servía de báculo estético para pasear por la calle bien altanero. Para contento de Carmita, don Roberto montó un escándalo mayor del imaginado al no encontrar su adminículo. Comenzó una nueva partida con su juguete de nieve, pero este movió las fichas de modo diferente. Los enjuagues de vinagre

caliente y sal que Carmita le seguía suministrando, pues más allá de los episodios eróticos no dejaba de ser una enfermera ejemplar, habían reducido la hinchazón de la muela del finlandés. La remisión del dolor no había sido total, ni mucho menos, pero sí lo suficiente para que Fredrik diera una mejor imagen suya en aquel pasatiempo al que se había acostumbrado a jugar. Carmita recibió aquel nuevo lance del juego con tal vehemencia que no controló los decibelios que provocaban sus orgasmos. Tal fue así que sus gritos se impusieron sobre los de don Roberto Merchán, que todavía clamaba por su paraguas, y los de doña Manuela, que seguía manteniendo que en su pensión no se robaba, que aquella era una casa muy decente, que seguro que se lo habría dejado en su tertulia del café, donde pasaba tantas horas de quinta pata de una mesa. Los alaridos de Carmita hicieron callar a los contendientes. Doña Manuela abrió la puerta de la habitación del extranjero y comprobó que este, sin hablar una palabra de español, se entendía bastante bien con su hija. Antes de que doña Manuela dijera pío, Carmita se le adelantó y, como la había traído al mundo, le espetó que aquel finlandés iba a ser su marido quisiera ella o no lo quisiera, que así lo había decidido y que no había más que hablar al respecto salvo del día de la boda, que debía ser pronto porque estaba embarazada, que no tenía tiempo aún para saberlo por las faltas, pero ella daba fe de ello sin pruebas, como también daba fe de que aquel muñeco de nieve la iba a hacer feliz. Doña Manuela refrenó su andanada ante el firme argumentario de su hija, a la que solo le pidió que se tapara, por Dios, que aquella pensión siempre había sido una casa decente y respetable.

Don Valeriano Puga cumplió con su promesa; tras comprobar que la infección había remitido, le extrajo la muela con la aplicación de anestesia. Pese a ello, Fredrik creyó que el dentista le iba a arrancar no solo la muela sino la mandíbula, el esternón y el alma entera cuando tiró con las tenazas. Don Valeriano le mostró al fatigado Fredrik el trofeo significando la extensión de las raíces, que había hecho más complicada la extracción. Se recurrió a don Nicanor, «que ese hombre es una eminencia y sabe de todo», para comunicarse más allá de los gestos con Federico —fue entonces cuando doña Manuela resolvió que había que llamarlo como un santo católico y no como un hereje—. El maestro contactó con el botánico en alemán, en el que los dos se desenvolvían con cierta soltura; don Nicanor por su pasión por los filósofos alemanes, y Fredrik por la lectura obsesiva de la obra de Humboldt. Don Nicanor le tradujo al joven finlandés que la joven Carmita anhelaba convertirse en la señora Virtanen; que su señora madre, doña Manuela, era dueña de la pensión Gracia, donde había sido tan bien tratado, y veía con muy buenos ojos aquel enlace. Por supuesto, los aspectos relacionados con aquellos juegos ilícitos fuera del matrimonio quedarían como un secreto de familia, una anécdota que ejemplificaba la atracción plena de la pareja, que estaban hechos el uno para el otro. A Fredrik, que recibía mientras le hablaba don Nicanor las amorosas caricias de Carmita en las rodillas, se le subió el rubor a los cachetes. No quería desairar a aquella enfermera que lo había tratado con tanto celo y con tan buenas prácticas; pero, por otro lado, se imponía la obligación de recoger sus bártulos y largarse cuanto antes de la pensión Gracia para continuar con sus investigaciones en la América

equinoccial. Esto, más o menos, fue lo que le transmitió a don Nicanor a trompicones; pese a las dificultades expresivas, el maestro supo captar muy bien el espíritu del mensaje, no en vano él también era un hombre de ciencia y conocía de primera mano lo que era estar infectado por el virus del conocimiento. Carmita miró muy seria a don Nicanor, como si la vida le fuera en ello, y lo conminó a que tradujera a su muñeco de nieve de forma literal sus palabras. «Estoy embarazada, espero un hijo tuyo, así que no vas a salir de la isla porque nos vamos a casar y a formar una familia como Dios manda. Ya viajaremos cuando podamos a esa América o adonde tú quieras, pero ahora te quedas para cuidarme como yo te cuidé a ti. Si quieres estudiar las flores, no te preocupes que aquí hay muchas; te vas al campo y te pones a dibujarlas y a escribir todos los cuadernos que te dé la gana porque yo voy a trabajar por ti, que ya mamá y yo nos encargamos de la pensión. No te va a faltar de nada, vas a ser el hombre más feliz del mundo. Si no cumples con tu deber y sigues empeñado en marcharte, cogeré un cuchillo y te lo clavaré en las tripas y le daré vueltas hasta que te desangres, y luego me mataré con tu hijo dentro.» Procuró ser lo más fiel don Nicanor a los términos expuestos por Carmita y debió de hacerlo bien porque Fredrik, después de dar un respingo, se abrazó a la joven poniéndole la mano sobre el vientre con tiernos visajes. El finlandés nunca confesó si fue el súbito alborozo que le causó el conocimiento de su próxima paternidad, o el pavor que le entró al verse ensartado por un cuchillo de cocina empuñado por una mujer ofendida, o el mecenazgo de por vida ofrecido por Carmita para que llevara a cabo sus investigaciones botánicas en la isla; pero pasó de un extremo a otro. El semblante adusto con el que había expresado su determinación de partir tan pronto su barco volviera a recalar en Las Palmas en su ruta atlántica cambió al bonancible rostro con el que empezó a ser reconocido por los isleños. Y es que Carmita cumplió con todos los puntos de la propuesta que le había hecho a su finlandés, salvo el viaje a América. Nunca le echó en cara que fuera un mantenido; al contrario, se esforzaba en valorar el trabajo científico que hacía su marido, que se había enfrascado en el estudio de la flora insular, que, como le había dicho su esposa, había resultado ser variadísima y de un interés muy notable. Además, desde el primer año de casados, Carmita le cumplía el deseo de visitar Tenerife todos los meses de mayo. Allí, mientras su mujer se entretenía bordando y atendiendo a sus cuatro críos, casi tan blancos como el padre, Fredrik subía al Teide para rememorar el viaje de Humboldt entre los tajinastes rojos, que eran sus preferidos.

Un dolor de muelas lo había destinado a Canarias y una cojera, al despacho de la floristería. En una de sus caminatas de estudio por el barranco de Los Tilos de Moya, una de sus botas se enganchó en una zarzamora y fue a caer sobre unas piedras que le fracturaron la tibia y el peroné. Hacía más de veinte años que residía en la isla, que recorría todos sus parajes, y nunca había tenido el menor tropiezo. Sobrevivió porque aquel camino era transitado y unos arrieros que bajaban de la Cumbre se lo encontraron allí tirado envuelto en los gritos de perro que daba. Lo acomodaron sobre una burra mansa y así lo transportaron hasta Las Palmas. Don Ceferino Toledo padre, médico de mujeres y partos y, en general, de todo tipo de dolencias, le entablilló la pierna

quebrada y le indicó a Carmita, porque Fredrik solo escuchaba sus propios gritos, un pronóstico desalentador. El buen hacer de don Ceferino contribuyó a que, al menos, el amable finlandés pudiera caminar ayudándose de un bastón y de un alza en uno de sus zapatos. Era contraproducente, amén de inviable por la lumbalgia que le acometía al excederse, que volviera a llevar a cabo aquellas excursiones al campo con su mochila, su caseta, sus cuadernos y los lápices para los borradores. A Carmita, que siempre fue muy práctica y tenía un espíritu emprendedor, se le ocurrió la idea de que su marido cultivara un huerto en la capital, en algún solar no muy lejos de casa. Allí podría plantar y cultivar las plantas que quisiera y seguir estudiándolas. Carmita adquirió un terreno de media hectárea por encima de la Alameda, en las huertas de San Nicolás. Pronto le comenzó a entretener a Fredrik el cultivo de flores más que la recogida de datos y la redacción de posteriores artículos, que enviaba a revistas de botánica que los rechazaban, con tanta gentileza como inflexibilidad, por no estar avalado por una universidad de prestigio. No quiso plantar ni verduras ni hortalizas, nada que le recordara a las extensas plantaciones de su padre en Jokikunta. Pronto empezó a circular por la ciudad lo bonito que tenía el huerto don Federico, el extranjero que se había casado con Carmita, la hija de doña Manuela, la de la pensión Gracia. Lo más que abundaban eran las rosas, pero también le florecían que daban gusto lilas, claveles, nardos, alhelíes, siemprevivas, orquídeas, gladiolos, azucenas, margaritas, aves del paraíso, calas, jazmines, geranios, tulipanes, hibiscus, jacintos, violetas y flores de mundo. Se llegó a convertir en parada de paseo el vergel de don Federico. Las parejas, acompañadas de sus carabinas, daban vueltas por la Alameda y luego se dirigían hacia el huerto del finlandés, que, a pesar de estar tapiado, se podía contemplar desde que se subía un poco la ladera que llegaba hasta la ermita de San Nicolás de Bari. Fueron tantas las novias que se llegaban a la pensión Gracia con el fin de que, por medio de Carmita, su marido les vendiera aquellas flores tan hermosas para sus ramos de boda que tardó bien poco esta en convencer a su Fredrik de convertir su huerto en la primera floristería de la ciudad. Tomaron unas revistas Carmita y doña Manuela y se pusieron a hojear fotos de bodas y anuncios de las floristerías de Madrid. Con tan escaso bagaje abrió el negocio, que nombraron con el romántico rótulo de EL JARDÍN DE LA ALAMEDA. El éxito fue desbordante, porque no solo acudían a por ramos de boda, sino para las exequias de los difuntos y para adornar las casas, pues el finlandés hacía unos centros de mesa que eran todo un símbolo de distinción entre los burgueses de Las Palmas. Le agarró tanto gusto don Federico al arte floral que lo investigó con la misma pasión que había dedicado al ámbito de la botánica. Solicitó a la librería Delamain de París, que desde hacía años le surtía contra reembolso las novedades en materia de ensayos científicos sobre botánica, todos los libros que pudieran enviarle sobre floristería. El primer paquete que le llegó contenía dos volúmenes del ikebana japonés que se convirtieron en su más notable base de inspiración. Con cierto azoramiento, las novias que llegaban a El Jardín de la Alameda solicitaban a Carmita que las atendiera su esposo, que las disculpara por ello, pero es que don Federico tenía un gusto finísimo para hacer los ramos, que le quedaban lindísimos. Lejos de contrariarla, a Carmita le

agradaba ver que su esposo era requerido para aquellas labores. Por otro lado, aquellas insinuaciones que alguna vez llegaron a rozarla acerca de lo inadecuado que era para un hombre realizar aquellos menesteres, impropios a todas luces de la condición masculina, le entraron por un oído y le salieron por el otro. No perdió nunca la compostura, aunque alguna vez estuvo a punto de hacerlo y soltar la ordinareiz de que, si hubieran visto la pinga de su marido, como la veía ella, entrar en su cuerpo todas las noches, no albergarían dudas acerca de su hombría. Sin habérselo exigido, su muñeco de nieve había dejado de ser un mantenido y llevaba el negocio de la floristería con buen tino y mejor disposición. De hecho, ya en las arcas familiares una buena parte entraba de los beneficios de las flores; el resto seguía manando de la pensión, donde doña Manuela, pese a su edad provecta, continuaba al mando de las operaciones.

Dada la ingenuidad de Fredrik en la mayoría de los asuntos que competían al ser humano, Carmita se había encargado de darle cuenta de quién era y qué hacía aquel sujeto al que llamaban el Guirre, y sobre todo de advertirle de que no se atreviera a contrariarlo ni a mentarlo en público; que hiciera como si no existiese, como si fuera un demonio que se hubiera aparecido por el comercio y luego se hubiera ido sin más, sin dejar rastro, ni siquiera el olor a azufre, nada. Al botánico le pareció mentira que aquel caballero que mostraba tanto interés por las flores de su huerto pudiera ser capaz de los desmanes que se le atribuían. No se veía un hombre de palabra suelta; pero sí atendía con detalle a las explicaciones que el finlandés, en el castellano más que correcto que había aprendido en su ya larga estancia en Gran Canaria, le daba acerca del corte adecuado de las rosas, del número de floraciones de las orquídeas o del olor dulzón de los jazmines. Fredrik no se equivocó del todo al pensar que aquel señor bien vestido de aspecto moruno había venido a su tienda por un ramo para algún familiar fallecido. Don Feliciano Silva había ido haciendo caso a las recomendaciones de don Nicanor; el maestro no había perdido las relaciones con el botánico desde los tiempos en que le había servido como traductor casamentero en la pensión Gracia. El Guirre se disponía a visitar el cementerio de Las Palmas; era rara la semana que no lo hiciera para llevar unas rosas amarillas al panteón de sus padres. Más por razón de los continuos devaneos que le originaban sus negocios que por precaución, no contemplaba día fijo; cuando se lo pedía el cuerpo y tenía un hueco allá se iba para sentarse en el fresco interior del panteón que había construido para sus progenitores con sus primeros dineros y allí se estaba un largo rato, a solas salvo cuando iba con sus hijos, a los que acostumbró a honrar a sus abuelos. Don Nicanor le recomendó que, en vez de comprar las flores para sus padres a las floristas callejeras que se apostaban en la entrada del cementerio, lo hiciera en la tienda de don Federico; era una suerte contar con un hombre como aquel finlandés tan ducho en el arte de la floristería, que poseía el jardín más hermoso de la isla, daba gusto verlo. Luego supo que María de la Caridad ya era clienta habitual del finlandés y que sus centros de mesa lucían desde hacía tiempo en el salón de El Silencio. Como en tantas otras cuestiones, le dio la razón a don Nicanor. Era tan hermoso el jardín de aquel extranjero que le produjo un efecto semejante al que le ocasionaban las arias de ópera. Sus hombres, que vigilaban fuera de la tienda, no daban crédito a

la tardanza de su jefe en comprar un dichoso ramo de flores. Se dejaba llevar por el camino que le trazaba el botánico entre los setos, amenizado por aquellas explicaciones del finlandés nacidas de un entusiasmo contagioso. Al final, don Feliciano salió con un ramo de exultantes rosas amarillas entreabiertas enlazadas con una cinta de raso negro para sus padres y otro ramo de tulipanes en rojo vivo para Ofelia O'Higgins. No fue don Federico quien le instara, como buen vendedor, a llevarse otro ramo para una dama, en este caso su amante. Había sido por iniciativa propia de Feliciano, se le había esponjado el ánimo al punto que le entró el deseo de hacerle aquel presente a Ofelia O'Higgins. Se hizo costumbre, a partir de entonces, la aparición de Feliciano Silva por la tienda de flores de don Federico los días en los que cumplía visita al cementerio. Aprovechaba siempre para departir con el finlandés mientras caminaban por los senderillos que cruzaban el huerto, aunque el grueso de la conversación siempre lo llevaba el botánico devenido en un florista harto profesional. Le aconsejaba qué elegir en aquella época del año, o qué color le venía mejor para combinar con unas violetas o con las aves del paraíso. Se iba de la tienda con el ramo de las rosas amarillas y otro, siempre diferente y elegido por don Federico, para Ofelia O'Higgins.

## Los Juegos Florales y otros juegos de niños

Le pesaban a don Nicanor Cardoso sus setenta y cuatro años más de lo que había imaginado. Su dieta frugal, sus caminatas diarias y su decisión de no prestarle mayor atención a los rigores que el paso del tiempo iba causándole no fueron suficientes para detener el avance de unos cólicos nefríticos que, por fortuna, le habían debutado de viejo, pero con la fuerza de un potro, al decir de las patadas de bestia que padecía cada vez que los cálculos se movían y se le clavaban en los riñones, causándole al maestro una experiencia comparable a las más exageradas torturas inquisitoriales. «Ay, Feliciano, es como si me estuvieran clavando cristales rotos, y cuando al final logro expulsar una piedra, imagínate, es como si me saliera una pirámide por la verga, con perdón.» Don Ceferino Toledo hijo había heredado la consulta de su padre, fallecido hacía dos meses, tres días antes de las elecciones generales del 8 de marzo de 1914. El viejo don Ceferino le insistió en su lecho de muerte en que votara por el Partido Conservador de don Eduardo Dato, que no confiase en los liberales del conde de Romanones, que iban a traer la desgracia a España. Cumplió la promesa a su padre recién fallecido sin ningún conflicto moral, no era persona dada a la política el joven galeno. De hecho, no veía la necesidad de que se llevara a cabo tanto revuelo y tanta parafernalia con las votaciones para elegir representantes, con el consiguiente gasto del erario público, cuando lo más normal sería que se designara al presidente del Gobierno, a los ministros y a los diputados y senadores en unas oposiciones juzgadas por un conjunto de especialistas en el arte de la política, como en las cátedras. Don Nicanor, que supo de estos pensamientos del joven médico de mujeres y partos y de otras enfermedades de ámbito general en una de sus visitas con el cólico encabronado, no pudo rechistarle a pesar de la estupidez manifiesta que acababa de proferir borrando de un brochazo las democracias y el sufragio universal. Ya lo había atisbado desde que le dio algunas lecciones particulares de gramática, que se le atragantaba al niño, cuando era Ceferinito y lo llevaba su padre por la academia a que don Nicanor lo espabilase. Tenía orejeras de burro, sería buen médico porque era hábil con las manos y se le daban bien las ciencias que no le hacían dudar, pero sería un bruto toda la vida. Cuando empezó a ejercer bajo el atento escrutinio de su padre, don Nicanor confirmó aquellas antiguas impresiones. Hablaba más de la cuenta y mucho de lo que decía eran gansadas, pero calculaba los diagnósticos con una suerte de precisión matemática, como si resolviera un teorema, una

ecuación, cuyas  $x$  e  $y$  se despejaban con probada eficacia. «Debe beber al menos tres litros de agua al día, tenemos que suministrar mucho diurético para intentar que las piedras se descompongan y salgan por su vía natural. Si no es así, tendremos que recurrir a la vía quirúrgica, los avances en las intervenciones de nefrectomía son muy grandes en la actualidad, produciéndose un alto porcentaje de éxito. Si bien es cierto, todo hay que decirlo, que una cirugía es una cirugía y conlleva sus riesgos. Le dejo estas píldoras, se toma tres al día, una en cada comida; pero solo si no puede resistir el dolor; contienen opiáceos, que solo son recomendables en situaciones extremas. Por supuesto, don Nicanor, confío en que usted las tomará con medida y no abusará de ellas.»

Delante del médico se tomó una de las píldoras prescritas con un vaso de agua que le sirvió Rafaela, atribulada por el deterioro físico que había experimentado su hermano en los últimos meses debido a sus problemas renales. Tras su negativa a cobrar sus honorarios por mucho que el viejo docente insistió en ello, «Por favor, don Nicanor, no me ofenda, ¿a qué altura quedaría yo si aceptase su dinero cuando recibí tantas clases de gramática suyas sin nada a cambio?», el doctor le encargó a Rafaela que le vigilara la dosis prescrita, no había que abusar de los opiáceos. Si observaba que el paciente empeoraba no debía dudar a la hora de volver a requerir sus servicios. Fue cerrar la puerta y abalanzarse don Nicanor hacia la mesa de noche a por el bote de cristal con las píldoras, necesitaba tomarse otra o las que hicieran falta hasta que las tenazas que le apretaban los riñones abrieran sus pinzas; pero Rafaela estuvo presta y agarró el bote antes que su hermano mientras le gritaba que estaba loco, que don Ceferino había insistido en que había que tener mucho cuidado con esas pastillas que podían matarlo. El filósofo, con la paciencia perdida, la conminaba a que le diera aquel frasco, que él hacía con su vida y con sus dolores lo que le viniera en gana. La gritería se oía desde la calle. De hecho, Feliciano Silva, que se había topado con Ceferino Toledo, quien le había informado de las contingencias de don Nicanor, había escuchado el alboroto que provenía de la escuela desde que embocó Reyes Católicos, un guirigay en el que sobresalían las amenazas del dolorido educador. Rafaela le abrió descompuesta con el bote de píldoras en la mano, por primera vez se alegraba de ver aparecer al Guirre por la academia. Le pidió que le echara una mano, a ver si a él le hacía más caso. Feliciano tomó las pastillas, le pidió a Rafaela que lo dejara solo con el maestro y entró al encuentro de don Nicanor, que continuaba profiriendo insultos impropios de su persona.

—Cabrona, arpía, ¿dónde te metiste? Tráeme acá esas pastillas; como te coja, te muelo a palos, metomentodo, alcahueta... ¡Ah, eres tú, menos mal! Anda, dame esas pastillas y el vaso de agua. —El cólico lo hacía doblarse. Feliciano hizo caso omiso de las indicaciones del galeno y de Rafaela y le dio dos píldoras con el ron Bacardí que le había traído al maestro como el mejor anestésico para sus dolencias, un remedio popular que no curaba pero al menos adormecía.

—Venga, no se ponga melindroso ahora, tómese el ron, que si tiene que partir una piedra ahí dentro a todas luces es mejor que el agua.

Es muy probable que la última vez que hubiera ingerido alcohol hubiera sido en la fiesta de la

primera comunión de Ernestina. Le ardió la boca como si hubiera prendido una mecha en la base del paladar, no encontró ni de lejos entre el fuego el tono dulzón de la melaza de la caña de azúcar de la que se había destilado; sin embargo, observó, o quiso observarlo, un mínimo alivio. No daba crédito a las cualidades terapéuticas que Feliciano había elogiado del ron, pero lo cierto es que las botas que se le clavaban en los riñones parecían haber aflojado la presión. Se tomó cinco rones más, y ni siquiera el quinto fue capaz de saborearlo como era debido, que estaba bebiéndose un Bacardí Ocho y no cualquier brebaje. Se quedó dormido. O fueron los opiáceos que le causaron el efecto propio, o el ron, o la mezcla de ambos. Don Nicanor enganchó un dormir plácido que fue el mejor de los recodos para esconderse de los cólicos que lo perseguían. Feliciano Silva le echó una manta por encima, don Nicanor nunca había sido un hombre en especial imponente en su físico, pasaba por ser una persona normal en todos los sentidos; pero ahora era un ser diminuto en posición fetal, un caracol arrebujaado, desvalido e inerme. El vaho a ron que exhalaba le llegaba tibio a Feliciano. Arrastró el sillón de lectura del maestro del salón a la alcoba para sentarse a su lado. Había decidido dedicarle el día, tenían una discusión pendiente sobre Ernestina, tampoco le venía mal tomarse unas horas de asueto fuera de El Silencio, del Berlín, de los negocios, en los que había que afinar más que nunca ahora que se avecinaba una gran guerra en Europa que tendría unas tremendas consecuencias en el tráfico naval del Atlántico. Cogió el libro que debía de estar leyendo don Nicanor, pues sobre él posaba un lápiz para apuntar la *marginalia*. Lo debía de haber empezado a leer hacía poco, un marcador de plata y borla azul de Prusia estaba encajado entre las páginas doce y trece de *Niebla*. Leyó la dedicatoria que había firmado el autor:

Para mi amigo Nicanor Cardoso:

Maestro entre los maestros de las Canarias, formado en la Salamanca que amamos tanto, sabio forjado en la humildad del gesto y de la palabra que conocí para mi fortuna en mi inolvidable viaje en 1910 a su isla de Gran Canaria con motivo de mi participación como mantenedor en los Juegos Florales.

Le dedico esta *Niebla* que es un experimento de ficción y realidad, como la vida que vivimos o, mejor, soñamos.

Salamanca, 12 de mayo de 1914

MIGUEL DE UNAMUNO

Sabía que don Nicanor había trabado amistad con el escritor vasco en aquella estancia de los Juegos Florales, pero no al punto de que lo tuviera en tan alta estima como para cartearse y enviarle sus obras. No había leído nada de don Miguel, pero le cayó bien, era un hombre franco, vehemente, con los cojones bien puestos y con la boca dispuesta a decir lo que pensaba y no lo que querían escuchar los demás. Así, más o menos, lo manifestó en el Gabinete Literario frente a la avalancha de críticas que recibía Unamuno. A la mayoría de los miembros allí presentes les había parecido una grosería, más tratándose de todo un señor catedrático de la Universidad de Salamanca, que diera aquel discurso en el teatro Pérez Galdós abarrotado echándoles en cara las pretensiones, legítimas a todas luces, de alcanzar de una vez por todas la división provincial y no

seguir claudicando al poder arbitrario y abusivo de Tenerife, que una y otra vez intentaba frenar el merecido progreso de Gran Canaria. A Feliciano Silva se la traía al paio aquella cuestión de gran calado político y territorial, le daba igual si había una provincia, dos o ninguna mientras los puertos continuaran creciendo y las travesías interoceánicas necesitaran hacer sus escalas en ellos para su avituallamiento. Había asistido al Pérez Galdós con don Nicanor, este estaba entusiasmado, nunca lo había visto tan presumido como de haber insistido a los dirigentes de la sociedad El Recreo en que contactaran con don Miguel de Unamuno para ser el mantenedor de aquel certamen poético que presagiaba ser un éxito, pues el germen de la poesía, que siempre había sido fructífero en las islas, no se sabe si por aquello del espíritu melancólico que dejan las tardes de crepúsculos opalescentes junto al mar o por el trasiego de gentes que por allí pasaban y dejaban un cóctel mestizo, se había encarnado en una generación de chiquillos jóvenes muy prometedores que darían que hablar, al decir de don Nicanor. Sobre todo Tomás Morales, un joven médico nacido en Moya que había causado ya sensación en los cenáculos literarios madrileños, donde ampliaba sus estudios; pero también el maestro había leído y encomiaba con entusiasmo los poemas de Saulo Torón, de Domingo Rivero y de Alonso Quesada. Por este último manifestaba don Nicanor una querencia singular, decía de él que contaba con la ironía que solo los grandes literatos son capaces de atesorar, aparte de que tenía una mirada de ratón huidizo y tímido que le inspiraba el mayor de los afectos. «No tenemos que envidiar nada, no señor, a los modernistas peninsulares deudores del gran poeta nicaragüense Rubén Darío, cuando disfrutamos en esta tierra de una pléyade de autores jóvenes que muestran un nivel poético de altura exquisita. Lo he dicho y me reafirmo en ello, estos autores darán que hablar y mucho. Por lo que estimo que la propuesta que, de manera muy acertada, han aprobado ustedes de llevar a cabo estos Juegos Florales debe ser realzada con la presencia como mantenedor de una figura literaria de la talla de don Miguel de Unamuno.»

El vasco soliviantó a la mayoría con su discurso en el Pérez Galdós, al relegar el afán divisionista grancanario ante su concepción patriótica de España; pero aquel hombre vivaz convirtió aquellos Juegos Florales en un acontecimiento de calado y no en otro certamen soso de guirnalda y de musas desbocadas. Por otro lado, el primer premio se le otorgó a Tomás Morales, y el segundo a Alonso Quesada, con lo que se confirmó la prestancia literaria del evento. A don Nicanor le costó un disgusto el abucheo que irrumpió en el Pérez Galdós tras el primer discurso de Unamuno. «Desde que llegué aquí, desde que hice otra escala en mi viaje, estoy oyendo hablar del problema local. Perdonad a un forastero un poco rudo os diga que yo no he visto hasta ahora en ese problema sino querellas domésticas, luchas por distinciones, algo de vanidad colectiva, escapes del aplatanamiento y rencillas kabileñas.» Aquellos palurdos provincianos se sintieron ofendidos en su fuero interno, en su honor insular, por aquel raudal que los ponía en su sitio, y muy bien, al decir de don Nicanor. No alcanzaban a entender aquellos que el catedrático ponía el centro de atención en ideas que iban mucho más lejos que los simples afanes de grandeza de unos individuos obsesionados con una competición de pacotilla entre dos islas que,

en medio del Atlántico, eran dos cagadas de mosca. Feliciano Silva se había alineado con la defensa de don Miguel de Unamuno, pero sin mostrar el enardecimiento airado de su antiguo preceptor, sino con el tono de zumba que le surgió entre los dientes al contemplar regocijado el manteo que propinaba el vehemente vasco a la ciudadanía congregada aquel 25 de junio en el teatro Pérez Galdós, decorado para la ocasión por Néstor Martín Fernández de la Torre, sobrino del afamado tenor Néstor de la Torre, con un gusto exquisito propio de la calidad artística que ya había acreditado en sus exposiciones en Barcelona. En fin, allí, en aquel coliseo exponente del progreso de la ciudad, se ofrecía lo más granado en belleza, poesía y arte, en los Juegos Florales que chafó don Miguel de Unamuno con sus altas filosofías sobre la patria. Con lo fácil que hubiera sido, aunque fuera mentira, decir de pasada, como quien no quiere la cosa, que estaba a favor de la legítima aspiración de la isla de Gran Canaria, que tan bien lo había recibido. Pero no, él, terco como una mula, arrojó aquella andanada de improperios que trepanó el amor propio de aquellos que se sintieron insultados al ser mentados como aplatanados y cabileños. «Nos ha llamado moros en nuestra cara y en nuestra casa. Inaceptable, salga el sol por donde quiera que salga.» Don Nicanor renunció aquellas semanas de estancia de Unamuno en la isla a sus hábitos regulares —la docencia en su academia, la lectura y los paseos citadinos— para formar parte del séquito que agasajaba al vasco. Este, entusiasta viajero, mostró especial interés en conocer el interior de la isla. Fue en esos periplos donde se fraguó la estrecha relación entre don Nicanor y el filósofo bajo el reconocimiento mutuo de dos hombres comprometidos con la inteligencia. Parece que fue el propio Unamuno el que lanzó la idea de una segunda disertación para aclarar algunos puntos que, quizás, se le habían malinterpretado. Aunque se contaba entre los pocos defensores del vasco y nunca manifestó ni que sí ni que no al respecto, todo indica que, dada su bonhomía, don Nicanor hubiese mediado para que se limase aquella fricción surgida en los Juegos Florales entre el mantenedor y la mayor parte de los asistentes. De manera soterrada fue lanzando en el recorrido algunos mensajes subliminales en torno a la brutalidad de espíritu que provoca el aislamiento, que Unamuno interpretó como un aviso para navegantes desorientados. Cada día que pasaba se sentía más cómodo entre aquellas gentes que lo premiaban con sus halagos y con la contemplación de unos paisajes tan diferentes e inesperados que, al decir de sus escritos posteriores, le satisficieron y mucho, como la Cumbre, cuyos riscos imponentes, silenciosos e inmóviles hicieron que los inmortalizara con exaltado énfasis como «una tempestad petrificada», tal y como registró en su libro de viajes *Por tierras de Portugal y de España*. El segundo discurso que llevó a cabo en el mismo escenario diez días después, el 5 de julio, en el que quiso matizar su primera intervención abucheada, no logró desagaviar a muchos isleños cerriles que siguieron viendo a Unamuno por los tiempos de los tiempos como un maleducado que no debía de ser tan sabio como decían, pues es de todos conocido que el ser culto hace al hombre sensible y ese sujeto tenía la sensibilidad en los calzones. Así que ni se les ocurrió volver a recibirlo cuando en 1924 recaló de nuevo en Las Palmas unos días antes de dirigirse a Fuerteventura a cumplir el destierro infligido por el Gobierno de Primo de Rivera. Por algo sería,

«quien mal anda mal acaba» y otras lindezas parecidas circularon entre los que todavía le guardaban rencor por aquel discurso de los Juegos Florales. Feliciano se había retrepado en el sillón de don Nicanor y había buscado la primera página del libro:

Al aparecer Augusto a la puerta de su casa extendió el brazo derecho, con la mano palma abajo y abierta, y dirigiendo los ojos al cielo quedose un momento parado en esta actitud estatuaría y augusta. No era que tomaba posesión del mundo exterior, sino era que observaba si llovía. Y al recibir en el dorso de la mano el frescor del lento orvallo frunció el sobrecejo. Y no era tampoco que le molestase la llovizna, sino el tener que abrir el paraguas. ¡Estaba tan elegante, tan esbelto, plegado y dentro de su funda! Un paraguas cerrado es tan elegante como es feo un paraguas abierto.

«Es una desgracia esto de tener que servirse uno de las cosas —pensó Augusto—; tener que usarlas, el uso estropea y hasta destruye toda belleza. La función más noble de los objetos es la de ser contemplados. ¡Qué bella es una naranja antes de comida! Esto cambiará en el cielo cuando todo nuestro oficio se reduzca, o más bien se ensanche a contemplar a Dios y todas las cosas en Él. Aquí, en esta pobre vida, no nos cuidamos sino de servirnos de Dios; pretendemos abrirlo, como a un paraguas, para que nos proteja de toda suerte de males.»

El bastón de don Nicanor le había golpeado sobre las rodillas sacándolo del letargo en que se había sumido tras leer los siete primeros capítulos de *Niebla*. «Anda, ayúdame a incorporarme que necesito orinar, a ver si echo la maldita piedra.» Le había costado atravesar los capítulos anteriores pero no quería desistir al primer intento, así que había insistido en la lectura hasta que se encontró con aquel pasaje en el que Augusto habla con su perro y le cuenta que a veces iba por la calle sin ser quien creía que era y que los demás no lo veían como él se veía, y le preguntaba al chuchó sobre la creación, si no es acaso todo creación de cada cosa y cada cosa creación de todo y si alguna vez se había creído que era un hombre porque había hombres que se creían perros. Ahí ya no aguantó más y cerró el libro y los ojos pensando en cómo podían gustarle a don Nicanor aquellas estupideces, que él le agradecía que le hubiera inculcado leer el *Quijote*; pero don Quijote era un loco divertido que no paraba de hacer disparates que le hacían gracia, nada que ver con este Augusto que parecía que filosofaba hasta por la esencia y estructura de los huevos fritos. «¡Hay que joderse, preguntarle a un perro sobre qué se siente al ser un hombre!» A todas luces prefería al visceral Unamuno de carne y hueso que vio en persona en el teatro Pérez Galdós que al autor de esas majaderías que no valían sino para ensuciar las cabezas. A ver si preguntándole a un perro sobre el origen del mundo hubiera podido levantar su reino sin dar uno de los machetazos que había dado a los desgraciados que caían despavoridos en el sótano del garaje de El Silencio. Se levantó de un brinco, como si el toque del bastón de don Nicanor hubiera sido en verdad la mordedura del perro de Augusto. Se despertó de inmediato, colocó *Niebla* en la mesilla de noche y se dispuso a levantar al maestro. Rafaela venía con el orinal por si don Nicanor no pudiera trasladarse hasta el retrete, pero no hizo falta. Por fortuna, el efecto de los opiáceos, o del Bacardí Ocho, o de ambos, había amortiguado las coces de mulo resentido que recibía en los riñones y pudo caminar con el apoyo de su bastón hasta el excusado, de donde salió entero al cabo de diez largos minutos.

—Nada, solo arenilla, está visto que el terrón no quiere salir.

—Hazme caso y tómate el agua de rompepiedras que te he preparado, en la yerbería de la

plaza me dijeron que es mano de santo. Si se llama la planta rompepiedras será por algo, ¿no? Está mezclada con cola de caballo, que también dicen que ayuda lo suyo en estos casos.

—No vuelvas a darme la lata con esa cantinela, ¿me oíste? Eso son pamplinas, solo embustes y hechicerías. Empiezas recurriendo a un brebaje de esos y al final acabas en manos de un curandero estafador. Vivimos en pleno siglo xx, el siglo de la ciencia; por favor, no voy a renunciar ahora a mis principios científicos por un cólico del riñón. Al revés, ahora es cuando debo tener más confianza en los recursos que la ciencia pone a nuestra disposición. —Rafaela seguía con el orinal en la mano dando taconazos en el suelo para aliviar la tensión que le causaba la terquedad de su hermano.

—Pero si hasta don Ceferino Toledo me dijo que te la podías tomar, que daño no te iba a hacer y que, al fin y al cabo, se hace con agua fresca.

—Tampoco afirmó que estuviera demostrada su eficacia por la ciencia, no voy a ser un conejillo de Indias de laboratorio. Además, no tengo por qué darte explicaciones. ¿Qué hora es, a ver? Las seis y veinte, venga, haz café para don Feliciano y para mí el té inglés de siempre. —Rafaela se rindió, recogió velas, se dio la vuelta y se dirigió a la cocina mascullando frases no demasiado halagüeñas sobre el hosco carácter que la enfermedad le había sacado a su hermano.

—Es usted un tirano, don Nicanor, abusa de doña Rafaela. —Y se rio de su gracia.

—No me tires de la lengua, estás tú bueno para acusarme a mí de tiranía. Viene aquí al hilo aquello de «le dijo la sartén al cazo». Bien, veo que me desmarcaste la novela. ¿Leíste algo?

—Llegué hasta el capítulo siete, fui incapaz de seguir, no le voy a adelantar nada porque creo que usted está todavía por las primeras páginas, pero para mí que está escrito solo para romperle a uno la cabeza. Igual usted le encuentra otro sentido porque para eso estudió, para una mente simple como la mía no es más que una sarta de idioteces.

Rafaela llegó con una bandeja de plata bien lustrada y con un servicio de tazas de porcelana chinescas ribeteadas con finos trazados florales. Sirvió primero un café solo a Feliciano Silva. A don Nicanor le sirvió el té sobre una cucharada de azúcar en el fondo de la taza, que no se debía remover, sino desleír solo, acompañado de una media rodaja de limón recién cortado para que el cítrico tuviera más presencia.

—Teníamos una conversación pendiente sobre mi hija, por eso estoy aquí... Bueno, también por su salud, le quería echar un ojo; me habían dicho que estaba usted echando la bilis y, al parecer, no exageraban demasiado.

—Ya, la verdad es que no le deseo esto ni al peor de los enemigos en caso de que los tuviera, que no me consta; pero vayamos al grano antes de que la piedra se enganche otra vez y me deje sin habla. Desde hace tiempo quería pedirte una cosa, no, mejor un ruego. Sabes que no te he pedido nunca nada para mí que yo recuerde. Si te he pedido algo era que te encaminaras por otros derroteros y evitaras aquellos en los que te has metido, pero no me hiciste caso en su momento y ahora ya es tarde para salir de ahí, ¿me equivoco? —Feliciano negó con la cabeza—. Pues bien, al grano, Ernestina debe salir de aquí, esto se le ha quedado pequeño, es una niña con

una inteligencia notabilísima para todo tipo de materias. He tenido alumnos buenos en latín, otros en cálculo o en filosofía; pero tu hija absorbe todo con una facilidad asombrosa, no solo es una esponja, sino que tiene criterio, juicio crítico para llevar a cabo disertaciones propias con una oratoria fluida, convincente, se parece a ti pero con mucha más voluntad y ganas de saber de todo. Sus hermanos se quedan a la altura del betún con ella. Debes abrirlle las puertas y dejarla salir, no puede enclaustrarse aquí. Entiendo tus razones, eres su padre y debes cuidarla. En todas las especies anida el deber de protección por sus descendientes, por supuesto que en los seres humanos es un deber primigenio y tu, llamémosle, profesión hace que ese cuidado sea especial; pero tampoco puedes condenarla a la inexistencia. Los niños, que ya son medio hombres, también deberían irse y que les dieran en la cara otros aires y que vieran mundo, eso le viene bien a cualquiera que no desee convertirse en un ser corto, aldeano. Sin embargo, igual que te digo una cosa te digo la otra, no son unas lumbreras y dudo mucho que den de sí para cursar una carrera; además, sé que ya están los dos metidos en tus negocios. Dios los guarde como espero te guarde a ti; pero no le cortes las alas a la niña. Fíjate, me he cartado con un viejo colega que ejerce en la Universidad en Madrid y me dice que ya asisten a su facultad mujeres para cursar Filosofía y Letras, que pueden impartir luego docencia en institutos o en la propia universidad, o trabajar en bibliotecas y archivos, que se me antoja una dedicación idónea para Ernestina, a la que le encanta la lectura. También me comenta este amigo, que está muy al tanto de la cuestión, que se acaba de inaugurar la Residencia de Señoritas en Madrid, que sigue el modelo de la Residencia de Estudiantes vinculada a la famosa Institución Libre de Enseñanza de Giner de los Ríos. Si la quieres proteger en Madrid, podrías enviar incluso a Agapito, que va con ella a todas partes. Piénsatelo, no tomes una decisión sobre la marcha, es un asunto delicado que supone calibrar pros y contras; creo también que deberías tener una charla con la niña, es muy adulta para su edad.

No le pareció mal a Feliciano Silva que don Nicanor velara por el futuro de su hija, menos aún que ensalzase sus condiciones de la manera en que lo hizo, ni tampoco que viera en ella una mujer intelectual y trabajadora en ciernes cuando poseía un patrimonio del que, incluso mal administrado, podrían vivir como ricas sus tres o cuatro próximas generaciones de Silvas. Lo que le contrarió fue entender que su Ernestina le hubiera manifestado a don Nicanor sus ganas de salir a estudiar fuera de la isla antes que a él. Don Nicanor volvió a acostarse y a pedirle otras dos pastillas de las recetadas por Ceferino Toledo. Se las alcanzó con un vaso de agua pero le dejó al lado la botella de Bacardí Ocho, ante lo que don Nicanor no rechistó. Aunque no se tratara de una medicina indicada por la literatura médica para el mal nefrológico que padecía, su reciente experiencia con este licor de caña mezclado con los opiáceos había sido satisfactoria; es decir, una hipótesis contrastada, con un basamento científico demostrado en sus carnes dolientes. Don Nicanor solo le había extraído de su petición con respecto a Ernestina un «Todavía faltan unos años para que pueda estudiar en la universidad, ya veremos en su momento», que viniendo de quien venía no era cosa menor.

Ya su hija era una adolescente de catorce años que portaba como ningún otro de sus hijos el genio del Guirre. Lo supo desde que era una cría y batallaba con sus hermanos mayores para que no le quitaran sus golosinas; pero cuando lo confirmó del todo fue el día en que se enfrentó con solo nueve años a Valentinito Claramunt en el hotel Metropole. Pascual y Paulino se habían empeñado en ir al cercano hotel para bañarse en la piscina; por entonces Pascual estaba pretendiendo a Victorita, la hija de Honorio Cifuentes, el ingeniero que los padres de María de la Caridad habían elegido como el mejor postor para ser el marido de su hija hasta que se cruzó por medio el aliento brutal del Guirre. No era un hombre resentido, el ingeniero. Feliciano Silva le había arrancado de cuajo la novia que le habían asignado desde niño, pero, en cambio, le había permitido continuar en la constructora de su padre ejerciendo de ingeniero, encargándose de los proyectos, que eran muchos en aquella ciudad que despegaba hacia una modernidad nunca vista antes en aquellas orillas del Atlántico. De los asuntos de oficina, desde las compras de material hasta los chanchullos escondidos para hacerse con las licitaciones de las obras, se encargaba Feliciano Silva, que había extendido el acuerdo al que había llegado con don Baudilio a su hijo. Además, Honorio se había casado con Micaela Cano, la benjamina de don Demetrio Cano, interventor del Banco de España, y su esposa, Emilia Hidalgo. Salvando una innata inclinación a la melancolía que se observaba, sobre todo, en los conciertos de lánguidos suspiros con que invadía las estancias de su casa, como una cadencia tristona y decadente, Micaela era una buena esposa, que le había dado dos varones y dos hembras y que mantenía su hogar como los chorros del oro. Tuvo que insistirle María de la Caridad a Ernestina para que acompañara a sus hermanos al hotel Metropole, la niña estaba enfrascada aquella mañana de domingo en la lectura de *Alicia en el País de las Maravillas*, que le había regalado don Nicanor el día antes, cuando había ido con su padre al repaso sabatino que el maestro realizaba a los jóvenes Silva Ortiz. María de la Caridad no podía entender que una niña de nueve años prefiriera quedarse leyendo un libro, por muy divertida que fuera la novela de Lewis Carroll, que ir a la piscina y jugar con los otros niños. Le tuvo que quitar el libro de las manos y amenazarla con que no se lo daría si no iba con sus hermanos, que los niños debían salir a la calle y no convertirse en bichos raros. Ya bastante rareza era que no fueran al colegio como los demás por culpa de su padre, al que no eran capaces de matar de una vez por todas. Desde el atentado sufrido, Feliciano había extremado la protección, multiplicó el número de sicarios y duplicó su sueldo. Levantó una defensa de cemento armado alrededor con aquellos hombres que, más allá de la paga, conocían la muerte ruin que les acarrearía caer en desgracia a los ojos del Guirre. El muro de hormigón que había utilizado con sus hijos era Agapito Luzardo, al que le costó convencer de que se hiciera cargo de la protección de los chiquillos porque Almanegra no quería convertirse en una niñera. Sin embargo, aunque maldita la gracia que le hacían los bebés y los críos jodiendo la pavana a todas horas, había visto crecer a los hijos del Guirre desde que la madre los parió y experimentaba por ellos algo parecido a un cierto apego familiar, sobre todo por Ernestina, así que al final no le quedó otra que aceptar su vigilancia. Los chiquillos fueron recibidos con cortesía en la recepción

del hotel Metropole, eran bien conocidos, como también lo eran, ¡cómo no!, don Feliciano y su esposa, doña María de la Caridad, a pesar de que hacía tiempo que ambos no se acercaban por allí. Tampoco hacía falta la presentación de Almanegra, al que todos vinculaban con su jefe y reconocían como su mano derecha, su hombre de mayor confianza. Un toque de dedos en el ala de su sombrero bastó para responder al «Buenos días» del recepcionista, engalanado con una levita roja con charreteras doradas que podía utilizar como domador de fieras en un circo. El recepcionista les abrió camino hacia el jardín, la piscina estaba poblada de adolescentes que hicieron alegrías al ver a los recién llegados, algunos salieron del agua para acercarse a ellos y dirigirlos hacia la pileta como si no se supieran el camino. Almanegra se refugió del sol de septiembre bajo la sombra de un arbusto de adelfas del que emanaba un aroma dulzón, como a jalea. Se sentó en una silla de madera desplegada, la vista a la piscina era diáfana, desde su asiento veía todos los ángulos comprometidos. Un camarero se le acercó a ofrecer una bebida refrescante que rehusó sin abrir la boca, solo con una subida de las cejas aquel había entendido que al sujeto malencarado no le apetecía beber. Llevaban más de hora y media los chiquillos entretenidos. Pascual, junto a otros galletones, no se despegaba de Victorita y las amigas que la rodeaban, riéndose todos de cualquier sandez que a esa edad hace salir la risa boba. Paulino jugaba en el agua con una pelota a ver quién la metía en un cesto. Ernestina daba la sogá un tanto distraída mientras las niñas a su alrededor cantaban «Mambrú se fue a la guerra, qué dolor, qué dolor, qué pena...».

El instinto lo hizo ponerse en guardia antes de que el gesto de Pascual mudase. Valentinito Claramunt, hijo del farmacéutico don Rodolfo Claramunt Machado, era un gallito guaperas que alborotaba más de lo deseable; debió de sentir su orgullo pateado al ver como Victorita no dejaba de arrobarse con las boberías de Pascual. Le pudo más el orgullo al crío del farmacéutico que la razón cuando sin venir a cuento empezó a proferir que él quería estudiar Farmacia igual que su padre porque, además de ser un trabajo lucrativo, su labor era servir a la curación de las enfermedades y no matar. Y lo dijo fijando la vista en Pascual, que en un primer lance no entrevió las razones de Valentinito, tan dado este a la burla. Pero ya lo cosa se afeó más al entrar en detalles escabrosos y al introducir a la figura de María de la Caridad por medio. «Nunca he visto a mi padre pegar a mi madre. Claro, él no es un asesino ni tampoco un putero que anda por la ciudad colgado del brazo de una pelirroja que avergüenza a todas las señoras y señoritas. Yo tendría mucho cuidado de emparentarme con cualquier miembro de la familia de ese sujeto.» Aquello fue demasiado explícito hasta para Pascual, cuya indolencia aún lo mantenía sentado en el césped con un gesto avinagrado, sin saber cómo actuar, se hallaba entre la espada y la pared. No sabía si tirársele al cuello como habría hecho su padre o utilizar la estrategia del educado ofendido que deja la batalla sin entablar lucha, mostrando una superioridad ética que lo acreditaba para no intervenir en provocaciones tales. Estaba entreverado por la vergüenza que aquel deslenguado le había impreso en el rostro, pero más aún por no saber qué respuesta dar ante Victoria, que lo miraba demudada, como si hubiera dejado de ver al Pascual de quince

minutos antes y ahora contemplase a un fantasma trémulo. No debería haber tocado Valentinito a Pascual al tiempo que lo azuzaba para que perdiera de una vez los papeles. «¿Qué, no vas a decir nada o te vas a poner a llorar como un marica? ¿Eres un bujarrón?» Paulino salió de la piscina, ya un coro de adultos empezaba a redondear el círculo de los jóvenes del césped. Había visto como su hermano retiraba con violencia la mano que Valentinito había puesto sobre su hombro. Apretó los puños dispuesto a liarse con quien fuera sin saber lo ocurrido, era su hermano y punto. Almanegra lo detuvo con un gesto que le exigía que no interviniera, aquello debía resolverlo Pascual; la ley del más fuerte, los leones se veían en las peleas. Sin embargo, a Pascual no le dio tiempo de mostrar su reacción. Ernestina rompió la barrera del coro generado alrededor de la contienda y se encaminó hacia Valentinito Claramunt. Para sus nueve años era una niña alta, pero no dejaba de ser una niña; eso sí, resuelta. Cuando llegó al lado del hijo del farmacéutico los ojos verdimiel de Ernestina llegaban a los hombros de aquel. No le dio tiempo de esquivar la bofetada que la chiquilla le lanzó; a pesar de su edad el golpe resonó como aplauso de Polifemo. Se cortaron los murmullos, el silencio inundó el jardín del hotel Metropole hasta que la rabia de la hija de Feliciano Silva tomó la palabra. «Que sea la última vez que te atreves a hablar de mis padres y a tocar a mi hermano, si vuelves a hacerlo me encargaré de que te corten a trozos y que te coman los cochinos.» El espanto no solo se estampó en la cara abofeteada de Valentinito Claramunt sino entre los concurrentes, algunos de los cuales sintieron náuseas ante la amenaza proferida por aquella niña que debía estar demonizada, pues hablaba con el lenguaje del averno. «Vámonos.» No dijo más a sus hermanos y estos obedecieron. Agapito Luzardo también la siguió, no le quedó duda de que era la adecuada para heredar el emporio de Feliciano Silva.

A Valentinito se le fue el atrevimiento por las patas, le entró una calentura temblona que lo hizo permanecer en casa dos semanas sin salir a la calle, ni asomarse a la ventana quería el joven lenguaraz. El farmacéutico arrastró sudoroso sus ciento treinta kilos de peso hasta El Silencio para pedir en persona a Venancia Figueras una cita con don Feliciano, que lo recibió al tercer día. Don Rodolfo le llevó como presente una caja de puros palmeros, sabedor del gusto por el tabaco artesanal que profesaba el Guirre. Le expuso sus disculpas de todas las maneras posibles, sobre todo haciendo hincapié en los desmanes propios de la juventud, que no medían las palabras, que se envalentonaban y decían disparates.

—En fin, ¿qué voy a decirle yo que usted no sepa, don Feliciano?

—Claro, claro, don Rodolfo, me hago cargo. Usted se ha preocupado más de la cuenta, cuando se trata de eso, de cosas de críos, no hay que darle la importancia que no posee... No tenía usted que haberse molestado en traer los puros.

—Por favor, don Feliciano, es solo un detalle.

Y el farmacéutico salió de El Silencio ensopado en sudor, no por su peso ni por el calor, pues el estudio se hallaba fresco, octubre había empezado con lluvias tempranas, sino por el trago de estar junto a aquel asesino que podía en cualquier momento destriparlo vivo si quería. Lo había hecho por su mujer, que no paraba de llorar y de rogarle que fuese a hablar con don Feliciano

para que aclarase lo del niño, que había sido una broma, algo pesada pero nada más, que el niño estaba aterrado con fiebre en su habitación y hasta le habían salido canas en la frente del miedo que estaba pasando por aquel malentendido, con lo rubito y guapo que era. Y si bien la conversación había cursado por los cauces lógicos entre dos padres con sentido común, aun así, no pudo dejar de transpirar y se subió en su landó enchumbado. Don Rodolfo le organizó a su primogénito su viaje a Barcelona, donde iba a cursar Farmacia como lo habían hecho él, su padre y su abuelo, toda una estirpe de boticarios. Empezaría con unas semanas de retraso, pero era mejor eso que quedarse en su alcoba encerrado como un conejo miedoso en la madriguera. Lo convenció, le habló de la conversación con don Feliciano, de lo comprensivo que había estado, de cómo había entendido que aquello no era más que un asunto de chiquillos sin importancia. Así que se bañó, se vistió y salió a la calle con don Rodolfo a su lado y comprobó que su progenitor llevaba razón, que no había sido para tanto la cosa y que el susto que le había metido en el cuerpo aquella niña diabólica no era más que una sugestión exagerada causada por la impresión, nada más. A los tres días de deambular por la ciudad, Valentinito ya se parecía bastante al que había sido antes de que le calara el bayonetazo del miedo, incluso se había atrevido a salir solo y a encontrarse con algunos de sus amigos más allegados, aunque la mayor parte de estos ya se encontraban en la Península estudiando. Su barco zarpaba la semana siguiente, su madre le había pedido a don Rodolfo que le permitiera unos días más con su pequeño antes de marcharse, que tuviera en cuenta lo mal que lo había pasado el último mes, que no se lo deseaba ni a un perro, y que si ya se había perdido cuatro semanas bien se podía permitir perderse otra para hacerle el gusto a ella. Así fue, lástima que Valentinito sufriera aquel inoportuno accidente. Lo encontró un mariscador que iba hacia la playa de La Laja a coger lapas y mejillones. Se había apartado del camino un par de metros para vaciar la vejiga cuando encontró a aquel muchacho enredado entre unas tuneras. Daba pena, estaba amoratado, hinchado, atravesado por las púas de las palas. Intentó sacarlo de allí, pero sus quejidos eran de cabrito degollado. Buscó ayuda, una docena de marineros que dejaron de coser sus redes para echar una mano hicieron falta para extraerlo de las tuneras, que hubo que cortar para poder meter las manos e izarlo. Lo llevaron al hospital San Martín, donde lo revivieron, pero no lograron que recuperara el habla y dijera que había sido Almanegra, el guardaespaldas de Feliciano Silva, quien lo había secuestrado y lo había tirado sobre aquel enjambre de tuneras. Las heridas de las púas habían cicatrizado dejándole la piel punteada hasta en sus partes nobles, como si le hubiera atacado una varicela tardía y fogosa. Había enmudecido, y mudo se marchó hacia la Morella natal del farmacéutico meses después. Don Rodolfo había vendido la farmacia a precio de ganga, quería irse cuanto antes de la isla y sus demonios. Llevaba consigo la esperanza de que Valentinito terminara de recuperarse en las tierras valencianas y el freno que tenía en la lengua se deshiciese por ensalmo el día menos pensado, como le había asegurado don Ceferino Toledo. Don Rodolfo había entendido muy tarde que los escorpiones obedecían a su naturaleza, y si habían decidido clavarte el aguijón no había manera de que cambiaran de idea, ni siquiera besándoles los pies y

regalándoles una caja de puros palmeros. Desde aquel domingo de septiembre en el hotel Metropole, cuando con nueve años mostró en público el rejoy de la sangre de su padre al abofetear y amenazar a Valentinito Claramunt con ser devorado por los cochinos, Feliciano comenzó a hablarle a Ernestina de sus ocupaciones de una forma tan natural como otro padre leía cuentos a sus hijos a la hora de dormir. Comprobó entonces que la niña no era ajena a sus actividades, ni siquiera a las torturas que llevaba a cabo en el sótano del garaje de El Silencio. Encaramada al muro que rodeaba la casa veía como entraban los hombres de su padre con sujetos que pateaban y que emitían unos berridos amortiguados por las mordazas que cubrían sus bocas descoyuntadas. La confianza fue mutua entre padre e hija y llegó incluso al territorio de su relación con Ofelia O'Higgins, por supuesto con los límites naturales de la decencia, que impidieron que Feliciano contara a su hija la fertilidad del campo pelirrojo que la irlandesa le dejaba arar y cómo cada siembra era distinta, pero siempre deslumbrante y perfumada con aquella fragancia de sexo que seguía manándole como una lava irrechazable.

## París

El 25 de marzo de 1886, un año después de salir de la casa de don Exuperancio Arenal, Feliciano Silva había regresado para entregarle cien mil pesetas en concepto del primer pago del préstamo, más veinticinco mil correspondientes al cuarenta por ciento de sus beneficios, que le había exigido el usurero hasta completar la deuda. Este había dispuesto unas condiciones abusivas, pero había que reconocerle que había apostado sus buenos cuartos a un caballo desconocido, apenas un chiquillo, aunque con el aval de la escritura del Berlín, haber matado ya a dos hombres y venir custodiado por Almanegra. Feliciano, por su parte, camuflaba las cuentas que exigía ver el prestamista para calcular el cuarenta por ciento de sus beneficios; don Exuperancio no vio o no quiso ver aquellos arreglos del Guirre porque debió de entender que lo proporcionado por aquel hijo de puta que se estaba haciendo con el control del puerto era suficiente, o quizás —la hipótesis más factible— había considerado que ir a la guerra contra tal contendiente iba a ser tarea complicada para sus intereses y peligrosa para su integridad y la de su madre, que había amenazado a Feliciano con una maldición en toda regla al avistarle su fondo de un erizo de mar. En cuatro años Feliciano satisfizo por completo la deuda.

—Aquí le entrego doscientas mil pesetas, ciento cincuenta para llegar al millón prestado y cincuenta mil para terminar con el medio millón de intereses. En este sobre hay ciento setenta mil del cuarenta por ciento de los beneficios obtenidos. Cumpló así con mi compromiso. Solo me resta darle las gracias por haberme facilitado el capital pedido y comentarle que, como muestra de nuestras buenas relaciones comerciales, he decidido que el negocio de la usura en la isla siga gobernado por usted. Es muy lucrativo, pero es de mal nacidos ser desagradecidos, así que no solo tiene mi palabra de que no seré su competidor en este terreno, sino que puede contar con mi ayuda si lo cree necesario. Eso sí, si intenta joderme por cualquier medio vendré y los quemaré vivos, sean ustedes espíritus, marcianos o la mierda que sean.

Exuperancio Arenal sujetó a su madre con una mano levantada, esta ya se disponía a responder con la fuerza del río Orinoco que se transmitía por su escuálido cuerpo. Almanegra había metido mano a su revólver al ver como doña Perpetua buscaba entre el agua del estanque y sacaba una piraña, que abría la boca con su mirada de dientes dirigidos al cuello de Feliciano.

—Por favor, no arruinemos esta agradable charla con la violencia. Mamá, mete el caribe en el

agua, que don Feliciano solo quería establecer los principios de una convivencia sana y respetuosa entre dos entidades comerciales. Quizás expuestos de un modo demasiado enfático, pero con el evidente propósito de que nuestros negocios caminen paralelos y continúen siendo fructíferos sin que nadie medie en el otro. ¿No es así, don Feliciano?

Este asintió con un ligero movimiento de la cabeza y se levantó. Todo estaba dicho, no quería seguir padeciendo la sofoquina tropical de aquel patio inundado de pájaros, silbos y ramas de helechos que llegaban al suelo y rozaban su piel moruna y lo ponían más nervioso de la cuenta. Al despedirse se estrecharon la mano. Aprovecharon ambos para lanzarse la última frase.

—Tenía que haberle exigido cobrar el cuarenta por ciento de por vida.

—Si lo hubiera hecho, no habría llegado al día de hoy, se habría desvanecido mucho antes entre las llamas.

Había sospechado que Exuperancio Arenal estaba detrás de algunos intentos de sabotaje de sus negocios. Llevaba mal el prestamista observar el manantial sin fin que entraba en las alforjas del Guirre sin poder intervenir, salvo en lo concerniente a los préstamos, en ningún otro asunto de los muchos que se estaban generando en la ciudad, que crecía ahora con la velocidad de un siglo que parecía haber nacido con prisas. También pensó que Exuperancio Arenal y su madre podían haber estado detrás de su atentado cometido por Enrique Torrejón Llopart; pero, a pesar de que en las averiguaciones se arrancaron uñas y se cortaron orejas, nadie relacionó al catalán con aquellos fantasmas de edad indefinida. Lo cierto era que don Exuperancio no había tenido nada que ver en esos asuntos, aunque su animadversión hacia el Guirre se había multiplicado. No obstante, creía no haber llegado el momento de actuar, así que se refrenaba una y otra vez al escuchar las arengas militares de doña Perpetua, que lo empujaba a cruzar la línea roja que había dibujado Feliciano Silva y a no conformarse con ver a regañadientes, desde el universo amazónico de su residencia, cómo su poder empequeñecía ante el avance del imperio del estraperlista. Y eso que el temor en la isla hacia aquellos dos, madre e hijo, sin llegar a la altura del que se padecía por el Guirre, era abismal, pues provenían, como era del alcance de todos, de un mundo distinto al de los hijos de Dios y vivían aquí, si esto era vivir para ellos, protegidos por sus espíritus y sus magias y sus rituales, que, en ocasiones, referían los vecinos, subían por el patio de su casa, por donde apuntaba el frondoso araguaney custodiado por las hojas más altas de las palmas reales y las extremas ramificaciones de los helechos, en forma de cánticos entonados en una lengua desconocida, como si en vez de palabras lo que se pronunciaban fueran números, ecuaciones y tangentes. Y los cánticos se alargaban toda la noche mientras el aire se impregnaba de un olor a leche cortada tan fuerte que llegaba a ocasionar vómitos violentos en las embarazadas, que más de una había decidido, con buen tino, ponerse una bata por encima del salto de cama y huir de sus casas porque temían que las criaturas que llevaban dentro se les salieran por la boca de las innumerables arcadas y convulsiones que les provocaba aquel hedor acedo. Los más fantasiosos afirmaban que se debía, sin duda, a la práctica de algún sacrificio animal, de alguno de los muchos guacamayos o turpiales de agua que volaban en el interior de su

vivienda, y que olían así al ser destripados y untados por los cuerpos de sus dueños que, de esta manera tan bárbara, conservaban el estado sempiterno que siempre se les había conocido. El momento para Exuperancio Arenal llegó en 1915, fue entonces cuando cruzó la línea roja y se atrevió a echarle un pulso al Guirre y su imperio.

Un año antes, el miércoles 15 de julio de 1914, diecisiete días después del asesinato en Sarajevo del archiduque Francisco Fernando y de su esposa, la duquesa Sofía, Feliciano Silva había convocado una reunión con sus más allegados en El Silencio a las ocho de la mañana. La prensa hervía con la posibilidad de una inminente guerra. Al Guirre esa posibilidad le fue confirmada por sus contactos más fiables en el extranjero, la guerra ya estaba decidida y era solo cuestión de días o de horas. Todas las guerras producen muertes; pero también enormes ganancias si se manejan los tiempos y las necesidades y se carece de escrúpulos. Aquella gran contienda que se avecinaba no iba a ser la excepción, sino la verdadera regla, y no quería desaprovecharla. Sus fuentes, que eran muchas y bien pagadas, le aseguraron que España optaría por la neutralidad. Bastante tenía, debió de pensar en aquellos tiempos don Eduardo Dato, presidente del Gobierno, con la guerra del Rif y con mantener a raya los continuos ataques de los anarcosindicalistas, que provocaban, un día sí y el otro también, un estado de inestabilidad social en una España desgastada por la historia. La contienda en el Atlántico haría que el comercio interoceánico sufriera una merma considerable que afectaría a la economía de las islas, supeditadas al tráfico portuario; las exportaciones de plátanos y tomates se reducirían a lo mínimo. Aunque este efecto redundaría de modo muy negativo en los negocios de Feliciano Silva, también era verdad que, por el contrario, la guerra contribuiría a favorecer un mercado clandestino que le pertenecía, si no por ley, por la fuerza. Pero ello no le bastó, le había entrado la ambición como la carcoma, no aguantó mantenerse al margen de la verdadera ganga que se iba a repartir en el continente y se le metió entre ceja y ceja hacerse con un buen trozo del pastel. Lo rodeaban Almanegra, Casiano Ballesta y sus dos hijos varones, Pascual y Paulino. Todavía albergaba la esperanza de que alguno de sus vástagos tomara su relevo de manera natural, alejando a Ernestina de aquella misión para la que, sin embargo, estaba mejor predispuesta. El Guirre les expuso su decisión de marchar a París y residir allí el próximo año. Debía armar una estructura que ya llevaba organizada en la cabeza, pero tenía que ponerle nombres, buscar colaboradores en los que depositar su confianza y, en suma, echar a andar la maquinaria. No le arredraba su nivel mínimo de la lengua francesa. Tampoco dominaba el inglés; sin embargo, con el chapurreo multilingüístico portuario más un buen fajo de dinero en el bolsillo había hecho negocios con los americanos hasta llegar a defenderse con cierta soltura. Dos sectores había que cubrir de forma inminente: el de las armas y el de las provisiones. Debía alquilar los almacenes, contratar los medios de transporte y crear los sistemas de distribución antes de que la escasez empezara a llamar a la puerta, que no tardaría mucho según las previsiones de que iba a ser una guerra más cruenta que ninguna de las infinitas acaecidas antes. No tenía por qué dar justificaciones, pero las dio. El negocio había crecido muy bien, al ritmo que llevaba la dinámica

de la ciudad que era su sede; pero la guerra amenazaba con paralizar el Atlántico. Necesitaba nuevas vías de comercio y la guerra se las ofrecía. No les comentó que también se trataba de megalomanía, delirios de grandeza que se le habían desatado y aceptaba como otro vicio cualquiera adquirido: el tabaco habano, las arias de ópera o el pelo rojo del sexo de la irlandesa que hacía revivir su órgano hasta hacerlo piedra cada vez que lo avistaba. Les comunicó que, a diferencia de otros viajes en los que Casiano Ballesta y Almanegra se habían hecho cargo de la empresa, en esta ocasión serían sus dos hijos los que manejarían los hilos con la ayuda de sus dos consejeros. Tenían edad para ello y en algún momento debían acceder a esa responsabilidad que les correspondía por herencia.

A ninguno de los chiquillos, que ya eran un hombre de veintitrés y otro de veintiuno, les importaba en demasía el imperio de don Feliciano, lo veían más como una carga heredada que como un legado formidable; sin embargo, ambos habían aceptado que aquel era su destino y no pudieron dejar de regocijarse con la confianza que su padre por fin depositaba en ellos. Aunque también les corrió el estremecimiento del miedo y de la responsabilidad, sobre todo a Pascual, que seguía sudando entre fatigas cuando el Guirre lo conminaba a bajar al sótano a interrogar a un sujeto caído en desgracia. Paulino siempre fue más vivo de genio que su hermano mayor y tenía más aguante para las crudezas, incluso ya había arreado unos cuantos bofetones y pegado varias patadas a algunos conspiradores que intentaban burlar el pago de las cuotas exigidas por su padre. Pascual había salido flojo para todo tipo de esfuerzo, llámense estudios o trabajo, solo se sentía en su salsa engalanado con un esmoquin y bailando en las múltiples fiestas sociales que se celebraban en la ciudad, donde se lo rifaban las jóvenes casaderas y más de una casada porque era como su progenitor de guapo pero sin la fiereza de moro de aquel, y bailaba que era un primor, y reía todo el rato y fumaba y bailaba como los dandis y, encima, su fortuna, que era la de don Feliciano, no tenía fin, como el océano. Paulino, que tenía una belleza achaparrada, como si hubiera estado cargando sacos de papas toda su vida en el muelle, hubiera regalado toda la parte de esa fortuna que le aguardaba por soltar de la hebilla el cinturón que lo sujetaba a la isla, un pedazo de tierra mínimo que lo tenía bien atado y no le permitía acceder al resto del mundo, que debía de ser distinto, ancho y ajeno, con otros colores y formas. En vez de un diario, Paulino utilizaba para exponer sus proyectos un cuaderno de viajes de duras tapas de cartón amarillo en el que tenía trazado todos los recorridos, las ciudades, los kilómetros que las separaban, los hoteles en los que se iba a alojar. Era, frente a la idea de un cuaderno de viajes realizados, un cuaderno de viajes sin hacer, previstos, organizados con un detallismo obsesivo, casi enfermizo y desalentador. Pero antes que nada eran hijos de Feliciano Silva y sus papeles en el mundo estaban reservados para ser sus herederos. No había otra, así se les había inculcado desde niños y ninguno de ellos tenía los redaños para plantarse delante de su progenitor y exigirle que los liberara de ese mandato que no habían elegido. Así que cuando llegó aquella reunión y vieron como su padre les daba el espaldarazo definitivo confiándoles el control mientras él residiera en París, advirtieron el peso de la tarea, pero también se confortaron con el asidero del poder

absoluto que iba a hacerles olvidar, aunque solo fuera por la dedicación plena, los salones festivos a Pascual y los viajes interminables a Paulino.

Casiano Ballesta había envejecido prematuramente, a ello contribuyó una alopecia fulminante y la sobrealimentación a la que le sometía su Paquita, que, al tiempo que le exigía bajar la barriga que se le había hinchado como la proa de un barco vikingo, lo atiborraba de todo tipo de viandas, pues, ya madre de doce hijos y abuela de siete nietos, no paraba de celebrar fiestas de cumpleaños y onomásticas y festividades religiosas que se sucedían con una rapidez vertiginosa, haciendo que la casa del abogado pareciera un salón perpetuo de celebraciones familiares, en las que Paquita gozaba de lo lindo al ver como su parentela daba cuenta de un puchero rematado con flan de coco servido en cinco flaneras, tantos eran los comensales reunidos. Había envejecido el leguleyo sevillano pero a gusto, con la convicción de que haber aceptado el acuerdo que le propuso en su día Feliciano Silva había sido la decisión más acertada de su vida, pues le granjeó una fortuna de hombre rico y la suerte de haberse casado con Paquita Araujo, que lo había hecho feliz en la cama y fuera de ella. Había envejecido pero su cabeza seguía estando ligera de movimientos; así que, tras encajar no de muy buen gusto la aventura parisina que quería llevar a cabo su jefe, le expuso a este las mejores vías para trasladar los fondos necesarios a los bancos parisinos con el fin de gestionar las primeras entregas. También le aportó tres nombres de bufetes franceses de gran prestigio que podría contratar con toda garantía de solvencia y secreto profesionales. Estaba acostumbrado a dar su opinión sobre cualquier negocio de Feliciano Silva, como abogado del diablo que era, nunca mejor dicho. Por eso había llegado a conocerlo tan bien como para saber que la mejor manera de llevarle la contraria era dándole cera en primera instancia para luego ir intercalando los inconvenientes que veía en las operaciones en cuestión. El asunto de aquel día era en extremo importante, así que se empeñó en ser más abogado del diablo que nunca. Casiano Ballesta no tuvo pelos en la lengua para subrayar que, si bien era un proyecto a medio plazo con buenas perspectivas, le parecía asumir un gran riesgo dejar por un periodo tan prolongado el gobierno de la isla y de todos los asuntos que desde aquí se llevaban con América, con la costa africana, con todo el Atlántico por medio, a sus hijos; que podían estar incluso entusiasmados, pero era demasiada carga para unos jóvenes que no estaban bregados y a los que les faltaba, eso, rodaje en los asuntos. Quiso terminar el abogado su argumentación cincelandola de un modo rotundo, así que rebuscó en su memoria para hallar aquello de «quien mucho abarca poco aprieta», que expuso como último correlato del rol de abogado del diablo por el que le pagaba Feliciano Silva. Este miró ahora a Almanegra, que solo abrió las manos para expresar sin abrir la boca que él estaba allí para lo que decidiese; conocía demasiado bien al Guirre como para intentar pararlo cuando, como era el caso, ya había iniciado la estampida. El encargo de proteger a sus hijos, en especial a Ernestina, cobraba mayor responsabilidad si cabe con la marcha del paterfamilias; pero no hubo ningún resquicio de duda en Almanegra, ningún temor a llevar a cabo su encomienda. Feliciano Silva dejaba a su prole en buenas manos, las

manos de un asesino, un asesino fidelísimo capaz de matar a dentelladas a quien se atreviera solo a amenazar a aquellos que eran su familia sin serlo.

Su asentamiento en la capital francesa estaba siendo lento, no podía ser de otro modo dado el volumen de la empresa, pero con el cumplimiento de los pasos previstos. Había contratado un pequeño ejército, provenientes todos sus efectivos de la Legión Extranjera francesa, a los que no tuvo que insistir mucho para que desertaran y se unieran a sus propósitos. La suma que les ofreció dispuso cualquier reserva patriótica en el caso de que alguno de ellos la tuviera. Eran mercenarios duros, bien entrenados y acostumbrados a cumplir órdenes, solo los sujetaba el respeto a la jerarquía. Así que Feliciano le pagó cuatro veces más que al resto, y con la promesa de cien mil francos al término del primer año de servicio, al sargento Liniers, un marsellés ceñudo que sabía hacerse respetar y, además, le servía de traductor, pues había vivido de joven unos años en España. Feliciano Silva había empezado a hacerse notar entre el estraperlo mayor; no intervino en la puja por el mercado prostibulario ni en el del juego, pues era entrar en lodazales repletos de cocodrilos. Se centró en la compraventa de armas y en el almacenamiento de alimentos básicos y no perecederos: harina, azúcar, aceite, café, embutidos, mermeladas en conserva, sardinas en lata, etc. En aquellas Navidades, gracias al concurso del sargento Liniers y las relaciones mantenidas con sus viejos camaradas de la Legión Extranjera francesa, una compañía que combatía en Mézières se aprovisionó con sus productos. Había recibido Feliciano algunas cartas de Casiano Ballesta comentándole que los chiquillos se portaban bien, aunque Almanegra había tenido que encargarse de sus inversiones en Telde, donde se estaban organizando unas nuevas empresas dirigidas por gallegos de larga tradición en el comercio del tabaco. Feliciano entendió que el abogado, fiel a su estilo subrepticio para no inculparse con sus escritos ni inculpar a su cliente, le comunicaba que Agapito se había empleado a fondo para mantener a raya a algunas bandas de gallegos contrabandistas de tabaco que se querían instalar en su territorio. Almanegra le había insistido al abogado en que en las cartas expusiera que tanto Pascual como Paulino se estaban portando como hombres, que el pequeño de ellos incluso se había atrevido a descerrajarle un tiro a uno de aquellos gallegos, pero que no se le ocurriera escribir que lo había hecho cerrando los ojos, manteniendo temblón el revólver con las dos manos y regañándose, lo que había motivado un ligero murmullo hilarante entre los esbirros de Feliciano, al quite para burlarse de los críos, que cortó fulminante Almanegra. No escribió este matiz ni que había asesinado al gallego, aunque fuera ello un mérito elogiabile a todas luces para el vástago de Feliciano, por la misma razón legalista; nunca se sabía a qué manos podía llegar un documento escrito y no había por qué decir más de lo necesario. «A buen entendedor, pocas palabras bastan.» Feliciano Silva hacía oídos sordos a aquellas nuevas inquietantes que le enviaba el abogado sevillano y se empeñaba en resistir en sus nuevos dominios europeos, no iba a abandonar París a las primeras de cambio.

## Las plagas

Feliciano Silva permaneció seis meses y doce días en París viviendo en Montmartre. Había alquilado una casa de tres plantas en la rue des Abbesses con un bajo que había camuflado de papelería con tres dependientas pizpiretas y un encargado con pinta de bohemio famélico. Gozaba este comercio de buena clientela, tal era el volumen de pintores que aparecían por allí en busca de lienzos, pinturas y demás enseres para sus cuadros. Había corrido la voz de que el dueño de la papelería era un español de las islas Canarias que había recalado en París, sin apenas balbucir algunas palabras en francés, por su pasión por el arte y que, sin ser lo que se dice un mecenas, quería contribuir de algún modo a la actividad artística, así que no le importaba fiar a los artistas sus compras, incluso se decía que alguno había canjeado una de sus pinturas por una suma elevada en cuenta. A pesar de la guerra, que ya devolvía muertos a sus casas y exigía más vivos para las batallas, la papelería seguía llenándose de artistas que acudían como las moscas a la miel, acuciados por su escasez de francos y por su convicción de ser el próximo Renoir. La papelería era una tapadera, en su almacén trasero, cerrado a cal y canto para las graciosas dependientas y el haragán del encargado, se hallaban las reservas de armas y los alimentos que iba vendiendo cada vez más a precio de oro. El 24 de enero de 1915 embarcó hacia Las Palmas, cinco días antes había cerrado las puertas de la papelería. La única explicación que dio a los empleados fue la verdad; tenía que regresar con urgencia a su país para resolver unos asuntos ineludibles. No le creyeron, ya la desbandada había comenzado, el ejército alemán avanzaba más de la cuenta y muchos que tenían medios para hacerlo se ponían a salvo. Para aliviarles el disgusto de quedar de la noche a la mañana sin trabajo, los premió con una indemnización por despido que fue recibida con muestras de contento. El sargento Liniers quedó a cargo de la retirada, porque aquello podía pasar sin duda por una retirada a tiempo antes que una derrota. Feliciano le puso delante un fajo con cien mil francos, con el encargo final de que fuera el francés quien custodiara las armas y provisiones hasta Marsella, desde donde se trasladarían hacia las islas en el *Península de la Magdalena 2*. El sargento cumplió con su deber y no hubo ninguna merma en las mercancías, que llegaron bajo pabellón español amparado en su neutralidad.

Tienes que venir ya, esto se va al carajo. Es cosa de don Exuperancio y su madre.

Las Palmas de Gran Canaria, 14 de enero de 1915

AGAPITO LUZARDO

Había minusvalorado las advertencias cifradas que Casiano Ballesta le había hecho llegar por carta, pero aquel escueto telegrama de Almanegra bastó para tomar la decisión de abandonar París y dirigirse a Las Palmas de la manera más rápida, aunque no la más segura. Antes le respondió a su hombre de confianza con un telegrama falso; si la situación era tan grave ya sus enemigos tendrían controladas las líneas de comunicación: correo, telégrafos, teléfono... Era lo que habría hecho él, así que el telegrama que escribió servía tanto para engañar a los hijos de puta que habían dado el golpe de Estado como para que Agapito entendiera que lo que allí se decía era pura filfa, porque ni loco como una jaira, ni borracho como un tonel mareado, ni muerto que estuviere, Feliciano Silva habría escrito en serio aquellas líneas:

No me jodas, Agapito, no puedo volver. Aquí los negocios, muy grandes. Imposible vuelta inmediata. Repito, imposible vuelta inmediata. Como pronto, previsto regreso en dos meses, marzo. Mucho dinero, mucho poder. Tengo viaje urgente a Londres, conversación con políticos. Ni que violen a mi hija y arranquen los ojos a mis hijos vuelvo ahora. Encárgate tú, te pago para eso.

París, 15 de enero de 1915

FELICIANO SILVA

Cruzó el canal de La Mancha hasta llegar a Dover, y de ahí se trasladó hasta Portsmouth. Allí embarcó seis días después de recibir el aviso de Almanegra en un mercante inglés con rumbo a Ciudad del Cabo y escala en Gran Canaria. El capitán, desde que llegó a aguas internacionales, arrió la bandera británica y dejó el buque sin patria. Aquella falta de identificación, en principio, evitaba que los submarinos alemanes lo torpedearan, pero podían hacerlo si sospechaban que era una mera astucia. De hecho, también corría el riesgo de que fuera un submarino inglés el que lo mandara a pique al no reconocerlo y emplear fuego amigo. Sin embargo, el capitán había decidido utilizar su lógica y no la de los combatientes, y la suya era que, en aguas internacionales, si no ostentabas bandera alguna, había que entender que tu patria era el océano; así de lírico y simple era su pensamiento. No estaba tan seguro de ello Feliciano, que respiró aliviado al entrar en la bahía de La Isleta y sentirse a salvo.

Doña Perpetua azuzaba a su hijo contra el Guirre sin tregua. La usura, el campo que Feliciano Silva les permitió seguir arando, ya no les parecía suficiente ante el dineral que producían las obras de la ciudad y el tráfico del puerto, que manejaba a su antojo aquel demonio. Exuperancio no podía decírselo a las claras a su madre, pero si alguien le había provocado presagio de muerte había sido Feliciano Silva con su promesa de quemarlo vivo. Sin embargo, su marcha a París había dejado los flancos muy abiertos a pesar de que su perro, Almanegra, se había quedado para

protegerlos. El abogado sevillano se las sabía todas y más, pero no era enemigo; menos aún temía a los críos que había dejado a cargo, de los que se decía que se meaban encima, así, literal. Por fin dio el paso que su madre le exigía. Financió la llegada de traficantes gallegos, gente con entrañas duras que empezaron a roer el queso de Feliciano. Almanegra se había esforzado en contenerlos con razias sangrientas, pero siguieron llegando alentados por los buenos duros que pagaba Exuperancio Arenal. Bajaban de los barcos antes de llegar a la costa en botes de remos para no ser descubiertos e iban conformándose en un ejército cada vez más numeroso, disciplinado y eficaz. De todos modos, aunque esto era del todo cierto, Almanegra no urgió la presencia de Feliciano por este motivo. Todavía la confianza entre sus hombres era fuerte, había dinero de sobra para pagarles más que Exuperancio Arenal, y aquellos gallegos eran unos jodidos cabrones pero no más que él, que estaba en su salsa.

Al empezar aquello vio que las cosas se le iban de las manos, coño, él era un hombre con huevos de hombre, pero hasta ahí. La señal la dio un arriero que llegó con las mulas asfixiadas al Pilar Nuevo y barruntó un tiempo del sur con una calima como nunca antes se había vivido en la isla. Y así fue, la arena que llovía se podía coger antes de que tocara el suelo con las manos, a puñados, y las madres no veían a sus hijos aunque los tenían al lado, con la arena que ya les cubría por encima de los tobillos, y pensaron los más alarmistas que iban a morir ahogados en aquella masa caliente como pan al horno. Duraba ya más de cinco días y ya se preparaba en la catedral al Santísimo Cristo de Luján Pérez para salir en rogativa cuando se extendió por la ciudad que don Exuperancio Arenal sabía cómo detener aquel desierto vertical. Al obispo aquello le pareció poco ortodoxo, pero no condenó a la comitiva de notables que, encabezada por el presidente del cabildo, don Jacinto Trejo Melián, fue recibida a las nueve de la mañana del día siguiente con gran delectación por parte de los anfitriones en aquel patio tropical en el que no había caído ni un grano de arena y donde todos se veían nítidos sin la cortina opaca que en la calle los velaba. «Solo les puedo indicar que mi madre y yo tenemos la fortuna de poseer algunos conocimientos que traemos del espacio natural de donde procedemos, la selva del Orinoco, y que podemos emplearlos para que cese esa calima espantosa de la que me hablan. Como ustedes pueden observar, en nuestra vivienda estamos exentos de esa plaga. Solo quiero de ustedes el reconocimiento a mi servicio y que estén abiertos a alguna petición mía cuando yo los necesite. Hoy por ti y mañana por mí, ¿verdad?» Aquellos comisionados prorrumpieron en asentimientos sin saber bien lo que estaban haciendo, no entendían ni siquiera lo que sucedía, como si aquello fuera real como lo es un sueño; es decir, medio real o casi real o inexistente en realidad. Por la tarde cesó de caer la arena. Unos decían que era un milagro, que nada tenían que ver don Exuperancio Arenal y doña Perpetua; pero los más decían por lo bajo que aquellos eran brujos, y si no eran brujos hacían cosas de brujerías, y que había que tenerlos a bien, y más ahora que habían mostrado de esa forma sus poderes, que seguro que habían sido ellos los que habían quitado la arena, pero también los que la habían traído, que no era normal porque nunca antes se vio que cayera de aquel modo.

Cuando todavía no se había disuelto en las calles aquella pasta de arena que había aplastado la isla, una de las lavanderas que se afanaban en la caja del agua del barranco del Guiniguada para limpiar las ropas emperradas notó que el agua estaba más dura que de costumbre. La deshizo entre sus dedos y advirtió que estos se emblanquecían y arrugaban. Los chupó; eran pura sal. No se supo cómo los pozos y los manantiales se habían salado, los ingenieros del cabildo y de los ayuntamientos habían hecho catas y análisis químicos sin resultados que dieran explicación al hecho. El pánico a la sed y a la muerte devoró enseguida, como un fuego exterminador, la razón de los isleños, que parecían haber enloquecido. A la vista de lo que ocurrió con el anterior azote de arena, la comitiva de notables volvió a dirigirse a la residencia de don Exuperancio Arenal y de doña Perpetua, donde apreciaron con asombro que allí el agua seguía siendo dulce y las pirañas continuaban nadando sin haberse quejado de cambio alguno en el sabor de su líquido elemento. Para mayor certidumbre, doña Perpetua los condujo hasta el pozo, se apoyó en el brocal y extrajo un balde de agua, con un cucharón la sirvió en vasos a todos para que pudieran disfrutar de su dulzura, ni siquiera a lo lejos un regusto salobre, nada de nada. Fue don Jacinto Trejo Melián, presidente del cabildo, quien en nombre de todos le rogó a don Exuperancio que ejecutara sus poderes de nuevo para que cesara aquella salazón del resto del agua de la isla, que daba la impresión de que el mar se había metido por alguna rendija y había inundado todas las galerías menos la suya, que debía de estar protegida por esas fuerzas que él y su señora madre sabían gobernar, que era de ver cómo la gente solo se aliviaba de la sed con la leche de las ubres de las cabras, a punto de quedar exhaustas, y chupando gajos de naranja o comiendo tunos acuosos; pero era cuestión de horas o menos que la deshidratación se cobrara su primera víctima hasta acabar con todos.

—Por supuesto, estamos dispuestos a ofrecerle la cantidad que estime conveniente.

—Señores, no hay más que hablar, creo que he dado sobradas muestras de mi implicación con esta isla que nos ha acogido a mi madre y a mí, por supuesto que haré lo que esté en mi mano. En cuanto al dinero, por favor, no me ofendan. Todos saben a qué me dedico, por lo que no siento aversión a las monedas, más bien al contrario; pero en esta ocasión de suma necesidad se trata de un favor, de una acción altruista. Solo les repito lo dicho la vez anterior, hace dos semanas: solo busco el reconocimiento de ustedes a mi servicio como buen ciudadano, y, ¿quién sabe?, a lo mejor en otra ocasión los puedo necesitar yo y seguro que tendré sus puertas abiertas. Recuerden, hoy por ti y mañana por mí.

Y de nuevo cesó la tragedia, fuese por la casualidad, la naturaleza, el destino o las mierdas de conjuros que esos seres extraños se trajeron de la selva venezolana. Los chiquillos alborotaron los pilares hinchándose de beber agua que volvió a ser dulce, y después tirándose baldes unos a los otros, y los padres, en vez de reprenderlos, los alentaban a que continuaran con la fiesta, en la que ellos al final también se habían metido y recibían gozosos los baldazos que les arrojaban, porque la muerte sedienta se había marchado y, sobre todo, porque con aquella algarabía querían quitarse de encima el susto que se les había metido hasta en los tuétanos. Fue al conocerse que el

agua se había vuelto salmuera cuando Almanegra envió aquel telegrama a Feliciano Silva para que no jodiera más la marrana con sus sueños de grandeza en París y regresara a galope tendido. A poco estuvo Feliciano de no encontrar ni resto del Berlín a su llegada, porque el propósito de Exuperancio Arenal era derribarlo para que no quedara ni una piedra como constancia del poder del Guirre. Le hubiera dolido menos el derribo del Berlín que el fallecimiento de Ofelia O'Higgins, que no se produjo solo por la tenacidad de la irlandesa en no dejar la vida hasta ver de nuevo a Feliciano.

Melquiades Ojeda era un luchador de lucha canaria que un día se había acercado al Berlín a pedir trabajo, estaba cansado de faenar en el cacho de tierra de sus padres en Teror, que no daba apenas ni para caldos de papas y arroz. Era un animal, rozaba los dos metros y de ancho ocupaba el marco de una puerta. A él fue al que le entró primero la cagantina. Fue de improviso, sin esperarse, como si dentro de la barriga alguien le golpease con un marrón de hierro y su estómago no fuera sino un azulejo que recibía aquellos tremendos leñazos hasta descomponerse y venirse abajo. Salió en estampida hacia el retrete, del que ya no salió vivo. Cada vez que evacuaba aquel torrente fétido pensaba que era la última de las deposiciones, que ya estaba bien de cagar aquella diarrea inhumana. Tomaba resuello unos breves segundos, se creía de nuevo a salvo hasta que otra vez se le encogían el alma y los intestinos y creía que le había venido la hora, que no tardó mucho en llegar. No se sabe por qué, quizás por su envergadura y su prominente perímetro abdominal, pero el ataque diarreico fue fulminante en el luchador, que aguantó veintisiete agónicos minutos en resistirse a morir de cagalera, con el ano convertido en una coliflor sangrante.

Al llegar el doctor don Ceferino Toledo hijo a las afueras del Berlín vio un espectáculo dantesco, del establecimiento salían sin cesar hombres y mujeres con las manos apretándose el vientre como si este se les fuera a caer al suelo. Los baños de la casa estaban ocupados y las exigencias en aliviarse empujaron a perder la vergüenza y hacerlo en la calle. Algunos llegaron a poder parapetarse tras algunas pitas y tuneras, pero los más no corrieron con tanta suerte y tuvieron que acucillarse sin parapetos, organizándose un cuadro bochornoso de hombres y mujeres dando de vientre al aire entre pujidos lastimeros. Don Ceferino Toledo no daba avío para asistir a tantos convalecientes ni sabía cómo hacerlo, pues se mostraban tan exasperados por las reiteradas cargas que la diarrea arremetía contra sus fatigados cuerpos que eran incapaces de contestar ninguna de las preguntas que el galeno les hacía para dictar un diagnóstico. No se sabe quién fue el que mencionó entre estertores a don Exuperancio Arenal y sus poderes de otro mundo, que ya habían salvado a los isleños de morir ahogados en arena y sedientos. Aquella diarrea infernal debía de ser otra plaga que don Exuperancio podía remediar. Así, entre deposición y deposición, con los calzones y las faldas a medio subir, se fue conformando una fila a través del parque de San Telmo y de la calle de Triana hasta llegar a la casa del prestamista y su madre en la esquina con Travieso. Daba pena ver a los integrantes de aquella conga con la música de la diarrea; sus caras se desencajaban cuando los retortijones retornaban y no tenían

otra que acuclillarse con el anhelo desmedido de que aquella fuera la ola final de la marea de mierda que los había inundado. Almanegra había llegado al cabaré tan pronto como supo de la extraña situación que allí se estaba produciendo. Pasaba mucho más tiempo en El Silencio, atendiendo a la seguridad de Ernestina y sus hermanos, que en el Berlín. Desde el atentado sufrido, Feliciano Silva resolvió el traslado de la residencia de su lugarteniente del cabaré a El Silencio para fortalecer la seguridad de su familia. Lo habían llamado del Berlín porque no era normal que todas las putas y todos los sicarios de Feliciano Silva que allí trabajaban se estuvieran desintegrando en una diarrea terca y cabrona. Desde que avistó el panorama comprendió que aquello era obra de los maleficios siderales de Exuperancio Arenal y su madre. Vio el cadáver de Melquiades Ojeda tumbado en el suelo; la ley de la gravedad hizo que el peso del luchador hiciera que se inclinase cada vez más desde el retrete donde se mantenía sentado hasta dar con la pared de la caseta, que no pudo aguantar sus kilos de vivo aumentados por la pesadez de la muerte, y cayeron caseta y hombre. No había vomitado en su vida, pero si alguna vez le dieron ganas de hacerlo fue al ver el culo reventado como una sandía de Melquiades Ojeda. A diferencia de la calima y el agua salada, la plaga de la cagantina solo había atacado a los que trabajaban en el Berlín a las órdenes del Guirre. Almanegra no entró en el cabaré por temor a infectarse, a pesar de que le comunicaron que Ofelia O'Higgins se había negado a salir de su alcoba y allí se estaba descomponiendo con el ciclón de la diarrea. Con su Colt en la mano y el brazo en alto para que lo vieran bien, el lugarteniente del Guirre se colocó delante de la fila de quienes, a salto de mata, encorvados por el fuego anal, iniciaban la peregrinación hacia la residencia de don Exuperancio con la esperanza de ser allí sanados. «De aquí no se mueve nadie, el doctor los atenderá de uno en uno. Coño, no son chiquillos, sino hombres que han matado a otros hombres y mujeres que han parido o han visto parir... ¿y se van a rajar por una cagalera?» No pudo contenerlos, la voladura de intestinos que causaba la cagantina fue más imperiosa que sus amenazas de criminal de leyenda. Y es que ya se filtraban a los últimos de la fila noticias ciertas de que los afortunados que habían llegado a casa del prestamista se habían curado, las tenazas que tenían dentro habían dejado de apretar y se les había cortado de repente el barranco de heces que los atormentaba.

En el Berlín solo quedaba dentro Ofelia O'Higgins, que se resistía a salir de lo que consideraba su casa y rendirse a don Exuperancio y su madre. Fue una decisión jodida, pero Almanegra decidió abandonar a su suerte a la irlandesa y dirigirse a El Silencio, donde pudo mantener bajo sus órdenes a los sicarios que habían quedado guardando la mansión a duras penas, pues estos temían que de un momento a otro la maldición de la diarrea que había azotado el Berlín llegara a la residencia de la familia de Feliciano Silva. Con esos pocos hombres montó una guardia pretoriana mientras esperaban el golpe definitivo de aquellos brujos o lo que fueran; en cualquier caso, unos malnacidos. También llamó a Casiano Ballesta y le aconsejó que se trasladara con toda su familia a El Silencio. Pascual y Paulino, si alguna vez en aquellos meses de ausencia parisina de su padre se sintieron jefes de la empresa, dejaron de serlo de repente.

Quedaron relegados a un segundo plano, Almanegra no les pidió opinión alguna, solo les ordenó que trataran de calmar a su madre y a Paquita Araujo y su extensa prole de hijos, cónyuges y nietos, que habían llegado con Casiano Ballesta a El Silencio despavoridos.

Los gallegos que Exuperancio Arenal había contratado ya dominaban toda la isla, pero al usurero lo perdió el dulce placer de la venganza. Se estaba relamiendo de gusto y no quería que aquello tan rico se le acabara tan pronto, así que ralentizó la decisión final de arrasar El Silencio. Todo a su tiempo, aún quedaba la puta irlandesa, que resistía al embate de la diarrea con una fuerza de voluntad que solo podía explicarse por el amor a Feliciano Silva y a su legado. Aguantaba sola en el Berlín, consumiéndose en los sudores fríos y la tiritona que le entraba cada vez que volvía la ola de mierda a estallar en sus paredes intestinales y debía dar de cuerpo de nuevo. Almanegra había prohibido a don Ceferino Toledo entrar en el cabaré para auxiliarla. No podía permitir que el doctor, por prestar su ayuda, también enfermara de aquella vergonzosa dolencia y que tuviera que llegarse a las puertas de aquellas criaturas sobrenaturales pidiéndoles que le detuviesen aquel desagüe pestilente. Exuperancio Arenal tuvo que admitir que Ofelia O'Higgins había durado más de lo previsto, pero su resistencia era tan solo un débil hilo. Los hombres de don Exuperancio se acercaron al Berlín. Sin embargo, aunque el brujo les afirmaba que ellos no corrían peligro de contraer aquel mal, aquella gente de natural supersticiosa no quería entrar hasta que cesara del todo, y no había cesado porque desde la calle oían del interior unos suaves ayes lastimeros de mujer que daban pena. Pero también los atraía como si los llamara una sirena, porque eran gente muy dada a los seres fantasiosos, y se quedaban muy asombrados porque, a pesar del hedor a sentina que expelían el cabaré y sus alrededores, y de los quejidos de aquella mujer que los enternecía, porque eran gente dura pero también dada al sentimiento que los hacía caer en la saudade con harta frecuencia, sus vergas comenzaron a erguirse y les exigían que se olvidaran de la pestilencia y de hechizos y se introdujeran en el Berlín, pues solo allí encontrarían el lenitivo para aquellas súbitas e incontroladas erecciones. Incluso en las condiciones pésimas en las que se hallaba, el vaho de sexo pelirrojo que encandilaba a los hombres hasta el punto de hacerlos llorar y de trastornarlos hasta perder el juicio los había atacado. Dejaron de colocar la dinamita y le comunicaron a su jefe que, si quería, que fuera él a poner las cargas, porque allí no volvían hasta que aquella mujer dejara de exhalar aquella colonia de sexo rojo que les había soliviantado el alma. A Ofelia O'Higgins le debió Feliciano que al desembarco en la isla todavía estuviese en pie el Berlín, que los gallegos no se atrevieran a traspasar la frontera en la que sus falos comenzaban a agrandarse estimulados por el producto afrodisíaco que emanaba de la irlandesa y, por tanto, no hicieran explotar el cabaré con la dinamita. Y así Exuperancio Arenal no dio el tajo final a la familia Silva y al resto de sus filas arracimados en El Silencio, porque quería darse el placer de que estos vieran, antes de ser roídos hasta quedar mondas sus calaveras, cómo el cabaré del Guirre quedaba reducido a cenizas.

Erró el usurero al creer en el telegrama enviado por Feliciano Silva a Almanegra, en el que manifestaba su firme decisión de no abandonar París para regresar a las islas. El capitán del

navío inglés que, sin bandera alguna izada, transportaba a Feliciano Silva hasta Las Palmas, como escala de su travesía de Portsmouth a Ciudad del Cabo, no entendió el porqué de la insistencia de aquel español alto de cara halconada y moruna en que aceptara las mil libras que le ofrecía. Se las entregaba para que su barco llegara en menos de los ocho días previstos a Gran Canaria, y el capitán le contestaba una y otra vez que no hacía falta que lo estimulara con aquella prima; tenía los motores a toda máquina para evitar toparse con algunos de los submarinos o buques de los alemanes o de los suyos, de los ingleses, con los que podría tener problema, pues había arriado la bandera de su pabellón. De todos modos, aunque la explicación del marino era bastante convincente y lógica, Feliciano no se retractó y dejó las mil libras en la mesa del camarote del capitán, quien tras hacer una mueca de resignación agarró el fajo y lo guardó en uno de los cajones de su gaveta, que cerró con llave. El 31 de enero, seis días y diecinueve horas después de haber partido de Portsmouth, atracaban en el Puerto de La Luz. El capitán lucía un semblante satisfecho cuando se dirigió al camarote de Feliciano Silva para darle la buena nueva de que se habían cumplido sus peticiones y habían llegado mucho antes de lo previsto. Habían navegado con buena mar, lo que no era habitual en esos tramos del Atlántico en los que había que lidiar con la corriente del norte, sobre todo cuando esta impacta con las aguas cálidas que quieren salir del Mediterráneo por el estrecho de Gibraltar; no habían sido avistados por ningún contendiente en la guerra y los motores habían resistido bien la exigente marcha que les imprimían los maquinistas. Después de tocar varias veces en la puerta entró y no halló a nadie, la maleta estaba abierta y vacía. Feliciano Silva se había agenciado por un par de libras unas vestimentas de un marinero más fornido que él pero de altura parecida; las ropas le quedaban holgadas, pero bien sujetas por el cinto no le incomodaban. Llenó un petate con sus pocas pertenencias, se caló un abrigo rancio con capucha y salió a la madrugada insular, que lo recibió fría, con el aroma salino y portuario estragado por las miasmas de las deposiciones sufridas a causa de la plaga diarreica infligida por Exuperancio Arenal y doña Perpetua, a la que hacía frente, ya agónica, Ofelia O'Higgins. Había cortado toda comunicación con la isla, no sabía nada de su familia, ni de Almanegra ni de Casiano Ballesta; por eso se puso en lo peor y quiso saltar a tierra embozado, a escondidas. Se echó un fardo al hombro y bajó por la rampa como otro de los marineros que ya habían empezado a descargar mercancías.

Salió del puerto por la carretera de La Isleta a Triana, pasó por Las Alcaravaneras, a la altura del hotel Metropole vio de lejos El Silencio, por fortuna se advertían luces encendidas y movimiento, no estaba vacío, buena señal. Llegó al Berlín, apretó el paso, no se detuvo; no había escuchado los pujos exánimes que exhalaba la irlandesa, deshecha en sudor frío y diarrea encarnada por la sangre. Ya le faltaba poco para llegar a la casa de don Exuperancio Arenal y su madre, no tenía ninguna duda de quién se había atrevido a disputarle su reino. El prestamista se consideraba tan invulnerable, con sus artes y el convencimiento de que Feliciano Silva se hallaba muy lejos de allí, que no había montado ninguna guardia personal de aquellos gallegos ante su domicilio. Feliciano tocó en la puerta pregonando la venta de un pescado inexistente. Doña

Perpetua abrió para presenciar el espejo de su muerte. El Guirre sujetaba una botella metálica de gas mostaza que había extraído del petate, una de los cientos que guardaba en su almacén de París con destino a ser vendidas a cualquiera de los contendientes de la Gran Guerra. Con ella roció a doña Perpetua, que comenzó a proferir alaridos y a restregarse los ojos, que le ardían como si los hubiera alcanzado un hierro incandescente. De un empujón la tiró al suelo, saltó por encima de la mujer hirviente y se encaminó en busca del hijo, que venía hacia el vestíbulo alarmado por los gritos de su progenitora. Cuando el prestamista fue capaz de entender que Feliciano Silva no se encontraba en París sino en Las Palmas, en su casa, buscándolo para exterminarlo, ya fue tarde. Las gotas del gas mostaza que sobre él difuminó el Guirre se impregnaban en los epitelios corneales de aquel ser de otro mundo que, no obstante, chillaba como un cerdo terrenal. Feliciano fue en busca de doña Perpetua, a la que arrastró sujetándola por los enmarañados cabellos hasta el patio mientras ella pataleaba prorrumpiendo en procacidades que se intercalaban entre los gritos de dolor; parecía una cucaracha boca arriba despatarrada y lunática. Ya había reducido también a Exuperancio Arenal, al que había tirado al piso y atado sus extremidades; se contorneaba y reptaba sobre las baldosas de piedra intentando sin lograrlo romper sus ligaduras. Ató a doña Perpetua al cuerpo de su hijo. Allí, junto al estanque en el que las pirañas desbocadas saltaban con un estrépito clamoroso, los roció con lo que quedaba de gas mostaza en la botella metálica, encendió un fósforo y lo tiró sobre los doloridos. El fuego prendió y los chillidos se avivaron, las llamas se alzaron hasta formar la danza ardiente, el baile ritual, que incendiaba sus vestimentas, sus pieles. El olor a carne quemada se fue imponiendo al habitual a leche cortada que, proveniente de la residencia de los Arenal, atufaba las viviendas colindantes. Los alaridos de estos se amalgamaban con los crujidos alarmantes que desprendían los guacamayos, los turpiales de agua, los periquitos y los loros. Feliciano no se movió de allí hasta que se convirtieron, madre e hijo, en un carbón negro con algunas hilachas enrojecidas. Entonces, Feliciano los golpeó con la botella metálica hasta convertirlos en cenizas, que recogió aún calientes en sus manos y tiró al agua del estanque para que las pirañas las deglutieran, pero ahí fue cuando se dio cuenta de que las pirañas flotaban inertes con las bocas abiertas, con los dientes ya inútiles y los ojos estallados, y también se percató de que la gritería había cesado y miró hacia arriba y no vio ningún ave, nadie supo dónde se fueron al calcinarse sus dueños. También observó como el araguaney y las palmas moriches y los helechos ya iniciaban su marchitez, y se desprendían hojas y ramas amarillentas y podridas de repente. No había nada más que hacer allí, salió cerrando la puerta a cal y canto, aunque antes de que saliera de aquella casa ya se había corrido la voz de que el Guirre estaba dentro quemándolos vivos. Tuvieron que pasar más de cuatro décadas, ya a principios de los sesenta, superado lo peor de las carencias de la posguerra y reanimado el pulso de antaño de los negocios de la calle Triana, para que unos libaneses convirtieran la residencia de don Exuperancio Arenal y doña Perpetua en una tienda de cachivaches, relojes, cámaras de fotos, perfumes, cigarros, radios, tocadiscos y electrodomésticos. No se supo cómo habían venido ni a quién le habían

adquirido la propiedad. Ya pocos se acordaban de aquellos seres extraños, y muchos de los que los recordaban dudaban de sí mismos, de si su memoria los traicionaba y no había caído tanta arena ni el agua era tan salada como les decía el recuerdo, ni el hedor a cagantina había sido para tanto.

Tras la desaparición de don Exuperancio y su madre, los gallegos bajo su mando quedaron desnortados, era gente brava, pero sin el brujo que les ordenaba los pasos que debían seguir parecían gallinas desorientadas. Aún no habían conocido en persona a don Feliciano Silva pero les había llegado su leyenda, así que —era gente brava pero también con dos dedos de frente— comenzaron a preocuparse muy en serio por las represalias. Los antiguos sicarios de Feliciano que, afectados por el ciclón de la diarrea, se habían refugiado bajo el mandato de Exuperancio Arenal enseguida corrieron en manada hacia el Berlín para reintegrarse en el ejército del Guirre. Los isleños se encerraron en sus casas, pues barruntaban una sangría que encharcaría hasta los malpaíses. Y la hubo, pero en menor grado. Feliciano Silva hizo llegar al Berlín una delegación de los gallegos formada por los dos con más predicamento entre ellos, Ramón y Luciano Castro, primos pontevedreses de la aldea de Vilarchán con manos como sartenes, mirar ceñudo y hablar parco. Se atrevieron a ir sabedores de que podían no salir de allí sino con los pies por delante. Almanegra, quien se había bajado de la calesa preguntando por ellos, no daba la imagen de ser un mierda y les había dado su palabra de que su patrón solo quería parlamentar y llegar a un acuerdo para evitar una masacre innecesaria. Exigieron —eran gente brava pero también desconfiada— que mientras se hacía aquella entrevista se les cediese a uno de los hijos del señor Silva como garantía; ellos también eran gente de fiar y de palabra, así que no habría problema. Almanegra ni siquiera les contestó, escupió un salivazo al suelo terroso, se caló el sombrero, se viró hacia la calesa, había dado la entrevista por concluida. «Espera, espera.» Habían jugado sus cartas, pero no les había salido la jugada. Eran una cincuentena y aguantarían un par de días, pero no tenían escapatoria, estaban en una jodida isla redonda y el puerto lo tenía bajo control don Feliciano Silva, que había vuelto a ser el dueño de aquellos cachos de tierra y del océano que los circundaba. Además, decían, había traído de la guerra de Europa armas nuevas contra las que era imposible luchar hombre a hombre, como el gas mostaza del que se valió para exterminar a don Exuperancio y su madre. Serían cazados como conejos y como conejos serían despellejados.

—Espera, espera, vamos; pero no podemos reunirnos en el Berlín, huele mucho a mujer.

—Piensa en tu abuela, a mí me funciona.

Almanegra no pudo evitar sonreírse por dentro de las reticencias de los primos gallegos ante las emanaciones eróticas de una Ofelia O'Higgins casi muerta. Y no dejaba de ser verdad que recurriera a la imagen de su abuela y de todos los viejos de los que se podía acordar para rebajar el apetito de su pene al acercarse a la irlandesa. También era cierto que debía haberse inmunizado, como el efecto de las vacunas, o se hacía más viejo y su cuerpo requería menos la jodienda, pues había dejado de sentir cerca de Ofelia O'Higgins aquel revuelo en sus partes. Si acaso, allá lejos, en algunas ocasiones, un cierto cosquilleo, como un rescoldo que se resigna a

desaparecer. Feliciano recibió a los gallegos duro, sin concesión alguna a reconocerlos como similares en rango o posición. No les dejó sentarse, los mantuvo de pie frente a él, y los calaba desde una silla de enea del Berlín.

—Tengo buenas referencias de ustedes, gente trabajadora y con los huevos en su sitio. Nos hemos conocido en malas circunstancias, cometieron el error de no haber elegido al jefe correcto. Ahora les doy esa oportunidad. Si se quedan conmigo, ganarán mucho dinero y vivirán de modo muy confortable en la isla. No es mal sitio, tiene buen clima, aunque quizás echen algo de menos la lluvia de su tierra. Si no acceden, no tendré más remedio que matarlos.

Balbupearon ambos un «sí»; temblequeaban y no sabían si era porque les había entrado el canguelo o porque, a pesar de pensar en sus dos abuelas, no lograban evitar el jalón de sus vergas ante la bocanada que todavía emanaba de la pelirroja que convalecía en su alcoba, ya atendida por don Ceferino Toledo, pero todavía en estado crítico. El joven doctor no había visto nunca un destrozo tan grande motivado por unas diarreas que le hicieron aflorar hemorroides de berenjena a las que solo se atrevía a aplicar aceite de oliva virgen, porque los remedios farmacológicos para tal fin no le inspiraban confianza y podía ser peor el remedio que la enfermedad. Feliciano perdonó a los gallegos porque le iban a hacer falta hombres y estaba convencido de que resultarían buenos mercenarios a su servicio. Había decidido ejecutar a los suyos que habían desertado y que volvieron al Berlín implorando clemencia; que ellos habían obrado así obligados por las circunstancias, que preguntara a cualquiera y le contarían que era una plaga insufrible, que el pobre Melquiades Ojeda, que era un cachorro de hombre, murió en el excusado porque no aguantó las embestidas de la cagalera, con perdón; que habían recurrido a don Exuperancio porque aquello no era una colitis sino una plaga que provenía de otros mundos y él y su madre eran los únicos que la sabían aplacar, que ojalá que él hubiera estado aquí y no se hubiera marchado a París porque nada de aquello hubiera sucedido. Y Feliciano sabía que todo era así, como le relataban sobrecogidos, pero no pudo hacer otra cosa que ejecutarlos en público, alrededor del Berlín, donde se habían visto obligados a evacuar aquella maldita diarrea que, al final, sí que les iba a causar la muerte. Fue un espectáculo casi tan dantesco como aquel de las deposiciones colectivas. Era un aviso para navegantes que no podía dejar pasar por alto, dio la orden de ejecución. No volvió a dormir en El Silencio tras regresar a Gran Canaria, pero sí fue a ver a sus hijos y a transmitirles que no se preocuparan, que todo volvía a la normalidad y ya no marcharía ni a París ni a ningún otro lado, que jamás abandonaría de nuevo la isla. Tuvo un aparte con María de la Caridad para pedirle disculpas por lo sucedido y comunicarle que había tomado la decisión de trasladarse al Berlín, se llevaría a Venancia, su secretaria; pero Agapito seguiría en El Silencio para protegerla a ella y a los niños. María de la Caridad se sintió más apenada por la marcha de Venancia, con la que ya departía intimidades y suspiros, que por la de su marido, al que no le guardaba ni un pizco del amor que le profesaba cuando se enamoró de él como una niña tonta. Su primera noche tras regresar a Las Palmas Feliciano la pasó en vela cuidando de Ofelia O'Higgins, a la que los estragos de la diarrea la habían dejado extenuada, en

los puros huesos, cetrina y con el ano convertido en una penosa flor de mundo en carne viva que untaba Feliciano con sus dedos cubiertos de aceite de oliva virgen, tal y como le había prescrito don Ceferino Toledo.

## El Rolls-Royce

En la ciudad, la isla y el Atlántico nadie albergaba duda del poderío que atesoraba Feliciano Silva desde hacía décadas, pero a tal condición le otorgó marchamo notarial el desembarco de su Rolls-Royce azul de Prusia en el Puerto de La Luz. Pocos caprichos se daba el estraperlista más allá de las veladas junto a Ofelia O'Higgins, en las que escuchaban, desnudos en la cama en tiempo de verano y con la ventana abierta, los discos de sus óperas favoritas en el gramófono. También seguía yendo al Pérez Galdós para ver *in situ* aquel espectáculo que aún lo instaba a llorar porque era como si dejara de escuchar los alaridos del mundo y de percibir por un rato su olor a mierda. Sin embargo, a las funciones del Pérez Galdós había dejado de acompañarlo Ofelia, cuya flora intestinal no se había recuperado del todo y cuyo estómago, que como buena irlandesa estaba hecho a prueba de bomba para ingerir cuanta carne, mantequilla y alcohol se pusieran por delante, se mostraba tan delicado que sufría de frecuentes gastritis que no solo la debilitaban, sino que la dejaban tan descompuesta que prefería quedarse en el Berlín que acompañar a Feliciano al teatro, al que solía ir también Ernestina, la única de sus hijos que compartía el gusto musical de su progenitor. No le pareció correcto a la irlandesa lo que hizo Feliciano al dejar a su mujer en El Silencio y trasladarse a vivir con ella al Berlín. Al principio, cuando se le iba la vida por el curso que la diarrea abría sin contención, no tuvo fuerza ni ganas para hablar de ello, solo quería que cesara la fuente fecal y que las grietas como simas sangrantes de su ano fueran recubiertas con el aceite de oliva que Feliciano le aplicaba con la yema de sus dedos lo más suave posible, como si lo aplicara sobre papel de arroz encarnado. Pero cuando el habla vino de nuevo a su boca, un habla pastosa, entreverada más que nunca por su irlandés natal, ya se lo dijo, que se fuera con su mujer. No era la primera vez que lo frenaba en el intento de convivencia, que para bien o para mal, que en eso no entraba, se había casado con María de la Caridad y esta era su esposa; que podía venir a su alcoba cuando quisiera porque desde que siendo un hombre de diecisiete años la había contratado se supo, si no enamorada, sí unida a él como la valva de una concha; pero, más allá de eso, que era cumplir con el deseo, no podía abandonar a su mujer legítima, menos aún por una puta, que pensara también en sus hijos, sobre todo en la niña, que ya era una mujercita y no era aquel buen ejemplo. Feliciano Silva, que se había avenido en anteriores ocasiones al mandato que a este respecto le había formulado Ofelia

O'Higgins solo por no contrariarla y evitar sus enfurruñamientos, esta vez fue inflexible. Traía la decisión tomada desde París. Allí se había encamado con mujeres fugaces para dar satisfacción a los requerimientos de su cuerpo; pero ni de lejos aquellas experiencias furtivas se podían comparar con el espectáculo de efectos especiales en que se convertían los apareamientos con la pelirroja. En París descubrió que la echaba de menos y le dolió porque se notó indefenso, como si hubiera advertido una brecha en uno de sus flancos, y se veía incapaz de pensar en un futuro sin la presencia de aquella mujer a su lado. No se arrodilló ni formuló cursilerías, aunque sí que le entregó una cajita alabastrina con una filigrana de Bijouterie Seine. Fue el propio Feliciano el que abrió la caja y mostró lo que se hallaba en su interior a una Ofelia O'Higgins que flotaba entre la convalecencia, la fragilidad, el desconcierto y una emoción impropia a sus cincuenta y cinco años. No se preciaba Feliciano de hombre de buen gusto en lo referente a vestidos, aderezos ni otros complementos varios, como las joyas; pero sí tenía claro cuando entró en la joyería parisina que deseaba una sortija con un diamante rojo, lo más parecido al cabello de la irlandesa. Con estas indicaciones expuestas en un francés rudimentario, el dependiente enseguida extendió sobre el mostrador un muestrario con siete sortijas de características similares. Feliciano dejó muy contento al dependiente al elegir a la primera el diamante rojo más grande de los expuestos; por supuesto, también el más caro y, a juicio del vendedor, sin duda, la más exquisita y bella de las joyas que aquella casa se enorgullecía de ofrecer a su selecta clientela nacional e internacional. Inquirió a Feliciano si había llevado consigo algún anillo de la afortunada dama que luciría tal prenda, el Guirre ni siquiera había caído en la cuenta de la conveniencia de ello. Acostumbrado a tales circunstancias, pasó a preguntarle por si la señora en cuestión era de constitución delgada o, por el contrario, poseía una hermosura más rotunda; necesitaba conocer el calibre de su dedo anular para adecuar el aro de la sortija. «Perfecto, tiene el calibre perfecto», contestó Feliciano. El dependiente rio, no hacían falta más indicaciones para entender que aquel cliente extranjero, con acento de español de América, estaba en la fase más fuerte del encoñamiento hacia la afortunada a la que se destinaba aquel diamante rojo. El contrabandista tomó la sortija y se la incrustó en su dedo meñique, no le pasó del nudillo. La irlandesa tenía los dedos mucho más finos que los suyos, seguro que le quedaría bien. Al día siguiente debía partir de París para llegar cuanto antes a Gran Canaria y hacerse con las riendas de un reino que se desaguaba. Solo había tenido tiempo de comprarle unos vestidos a Ernestina, le habría gustado llevarle unos sombreros, pero quería viajar lo más ligero de equipaje, el viaje iba a ser complicado. Solo portó algunas cosas más, unas mudas de ropa, dos Luger Parabellum, una para él y otra para Agapito Luzardo, unos metros de cuerda y una botella de gas mostaza. La sortija del diamante rojo la llevaba en su chaqueta, no se había despojado de ella ni cuando quemó vivos a Exuperancio Arenal y a su madre. El dependiente la había envuelto en papel amarillo fuego con una cinta de seda verde brillante, pero Feliciano se había despojado del envoltorio; no quería que aquel regalo que llevaba en uno de sus bolsillos se hiciera más visible de lo necesario con aquellos colores llamativos. Allí quedó hasta aquel momento en que se negó en redondo a la

solicitud de Ofelia O'Higgins de que volviera con su legítima y le dio la caja, acompañándola de una frase que la pelirroja había de interpretar como una declaración de amor. «Nunca más volverás a ser puta de nadie.» Ofelia O'Higgins cedió a esta decisión de Feliciano Silva, pero no secundó su propuesta de trasladarse del Berlín a una quinta en el Monte Lentiscal, donde estarían alejados de los barullos de la ciudad y más protegidos. La irlandesa no quiso dejar su casa, que no era otra que aquel cabaré donde supo por primera vez desde que se marchó de su Arigna natal lo que era tener una habitación propia con baño. El pasado no se iba a borrar por mudarse a aquella zona campestre, de aire curtido y de vides frondosas sobre suelo de negro picón volcánico, en la que habían proliferado las residencias de los británicos radicados en la isla. Tampoco quería dejar su trabajo de madama, no sabía hacer otra cosa y no soportaba estar mantenida por un hombre, ni siquiera por Feliciano Silva, quien le tomó el dedo anular de la mano derecha y le introdujo la sortija. Esta le bailaba holgada, había enflaquecido mucho, le quedaba tiempo por reponerse. Nunca llegó a quedarle ajustada, pero no la llevó a ningún joyero, desconfiaba de la habilidad de estos y le daba pánico que le estropearan aquel diamante a través del cual, si fijaba la vista unos instantes, aparecían sus tirabuzones pelirrojos. Por mucho que se lo pidió Feliciano jamás lo lució en ninguna salida; tan solo, muy de vez en cuando, le daba el gusto de ponérselo en alguna cena por su cumpleaños o cuando lo veía demasiado agrietado con sus cavilaciones. Sin embargo, no hubo un día, desde aquel en que le regalara la sortija hasta el día de su muerte, en el que Ofelia O'Higgins no abriese la cajita de la Bijouterie Seine para contemplar aquel diamante rojo que se había formado en la tierra copiando el color de su cabello y el mapa de su historia.

Fue en París donde Feliciano Silva decidió comprar el Rolls-Royce. Los vehículos de motor ya se habían impuesto en Francia a los carruajes de caballos. El sargento Liniers se convirtió en su chófer y en su profesor de conducción con un viejo Peugeot, pero Feliciano, que le tomó pronto el gusto a conducir, se había prendado de un Rolls-Royce desde que vio un modelo Silver Ghost cruzando la avenida Victor Hugo. En su estancia parisina aprovechó un viaje a Londres para trasladarse a la fábrica de la compañía en Derby y encargar un Silver Ghost azul de Prusia blindado. El capricho fue costosísimo, no solo por el precio desorbitado del coche, 3.200 libras esterlinas, sino por el esfuerzo que le costó que atendieran su encargo en tiempos de guerra. Los ingleses, como no podía ser menos, habían puesto sus fábricas al servicio de la Corona y la producción se dirigía a satisfacer las demandas del ejército en combate, así que los exquisitos chasis de los Rolls-Royce fueron destinados a confeccionar vehículos militares armados con ametralladoras. Fueron mil quinientas libras más las que empleó Feliciano Silva para que los fabricantes atendieran su petición en tal estado de guerra y satisfacer aquel antojo que rozaba la excentricidad. Pero el 20 de mayo de 1915 llegó al Puerto de La Luz el carguero que transportaba su Rolls-Royce azul de Prusia blindado. Tal y como había pronosticado cuando decidió marchar a París al comienzo de la contienda, el tráfico portuario había disminuido de modo alarmante y abocado la economía de las islas a una situación penosa. Pero, aunque las

ganancias habían sufrido una reducción por este motivo, no podía estar descontento del todo, pues el suministro clandestino a los buques británicos y alemanes de carbón, de agua y de víveres frescos, entre los que destacaban los racimos de plátanos, que eran del gusto de unos y otros, le proporcionaba buenos réditos monetarios, así como concesiones de salvoconductos a determinados barcos suyos. De este modo pudo trasladar con más o menos seguridad el Rolls-Royce de Dover a Gran Canaria. Los acuerdos con los británicos los llevaba a cabo en persona con el emisario, Mr. Sharman, un córnico pecoso, servidor en exceso de la Corona, lo que lo hacía en extremo desconfiado y peligroso. Se veían en un paraje solitario de la bahía de Gando, siempre de noche, y en todas las ocasiones le recordaba la gratitud de su país por sus servicios; pero también le advertía de las nefastas consecuencias de que prestara un apoyo paralelo al bando alemán. Pagaban muy bien, era un buen negocio en un mundo convulso, así que se guardaba lo de mandarlo a la mierda o sacar la pistola y pegarle un tiro en aquella cara de ratón blanco. En vez de eso se reía y repetía lo formulado en anteriores encuentros: «Siempre hago negocios con los ganadores, los perdedores no pagan tan bien». Pero sí que hacía idénticos tratos con los alemanes, que pagaban mejor que los británicos. Para evitar ser descubierto por aquel hurón que era Mr. Sharman, había nombrado a través de Casiano Ballesta a un testaferro de ascendencia germana, Helmut Kaufman, ferviente defensor del II Reich, que se reunía en su nombre en uno de los bancos de la parroquia de San Francisco con el encargado de las operaciones de abasto de la flota alemana en la isla. A través del testaferro también le llegaban las advertencias de no contribuir a la causa de los aliados, pero Feliciano las ignoraba. Se tomaba muchas cautelas para sus reuniones nocturnas con Mr. Sharman en la bahía de Gando. Era un plan peligroso jugar a dos bandas en medio de la contienda, mucho más que cualquiera de los negocios que lo habían llevado a convertirse en el Guirre; pero no por ello renunció a participar en esa partida.

El Rolls-Royce fue descargado del *Faro del Cabo Mayor* por una grúa entre una salva de aplausos, vítores y admiraciones varias. Por la algarabía, se diría que el vehículo, más que propiedad de don Feliciano Silva, había pasado a ser patrimonio de los isleños allí presentes, que se hallaban alborozados con la llegada de aquel símbolo de lujo y modernidad. Del Puerto de La Luz se encaminó hacia el Berlín por la carretera de tierra polvorienta que unía el nuevo muelle con la ciudad. Varios de los congregados en su recibimiento corrieron detrás del vehículo con la intención de seguirlo en su periplo; pronto vieron que era en vano. Desde que el señorial morro del Rolls-Royce se vio libre de aquella barahúnda de gente y Feliciano Silva pudo enfilarse la pista sin ningún obstáculo delante, apretó el acelerador y una nube de polvo arenoso cubrió a aquellos espectadores que, estupefactos, vociferaban ante la velocidad de vértigo que alcanzaba aquel endiabrado automóvil. Los pasajeros del tranvía se quedaron todavía más asombrados al ver como el Rolls-Royce del Guirre los adelantaba a la altura de la playa de Las Alcaravaneras para luego tomar el desvío hacia El Silencio. Por mucho que insistieron Luciano y Ramón Castro en que debían acompañarlo, pues para eso se encargaban de su seguridad, Feliciano Silva los había

dejado en el puerto para darse el placer de conducir solo su Rolls-Royce. En el porche de El Silencio lo esperaban sus hijos junto a Almanegra. Les había comunicado por teléfono el día antes su intención de presentarse allí a media mañana para darles una sorpresa. Y lo fue. Su lugarteniente no entendía a cuento de qué le había dado a su jefe por aquella chifladura del coche cuando los caballos de toda la vida te llevaban a todos los sitios igual. Fue a Pascual al que le causó más alegría y quien prodigó más parabienes, solicitó que su padre abriera el capó para ver el motor y mostrar sus conocimientos que, a cuenta de los términos esgrimidos, parecían bastantes. Aunque Paulino no mostrara la admiración de su hermano y se mantuviera en un segundo plano, Feliciano les prometió un coche para cada uno en los próximos Reyes. No un Rolls-Royce, claro, que amén de valer una fortuna era un coche para mayores, sino un Ford americano, del que tenía muy buenas referencias. Pascual abrazó a su padre por el contento, mientras que Paulino le daba las gracias mucho más comedido.

—¿Y a mí no me vas a comprar uno?

—Tú eres una señorita.

—¿Y qué, papá? Seguro que aprendo a conducir antes que ellos. Esta palanca es para arrancar, ¿no?

No le disgustaba a don Feliciano el empuje de su hija, pero al ver que accionaba el freno de mano la sacó de inmediato del asiento del conductor, donde se hallaba tocando todo lo que veía y simulando que circulaba dando vueltas imaginarias al volante.

—¿Quieres dar un paseo? —No tuvo que insistir, Ernestina rodeó el vehículo y se apoltronó en el lugar del copiloto—. Ve antes a decírselo a tu madre, que estarás conmigo hasta la noche, que no se preocupe. Ustedes dos vendrán otro día, ahora necesito que vayan al astillero a ver si ya han arreglado el timón del barco varado; méntele prisa al encargado, no puede quedarse en puerto ni una semana más.

Ernestina salió de El Silencio con una cesta. María de la Caridad había preparado en un santiamén unos bocadillos de queso curado, también metió un tarro de aceitunas del país y otro con almendras y pasas. Además, envolvió en unas servilletas de tela medio queque que había hecho la noche antes, y la surtió de varias manzanas, naranjas y plátanos, y de una botella de limonada y otra del vino del Monte que guardaba en la alacena de la cocina de los tiempos en que Feliciano residía en El Silencio. Se le había pasado por la cabeza ponerles en una hondilla el potaje de berros que había para el almuerzo, otra con ensalada de tomates y cebolla roja y un cartucho con gofio. Pero desistió al percatarse de que lo más posible era que el viaje fuera largo y el potaje se les enfriara; o peor, se les virara por el camino. Desde que Feliciano decidiera marcharse de El Silencio, María de la Caridad vivía en un estado de ataraxia un tanto artificial pero placentero; no le guardaba rencor, tampoco aprecio, se había convertido para ella en un ser insignificante aunque no lo fuera en absoluto para el resto de la isla. Puso el vino en la cesta como daba de comer millo a las palomas en la plaza de Santa Ana mientras sus hijos daban los primeros pasos; solo un gesto amable, propio de su educación y de la buena ley de sus actos.

Nada que ver con una servil muestra de una mujer cornuda que sigue rindiendo pleitesía a su marido. Envolvió en dos paños de cocina cuatro vasos con varios cuchillos para pelar la fruta y cortar el queque. No lo sabía con certeza, pero imaginó que también irían en la excursión Agapito, que se había convertido en guardaespaldas personal de su hija, y Ofelia O'Higgins, a la que Ernestina llamaba tía Ofelia. No quiso salir al porche para despedir a la niña, que, alborozada, entraba en aquel imponente vehículo tras colocar la cesta en el portaequipaje ayudada por su padre. La vio a través de la ventana, descorrido el visillo. Agapito había negado un par de veces con la cabeza; pero al final había cedido y se había introducido en la parte trasera. Feliciano le dedicó a su mujer legítima una mirada verdimiel de despedida dulce; ella corrió el visillo y se metió en la cocina a trocear los conejos frescos que había comprado esa mañana en la plaza de Vegueta y a prepararlos en salmorejo para el día siguiente. A aquellas alturas, la cocina y otros menesteres domésticos se habían convertido más en pasatiempos que en trabajos forzados, hasta el punto de que había prescindido del servicio.

Almanegra se persignó cuando el Rolls-Royce tomó de nuevo la carretera de La Isleta al centro de la ciudad. Feliciano había acelerado y, mientras Ernestina reía entusiasmada pidiendo a su padre que corriera más, su lugarteniente se había agarrado con todas sus fuerzas al sillón de cuero repujado. «Me cago en la madre que me parió, al final resulta que voy a morir en este coche de mierda y no de un par de navajazos o de una bala en la frente, coño, como el hombre que he sido.» Almanegra había rehuido en dos ocasiones subirse a aquel artilugio rodante, mientras Feliciano insistía bromista, burlándose del miedo que su hombre de confianza mostraba sin recato. Al final había entrado por la niña, porque no iba a dejarlos ir solos. Encima, los primos gallegos que custodiaban ahora a Feliciano todavía no habían llegado a El Silencio para hacerse cargo de proteger al jefe. No le quedó más remedio que tragar aquel sapo, aunque si por él hubiera sido habría preferido ir caminando y descalzo que en aquel coche de los infiernos. Sin embargo, cuando pararon en el Berlín para recoger a Ofelia O'Higgins, los alicates que le tenían apretado desde los huevos a la garganta aflojaron un punto y el esternón pareció liberarse de una presión de hierro. Se limpió las manos sudadas en las perneras del pantalón y se las sopló para refrescárselas. «Cuando tenga la edad de mis hermanos mi padre me comprará un coche igual que este y lo conduciré yo por toda la isla.» Ernestina se había puesto de rodillas en el asiento delantero y dado la vuelta para hablar con Agapito. Este asintió con la cabeza, sin atreverse a decirle que era mayor desde que nació y que sería mucho mejor para ella no volver a pisar Gran Canaria cuando se marchara a estudiar a la Península, tal y como Feliciano parecía haber decidido tras sus charlas con don Nicanor. Nunca había entrado Ernestina en el Berlín. Con solo cuatro años quiso acompañar a su padre y a sus hermanos, que sí tenían licencia para hacerlo; Feliciano entonces le cruzó una de sus miradas aterradoras y se acabó el asunto. Fue María de la Caridad la que le suavizó el enojo que le había causado no poder entrar donde sí lo hacían Pascual y Paulino, aunque no entendió del todo aquello de que las niñas no debían ver las cosas que se hacían allí dentro solo porque eran feas. Ya con quince años, sabía por las conversaciones

con sus hermanos y con Maribel y Berta, dos de las hijas adolescentes de Casiano Ballesta y Paquita Araujo, todo o casi todo lo que se debía saber en cuanto al sexo y cómo nacen los niños. También ver aparearse a los perros, a las cabras y a las palomas ayudó algo en este tema. Por ello, aunque respetó la decisión de su padre de no traspasar las puertas del Berlín y se quedó con Almanegra esperando en el Rolls-Royce, a su edad ya le parecía la decisión paterna irrelevante, pues no iba a escandalizarse por ver mujeres semidesnudas y provocativas y hombres babosos dentro del local cuando ya los había visto en la acera del burdel de Eulogia Valido en algunos de los paseos clandestinos que llevaba a cabo con Maribel y Berta, y con Agapito a diez metros de ellas sin darse cuenta, el muy bobo, de que habían ido por esa calle hacia la iglesia de Santo Domingo de Guzmán adrede y muy adrede. Mucho menos se hubiera escandalizado si su padre le hubiera dicho que, aunque ya no lo era porque él así lo había decidido cuando volvió de París para vivir con ella, la tía Ofelia había sido puta, y la más valiosa de todo el Atlántico. No habría variado un punto el afecto que guardaba por la irlandesa pelirroja porque sabía de ello desde hacía tiempo y porque su concepto del bien y del mal iba mucho más allá de con quiénes se acostara la gente o de la profesión que ejerciera. Por ejemplo, estaba en boca de la mayoría de los isleños que Feliciano Silva era un cabrón asesino, pero ella lo quería porque era su padre y cuidaba de su familia y de su casa.

Feliciano Silva no tardó mucho en salir del cabaré con Ofelia O'Higgins, sujetándose ante los airones de viento un sombrero verde que hacía que su cabello se encendiera en un rojerío más vivo. Tardaron más de tres horas, con dos paradas por medio, en llegar al faro de Maspalomas. Ni Ernestina ni Ofelia O'Higgins habían estado nunca en aquel desierto de dunas que se extendía más allá del oasis ubicado al lado de la imponente mole del faro. Don Feliciano y Almanegra fueron recibidos por Félix Altuna, un farero orondo, tonelero, con una confianza y un contento que dejaba bien clara una antigua complicidad. Todavía muchas de las lanchas de contrabando del Guirre se guiaban por sus señales y desembarcaban sus alijos amparadas por su protección. Altuna resultó ser, al contrario de la imagen tópica del farero solitario y callado, un hombre locuaz. No entendía gran cosa de coches, pero por poco que conociera quedó asombrado de aquel Rolls-Royce que no dejaba de elogiar. También es verdad que sus ojillos, mínimos como lentejas en una cara redonda de hogaza de pan, iban con velocidad de vértigo de la contemplación del vehículo a la de Ofelia O'Higgins, a la que nunca había visto hasta ahora pero que identificó de inmediato como la puta irlandesa del Berlín. Había olido su aroma de sexo antes de otear el coche en la distancia desde su atalaya del faro, era una mezcla indefinible en la que sobresalían el olor de las higueras calientes y el sabor salino de la carne de erizo. Su pequeño pene se enderezó sin saber por qué. El misterio fue resuelto cuando la vio. Se concertó que Eugenia, su esposa, prepararía una paella a la hora que quisieran volver, aún quedaba un buen rato de sol, así que deberían aprovechar para pasear por la playa y bañarse. «Al agua le hace falta un par de meses para calentarse bien, pero así ya se puede meter uno, que yo me baño todos los días del año, hasta en invierno con lluvia, y solo he ido una vez al médico por tragón, que a otros

los puede la bebida y a mí —se dio dos tremendas palmadas en su voluminoso vientre— el comer sin tino, que aquella vez me dio por cenar lapas como un descosido y a mitad de la noche reventé de un corte de digestión, que si no es...» Feliciano dejó con la palabra en la boca al farero, que siguió describiendo los beneficiosos efectos del agua de mar a Almanegra, que miraba hacia el suelo dando caladas largas al cigarro y pensando en el puto calor que allí hacía. Un silbido de don Feliciano lo extrajo de la perorata del farero, que quiso ayudar a bajar los bultos del imponente Rolls-Royce, pero fue detenido en seco por el lugarteniente con una mano en alto, aquello era asunto suyo. Agarró una sombrilla más la cesta que les había preparado María de la Caridad y se dispuso a seguir a su jefe, que ya había avanzado unos metros hacia la playa con Ofelia O'Higgins enganchada a su brazo. Ernestina, descalza, corría hacia la primera de las dunas, que subió con las piernas enterradas en la arena hasta las rodillas, para lanzarse rodando y profiriendo alocados gritos de gaviota. Caminaron, entrelazándose por las dunas, durante casi veinte minutos; el estraperlista decidió no exigirle más esfuerzo a una Ofelia que, sin quejarse, mostraba signos evidentes de un cansancio motivado por la dificultad que encerraba transitar hundiendo los pies por aquellas arenas fluidas y sucesivas. Su cuerpo ya no mostraba la debilidad mortecina que lo había atacado con las diarreas malignas de don Exuperancio Arenal, pero ya lo había forzado demasiado solo por seguir la estela de Ernestina, que seguía subiéndose a las dunas y tirándose como en la mejor atracción de una feria. «Vale, aquí está bien, déjame la sombrilla.» Agapito sudaba a chorros, no se había quitado ni la chaqueta ni el sombrero; si no hubiera sido por la niña, habría tirado los bultos y la sombrilla desde hacía rato y hubiera regresado al faro. Prefería trasegar al fresco unos vasos de vino, aun a costa de la cháchara de Altuna, que derretirse como estaba haciendo hasta licuarse y fundirse con aquella arena ardiente. Feliciano Silva enterró el palo de la sombrilla con fuerza. Se había desprendido de la camisa, le colgaban los tirantes sobre los pantalones, su torso se mostraba tenso bajo el vello que lo cubría. Tenía cuarenta y ocho años y su complexión mostraba el vigor de un hombre mucho más joven. Abrió el almacén del parasol y un reducto de sombra circular manchó la arena, Almanegra fue el primero en refugiarse en aquel reducido espacio.

Contagiado de la vivacidad de su hija, Feliciano había tomado de la mano a Ofelia para que lo acompañara a la orilla, donde Ernestina chapoteaba y le daba patadas a las olas con el vestido ya mojado. «Papá, me quiero bañar y no trajimos bañadores.» Fue de improviso, no entraba en sus planes; se debió a un arrebato producto del calor o de una extraña atracción telúrica. Lo cierto fue que, ante las miradas atónitas de Ofelia y de Ernestina, se bajó los pantalones y calzoncillos y se metió en el agua desnudo con las manos tapándose los genitales. La reacción de la niña fue la de abrir la boca incrédula ante el atrevimiento paterno. No era la primera vez que veía un hombre desnudo; aunque su madre, María de la Caridad, exigía de sus hijos un extremado cuidado a la hora de andar en paños menores por su casa, más de una vez los había visto salir del baño corriendo hacia sus habitaciones sin nada encima, bien porque se les hubiera olvidado la toalla, bien porque alguno de ellos se la había quitado al otro por hacerlo rabiar. No, no era la primera

vez que había visto un hombre desnudo, pero sí a su padre. Ofelia la miró dando cabezadas de desaprobación, pero con el gesto risueño, como una madre que observa la travesura de uno de sus críos. «Vamos, ¿a qué esperan? Está buenísima.» A Ernestina no hubo que repetírselo dos veces, ni siquiera miró hacia la sombrilla donde se había refugiado Almanegra. Se desvistió en un periquete y se zambulló de cabeza en una ola justo en el momento en que comenzaba a caer. Ofelia O'Higgins sí que desvió la vista hacia la sombrilla para comprobar que el lugarteniente ya no se hallaba bajo la sombra, ni en torno a ella, había desaparecido. Desde que vio a Feliciano despojarse de los pantalones se retiró. Uno, porque sabía lo que venía a continuación, estaba tan seguro de ello como de que al morir iría directo al infierno, y dos, porque, a pesar de que era un asesino, había límites que no se debían traspasar y no aprobaba que el Guirre perdiera el decoro ante su hija, que era aún una niña y no debía ver y hacer ciertas cosas. Aunque se había asegurado de que no había un alma a la redonda, se debía a la protección de aquellos insensatos, así que se retiró tras unas aulagas que sobresalían como un verde penacho rizado en una duna y, sin mirar, aguzó el oído dispuesto a prestarles cualquier tipo de auxilio, salvo el de socorrerlos en el agua, porque lo de nadar no se avenía bien con sus habilidades; apenas era capaz de flotar haciendo el perrito. Ofelia se resistió bastante, pero ya no era solo Feliciano quien la instaba a que se metiera, sino sobre todo Ernestina. De nuevo, volvió la cara para cerciorarse de que Agapito no se encontraba bajo la sombrilla ni en los alrededores, arqueó los hombros en señal de que se rendía a las solicitudes de los bañistas y se quitó toda la ropa, que cayó revuelta en la arena. Ernestina salió a su encuentro y la ayudó a sortear las olas hasta introducirse en un agua que la acogió febril. Desde la atalaya del faro, Altuna agarraba con la mano izquierda sus prismáticos para contemplar el pubis encarnado de Ofelia O'Higgins y sus pechos brincando en el mar, mientras que con la derecha aferraba su pene, que era un pequeño hierro abrasado, en una masturbación desaforada, frenética, lúbrica.

## Regalo de cumpleaños

El 28 de junio de 1918, Ernestina celebró su decimoctavo cumpleaños con un almuerzo en los jardines de El Silencio que se prolongó hasta las siete de la tarde. Su padre, don Feliciano, no acudió a la comida por motivo de negocios; pero le había prometido presentarse a las siete y media para recogerla y llevarla a un misterioso evento. Ese era su regalo, y por mucho que su hija le insistió en que le desvelara alguna pista no hubo manera de que el Guirre le diera más seña que la de la necesidad de hallarse vestida de gala. Así que a las siete de aquella tarde Ernestina había despedido a todos sus invitados, entre los que se contaban algunos pretendientes, y se dispuso a cambiarse para recibir a su padre. De aquellos jóvenes que la pretendían, dos encabezaban la lista: uno era Guillermito Monroe, el nieto del viejo don Guillermo, que había heredado la compañía de exportación hortofrutícola de su abuelo; el otro era Felipe Ballesta, el cuarto hijo de los doce de Paquita Araujo y Casiano Ballesta, el abogado de la familia. Felipe también había estudiado leyes en Sevilla y ayudaba a su padre en los asuntos de don Feliciano. El veterano jurista le insistía en que se presentara a las oposiciones a la judicatura, como había hecho su hermano Casiano, el mayor de la prole, que desde hacía años ejercía como juez en Segovia; pero Felipe se había enamorado de la hija de los Silva y, a pesar de lo claro que fue su padre respecto a lo arriesgado que resultaba ser el abogado de un hombre al que muy pocos le deseaban la vida y los más le deseaban la muerte, seguía determinado a conquistar a Ernestina a pesar de que lo había rechazado con una claridad manifiesta. «Lo lamento, Felipe, pero no siento nada más por ti que el afecto que te tengo desde que éramos niños. Yo creo que le deberías hacer caso a tu padre y presentarte a las oposiciones a juez como tu hermano y mudarte a la Península. El curso próximo me marchó a Madrid, voy a estudiar Filosofía y Letras en la universidad, nos podríamos ver allí e ir al teatro juntos. Anda, no pongas esa cara, que seguro que encontrarás chicas mucho más guapas y que te merezcan más que yo.» Felipe, pese a la contundencia de las palabras de Ernestina, no se dio por rendido y se presentó en la fiesta de su cumpleaños con una sortija de oro grabada con un melodramático NUNCA SIN TI. F., que hubiera hecho derretir al corazón más infranqueable. Había esperado la ocasión idónea, un corto espacio de tiempo en el que pudieran hallarse aislados de la bulla para entregarle la sortija con el compromiso de que, si no la aceptaba, ya no la volvería a molestar nunca jamás, se marcharía de la isla y no regresaría

nunca, ni a la muerte de sus padres. Sin embargo, por mucho que lo intentó, que incluso llegó a comisionar a su hermana Maribel para que le llevara el recado a Ernestina de la necesidad imperiosa de un encuentro mínimo con Felipe, no logró que se cumpliera su deseo. La cumpleañosera no quería bajo ningún concepto que se aguase aquella fiesta que le había montado con tanto mimo y diligencia su madre, María de la Caridad. Tuvo que esperar al final de la ceremonia, a la despedida de los invitados, para encontrarse a solas con su amada. Había logrado, con un hábil empujón, poner a Guillermo Monroe en penúltimo lugar, situándose él en el deseado final de la fila. A pesar de que doña María de la Caridad estaba a unos metros escasos actuando como anfitriona, madre y carabina, la distancia se le antojaba suficiente para entregarle a la hija de los Silva la sortija y declararle su tajante decisión de partir de Gran Canaria si no eran atendidas sus demandas de amor. Pero toda su estrategia acabó rodando por el suelo; abusando de la confianza que con Felipe mantenía, la joven dio un respingo al escuchar que las campanadas del reloj de pared del salón daban las siete, se recogió la falda y salió corriendo hacia su dormitorio para cambiarse, tenía solo media hora para arreglarse de gala. «Lo siento, Felipe, se me hace tarde... Un beso, un beso, me lo he pasado muy bien, gracias por haber venido...» Después de ese día no lo volvió a ver más. Felipe cumplió su promesa y se largó de la isla, pero no a la Península, que opinó ser un territorio no lo suficiente lejano del archipiélago, sino a Lima. En el Pacífico había tirado la sortija encargada para Ernestina. No regresó, como había determinado, ni a los entierros de sus padres. En realidad, lo que ocurrió aquella noche del 28 de junio de 1918 hizo que cambiaran muchos rumbos, muchos más de los esperados.

Ramón Castro conducía el Rolls-Royce cuando llegaron a El Silencio; su primo Luciano lo seguía en un Ford con tres de sus hombres. El Guirre había modernizado su flota de vehículos retirando los carruajes. Al llegar Almanegra, el chófer de don Feliciano le cedió su puesto y se incorporó al coche escolta. «Toca la pita, no podemos llegar tarde.» No hizo falta, Ernestina ya salía con la risa fresca y con las manos alzando el faldón de un vestido de pedrería en rosa palo. Panchita Machín, que aunque nadie sabía su edad con certeza debía de ser centenaria, le había afirmado que aquel era el último traje que hacía. No le dijo, pero lo pensaba, que lo que le quedaba de vida lo iba a dedicar a que sus manos acariciaran los muslos de Josefina Oramas, una muchacha renegrida y bembona que había entrado como ayudante en su taller y que se había convertido en su amante; esto tampoco se sabía con certeza, aunque era del dominio público. «Esta noche vas a conocer y a escuchar a Caruso, es tu regalo.» En realidad, era un regalo para ambos; aunque ya con menos frecuencia que en el pasado, Feliciano Silva todavía lagrimeaba al escuchar algunas arias, bien en el Pérez Galdós, bien en el gramófono que instaló en la alcoba que compartía con Ofelia O'Higgins en el Berlín. Se le había metido entre ceja y ceja escuchar a Caruso en vivo. Si a través de los discos salpicados de crujidos de terrones de tierra su voz se filtraba elegante y vistosa, al natural debería ser mirífica. Después de su experiencia parisina hacía unos años había decidido no salir de la isla jamás. Descartado viajar al Metropolitan Opera House de Nueva York, donde el napolitano cantaba de manera habitual, o a cualquier otra ciudad

que gozara de los encantos del tenor, dispuso que no habría obstáculo alguno que le impidiese contratar a Caruso y disfrutarlo a solas con su hija y Ofelia como el mayor de los excesos de un sibarita pretencioso. No le fue difícil, a través de sus servicios de información extendidos por todos los puertos, saber que el cantante saldría de Nápoles el 15 de junio en un vapor rumbo a Nueva York con el fin de comenzar su temporada en el Metropolitan. Feliciano Silva sobornó al capitán con una cifra que le otorgaría una jubilación de rico para que, pasado el estrecho de Gibraltar y entrado ya en las aguas abiertas del océano, se desviara hacia el sur, a la latitud subtropical de Gran Canaria. El capitán adujo ante el pasaje problemas de máquinas que hacían inevitable atracar en el puerto más cercano, así que no había más remedio que poner proa hacia el Puerto de La Luz en las islas Canarias. El vapor lucía el neutral pabellón suizo, una garantía exigua en un mar encabritado por los ataques de ambos bandos, así que las palabras del capitán infundieron más temor del que ya de por sí portaban consigo los pasajeros, pues cuanto más tiempo pasaban en el agua más riesgo corrían de ser torpedeados por error o por capricho; pero, por otro lado, también los confortaba algo la idea de que contaban con un capitán que había decidido no continuar el viaje en malas condiciones técnicas y que no saldrían hacia Nueva York desde Las Palmas hasta que el buque estuviese en perfecto estado. A muchos les tuvieron que enseñar un mapa para ver dónde se hallaban esas Canarias, y cuando las ubicaron se hacían cruces pensando en cómo iba a ser posible reparar el barco en aquellos peñones africanos en medio del océano.

A Caruso le costó mucho más convencerlo. Aunque el saco del dinero no suele tener fondo y siempre se encuentra un hueco para meter más, no veía el Guirre que se le pudiera atacar por ese flanco. Por otro lado, utilizar la amenaza de romperle las rodillas, que daba por lo general buen resultado, hubiera surtido efecto en otras circunstancias, pero no para estar a tono en un recital. Ni siquiera el propio Caruso podría afinar su voz con las rodillas recién martilleadas. El italiano era un tenor divino, pero tenía tanto miedo como cualquiera de los mortales que compartían el viaje; además, trinaba por el retraso que aquella circunstancia le iba a ocasionar en su regreso al teatro de ópera neoyorquino. La propuesta de Feliciano Silva le llegó por medio de un cable telegráfico que le entregó el capitán en persona. El cantante, enfurruñado por los contratiempos, lo leyó y luego levantó la mirada hacia el marino para inquirir si no se trataba de una broma en momentos muy poco adecuados para ello, a su entender. La cara de circunstancias del capitán no delataba más que su incomodidad ante aquel encolerizado divo que, no obstante, accedió a ponerse en contacto con aquel Feliciano Silva que firmaba el telegrama a la hora indicada:

D. Enrico Caruso. Mis respetos y mi profunda admiración. Lamento inconveniente barco. Será recibido y tratado con la mayor cortesía en Las Palmas de Gran Canaria. Solicito de usted un recital privado. Será recompensado con el magenta de un centavo de la Guayana británica. Contactaré de nuevo en dos horas. 17.00 h meridiano Greenwich.

FELICIANO SILVA

A Caruso, Luciano Castro no podía meterle la mano en una sartén con aceite hirviendo, pero

sí lo había hecho con un conde danés que se había exiliado en México hasta que la barbarie de la Gran Guerra acabase y pudiera regresar a su palacio de Selandia. No soportaba el calor mejicano ni la francachela con la que aquellos hombres ennegrecidos lo trataban; pero su esposa no le dio otra opción, si se exiliaban solo lo haría a Veracruz, México, donde una hermana suya vivía desde hacía diecisiete años con un ingeniero flacucho y dentado, pero en extremo galán y afectuoso, del que se había enamorado en una corta estancia de aquel en Copenhague con motivo de un viaje de ampliación de estudios becado por el Gobierno mejicano. El conde refrescaba su sofocado cuerpo pegado a una pared en sombra y albeada en un patio cubierto de parras bebiendo limonada con hielo y repasando sus álbumes de sellos, una de las pocas pertenencias que sacó de su palacio de Selandia y trasladó a aquel país en que la tierra quemaba hasta traspasar las suelas de los zapatos. Su esposa le explicó la inconveniencia de llevar aquellos siete arcones con los álbumes de sellos en un viaje al otro lado del mundo, mejor sería para toda la familia que los vendiese para poder reparar el palacio y comprarse otra vivienda más digna de la que poseían en Copenhague, pero el conde fue inflexible al respecto y no se arrepintió. Era el único entretenimiento que lo hacía evadirse y dejar de maldecir la hora en la que había pisado el puerto de Veracruz. Había heredado la colección de sellos de su padre y él la había acrecentado con compras muy selectivas de gran valor. Estaba por decir que su colección estaba entre las diez mejores del mundo, lo que lo hacía un hombre muy feliz, sudoroso y desamorable en tierras mejicanas, pero muy feliz. La opinión del especialista filatélico barcelonés que le habían recomendado a Feliciano Silva ponderaba en inmejorable estima la colección del conde danés, de la que decía que no había otra como la suya salvo la de un empresario beirutí y la de un general del ejército imperial japonés. El Guirre supo de primera mano que una de las grandes aficiones de Caruso era la filatelia, aquella era la vía por la que podía congraciarse con el tenor para que este colmara su deseo de ofrecerle un concierto. Aunque podría haberlo hecho, el Guirre no exigió del conde danés una donación de aquel sello sin una buena contrapartida económica. Había enviado a Luciano Castro para encargarse de aquella gestión con quinientos mil dólares. El magenta de un centavo de la Guayana británica podía alcanzar, en una subasta pública, quizás el doble; pero la cantidad ofrecida por Feliciano Silva no era, en absoluto, desdeñable teniendo en cuenta el pago en mano y la delicada situación monetaria de aquellos aristócratas exiliados en aquella ciudad al borde del golfo de México, tan lejos de su fresca y boscosa Selandia. Luciano Castro se presentó en la residencia de los condes y les propuso el negocio a ambos, tal y como le había ordenado Feliciano, que, sin conocer a fondo las rendijas particulares en la convivencia de aquel matrimonio, era consciente de que dividir al enemigo es una estrategia eficaz, máxime cuando media un maletín con quinientos mil dólares que Luciano había abierto y mostrado ante las miradas extrañadas, confusas y codiciosas de los esposos y de la hermana de la condesa, que allí se encontraba como intérprete. Sin embargo, el conde se levantó furibundo y arremetió contra el gallego, con el cual se encaró profiriendo una sarta de improperios con una voz estentórea, aunque algo rajada por la indignación. Sin necesidad de que la cuñada del conde, que

oficiaba como traductora, ofreciera sus servicios, Luciano Castro entendió el mensaje; así que cerró el maletín, se caló el sombrero y les dio la espalda. Las dos mujeres lo siguieron, la condesa con las manos juntas en señal de que disculpara la reacción inapropiada de su marido, y su hermana transfiriendo con un raro acento entre alemán y mejicano que no se marchara de Veracruz, que se podría llegar a un acuerdo, que su cuñado tenía mal genio pero que ellas lo convencerían.

En efecto, se produjo la segunda entrevista, una repetición de la jugada si no fuese porque Luciano Castro les pidió a las señoras que lo dejaran a solas con el conde en la cocina. Había llevado chiles en nogada con cerveza helada de un restaurante que le habían recomendado en el hotel; los negocios se llevan mejor con la barriga llena y el corazón contento. El conde estaba atufado, pero guardaba las formas. Había sido bien aleccionado por su mujer y su cuñada para que no dejara escapar aquella ocasión, que al fin y al cabo lo que iba a vender era una estampita vieja y tenía miles de ellas, y que con aquel dinero podrían, cuando la guerra acabara, comprar no uno, sino dos palacios en Copenhague. Todo iba por buen camino, el conde había cedido a dirigirse a la cocina con aquel sujeto bajo para su estatura, pero de hechuras recias, de manos anchas y callosas. Luciano Castro cerró la puerta y dispuso la mesa para servir el chile en nogada, abrió las cervezas, ofreció una al conde y bebió un largo trago de la suya. Se iban a entender por los gestos más que por las palabras, así que Luciano puso al lado de los pies del conde el maletín y con los dedos pulgar e índice fabricó la imagen invisible del sello requerido. Fue entonces cuando el viejo aristócrata perdió de nuevo el aplomo, le pegó una patada al maletín y se puso a desbarrar diciendo en su lengua que aquella basura española no se iba a llevar su magenta, que él portaba la sangre de una casa noble y heroica que no iba a ser humillada, vejada, pisoteada por aquel engendro del sur que debía de ser un gitano, o peor, un judío malparido. Luciano Castro fue hacia la puerta y colocó una silla detrás para que nadie pudiese abrir. Colocó una sartén en el fuego y la llenó de aceite, esperó a que saliera humo mientras el conde lo rociaba con sus invectivas. De pronto le agarró una mano, no pudo evitar que aquel sucio español se la metiera en el aceite hirviendo, el grito fue espeluznante. A la condesa le dolió durante mucho tiempo observar la quemadura de su esposo, que le había deformado la mano y marcado en rojo vivo para toda la vida, pero el dolor fue más llevadero al comprobar lo bien que le sentaba tener depositados en el banco los quinientos mil dólares que aquel canalla español les había dejado al llevarse el dichoso sello. Parecía haber rejuvenecido, se había vuelto más vivaracha que de costumbre mientras que, al contrario, el conde se había vuelto más taciturno y malhumorado, a pesar de que su esposa no había dejado de aplicarle tres veces al día la pomada que le habían prescrito mientras le contaba los detalles de los cortinajes y las lámparas de araña que iban a lucir en el salón de baile de uno de los palacios de Copenhague.

Feliciano Silva había agasajado a Caruso como lo que era, un divo. Lo colmó de atenciones. Lo había ido a recibir al puerto y trasladado en su Rolls-Royce hasta el hotel Santa Catalina, donde fue alojado en la suite principal. El tenor, que al principio se había mostrado huraño ante

aquel alarde de servicios en una ciudad mínima de una isla mínima, cambió su semblante y su humor al tener ya entre sus manos el magenta de un centavo de la Guayana británica. El contrabandista, atento a todos los detalles, había depositado la estampilla que le había traído Luciano Castro en un estuche con el interior recubierto en tafetán índigo que entregó, junto a una lupa, al napolitano. Este, avezado filatélico, repasó hasta la saciedad el sello aplicando la lupa hasta casi rozarlo y su rictus pasó de amable a risueño. A partir de ahí, las sombras se convirtieron en gozos y, entre chapurreos de español e italiano, disfrutaron de un almuerzo que sorprendió al cantante, sobre todo, por la frescura de aquel pescado que allí llamaban cherne y que le resultó delicioso a su paladar, así como por la crema de plátano y ron que sirvieron de postre y que repitió de puro goloso. No pudo por menos Feliciano que retrotraerse a treinta años antes, en 1888, cuando departía con Roberto Stagno, otro de los grandísimos, en sus memorables visitas a Las Palmas, que habían dejado tan buen recuerdo que el Ayuntamiento optó por dedicarle una plaza justo en la trasera del Teatro Nuevo. Fue el primer grande que cantó allí; ahora lo iba a hacer nada menos que Caruso. La gran diferencia era que Stagno lo hizo en olor de multitudes, mientras que el tenor napolitano lo hacía a escondidas, de incógnito, intentando pasar desapercibido para dar gusto a aquel melómano caprichoso que quería escucharlo solo junto a su hija como regalo de cumpleaños. Con el magenta de un centavo de la Guayana británica en su poder, Caruso ya era todo un dispendio de simpatía, había abierto la fuente de su anecdotario y no cesaba de referir historias de sus actuaciones trufadas con la vanidad de quien era, y se sabía, el número uno. Ya eran las cuatro de la tarde cuando Feliciano tuvo que cortar la sobremesa, el tenor estaba a gusto con aquel individuo con aspecto de tunecino y puso una nota de contrariedad en su rostro que desapareció al instante, pues Feliciano le contó que el motivo de su partida era, en concreto, resolver los trámites para que su barco pudiera zarpar a primera hora del día siguiente y así llegar a tiempo para no cancelar sus funciones en el Metropolitan Opera. El ingenuo Caruso preguntó por la avería sin dar crédito a que en aquellas latitudes africanas fueran tan eficientes como para haber resuelto el problema en unas horas, pero Feliciano lo tranquilizó diciéndole que era dueño de una naviera y que había puesto al servicio de su buque a sus mejores ingenieros. Se había restituido una de las válvulas y ya estaba operativo, solo faltaba el permiso del inspector marítimo, por eso debía ausentarse de aquella agradable conversa. El tenor quedó complacido de aquellas positivas noticias sobre el arreglo del barco y su inminente partida mientras saboreaba un coñac antes de subirse a la suite y echarse una siesta arrullando el estuche del magenta de un centavo hasta que lo volvieran a recoger para trasladarlo al teatro Pérez Galdós.

El enlace alemán había exigido hablar en persona con Feliciano Silva, sin testafarro por medio, era un asunto de vital importancia para las partes. El Guirre se quiso resistir, en primer lugar, porque había planeado aquel cumpleaños de su hija para agasajar a Caruso sin prisa antes de ir en busca de Ernestina; y, en segundo lugar, porque Mr. Sharman era un podenco husmeador y no quería darle ningún rastro que seguir. Pero, según Casiano Ballesta, Helmut Kaufman, el

testaferro, le había indicado que era inexcusable la presencia de don Feliciano, pues se le iba a plantear un asunto crucial en el devenir de la contienda que beneficiaría en gran medida los intereses del contrabandista, órdenes directas del alto estado mayor. A regañadientes y agazapado en uno de sus Ford, menos reconocible que el Rolls-Royce, se dirigió a la parroquia de San Francisco de Asís. El enlace alemán era un hombre moreno, calvo, bigotudo, con ojos densos, diríanse cansados de esconderse. Parecía la viva imagen de un oficinista meridional, un banquero atemorizado, en las antípodas de la imagen del teutón imponente, alto y rubio como la cerveza. Se levantó para estrecharle la mano y le entregó una cartera con los pedidos de material que necesitaba junto al sobre con dinero en metálico, este abultaba más de lo acostumbrado. Desde el inicio Feliciano había exigido el pago por adelantado, se jugaba mucho en una guerra que no era la suya, lo hacía por enriquecerse aún más y mantener su jerarquía atlántica. Echó un ojo a las solicitudes de material y calculó que podía cobrar por la entrega treinta mil dólares. Abrió el sobre, dentro había ciento cincuenta mil. El alemán habló sin apenas acento: «Señor Silva, como habrá visto se le ha entregado una suma mucho más alta que la que corresponde a sus servicios habituales. La guerra ha entrado en una situación crítica, es el momento de emplear todo nuestro esfuerzo y cualquier arma de la que dispongamos para destruir a las potencias enemigas del II Reich. Hemos descubierto que facilita también apoyo logístico a los aliados. No ponga esa cara, no se lo reprocho, usted no es un patriota alemán ni inglés, es solo un hombre de negocios que aprovecha la coyuntura adecuada; pero comprenda que nos deja en una situación muy delicada. Se han barajado dos opciones: la de eliminarlo o la de premiarlo si nos facilita las coordenadas de los navíos británicos. —Helmut había sacado de una cartera otro sobre que entregó a Feliciano, incómodo por el derrotero de los acontecimientos—. En su interior se halla un contrato creo que muy ventajoso para sus negocios. Si son desvelados los puntos de suministro de los buques y submarinos aliados, el II Reich le ofrece la concesión por veinte años de los servicios de estiba en todos los puertos del Atlántico y del Mediterráneo. Está firmado y sellado por nuestro embajador, solo queda que usted lo rubrique para que entre en vigor. Se puede llevar la cartera, es un regalo extra». Miró el reloj, las seis y cinco, su hija ya debía de estar preparada, no podía dar una respuesta precipitada; guardó el documento en la cartera, que se llevó junto a las órdenes de compra y el dinero, y se despidió del enlace alemán prometiéndole que en un par de días le daría la respuesta. Tampoco había que pensar mucho, el ultimátum era transparente: o colaboraba dándoles la información o lo eliminarían. Por mucho rey del Atlántico que se creyera no estaría a salvo de la maquinaria de la SS. Le habían jodido el día, pero no iba a permitir que se lo jodieran más de lo debido y, sobre todo, que le reventaran el regalo de cumpleaños a su hija, a la que fue a recoger a la hora prevista, las siete y media. Tomó de nuevo el Rolls-Royce, que conducía Agapito Luzardo, que había experimentado un súbito cambio del pánico inicial por montarse en el vehículo a disfrutar de la conducción como un chiquillo con zapatos nuevos. Recogieron a Caruso en el hotel Santa Catalina y ahí sí que Ernestina constató que su padre le había regalado un imposible. No podía dejar de mirar arrobada al tenor, sus cejas

espesas, sus ojos vivaces y su sonrisa, que emulaba la de la Gioconda, tan expresiva como dudosa. El tenor le profirió algunas frases galantes que Ernestina acogió con un azoramiento impropio en ella; el viaje del hotel Santa Catalina al teatro se le hizo eterno porque no sabía qué decir, se había quedado cohibida. Su padre salió al quite sirviendo de cicerone, mostrando el crecimiento urbano de aquella ciudad atlántica que, sin embargo, tenía un cierto sabor caribeño. Pasaron por delante del Berlín; pero no se detuvieron, ya rozaban las ocho y el artista quería ser puntual con su compromiso. A Feliciano le hubiera gustado dejar su cartera en la caja fuerte pero no quiso contrariar al tenor con aquel contratiempo. Sí, hubiera sido mejor encerrar la cartera en la caja fuerte del Berlín y, de paso, insistirle por última vez a Ofelia O'Higgins para que los acompañara a aquel recital privado de Enrico Caruso. Seguro que no cedería, ya lo había intentado de todas las maneras, pero en aquella ocasión la irlandesa no se había bajado del burro. Aquel era el regalo especial para su hija, y la niña tenía que ser la estrella, por ningún motivo quería pisarle el protagonismo, que ella sabía muy bien cómo reaccionaban los hombres ante su presencia y aquel napolitano, por muy gran tenor que fuera, no dejaría de ser un hombre que se descompondría al oler su vaho de sexo pelirrojo por primera vez. Ni hablar, que disfrutaran mucho, que ella ya le entregaría su regalo a Ernestina, una pluma Montblanc con un hermoso cuaderno en papel sepia para sus estudios universitarios que tras el verano comenzaría en Madrid; Feliciano al final había accedido. Pasaron por la calle de Triana acelerando más de lo debido; el Guirre le ordenó a Almanegra que apretara el acelerador del Rolls-Royce, se estaban retrasando. El tenor miraba con su sonrisa giocondina el movimiento comercial de aquella calle por la que transitaban semblantes nativos y extranjeros, indios y nórdicos, como correspondía a una ciudad portuaria como su Nápoles natal, pero en pequeño. El teatro ofrecía un recinto bastante digno, con hechura sobria de tres plantas y una buena acústica. El mar llegaba a uno de sus costados, pero en el interior el ruido que hacían las olas al chocar contra los callaos y rodarlos se desvanecía, imperando un silencio con olor a marisco y a la resina del maderaje.

Aunque Feliciano llevaba la conversación y procuraba mostrar el contento propio de aquel inusitado acontecimiento, por los resquicios de su mente se barajaban algunas posibilidades para evitar la delación de los británicos que le habían impuesto los alemanes. Podría huir a Cuba con su familia, donde mantenía no solo negocios sino amistades, pero corría el riesgo de que el barco fuera torpedeado incluso antes de cruzar aguas internacionales. Además, había jurado, después del golpe de Estado de Exuperancio Arenal, no salir nunca más de la isla. También pensó en confesarle a Mr. Sharman sus tratos con los teutones y tratar de redimirse ofreciéndole sus coordenadas a cambio de protección para él y los suyos; pero seguro que el córnico, servidor acérrimo a su patria, no pondría en juego su credibilidad por las declaraciones de un mafioso delator en apuros. Mr. Sharman era de naturaleza desconfiada, pero con Feliciano Silva sus reservas se habían multiplicado. A pesar de que respondía a los encargos de suministro con eficacia y nunca hubo percance alguno que sugiriera engaños, aquel pecosito conejo inglés se había empeñado en la cruzada de sorprender a Feliciano en un renuncio, que en aquella tesitura

era descubrirle algún contacto con el bando alemán. Su capacidad de rastreo había dado fruto al averiguar que la parroquia de San Francisco de Asís servía de lugar para los encuentros entre el enlace alemán y Helmut Kaufman, entregado a la causa de su país como él lo estaba a la del suyo. Solo la terquedad y la paciencia de Mr. Sharman lo condujeron al despacho de Casiano Ballesta, donde Helmut Kaufman solía acudir pasados unos días de la visita a la parroquia de San Francisco de Asís. Si hubiera acudido al bufete de otro abogado de la ciudad no hubieran saltado sus alarmas, pero se presentaba ante Casiano Ballesta, mano derecha de Feliciano Silva y único abogado en la isla que se dedicaba a sus negocios en exclusiva desde que recaló en Gran Canaria desde su Sevilla natal. Por no precipitarse, más que por aseverar una hipótesis que sabía ya cierta, siguió espiando las visitas del enviado alemán a la parroquia de San Francisco de Asís, a la que, de manera puntual y sin fallar un día, entraba un cuarto de hora después Helmut Kaufman. Pero el 28 de junio no fue así, para su sorpresa, regocijo e indignación. Ya no había duda, se había presentado el propio Feliciano Silva, su espíritu de cazador había dado con la pieza mayor. Lo vio salir con una cartera, haría lo imposible por arrebátársela. Su palabra constaba ante sus superiores; pero aquellos documentos que incriminaban al Guirre tenían un valor incalculable, tanto como para incendiar el teatro Pérez Galdós.

## El incendio

Feliciano Silva no se arriesgó a dejar en el Rolls-Royce la cartera. Nadie en su sano juicio se atrevería a tocar aquel coche; pero lo comprometía demasiado para no custodiarla en persona. Almanegra, tras abrir el palco de honor y cerciorarse de que todo se hallaba en orden, dejó pasar a su jefe y a Ernestina. Después cerró la puerta y se apostó fuera firme, con las manos enlazadas a la altura de su vientre, deseando que aquel concierto no durara demasiado, no soportaba aquella música, si es que se le podía llamar así; no era un bolero, por ejemplo, que eso sí que era música de la buena de verdad, que te llegaba bien adentro y te permitía agarrar a una mujer como era debido. Parecía que la niña al fin se marcharía a Madrid al terminar el verano, se imaginaba que tendría que acompañarla a la capital. Feliciano y su hija se habían sentado en los sillones centrales del palco de honor. Ernestina se sobrecogió al ver el teatro vacío, dispuesta la orquesta solo para ella y su padre. A los pocos minutos, el tenor entró en el escenario acompañado por el director y se inclinó con levedad hacia el palco, de donde recibió los únicos aplausos del contrabandista y de su hija. Quiso encandilar el napolitano desde el inicio y lo consiguió con *Vesti la giubba*, con la que había cosechado tantos éxitos. Luego continuó con el repertorio de la primera parte, para acabarlo entonando «*E lucevan le stelle, ed olezzava la terra, stridea l'uscio dell'orto, e un passo sfiorava la rena...*». Lo bordó. Ernestina se había llevado las manos al pecho para aliviar una congoja que le había entrado de súbito, una congoja como la que experimentaba su padre. Este, con las manos a punto de aplaudir, se había virado para contemplarla arrobado y compungido; había valido la pena emplear el medio millón de dólares por el magenta de un centavo de la Guayana británica, y todavía quedaba la segunda parte del concierto. Entonces se apagó la luz y el teatro quedó como boca de lobo. «*Fuoco, fuoco, fuoco...*» Era la voz de Caruso atrapada por el pánico de ver en el escenario subir unas llamas desde los cortinajes del lado derecho de la platea.

Feliciano Silva saltó de la silla hacia la puerta en busca de Agapito Luzardo, el temor de sufrir otro atentado lo persuadió de que aquel apagón no era casual. Iban a por él y por su hija. Cuando abrió el palco de honor, Agapito, guiñando los ojos para hacer su vista a la oscuridad, apuntaba con su Luger hacia todos lados cagándose en los muertos de los hijos de puta que sabían que estaban por allí y a los que iba a descuerar vivos. El Guirre, al ver ese flanco bien cubierto por

Almanegra, volvió su mirada hacia Ernestina, que en aquella penumbra apenas se percibía como un cuerpo puesto en pie con la cartera de su padre agarrada sobre su vientre, sabía que para él era importante. El fuego ya se extendía hacia los palcos y provocaba una humareda densa. Caruso se había quedado inerte, noqueado, fue el director de la orquesta quien lo agarró del brazo y lo zarandeó para que espabilara y salieran corriendo del coliseo, como ya había hecho el resto de los músicos, que habían iniciado una estampida procurando, eso sí, no dejar atrás sus instrumentos, ni siquiera los contrabajos. El piano no se pudo salvar, ni tampoco los timbales.

El córnico pecoso lo había intentado por todos los medios, pero no se había hecho con la cartera. Había seguido a Feliciano Silva a larga distancia para que no se percatara de su presencia. Había visto como enfilaba el camino de El Silencio y como salía a los pocos minutos el Rolls-Royce con una escolta de dos Ford que lo seguían. Se pararon en el hotel Santa Catalina. Con sus prismáticos vio que entraba en el Rolls-Royce un sujeto que era tratado con demasiada gentileza por parte del Guirre. No entendió nada hasta que llegaron al teatro Pérez Galdós. Los hombres de Feliciano Silva empezaban a desplegarse para rodear las entradas del recinto. Mr. Sharman fue a tiro hecho hacia un operario del teatro que fumaba las últimas caladas de un cigarro en la puerta trasera que daba a la plaza Stagno. No le hizo mucha falta emplear su español de extranjero para que el operario mirara hacia otro lado y lo dejara pasar, bastó con que le mostrara un billete de mil pesetas que ni soñando podía aquel haber imaginado ganar de manera tan fácil. Era cierto que el empresario del teatro les había dicho que iban a trabajar esa noche en un concierto especial del que no se podía decir ni amén porque lo había organizado el señor don Feliciano Silva, y había exigido que el concierto fuera en exclusiva, sin público, y con un silencio absoluto al respecto «si no querían comerse sus propias criadillas», así, con estas palabras. Pero al operario la amenaza se le resbaló como si tuviera aceite entre las manos al ver las mil pesetas que le ofrecía aquel extranjero pecoso que entró corriendo como un conejo asustado. No sabía si Feliciano Silva llevaba consigo la cartera, pero lo intuía, debían de ser unos papeles muy comprometedores para no guardarlos como se debía y, según sus cálculos, no había tenido tiempo material de hacerlo. Se pegó a las paredes como otra capa de pintura para echar un ojo al vestíbulo, donde tanto el empresario como el director de orquesta recibían efusivos al Guirre, a su hija y, sobre todo, a aquel sujeto que habían recogido en el hotel Santa Catalina con pinta de griego o de italiano. Pegó un respingo, Feliciano Silva tenía la cartera consigo, también estaba con él, como encolado a su espalda, Agapito Luzardo, el resto de sus sicarios tomaban posiciones en el recinto. Tenía que improvisar lo que fuera, sobre la marcha.

Se le ocurrió lo peor para el teatro y la ciudad. Fue en busca del operario, que ya había tirado la colilla y empezaba con desgana a cerrar la puerta. Le mostró otras mil pesetas y le preguntó por el cuarto de luces y el programa del concierto. El operario, que ahora sí que vio que era de verdad que había ganado el primer premio de la lotería, lo llevó al cuarto de luces; pero fue incapaz de decirle el programa porque no lo sabían ni los músicos, aunque por aquel dinero recibido el hombrecillo extranjero se merecía que lo averiguara. Tardó unos minutos hasta llegar

con la escueta información de que la primera parte terminaba con *E lucevan le stelle*. Fue lo más que pudo sacarle a un violonchelista que a toda prisa colocaba atropellado en el atril las partituras de las arias reveladas a última hora. Para Mr. Sharman fue suficiente el dato, no era aficionado a la ópera, gustaba más de las danzas folclóricas de su país; pero conocía la famosa aria de *Tosca*, de Puccini. Arrebujado entre las cortinas de la platea vio a Feliciano y a su hija disfrutar del concierto. Si no se tratara del Guirre hubiera dicho que lo veía lloroso, emocionado, frágil. Entonces el tenor empezó a entonar el aria esperada y el inglés salió hacia el cuarto de luces, esperó a que llegara a las notas finales y en ese momento quitó los plomos y el teatro se oscureció. Al tiempo sacó su mechero y empezó a prenderles fuego a las cortinas y a los sillones. No hubo que avivarlo, enseguida las llamas cogieron cuerpo. Ya sabía que no era un plan brillante; pero sí al menos efectista. El pavor generado por el incendio y la ausencia de las luces provocaría una estampida desorganizada, de la que se podría aprovechar para acercarse sin ser visto a Feliciano Silva y arrancarle la cartera. Lo intentó en dos ocasiones, la primera en el vestíbulo, cuando Almanegra, a culatazos de su Luger, les abría camino hasta la salida a su jefe y a Ernestina. Lo había empujado con fuerza, pero su movimiento fue amortiguado por la masa que tenía delante. Al virarse Feliciano solo encontró rostros despavoridos. La segunda vez fue en las escaleras de la entrada, donde algunos de los músicos se habían sentado con sus instrumentos al lado para coger algo de resuello. Allí repitió la estrategia con mejor resultado para sus intereses. Al sentirse empujado, el Guirre perdió pie en los escalones y bajó trastabillando hasta dar con su cuerpo en la acera. Ernestina acudió en su auxilio gritándoles a los hombres de su padre allí apostados que lo socorrieran. Gracias a que los reflejos hicieron que pusiera las palmas de las manos como almohadillas para protegerse, su cara moruna y hermosa no se había estrellado contra el suelo. Se revolvió casi de inmediato, no necesitó ni de su hija ni de sus hombres para levantarse; pero ya era tarde, la cartera había desaparecido. Hizo lo único que podía hacer. Ordenó a Agapito que se hiciera cargo del tenor, que lo llevara al hotel Santa Catalina, recogiera sus pertenencias y luego directo al barco, que ya estaba en condiciones de proseguir su viaje a Nueva York. Luego, agarró a Ernestina y salió lo más rápido posible del Pérez Galdós, que ya comenzaba a ennegrecerse por el fuego. Cuando aceleró el Rolls-Royce echó por los espejos retrovisores un último vistazo a los que se congregaban delante de los arcos de las puertas del recinto. Allí estaban los músicos y los operarios relatando con aspavientos lo sucedido junto con los ciudadanos que ya llegaban incrédulos y consternados ante el Teatro Nuevo, que se quemaba sin remedio. Creyó ver a Caruso tosiendo con la cabeza baja y, cerca del napolitano, una sombra mínima, escurridiza, que le pareció que reflejaba al maldito hurón de Mr. Sharman. «Hijo de la gran puta.»

Ernestina solo le respondió a su madre que el regalo de su padre fue escuchar a Enrico Caruso en persona. Sí, en el Pérez Galdós, ellos dos solos, nadie más, pero que se lo contaría con detalle al día siguiente porque le había entrado una indisposición, nada, cosas de mujeres, ya sabes. Y su madre supo pero no se convenció, demasiado pronto para llegar del teatro con una cara de

fingimiento que a ella no la engañaba, que para eso la había parido y amamantado. Además, no le tocaba el periodo, apenas hacía dos semanas que le había bajado. Por costumbres sanitarias, más que por cuidado de que su hija se quedara embarazada, controlaba aquellos datos. Su marido había caído en las extravagancias de los nuevos ricos. Se había comprado un Rolls-Royce para conducir por las pocas calles de una ciudad que podía cruzarse andando de lado a lado, y ahora había traído a ese tenor tan famoso para que le diera un concierto privado. Se le había extraviado el juicio y había olvidado que había nacido en el barrio de San José y que su padre era albañil. Se fue a la cocina antes de que se imaginara lo que había hecho aquella vez para convencer a aquel cantante; nada bueno, seguro. El olor a humo del incendio del teatro no se había aún extendido hasta El Silencio, con lo que María de la Caridad se enfajinó de nuevo en la cocina con la garbanzada, que por fortuna le sacaba los demonios de la cabeza, sin imaginarse, ni de soslayo, la devastación que sufría entonces el Pérez Galdós. Algunos vecinos echaban baldes de agua del océano, que al lado del coliseo no podía evitar que este se quemase. Cuando los bomberos llegaron ya no había nada que hacer para salvar el edificio, solo pudieron contemplar cómo se había convertido en una gran bombilla a punto de estallar. Lo que sí hicieron fue un cordón para proteger a los cientos de palmenses que acudían a ver aquella desgracia, arremolinándose por los alrededores en corros multitudinarios de los que salían lamentaciones, ayes y murmullos en los que borboteaba en sordina quiénes eran los culpables. Todo apuntaba a que Feliciano Silva estaba por medio, se había visto su Rolls-Royce salir a escape. Gracias a que el Pérez Galdós se había construido como un islote, despegado de las casas de La Marina; si no, aquel incendio se hubiera propagado por el barrio de Triana, hubiera devastado la principal calle de la ciudad y quién sabe si se hubiera extendido hasta convertirla en una Roma atlántica bajo el desatino de otro Nerón, en este caso un inglés conejil y exultante que telegrafiaba a Londres el contenido de los comprometedores documentos de la cartera arrebatada a Feliciano Silva. La noche iba a ser larga, el incendio había desvelado a la isla, nadie dormía. Sin embargo, al Guirre el cansancio le había entrado de golpe, como los techos que se habían desplomado del teatro. Había llegado al Berlín como un general desorientado, superado por la batalla. Quería ducharse y cambiarse la ropa ahumada, pero sobre todo dormir, cerrar su mente con una falleba. Lo necesitaba para despertarse fresco y poner en orden sus próximos movimientos. Ofelia O'Higgins lo duchó, lo secó, le puso el pijama, lo metió en la cama y lo arropó. Era el Guirre, pero parecía entonces no más que un hombre agotado. A la mañana del día siguiente, sábado, renació. Llamó por teléfono al alcalde, don Víctor Quintana Luján, que se hallaba en las Casas Consistoriales y que lo trató con los honores y los pésames con los que se recibe a un superviviente de una tragedia. Feliciano Silva le comunicó su compromiso de que el teatro Pérez Galdós se reconstruyera en el plazo máximo de un año, le daba su palabra, que sería mucho más lujoso y que él sufragaría todos los gastos; pero que no se le ocurriera hacer su nombre público, quería ser lo que había sido siempre, un benefactor anónimo. El alcalde acogió aquel anuncio con grandes muestras de entusiasmo, agradeciéndole en nombre de la ciudad ese nuevo y altruista servicio que hacía a Las Palmas de

Gran Canaria. A pesar de ese apoyo tácito que el Guirre ofreció al edil para reconstruir cuanto antes el Pérez Galdós, la ciudad y la isla entera se habían hundido en un estado de depresión.

La obra artística que una generación de patriotas nos legara a costa de continuados sacrificios en que la voluntad, el entusiasmo por el arte, la fe y el amor al terruño se pusieron a prueba durante tantos años, desde la iniciación de la idea y la colocación de la primera piedra en 1869 hasta su terminación, veinticinco años después, ha quedado destruida por un voraz incendio. La formidable hoguera que la madrugada del 29 de junio, inundando de luz el espacio, envolvió a la ciudad, dolorosamente sorprendida, en su resplandor siniestro, redujo a cenizas el hermosísimo coliseo que fue orgullo de Las Palmas y refugio de nuestra vida artística, sepultando en sus escombros el recuerdo de tantas cosas memorables y bellas.

El teatro Tirso de Molina, llamado más tarde de Pérez Galdós, por la belleza arquitectónica de sus cuatro fachadas, que le daban monumental aspecto, y por la riqueza de su interior, pues su sala de espectáculos era un primor de ornamentación y de admirables tallados en madera, figuraba entre los teatros más bonitos de España, aunque carecía de la necesaria amplitud y de algunas otras condiciones. De nuestra capital era uno de los primeros edificios monumentales, y su destrucción es una pérdida verdaderamente dolorosa.

El siniestro que ha reducido a escombros nuestro coliseo ha sido el más formidable que aquí se recuerda. La colosal hoguera, dominando la población, lo inundaba todo de luz.

Todo quedó en pocas horas reducido a cenizas excepto las cuatro fachadas del edificio, sólidamente construidas. Con la rica labor artística de la sala de espectáculos se perdió también todo el mobiliario de patio, localidades y salones; los valiosos decorados, el magnífico telón de boca pintado por el célebre artista Revescalli, y toda la guardarropía, que contenía un juego de soberbias arañas de cristal, tapicerías de terciopelo y seda; muebles preciosos, algunos del siglo XVII de gran mérito, armas y cuadros antiguos.

El lunes, 1 de julio de 1918, la prensa de Gran Canaria se hacía eco de la tragedia acaecida. El *Diario de Las Palmas* relataba de este modo el suceso, se ajustaba en lo principal, que era el incendio del teatro y su contundente virulencia, a la verdad; pero ocultaba todo lo concerniente a la presencia de don Feliciano Silva, al concierto en exclusiva de Caruso y, sobre todo, a Mr. Sharman. Al operario que había recibido dos mil pesetas, y que sabía a ciencia cierta que aquel renacuajo pecosito tenía algo que ver en el incendio del teatro, no se le ocurrió abrir la boca jamás al respecto. Él no vio nada ni a nadie, cuando se dio cuenta ya las llamas alcanzaban el primer piso. No tardó mucho en trasladarse a su Logroño natal, buen vino para olvidar el susto del incendio y el miedo a que algún día apareciera a pedirle cuentas el Guirre. Casiano Ballesta se había movido bien entre las redacciones de los periódicos. Feliciano Silva manejaba un buen porcentaje de las acciones de los rotativos; las justas para que no se le considerara el dueño y censor de las noticias, pero sí las suficientes para que ninguno de aquellos reporteros chismosos se atreviera a mentarlo por ningún motivo que no fueran los protocolarios y refinados ecos de sociedad. El abogado se había reunido con los directores de los noticieros y, con aquel buen entrar andaluz que poseía, les refirió que por mucho que sus gacetilleros hubieran jurado por sus madres que habían visto al señor Silva junto al teatro, en su Rolls-Royce, lo que debían escribir era la verdad conveniente, por lo tanto no debía aparecer el nombre de don Feliciano Silva ni nada que lo relacionase en los periódicos. La sonrisa de Casiano Ballesta se había hecho más ancha, como si hubiera contado un chiste y no una amenaza. Cuando el director del *Diario de Las Palmas* leyó el esbozo del artículo que le trajo el reportero encargado del incendio lo tiró a la papelera. «Ya me estás escribiendo otro nuevo sobre la marcha, que aquí sabe todo el mundo que

no se puede nombrar a don Feliciano sin su consentimiento, coño... Ni que lo viste allí ni qué estaba haciendo ni que sus hombres... Ni patatín ni patatán. Todo eso me importa un carajo. Lo que quiere saber la gente es cómo fue el incendio, así que céntrate en describir las llamas, el humo, coño, que no tengo que escribírtelo yo.» También se había encargado Casiano Ballesta de visitar a Eulalio Bescós, un joven juez de aspecto becqueriano recién llegado a la isla, y aplacar su natural impetuoso, que ya había sido embridado en buena parte por el alcalde don Víctor Quintana Luján. En primer lugar, le ofreció reiteradas disculpas en el nombre de don Feliciano Silva y en el suyo propio por no haberle hecho una visita de cortesía a su llegada, cuando correspondía, y no ahora, con el desgraciado episodio del Pérez Galdós; el volumen de las empresas de don Feliciano lo tenía desbordado y no había podido cumplimentar su encuentro en las fechas adecuadas. En segundo lugar, se ponía a su disposición para dar a conocer cualquier aspecto que deseara sobre la faceta legal de los asuntos de don Feliciano. Le agradó a don Eulalio Bescós la visita del abogado, no tanto por el contenido sino por el continente. A pesar de su juventud y de haber suspendido dos veces las oposiciones, tampoco es que se cayera de un guindo y creyera a pies juntillas las excelencias que el sevillano le refería acerca del espíritu emprendedor y visionario de aquel contrabandista; pero sí le agradó sobremanera encontrarse en aquella isla africana a un digno jurista, con una solidez forense envidiable; la judicatura española se habría enorgullecido con personas de su talento. Le resultó tan extraño que estuviese allí y no en una sala de un tribunal de Madrid o de Barcelona que le preguntó al respecto. Casiano Ballesta dio una palmada y se echó hacia atrás entre carcajadas en el robusto sillón de cuero corinto que le servía de asiento. «¡Por una mujer! ¿Por qué iba a ser?» En cuanto al Pérez Galdós, Casiano Ballesta le aseguró que solo él, como correspondía a su cargo de juez, iba a ser informado de lo sucedido; ninguna otra autoridad lo sería, puesto que, como comprendería, era a todas luces fundamental mantener el secreto al máximo. «Don Feliciano Silva disfrutaba en compañía de su hija Ernestina de un concierto privado en el teatro. Era un concierto del tenor Enrico Caruso... Sí, créalo, del mismísimo Caruso. Su hija cumplió dieciocho años el viernes y su padre quiso darle un regalo especial. A mitad del concierto se apagaron las luces y se provocó un fuego, quizás una chispa saltó de los plomos del cuadro de luces por desgracia para todos. Por supuesto, el concierto se tuvo que suspender y fue una lástima que los bomberos no pudieran impedir que del Pérez Galdós solo quedaran las paredes calcinadas. Por fortuna, no hubo que lamentar daños personales. Por supuesto colaboraremos en las investigaciones que su señoría ordene al respecto... ¡Ay, qué cabeza la mía! Se me había olvidado transmitirle lo más importante: mi mujer me insistió en que le trasladara la invitación de cenar en casa con unos amigos el próximo sábado. No puede negarse, mi mujer no me perdonaría que no le convenciera. Tenemos la suerte de contar con una cocinera de Moya, del norte de la isla, que puede competir con el chef del hotel Santa Catalina, y no hablo por boca de ganso.» Don Eulalio Bescós se esponjó al ser tan bien tratado por el abogado sevillano, que así justo era como se le debería haber considerado desde que arribó al Puerto de La Luz. Le indicó a Casiano que se reuniría en

breve con los encargados policiales y militares en la isla para calibrar sus opiniones al respecto y establecer una respuesta única que le sería trasladada a su debido tiempo. Con ello, Eulalio Bescós consideró salvado su mandato como juez. Por supuesto que aceptaba la invitación a la cena, le pidió con encarecimiento que le trasladara a doña Paquita Araujo su agradecimiento y su plena disposición a disfrutar de lo que sería, sin lugar a dudas, una gratísima velada.

La tarde del domingo posterior al incendio, Feliciano Silva ya tenía todos sus planes trazados, aunque dudaba más que nunca de que se saldaran a su antojo. Feliciano bebía ron Bacardí Ocho. Se levantó para tomar otro vaso de la mesa mueble bar de caoba y se lo llenó a Agapito. No solía beber el lugarteniente salvo para calentarse el estómago los pocos días en que se metía el frío de la cumbre en la costa o cuando, por algo que le había caído mal, que siempre fue un tanto melindroso, le rabiaba el estómago. Se lo tomó, sin embargo, sin pretexto, esperando lo que barruntaba el Guirre, no iban a beber juntos por cualquier cosa: «Quiero que te vayas con la niña ya a Madrid. Iba a ser en septiembre, pero esto lo ha acelerado todo. Van a por mí y la cosa está jodida, no lo puedo jurar pero me juego una mano a que el hijo de puta que montó el follón en el teatro es ese sapo inglés pecoso. No sé cómo pero se enteró de que negociaba también con los alemanes y encima me robó la cartera con los documentos, así que estoy más jodido que nunca. Esto no es enfrentarme a otros mafiosos, ni a estibadores sindicalistas, ni a cambulloneros espabilados, ni a cientos de tahúres, ni a unos brujos como don Exuperancio y su madre, sino a un ejército. Lo único que puedo hacer es esconderme aquí y ofrecerle un trato a Mr. Sharman para vender las coordenadas de los buques alemanes a cambio de protección. La guerra no debe tardar mucho, si las cartas salen buenas igual me dan una medalla por los servicios prestados a la Corona de su majestad Jorge V. —Quiso reírse pero solo le salió una mueca débil—. Así que quiero que saques a la niña de aquí pasado mañana en el *Faro del Cabo Mayor*; zarpa a las ocho. María de la Caridad la va a acompañar, no sé el tiempo que se quedará con ella allí. Contrata a los hombres que te hagan falta pero tampoco te hagas notar, es mejor pasar desapercibido. Aquí tienes en este sobre la dirección del piso, es en la calle de Toledo, el arrendamiento lo gestionó Casiano por teléfono. También hay dinero y una cuenta del Banco de España a tu nombre de la que puedes sacar lo que necesites. ¿Alguna pregunta?». Almanegra negó con la cabeza. La única pregunta que se le cruzó no se la iba a hacer porque sabía que la respuesta sería un desplante; pero hubiera querido que el contrabandista se cuestionara por qué no cerraba de una puta vez el quiosco, que todo tiene su principio y su fin, y se mandaba a mudar a Madrid también él con sus dos hijos varones y Ofelia O'Higgins, que era ya su mujer a todas luces porque vivía con él y no había ningún otro hombre con el que se acostara; pero de la boca de Agapito Luzardo no se desprendió ni una sílaba.

Tercera parte  
(1918-1921)

## Viaje de estudios

El regalo perfecto se había virado como una tarta de cumpleaños que se cae al suelo antes de soplar las velas. Ernestina apenas había podido pegar los ojos la noche del incendio, en parte porque como cualquier otro habitante de Las Palmas se había quedado noqueada con el impacto del Pérez Galdós envuelto en llamas, y en parte porque, sin saber en concreto la relevancia de su papel, se sabía partícipe de aquel hecho que envolvía de humo, de luz de fuego y de desdicha la isla. María de la Caridad le había llevado una taza de tila con anís estrellado para que se le aliviase una congoja que no era natural en ella, que siempre mostró ser la más brava de los descendientes del Guirre para escarnio de sus hermanos Pascual y Paulino. Le retorció los sesos el encontrarse débil, encharcada en un líquido pegajoso que le impedía reaccionar con la fortaleza propia de su carácter indómito, tan igual al de su padre, y se le encarnizaba el ánimo al pensar que quizás todo aquello tenía que ver con una fritanga de sus hormonas. Su madre le insistió en que se tomara la tisana y que intentara descansar, que su padre ya se ocuparía de arreglarlo todo. Debía de estar muy ocupado en esos arreglos porque Feliciano Silva no apareció por El Silencio en todo el fin de semana. Habló, sí, por teléfono con María de la Caridad, a la que comunicó su decisión de mandar a la niña para Madrid mucho antes de lo previsto, el martes siguiente.

Si hubiera sido por ella se hubiera marchado de Gran Canaria hacía años y no hubiera vuelto a pisarla. Desde que había empezado a sentir más miedo que amor por aquel hombre al que quiso conocer como Feliciano y terminó odiando como el Guirre, hubiera partido a cualquier lugar que no bañara el Atlántico y no le recordara las torturas y los asesinatos de su marido. No se había ido por sus hijos. Vivía con el alma en vilo por si la venganza que ejecutara cualquiera de los sujetos agraviados por el Guirre se los llevase a ellos por delante. Se lo pidió por las buenas, que se fueran de la isla al fin del mundo, sintiéndose ridícula al ponerse lencerías para alguien que ya apenas la veía, y por las malas, amenazándolo con que se iba a cortar las venas, lo que nunca sucedió no por falta de ganas sino porque entonces sí que sus hijos quedarían desvalidos. Por ello, cuando le dijo por teléfono que la niña se iba el martes para Madrid le subió el contento por verse ya en el barco acompañando a Ernestina, sacudiéndose el polvo de los zapatos, que ni siquiera eso se quería llevar, pero no pudo impedir tampoco que se le enlazara un nudo en la

garganta porque iba a dejar allí a sus hijos varones, condenados a servir a su padre porque este se había llegado a creer esa tontería de su imperio, que debía tener, como todo imperio que se preciara, sus herederos en los hijos del emperador. Feliciano le preguntó si tenía algún problema en adelantar el viaje que habían previsto para septiembre. Cuando al fin cedió para que Ernestina estudiase Filosofía y Letras en la Universidad de Madrid, después de que insistiera tanto don Nicanor, como si se tratara de una de sus últimas voluntades antes de morir, habían llegado al acuerdo de que María de la Caridad marchara también para acompañarla por lo menos los primeros meses, hasta que Ernestina se manejara bien, lo que no sería difícil porque ambos sabían que había nacido con dotes de mando, que bien pronto se le notó de bebé que cuando no quería puré de verduras lo echaba fuera y no había quien se lo metiera por la boca, que por el contrario abría de par en par al momento para comerse la compota de plátano para jolgorio de Feliciano, que reía las monerías de la niña, y para preocupación de María de la Caridad porque su hija también tenía que comer el puré, que le había echado unos filetes de ternera lechal para que tuviera más alimento. No, no tenía problema, ya había pensado en el equipaje, solo hacía falta meterlo en los baúles y las maletas; si se le olvidaba algo ya lo compraría en Madrid. Se despidieron por teléfono educados, con la distancia que mediaba entre dos cónyuges que habían perdido la confianza que tenían antes para verse desnudos y para introducirse uno en el otro. Feliciano le indicó que pasaría el lunes a ver a la niña y a ultimar todos los detalles. Llegó sobre las seis de la tarde, se encontró El Silencio en estado de rebeldía. En el salón no había lugar donde sentarse, todos los asientos, los sillones, las mesas estaban llenos de pilas de ropa y calzado: vestidos, enaguas, corsés, polisones, sombreros de plumas, tocados, blusas, lazos, zapatos de fiesta, de medio tacón, de tacones barrocos... Los cajones de todos los armarios y cómodas estaban abiertos, destripados como los caballos de los picadores en las corridas de toros. En el piso se apilaban libros, abanicos, espejos, portarretratos, discos, almohadas, mantas de lana, manteles calados... María de la Caridad y Fernanda Castellano no se dieron tregua al verlo llegar, continuaron danzando entre aquel *totum revolutum*, hablando entre ellas sobre la conveniencia de ir cerrando alguno de los baúles de la niña o dejarlo abierto hasta el final, que siempre se echaba algo en falta y se necesitaba un hueco donde meterlo. Aquella ansia de no dejar nada atrás contradecía la inicial postura despreocupada de María de la Caridad de comprar en Madrid lo que no hubieran llevado a la capital de España. El caso era que se había entusiasmado con la partida como si fuera a ser definitiva y no una estancia temporal circunscrita a los estudios universitarios de su hija. Ernestina, con una bata de faena y una ancha cinta verde que le sujetaba el cabello, fue al encuentro de su padre y lo condujo a la cocina, donde todavía aquella revolución no había producido significativas alteraciones. Todo barruntaba a que no se libraría de ello, pues María de la Caridad le había comentado a Fernanda Castellano a voz en grito, como si en realidad fuera a sí misma a quien se dirigía para no olvidarse, que también se tenía que llevar algo de comida, porque allá, en los Madriles, no iba a encontrar gofio, ni queso

majorero, ni chorizos de Teror, ni las aceitunas con mojo de Santa Lucía de Tirajana, ni lapas en vinagre, ni tollos secos para hacer un encebollado, que le encantaba a la niña.

—Papá, ¿encontraste a los que te robaron la cartera? —Feliciano Silva se negó a responderle. Había ido a El Silencio para verla y pasar un rato con ella antes de que se fuera al día siguiente, no lo malgastaría en recrear los pasajes del incendio del Pérez Galdós y, menos aún, en referirle las medidas que estaba trazando para salir del atolladero en que se había metido, como la de llevar adelante una alianza con Mr. Sharman que ya había empezado a mover a través de Casiano Ballesta.

—¿Qué, estás contenta con el viaje? Sabes que mataría con las manos a cualquiera que te hiciera daño, ¿verdad? —Ernestina se sentó en las rodillas de su padre y lo abrazó, se dejó mecer largo rato, no hubo más palabras que las que llegaban de María de la Caridad y Fernanda Castellano, embarcadas en aquel trajín de preparar los bártulos en un tiempo récord. Era un cabrón para todo el mundo, pero para ella era su padre, eso no tenía vuelta de hoja. Estaba más que convencida, lo sabía a ciencia cierta, que por él también ella mataría sin remordimientos, sin miedo y con un regusto a golosina en el paladar.

No le había quitado la cara al darle el beso de despedida en el muelle de Santa Catalina. Había llegado media hora antes en el Rolls-Royce, escoltado por otros dos vehículos, se subió al barco acompañado de Luciano y Ramón Castro. Pascual y Paulino se habían quedado en el Berlín, aquellos días estaban siendo frenéticos y disparatados; su padre veía fantasmas por cualquier lado y erigía planes que desbarataba con la misma rapidez con la que los montaba. A ambos les hubiera gustado despedir a su madre y a su hermana, pero en este caso no había sido Feliciano Silva sino María de la Caridad quien se lo había prohibido. Bastante había sufrido la noche anterior en El Silencio. Había hecho una tarta de chocolate y naranja, desde chicos los tres se relamían con los trozos grandes que les partía idénticos porque, si no, ponían el grito en el cielo porque a Pascual le echaste más que a mí, o a Paulino le tocó la roseta de chocolate, o Ernestina repitió dos veces y yo solo una, que mira que me está enseñando la lengua y se ríe. Aunque estuvieran barbados y manejaran actitudes de hombres, María de la Caridad los veía unos niños y sabía del error que su marido se empeñaba en cometer al obligarlos a heredar su imperio. Sobre todo tratándose de Pascual, tan endeble, que llevaba un arma al cinto como si todavía estuviera jugando a policías y ladrones entre las palmeras y buganvillas del jardín de El Silencio. Paulino había salido más duro, su aleación portaba más firmeza, disimulaba mejor que su hermano mayor el asco que le producía darle una paliza al encargado del almacén del carbón que habían encontrado durmiendo la mona. El hijo de puta, con el tabique de la nariz y dos costillas rotas de los puñetazos y patadas que Paulino le estaba propinando, seguía jurando por su madre muerta que solo era culpable de ser un borracho, pero que no tenía nada que ver con el robo de una carretada del carbón de don Feliciano. Lo hacía como un autómatas, lo había aprendido viendo cómo lo hacía su padre, o Agapito o cualquier otro de sus hombres, y él lo repetía como un alumno aventajado pero sin regodeos ni convicción. María de la Caridad les pidió que, por Dios,

se cuidaran el uno del otro y que no dejaran de escribirle, que a ver cuándo le daban la sorpresa de traerle el compromiso de una novia a casa, que ya estaban tardando. Pascual, que mostraba bastante menos entereza que su hermano menor en los crudos avatares de los negocios de don Feliciano, en los asuntos amorosos era mucho más atrevido que Paulino. En la ciudad gozaba malísima fama de ser un picaflor al que las grandes familias, y las pequeñas si podían, intentaban ocultar a sus niñas casaderas, ya no tanto por el alcance de ser el hijo de don Feliciano Silva y llevar consigo el husmo a muerte, sino porque era bien conocida la retahíla de jovencitas que habían sucumbido a sus encantos y que luego habían tenido que marchar a otra isla o a la Península para abortar o para casarse con premura con algún consentidor. Pascual no llegaba a ser tan alto como su padre, pero tenía sus ojos verdimiel, que también habían heredado sus hermanos, y la espesura de las cejas y las pestañas, que le daba el porte moruno y guapo de don Feliciano. Contaba con el añadido de una labia graciosa y embaucadora de la que su padre carecía, que hacía reír a todas las mujeres que llevaba a la cama. María de la Caridad penaba tanto por el donjuanismo de Pascual como por la indolencia que por las mujeres mostraba Paulino. Si no fuera porque nunca le había visto ninguna señal que lo trasluciera, hubiera creído que a su hijo pequeño le gustaban los hombres, que no sería el primero ni el último; pero nunca le observó una mirada fuera de tiesto, ni un atildamiento más extremado que el necesario, ni mucho menos le había encontrado ninguna prenda femenina suya ni de su hermana al registrar sus cajones. Don Feliciano Silva tenía demasiados quebraderos de cabeza a diario como para preocuparse de con quiénes follaban o no sus hijos. Nunca tuvo que decirles que lo único que le importaba era que lo que hicieran con su verga no afectara a los negocios de la familia. Más allá de ello, si Pascual era un pichabrava mientras que Paulino parecía un cura, le daba igual. Lo de la posible homosexualidad de este último no ocupó lugar en sus conjeturas, no tenía cabida, no se trataba de ningún hecho factible; por lo tanto, no había que plantearlo ni siquiera como posibilidad. Jamás habló de ello, ni con María de la Caridad ni con Ofelia O'Higgins. Nunca hubo nada de lo que hablar ni lo habría. Pascual lo sacaba a colación cuando, rara vez, surgía entre los hermanos alguna disputa pasajera de esas que se dan por aburrimiento o por un mal día. Entonces sí que Paulino tenía que embravecerse cuando aquel lo jodía más de la cuenta llamándolo maricón.

María de la Caridad no avizoraba, en ningún caso, ninguna boda en un corto plazo de tiempo. Le hubiera gustado marcharse a Madrid con Ernestina viendo a sus hijos ya casados, y que sus mujeres los cuidaran como era debido y que los consolaran de las penalidades que veían a diario; pero no fue así. Fernanda Castellano se brindó a seguir yendo a El Silencio para que no les faltara de nada, que por eso no se preocupara, que ella les haría la comida, les tendría la casa limpia y la ropa planchada y dispuesta hasta que ella regresara. No era lo mismo, pero se había quedado más tranquila con la disposición de Fernanda. Así se lo comunicó a ambos la noche en que se despidieron, tranquilizando a su madre por sus temores e instándola a quedarse en Madrid el tiempo suficiente para instalar como era debido a Ernestina. Ambos habían concertado no

decirle a su madre que no se iban a alojar en El Silencio. Feliciano Silva había decidido concentrarse en el Berlín hasta que aquel quilombo se aclarase; así que quien iba a cuidar de ellos iba a ser Ofelia O'Higgins. No podían hacerle aquella faena de comunicarle que la antigua puta con la que vivía su marido haría las veces de madrastra. María de la Caridad lloró, no pudo evitarlo, a pesar de que Pascual, quien encabezaba siempre las boberías, le dijera bromas y le hiciera cosquillas para que no se convirtiese aquello en un melodrama, que tampoco era para tanto, que solo iba a acompañar unos meses a Ernestina a Madrid para que estudiara Filosofía y Letras en la universidad y se convirtiera en una profesora antipática, sabihonda y con gafas. Ernestina le enseñó la lengua. Todos reían menos María de la Caridad, que continuaba llorando bien a su pesar.

Feliciano Silva les hizo una señal con la mano a Luciano y Ramón Castro para que esperaran fuera del camarote. Allí comprobó que se hallaban cómodas y bien atendidas. Después de repetir los sonsonetes de que no se fiaran de nadie, de que fueran acompañadas siempre de Agapito y de que este disponía de una cuenta bancaria en el Banco de España para sus gastos, Ernestina no lo dejó continuar y subió con él a cubierta. María de la Caridad se quedó en el camarote colocando en los mínimos armarios las prendas que había elegido para esos días de navegación. Hacía mucho tiempo, tanto que no recordaba cuándo fue, que su marido no la había besado. Se vio en la tesitura de decirle solo adiós o de darle la mano; al final, reaccionó inclinando su cabeza para besarla en un cachete que se sonrojó en el acto. Fue solo un beso de despedida, casto, fraternal incluso, sin atisbo alguno de una pasión que nunca fue tal; pero ella, en vez de borrarlo restregándolo como hacía con los pantalones de los chiquillos cuando venían empujados y ella se deshacía los nudillos frotándolos con jabón Swanston, lo adhirió más a su piel pasándose la yema de los dedos por la mejilla.

A la tercera jornada de la travesía de Las Palmas a Cádiz, María de la Caridad logró recuperarse algo del mareo que le había entrado justo al salir el *Faro del Cabo Mayor* de la bahía de La Isleta. Apenas el barco empezó a cabecear cuando se le viró el estómago y ya no hubo remedio. Ernestina, que no había sido afectada por la dolencia marinera, se dedicó a aplicarle compresas de agua fría, pero no funcionó o funcionó bien poco porque su madre parecía que se rompía cada vez que vomitaba. Su piel blanca había amarilleado al compás del tétrico ritmo de las náuseas, las fatigas la hacían sudar hasta dejar las sábanas de su litera mojadas como si se hubiera orinado. No quería probar la comida, a regañadientes obedecía las órdenes que su hija le dictaba para que se tragara el caldo de pollo que le había hecho el cocinero para aliviarla y los trocitos de manzana, que eran tan digestivos. Ernestina no había podido leer sino las primeras tres páginas de *Por el camino de Swann*, de Marcel Proust. Don Nicanor, poco antes de morir, se lo había regalado en una segunda edición francesa; el profesor se daba el gusto de hablar pequeñas parrafadas en francés con aquella chiquilla tan aventajada. Según don Nicanor, el libro no solo era una *delicatessen* estilística —el escritor narraba con la hermosura que imprimían en sus cuadros Renoir o Monet—, sino que se trataba del primer volumen de una larga saga llamada

*En busca del tiempo perdido*, que prometía ser extraordinaria. Allí lo tenía a su lado, dispuesto para ser abierto cuando María de la Caridad lograra conciliar algo de sueño y se durmiera para olvidarse del mareo; pero las pocas veces que en aquellos tres días demoníacos para su madre lograba esta adormilarse, el sueño le irrumpía de repente y la vencía sin haber podido leer más que unas líneas. Fue el viernes, 6 de julio, cuando María de la Caridad, como si le hubiera hecho efecto una vacuna contra el mareo que nunca se había inyectado, se despertó fresca, anhelante de levantarse y de salir a la cubierta a que le dieran los primeros rayos de sol mientras se zampaba en la cafetería de la terraza un par de huevos fritos con beicon y pan tostado, un café con leche y dos zumos de naranja, que uno no le fue suficiente para dar calma a la sed con la que se había despertado. Ernestina solo se tomó un café y una magdalena, tenía sueño atrasado, se llevaba la mano a la boca para que no se le advirtieran unos persistentes bostezos. «Buenos días, señora, veo que ya se encuentra mejor. Ya queda menos, si el mar no se estropea más de la cuenta mañana por la tarde ya llegamos a Cádiz. Ahora no se mueva mucho, intente estar sentada con su hija.» María de la Caridad agradeció a Agapito Luzardo sus palabras, pero nada más lejos de su propósito que quedarse quieta y menos aún seguir siendo la paciente de Ernestina. Resultaba patético que la hija cuidara de la madre, más muerta que viva por los mareos, cuando su función en aquel viaje era atender a la niña; es decir, la misión de siempre pero lejos de Gran Canaria y de su padre. Tras haberse recuperado como por milagro del mareo que la había atormentado los primeros días de la travesía, María de la Caridad se tomaba su segundo zumo de naranja, estaba hambrienta. Le insistió a Ernestina en que aprovechara y se fuera al camarote para ducharse con el agua raquítica que salía del grifo del lavabo, como había comprobado hacía apenas un rato, y para que se durmiera y recuperara el sueño que había perdido cuidándola de aquellas fatigas pavorosas. Su hija se negó con unos argumentos bien sólidos: ya se había duchado antes de que su madre se despertara y de día le resultaba imposible dormirse, ni siquiera la tradicional siesta tras el almuerzo. María de la Caridad se levantó de la mesa de la terraza, se enganchó de su hija y comenzaron a pasear por la cubierta. Le burbujeaba un humor excelente desde dentro, no quería decírselo a su hija porque le resultaba cursi, además de impropio para una mujer mayor a un tris de entrar en la ancianidad; pero le entraron unas ganas desaforadas de comerse el aire salado a bocanadas, de contonearse con el ritmo del *Faro del Cabo Mayor*, y bailar allí delante de todos los pasajeros sin que mediara vergüenza alguna, de desnudarse para que el sol, que ya había levantado y calentaba, tostara con ligereza todo su contorno.

—Mamá, ¿estás bien?

—Sí, ¿por qué?

—No sé, estás rara. Miras a lo lejos y te ríes y das unos saltitos... Te estás poniendo muy roja, será mejor que nos sentemos. Igual no fue buena idea lo de pasear por la cubierta.

Ernestina había agarrado a su madre por el brazo para obligarla a sentarse en un sillón de hamaca. Miró a su espalda, fue un gesto instintivo, en busca de la presencia de Almanegra, que allí estaba sin quitarles un ojo de encima y la interrogó enarcando las cejas por si necesitaba su

ayuda. María de la Caridad, para agradar a su hija, se sentó en el sillón de hamaca, pero con dolor de su alma porque lo que le salía del cuerpo era continuar con el paseo. Ernestina, que no barruntaba ni por asomo los gratos entresijos en los que se debatían los deseos de su madre en aquellos momentos, miró de nuevo hacia Almanegra, al que un marinero había abordado. Agapito Luzardo se acercó a las hamacas donde madre e hija reposaban. «Perdonen, pero me ha mandado llamar el capitán. Necesita hablar conmigo, será solo un momento. Dejo al marinero para que las vigile.» Sin que lo viera María de la Caridad, Agapito le había alargado su Luger a Ernestina, no se fiaba de nadie; esta recogió el arma y se la acomodó lo mejor que pudo a su lado, tapándola con el vuelo de su falda. Era idéntica a la de su padre, que le había enseñado a disparar en La Isleta, en los solares desiertos tras pasar el Puerto de La Luz y los almacenes de abasto. Ernestina le hizo una señal de asentimiento, Agapito se dirigió al puente de mando donde lo esperaba el capitán cabizbajo. Era un hombrón recio, de risa parca, afeado por las marcas de viruela que le hollaban el rostro. Sin preámbulo le tendió el telegrama. Agapito Luzardo se vio envuelto en un helor que lo atravesó de la punta de sus pies a los extremos de su cabello hirsuto e indomesticable. «Meta el barco a toda máquina, o como se diga. Haga lo que sea, pero necesitamos llegar a Cádiz ya, ¿me entiende?» Lo entendía a la perfección, a él también le hubiera gustado volar en esos momentos y atracar en la bahía gaditana en cinco minutos para descargar y volverse a Las Palmas también volando; pero las leyes de las matemáticas y la física eran las que eran y, por más que avivó el ritmo de los motores, seguía viendo mar y no vestigios de la Tacita de Plata, porque las distancias son las que son y no se pueden cortar como con un cuchillo la manteca. Agapito se guardó el telegrama. Al capitán no le exigió silencio porque conocía de antiguo sus lealtades con la familia Silva, pero sí maniató bien la boca del telegrafista, que no pudo evitar mearse al sentir en su nuca el cañón de una pistola al tiempo que la voz de asesino de Almanegra lo amenazaba con volarle los sesos si se atrevía a comentar una coma del telegrama. Tras salir el sicario de la cabina convencido de que aquel barbilampiño no se atrevería ni a musitar su nombre en un par de días, el capitán le puso la mano en el hombro a su oficial de telégrafo. Le palpó los brincos que el miedo le hacía dar, sacó el capitán una petaca de su bolsillo y le ofreció un trago. «Tome, beba, le hará bien. Es un día jodido para todos... Vaya a cambiarse y descanse un par de horas, yo me hago cargo del servicio.» El telegrafista cumplió la orden del capitán, daba pena verlo con el pantalón mojado de orina, humillado por haber sentido pánico de morir de un disparo en la nuca. La humillación hubiera sido mayor si el capitán le hubiera confesado que el cañón que notó en la nuca no era de una pistola, la Luger de Agapito la guardaba Ernestina, sino una pluma estilográfica que había tomado al azar el matón de don Feliciano como podía haber agarrado la regla o el cartabón que también se hallaban sobre la mesa del puesto de mando; hubiera surtido idéntico efecto.

Esa noche el capitán recibió a María de la Caridad y a su hija Ernestina vestido de gala. No había podido agasajarlas hasta entonces como correspondía a causa de la gravedad del mareo padecido por la esposa legítima del dueño del *Faro del Cabo Mayor*. Esta se había compuesto

con un vestido de gasa negra de pedrería y una capa de terciopelo rojo y cuello de armiño. El atuendo no había sorprendido a Ernestina, que conocía bien el armario de su madre; pero sí el resultado que ofrecía, pues parecía haber rejuvenecido veinte años y poseer en la cara el resplandor de una embarazada. Su hija no la había visto nunca tan guapa, tan reluciente como en esa cena que les ofreció el capitán en el *Faro del Cabo Mayor*, que las transportaba a la Península. No había peluquería a bordo; pero eso no fue problema porque María de la Caridad se daba muy buena mano, así que fue ella la que se onduló el pelo con las tenacillas que se había traído de Las Palmas. También le arregló la melena a su hija alisándosela con el cepillo y formándole con unas horquillas un moño de chica Gibson que le salía como en los anuncios de las revistas. Se hicieron la manicura una a la otra, eligiendo la madre un esmalte burdeos y su hija un rosa nacarado. Al capitán le costó desconectar de las circunstancias del telegrama recibido menos de lo previsto. Se debió ello al gusto que le daba contemplar a aquella mujer madura que parecía renacida y nueva; tanto que, a pesar de lo inconveniente que resultaba por razón de lo que sabían en el barco solo Almanegra, el telegrafista y él, la comenzó a mirar con apetito de hombre en alta mar. Además, la conversación fluía amena en todos los frentes, desde el peligro que corrían al atravesar el Atlántico incluso ondeando la bandera neutral de España o la imperiosa necesidad de que el país resolviera sus conflictos en Marruecos, que debilitaban cada vez más la monarquía de Alfonso XIII, hasta cómo la Gran Guerra había interrumpido la celebración del Tour de Francia, del que era muy seguidor el capitán, o de Pablo Picasso, que había asombrado al mundo con *Las señoritas de Avignon*, un cuadro en el que pintaba a unas meretrices desnudas, lo que los llevó también a dialogar acerca de si la desnudez en el arte estaba exenta del recato y se debía valorar por otros considerandos más estéticos que morales. En este punto fue Ernestina la que intervino agarrando la muñeca de su madre para que se contuviera un tanto y no se perdiera entre berenjenales, al tiempo que solicitaba al capitán su permiso para retirarse con su progenitora tras aquella cena tan encantadora. El marino se levantó al punto y cumplimentó con extremada cortesía a aquellas dos contertulias tan hermosas y amenas. Lástima del contenido del telegrama, mierda de vida.

Agapito Luzardo, que observaba desde el dintel de la puerta del comedor, apuró un cigarro y lo lanzó al mar negro en aquellas horas ya cercanas a la media noche. Pasaron sus protegidas y se encaminó detrás de ellas. Cuando cerraron su camarote, dio un último rodeo al pasillo y se introdujo en el suyo. Se acostó en la cama sin quitarse la ropa ni los zapatos. Extrajo el telegrama y lo releyó esperando, en vano, que lo hubiera entendido mal en sus anteriores lecturas. Pero no fue así, Casiano Ballesta, quien lo firmaba, había sido claro, rotundo, como los golpes que las olas producían al batir el casco de aquel buque que se abría paso acelerado hacia la bahía de Cádiz con el Atlántico, más que nunca, abierto en mil heridas.

## La floristería

Era jueves, 4 de julio de 1918, y ya habían transcurrido seis días desde el incendio del Pérez Galdós y el robo de la cartera. Feliciano Silva seguía convencido de que el causante era el hurón de Mr. Sharman, pero este no había mostrado ninguna señal de animadversión. Bien al contrario, los contactos que el Guirre le había ordenado mantener a Casiano Ballesta con el córnico parecían llevar buen fin y no se había manifestado ninguna postura enfrentada. Feliciano dudaba entre aguardar con prudencia o dar el paso y presentarse en la habitación de Mr. Sharman en el hotel Metropole y decirle, cara a cara, que sí, que negociaba también con los alemanes y que le ofrecía en bandeja las coordenadas de sus submarinos y de sus barcos a cambio de protección; porque los alemanes irían a por él, si no lo hacían ya, al no responder a la generosa oferta que le habían formulado. No confiaba en nadie, pero en Mr. Sharman menos que en ninguno. Era listo, fanático y patriota; una combinación cabrona. Y si de casualidad la cartera la había agarrado algún listo que pasó por allí ajeno a todo y estaba callado como un ladrillo contando el dinero que había dentro y los documentos los había quemado porque no le importaban una mierda... Y si... Nunca se había sentido tan desnortado, no llevaba la iniciativa y eso lo desconcertaba. Lo único que había hecho era esperar escondido en el Berlín, solo se había atrevido a salir para despedir a Ernestina y a María de la Caridad protegido por toda su tropa como un animal asustado. Al carajo, se acabó. Que se fueran a tomar por culo los alemanes y los británicos; que ellos tendrían sus imperios, pero él también tenía el suyo. Ese jueves, 4 de julio, en el que resolvió volver a ser quien había sido siempre y llevar la delantera, les comunicó a Pascual y a Paulino que saldrían del Berlín para acompañarlo a hacer una visita al panteón de sus abuelos paternos. De algún modo había que recuperar la normalidad y al contrabandista no le pareció mal hacerlo acudiendo con sus hijos al cementerio de Las Palmas. Aparte de que sentía un interno deseo de sentarse en el interior del panteón y establecer uno de sus diálogos inaudibles con sus padres fallecidos, buscaba proyectar la imagen familiar de un rey con sus herederos a su vera, sin ningún atisbo de miedo en sus rostros, con el bastón de mando bien empuñado. De todos modos, tomó sus precauciones. Una de ellas fue avisar a don Federico por medio de Ramón Castro para hacerle saber que le haría una visita breve a su floristería a las seis de la tarde. No se iba a

entretenen, así que debía tener a esa hora ya preparados los ramos para sus padres y el de Ofelia O'Higgins.

El finlandés, que después tuvo que ser atendido de nuevo por Carmita como en los tiempos de la muela infectada y del entablillamiento de su pierna por la fractura de tibia y peroné, aseguraba a su esposa que él solo había sido amable con aquel cliente que había entrado al momento de marcharse el guardaespaldas de don Feliciano. Sí, tenía un fuerte acento inglés, como muchos otros que vivían en la isla. Le dijo que era un buen amigo de don Feliciano, que este le había recomendado la floristería, que sería una suerte coincidir con él si de casualidad aparecía por allí en esos momentos. No le contó más que lo que cualquier persona decente hubiera dicho, que un empleado suyo se había presentado allí esa mañana para decirle que don Feliciano vendría a las seis de aquella tarde a hacerle una visita corta y a recoger sus flores. Solo había sido amable y educado. Aquel sujeto canijo y pecosó también lo fue, le dio las gracias por la información y se llevó una orquídea blanca con motas encarnadas como gotas de sangre. Carmita no se atrevió a pegarle dos buenos bofetones, que era lo que se merecía por ingenuo, continuó aplicándole paños de alcohol en la frente para bajarle la fiebre que de repente le había subido junto a la tiritona. Mira que se lo tenía dicho, que a don Feliciano no había que mentarlo ni para hablar bien de él; menos aún para revelarle a los que lo querían muerto el lugar exacto donde se iba a hallar a las seis de la tarde.

La orden recibida el sábado 29 de junio, justo al día siguiente de enviar por telégrafo los documentos de la cartera a Londres, provenía del alto mando e iba dirigida a Mr. Francis Sharman, enlace militar en Gran Canaria. Era como debía ser una orden, escueta y clara: «Eliminación inmediata del suministrador. Espere por el equipo en marcha. Urge información sobre el objetivo para establecer el mejor punto de ataque». Lo había tenido a tiro en el Puerto de La Luz, cuando salió del escondrijo del Berlín para despedir a su hija, a su mujer legítima y a Almanegra; pero no quiso desobedecer las órdenes recibidas. Debía esperar por los profesionales que llegaron el miércoles por la tarde, cinco miembros de las fuerzas especiales que querían resolver aquel asunto cuanto antes. Tuvieron suerte porque la mañana del jueves a Feliciano Silva se le acabó la paciencia y resolvió reiniciar sus actividades como el Guirre. La constancia de husmeador de Mr. Sharman, apostado a una prudencial distancia del Berlín para ver los movimientos del rey enrocado, le permitió observar a Ramón Castro. No cogió ni el Rolls-Royce ni el Ford, que se encontraban en la acera del Berlín; no iba lejos. No podía dividirse, dudó entre seguirlo o continuar allí en su puesto de vigía, un pálpito de perdiguero le hizo ir tras el sicario. Cuando cruzó la Alameda de Colón ya supo dónde se dirigía. Había visto como el Guirre acudía casi todas las semanas a aquella floristería y luego, tras pasarse un rato conversando con el dueño, que era un finlandés un tanto excéntrico, se encaminaba hacia el cementerio de Las Palmas para depositar un ramo en el panteón de sus padres. La charla posterior que mantuvo con el florista le corroboró que aquella era la oportunidad que buscaba. Calibró la conveniencia de llevar el ataque allí, justo en El Jardín de la Alameda, o hacerlo en el cementerio. Eligió la

primera opción, no quería arriesgarse a que en el trayecto hacia el camposanto Feliciano Silva descubriera algún síntoma que lo avisara de la emboscada y se viniera esta abajo. La tienda de flores del finlandés era buen sitio, tenía una tapia alrededor donde camuflarse. Dicho: allí, no había que pensarlo más. Se trasladó al hotel Metropole y comunicó al jefe del comando que había luz verde, a las 18.00.

La muerte, en el caso de Feliciano Silva, no fue presentida. Quizás porque desde que de niño sobreviviera durmiendo bajo las barcas de Las Alcaravaneras estaba al acecho de dónde le vendría el zarpazo que lo matara, se fue acostumbrando a esa presencia fantasmal y constante que lo acompañaba como su piel. Cuando salió del Berlín hacia El Jardín de la Alameda no advirtió que ese espectro fuera más intenso que otros días. Tampoco sus hijos observaron nada más extraño que lo habitual cuando salían a la calle: la mirada gacha de aquellos con los que se cruzaban y los murmullos que se reducían al silencio cuando se acercaban junto a su padre. En el sillón trasero del Rolls-Royce se subieron Feliciano Silva y Pascual; delante iba Paulino, conducía Luciano Castro. Su primo Ramón iba en el Ford de escolta con cuatro hombres armados. Circularon por Triana hasta la intersección con la calle Malteses, por la que subieron hacia la Alameda. Siguieron recto el trazado de esta, tomaron la calle de Santa Clara hasta alcanzar la esquina con la calle de Enmedio, justo donde se ubicaba la puerta de El Jardín de la Alameda. Eran las 17.52. Se habían adelantado unos minutos, los militares ingleses no esperaron a las dieciocho horas en punto para atacar. Del mismo modo que Feliciano Silva no había presentido la muerte, sí que tuvo la certeza de que aquel era el fin de su reinado. Lo único que intentó hacer fue proteger a sus hijos, pero fue en vano. Cuando asió la culata de su Luger, ya una bala de las decenas que caían sobre los coches había trepanado el cráneo de Pascual; su cabeza había rebotado sobre su hombro varias veces derramando masa cerebral sobre el traje de su padre. Paulino fue el que había reaccionado más pronto al ver saltar por la tapia de la finca colindante a la tienda de flores de don Federico a aquellos soldados con las bayonetas caladas en sus Lee-Enfield. Pudo incluso abrir la puerta del Rolls-Royce y ponerse de pie, pero nada más. El golpe que sintió en el pecho fue atroz, una cox de camello que lo empujó hacia el interior del vehículo del que había salido con los brazos abiertos y un agujero negro en medio de la camisa del que manaba un caudal de oscura sangre batiente. Fue al agacharse a socorrer a su hijo Paulino cuando Feliciano sintió el primer desgarr en la espalda, a la altura del pulmón, que quedó abierto por el proyectil. Su cara rebotó en la parte trasera del asiento del conductor, en el que Luciano Castro saltaba ya sin vida al recibir los impactos de los proyectiles que lo agujereaban. Luego sintió otra andanada de nuevo en la espalda que hizo incrustar más su rostro moruno en el tapizado de cuero del sillón del Rolls-Royce. Abrieron la puerta y lo sacaron del coche, lo colocaron sobre la calle boca arriba. Distinguía apenas a los que lo rodeaban, eran militares ingleses jóvenes como sus hijos, que yacían asesinados. No reían, continuaban apuntándolo como si temieran que recuperara la vida que se le iba y arremetiera contra ellos con el coraje y la crueldad que le habían permitido ser un emperador en el Atlántico. Mr. Sharman se

le acercó, tanto que pudo distinguirle sus pecas, que le parecieron entonces asquerosas como las manchas de un sapo repugnante, baboso. «Lo siento, señor Silva, es la guerra. No teníamos otra alternativa.» Y le dio un toquecito consolador en el hombro. No quería morir con aquellas últimas palabras lastimosas de aquel hijo de puta. Y lo hizo, resistió hasta que el sargento se llegó hasta él y le ordenó con la autoridad de un militar bragado que cerrara los ojos. Se lo dijo en inglés, pero lo entendió como si fuera su madre quien lo pronunciara a la hora de dormirse. Cerró sus ojos verdimiel y recibió el disparo de gracia.

## Un regreso súbito

Ernestina se negó a bajarse del *Faro del Cabo Mayor* para despedir a su madre en el muelle de Cádiz. Le dio un beso en el camarote después de decirle que la entendía pero que no la perdonaba y que no quería volver a verla nunca más en la vida. Después la acompañó sin hablarle hasta la escalerilla, dejó que descendiera con todos sus bártulos, que portaban varios marineros para cargarlos en un taxi que allí esperaba. Se quedó en la borda viendo cómo se marchaba sin ni siquiera decir adiós con la mano por la ventanilla del coche. Unos pasos por detrás de Ernestina, Almanegra posaba con el sombrero circulando entre sus manos y sin saber qué decir. En realidad, se había visto en las máximas dificultades para expresarse desde que el capitán le había entregado el telegrama enviado por Casiano Ballesta. A su parquedad congénita en el habla se le había añadido el nudo en el estómago que se le había formado desde entonces. Encima lidiaba con la decisión de si había hecho bien en no decirles nada a la señora ni a la niña hasta que llegaron a Cádiz, con la esperanza de que siguieran con el viaje a Madrid y no se les ocurriera volver a la isla, porque ya no serviría para nada sino para llorar y honrar a los muertos, y eso lo podían hacer de lejos, que aquello les iba a joder la vida a las dos; a la madre porque no iba a recuperarse de la muerte de sus hijos, y a Ernestina porque la condenaría a ser la heredera de un reinado tintado en sangre. Habían entrado en la bahía de Cádiz; las mujeres estaban alborozadas. A María de la Caridad ya le entraron las prisas por recoger los enseres y ordenar todo para el desembarco. Tras el mareo fatídico de los primeros días, le había cogido gusto al bamboleo del barco; pero ahora ya llegaban a puerto y se le desbravaron las ansias de arreglarse para bajar a tierra y pasar unos días en Cádiz antes de marchar a Madrid. Paquita Araujo, que viajaba al menos una vez al año a la Península para visitar a los familiares de allí que aún le quedaban vivos, la había aleccionado bien. «Tú te alojas una semanita en el balneario Playa Victoria y te relajas del viaje dándote paseos por la plaza San Juan de Dios, donde están el ayuntamiento, la iglesia y la casa de los Pazos Miranda. Luego te vas por el barrio del Pópulo hasta la catedral. No vayas a dejar de ver la plaza de las Flores ni la Torre Tavira... Claro, mujer, ya que te vas con la niña, pues aprovecha y te tomas un jerez con mojama, que eso es gloria bendita.» Siempre fue muy espontánea Paquita Araujo, pero en aquella ocasión parecía haberse esforzado más llevándose sus dedos anillados a la boca y haciendo un gesto de chuparse los

dedos que rayaba en lo obscuro. Una semana no, pero un par de días sí que podrían estar en Cádiz. No se lo había dicho a Ernestina, pero imaginaba que esta no le iba a objetar nada al respecto; al contrario, seguro que estaría de acuerdo, la prisa por llegar a Madrid no era tanta para dejar de disfrutar de dos o tres jornadas en la ciudad andaluza. Sin embargo, no tuvo tiempo de comunicárselo a su hija. Un toque en la puerta hizo que las dos mujeres cesaran su tarea de recogida. Fue Ernestina quien abrió. Agapito Luzardo estaba allí, descompuesto, con el telegrama en la mano. Cualquier fórmula hubiera sido igual de dolorosa a la que empleó el lugarteniente de Feliciano Silva para darles la noticia, pero a Ernestina se le antojó la peor de todas. Agapito les extendía la mano con el telegrama mientras murmuraba: «Mi más sentido pésame». Los marineros ya lanzaban los cabos para sujetar en los noráis al *Faro del Cabo Mayor*, que se desplazaba suave, como si se deslizara sobre nata, para acomodarse en el espigón del muelle. Fue Ernestina quien agarró el papel y se dispuso a leerlo. Almanegra dio varios pasos atrás hacia el corredor; hubiera preferido en ese momento estar jugándose la vida con navajas abiertas que allí sin saber qué coño hacer.

Comunico noticia trágica, don Feliciano Silva ha sido asesinado en emboscada. También sus dos hijos, Pascual y Paulino. No se sabe causante de tragedia. Tengo cuerpos cubiertos de hielo hasta regreso de doña María de la Caridad y su hija. Me he hecho cargo de asuntos hasta llegada de estas. Estamos desolados. Que Dios los perdone y descansen en paz.

Las Palmas de Gran Canaria, 4 de julio de 1918

CASIANO BALLESTA

Ernestina lo había leído no en voz alta, pero sí lo suficiente para que a su madre le llegara nítido el contenido luctuoso de aquellas breves líneas firmadas por el abogado de la familia. María de la Caridad exhaló solo un grito ensordecido por sus manos, que intentaban cerrar su boca dirigida, como una proa sin agua, hacia el techo del camarote. Fue solo un grito; pero largo, extenuante, con la magnitud del pesar que le trizaba las entrañas. Creyó lo que en el telegrama se refería desde el primer instante; no dio cabida a la duda, al error. El luto se apoderó de ella como la hoja de una guillotina, rápida, certera, succionadora, eficaz. No buscó consuelo ni en su hija, ni en Agapito Luzardo, ni en el capitán, que en el puente de mando ultimaba los detalles del ataque del *Faro del Cabo Mayor*. Después de proferir aquel grito, se pasó la mano por la comisura de los labios como para desasirse del gusto de acíbar con el que se habían cubierto, se retiró las guedejas de cabello que se habían soltado de su pasador y se secó las lágrimas de kilo que le habían saltado de los ojos. Luego volvió a la labor de recoger sus pertenencias con el ánimo agujereado, pero con la intención firme de bajar a tierra y no regresar a Las Palmas ni muerta, como lo estaban sus hijos.

Ernestina había dejado a su madre con el grito en ristre para salir en busca de Agapito, a quien abofeteó, arañó, pateó hasta que quiso, que fue mucho. Lo hizo por no anegarse en un llanto que no se permitió; por la rabia de perra que le había brotado para destrozar a mordidas a quienes se

le pusieran por delante, culpables o inocentes, le daba igual; por la pena que la sajaba por dentro al imaginar los cuerpos desnudos de su padre y sus hermanos cubiertos de hielo, fríos, esperando que llegasen ella y su madre para ser enterrados en una tierra caliente, abrigadora. Lo hizo por no haberle dado el telegrama cuando lo había recibido, un día antes, y haber podido hacer virar el barco hacia Gran Canaria, que entonces tenían más cerca que ahora, ya atracados en el puerto de Cádiz. Lo maldijo con todas las malas palabras que se le vinieron a la mente, que no eran tantas para aliviarse. «Señorita, lo hice por su bien, para que no regrese a la isla. No vuelva allí, se lo ruego. Los muertos, muertos están.» Ernestina le exigió que le diera la Luger. Agapito se la entregó pensando que le daba a su verdugo el arma con la que lo iba a ajusticiar. Incluso agachó la cabeza para facilitarle el tiro, pero Ernestina lo dejó en el corredor y salió hacia cubierta buscando al capitán. Lo encontró en el puente de mando, daba las últimas instrucciones del ataque. Lo encañonó con la Luger. «Regresamos a Las Palmas ya. No quiero excusas, ¿me entiende?» El marino se estiró cuan largo era, como si esa reacción física le evitara el impacto del disparo si este llegara a realizarse por parte de la hija de don Feliciano, del cual, lo advirtió entonces, había heredado aquella mirada de demonio que se le ponía al revirarse. «Ernestina, baja el arma, tenemos que hablar.» María de la Caridad había dejado el empaquetado de sus enseres por solicitud de Agapito Luzardo; este, sin atreverse a entrar en el camarote, le rogó que lo acompañara porque la señorita iba a cometer un disparate, se había llevado su pistola. Entre la niebla que se le había condensado en sus pensamientos, María de la Caridad sacó fuerzas de flaqueza para posponer el ritual de hacer sus maletas y seguir a aquel hombre, por el que de súbito sintió lástima. Nunca fue de la familia, aunque rondase a todo rato alrededor de la casona de El Silencio como un perro sin ladridos, mudo. Ahora, cuando todo apuntaba a unos días felices en Cádiz antes de partir a Madrid, tan lejos de la isla en la que se le desencadenaban las tormentas, la aplastó una realidad que había temido durante años. Sus hijos estaban muertos y ella no quería verlos destrozados. Por eso se enfrentó a Ernestina y la conminó a que bajara la pistola con la que amenazaba al capitán. No pudo convencerla de que marchara con ella a Madrid, tampoco insistió demasiado. Llevaba el genio de su padre en las venas. Supo que la perdía allí, en el puerto de Cádiz donde iba a desembarcar; pero prefería hacerlo así que regresar a Gran Canaria, donde yacían sus niños asesinados. La criticarían por no asistir al entierro los de siempre, los que también se habrían alegrado de que alguien hubiera tenido el coraje de matar a aquel hijo de la gran puta que era el Guirre y a sus dos varones, que eran unos chiquillos todavía pero a los que no les quedaba otra que también ser tan hijos de la gran puta como su padre. Los velaría desde la distancia, los lloraría el resto de su vida; pero no pensaba volver a pisar la isla de su desgracia. Su hija, sin embargo, no deseaba más que llegar para enterrarlos como se debía y luego ejecutar su venganza. Se viró hacia su madre: «Te doy una hora para que termines de hacer tu equipaje y desembarques. Dentro de una hora el capitán tiene orden de zarpar rumbo a Las Palmas». Así fue. Los marineros rabiaban por no disponer al menos de una noche de desahogo en las tabernas y prostíbulos gaditanos, pero las órdenes del capitán y del resto de los oficiales

fueron contundentes. «No hay paga hasta llegar a Gran Canaria.» Que no se quejaran, iba a ser una paga doble. Los más revoltosos fueron vueltos al redil con la presencia de Almanegra, cuya mala fama todos conocían de modo más o menos directo. A las once de la mañana el *Faro del Cabo Mayor* se despegaba del muelle. Había sido la estancia más corta de un barco jamás registrada en el puerto de Cádiz. El taxi que conducía a María de la Caridad hacia la estación del tren ya había desaparecido de la vista de Ernestina.

Su madre había decidido trasladarse a Madrid lo más pronto posible, se había olvidado de los paseos gaditanos previstos, estaba de luto. María de la Caridad vivió tres años más en la capital de España, hasta el 20 de septiembre de 1921. Llevó una vida solitaria en la casa que habían alquilado para que Ernestina se alojara mientras estudiase en la universidad. A pesar de sus posibles, que se notaban en las compras que hacía y en sus modales de señora, no dispuso de sirvienta. A través de las ventanas se la veía siempre de faena. Las vecinas la tenían en buena estima, hablaba poco pero se prodigaba en invitarlas con comidas y postres de su tierra, de las Canarias. En el duelo, al que no asistió ningún familiar, que no se le conocía, las pocas mujeres que la acompañaron coincidían en que había muerto de soledad y de alguna pena que nunca les desveló. Una de las duelistas se atrevió a contar que debían de ser cosas de hombres, porque al año más o menos de vivir allí la había visitado un señor de buen porte, aunque algo entrado en carnes. La visita fue corta, apenas unos quince o veinte minutos. El sujeto salió con la cabeza gacha y nunca lo volvió a ver por allí. Según su marido era un político; no se acordaba del nombre, pero sí de la cara por haberlo visto fotografiado en los periódicos que leía con parsimonia en la barbería. No era del todo cierto, Anselmo Acevedo se había retirado de su cargo de diputado del Partido Liberal dos años antes. Le habían diagnosticado un soplo cardíaco que le exigía una vida menos agitada que la del debate parlamentario en las Cortes. Le costó bastante renunciar a ella, su esposa puso mucho de su parte para obligarlo a tomar la decisión definitiva; al final dio su brazo a torcer y acabó dejando su escaño a otro compañero del partido por razones de salud. Ni siquiera sopesó la idea de regresar a Las Palmas. Se había acostumbrado a la vida madrileña, hasta el punto de que en ocasiones se le hacía raro recordar que había tenido una vida anterior en aquellas islas lejanas. Como suele suceder con esas cosas, la noticia de la muerte de Feliciano Silva le llegó de casualidad. El retiro obligado de la vida pública lo condujo a un inesperado aislamiento voluntario, se impuso el deber de no leer la prensa ni asistir a los cafés habituales donde compartía mesa con sus correligionarios e, incluso, con algún que otro contrincante. Le afectó tanto la renuncia de su cargo de diputado que se apartó a conciencia de los mentideros y poco o nada sabía del mundo, menos aún del mundo de Canarias. Fue un sobrino suyo, que hacía una escala en Madrid antes de continuar con su esposa el viaje de luna de miel a Italia, quien le contó el suceso que acabó con el asesinato del Guirre y de sus dos hijos mayores. El exdiputado solo se interesó por la suerte de la viuda, de María de la Caridad. Así fue como supo que llevaba casi un año viviendo en Madrid. Entonces sí que removió sus contactos y dio con ella. Se presentó ante su puerta con los nervios de un chiquillo tembloroso en una

primera cita. No sabía cómo lo recibiría, si le permitiría la entrada. Feliciano Silva lo había obligado a salir de su vida y él agachó la cabeza y se largó. Ni siquiera ladró a la patada que le habían pegado. Salvó su cabeza y fue premiado con el puesto de diputado que tanto echaba de menos ahora como jubilado por razones médicas. Lo cierto era que la había abandonado, la había dejado al pie de los caballos. Tampoco supo con certeza si María de la Caridad lo amaba o solo lo necesitaba para contrarrestar el dominio absoluto de su marido, y sobre todo el escarnio del adulterio que mantenía con Ofelia O'Higgins. Por miedo al Guirre nunca dio el paso de subirla a su alcoba y desvestirla y comprobar que su cuerpo era, en toda su extensión, tan verdadero y cierto como el que él deseaba desde hacía tanto tiempo.

María de la Caridad se llevó un mechón de su pelo cano hacia atrás al abrir la puerta. Fue un acto instintivo, inspirado más por el nerviosismo que por la coquetería. Estaba más vieja de lo que esperaba y había engordado; sus piernas y sus caderas se habían abultado. Su cara delataba, sin embargo, destellos antiguos de la niña mona que fue, un rostro porcelanESCO que se había agrietado con las arrugas como surcos de papas. Lo invitó a pasar para evitar que la vieran allí en la puerta hablando con un desconocido, también por no cerrarle la puerta y dejarle con las frases que se le entrecortaban. Pero ello no significó más que un gesto educado. María de la Caridad no respondió a la visita de Anselmo Acevedo sino con la frialdad de una mujer que no quería remover su pasado. Le ofreció un café y le preguntó por su vida. El exdiputado le habló de su matrimonio, de su esposa, de sus dos hijas y del retiro obligado de la política. Diez minutos, en total; su vida no ofrecía mucho más que decir. Fue entonces cuando se vio con el ánimo para iniciar la disculpa que llevaba tanto tiempo esperando expresarle, pero María de la Caridad no le dio oportunidad. «Creo que es del todo inconveniente que venga usted a visitarme. Le he dejado entrar solo un momento por cortesía. Por favor, váyase y no vuelva nunca más.» Anselmo Acevedo se mantuvo estático unos segundos, con la mano derecha sosteniendo la taza del café medio vacía y con la izquierda el plato. Había quedado boquiabierto, tenía en mente justo las palabras exculpatorias que quería decir, pero le había negado la posibilidad de hacerlo. Para que quedara más clara su determinación, María de la Caridad se había levantado de la silla y se encaminaba hacia la puerta. Dejó el plato y la taza en la mesa y se dirigió a la salida. Una inclinación con su sombrero y una mueca bastaron para dar cuenta de que había entendido a la perfección sus deseos y que no volvería a molestarla. Se llevó de ella la imagen de una mujer perdida y aislada, con apenas unos hilos que mantenían la hermosura de antaño. En los albores de la vejez, había contado con la romántica esperanza de que el encuentro reanudara, propiciado por la lejanía de la isla, su complicidad; pero lo único que le produjo fue una lástima infinita por aquella mujer que ya le era tan extraña. No le había dado tiempo ni para darle el pésame por la muerte de sus hijos y de su marido. La verdad era que el pésame por este último hubiera sido falso porque también él era uno de los que se habían alegrado de que lo hubieran asesinado.

Fernanda Castellano continuó escribiéndole cartas a María de la Caridad hasta pocos días antes de la muerte de esta en septiembre de 1921. Por mucho que le insistió, la viuda de

Feliciano Silva no accedió a instalar un teléfono en su casa madrileña. La antigua institutriz de sus hijos le informaba de los acontecimientos más noticiosos que ocurrían en Gran Canaria, como la reconstrucción del teatro Pérez Galdós, que ya había comenzado en mayo de ese 1921, y por la que María de la Caridad se interesó mucho. Fue al no recibir respuesta a sus últimas cartas cuando Fernanda se preocupó hasta atreverse a acudir a El Silencio para preguntarle a Ernestina si sabía algo de su madre que ella desconocía. La respuesta fue concisa.

—Murió el mes pasado, el día 20.

—¿Y no fuiste capaz de decírmelo?

—No se lo dije a nadie. Pensé que ya lo sabías, como eras la única que te escribías con ella...

—Pues no, es la primera noticia. Los muertos no tienen la costumbre de escribir cartas para comunicar su muerte... Ni siquiera hiciste una misa en su memoria.

—Ella renunció a la familia, yo no. Aun así, me encargué de su entierro. No tengo por qué darte más explicaciones. Ahora te ruego que me dejes, tengo que atender mis negocios.

La antigua institutriz salió de aquella casa donde había enseñado a leer, a sumar, a restar, la lista de los reyes godos, los ríos de España, y así hasta casi todo lo que ella sabía a los hijos de Feliciano Silva y María de la Caridad, incluida a aquella Ernestina a la que el pueblo llamaba desde hacía tiempo la Guirra. Fernanda Castellano convenció a su marido para que le dejara usar parte del dinero del fondo que guardaban para la vejez, que ya habían cruzado. Compró un pasaje de ida y vuelta a Madrid, con escala en Cádiz, como había hecho María de la Caridad. Fue un viaje triste, pero reconfortante. No disfrutó como hubiera querido al contemplar los paisajes nuevos que se ofrecían a una mujer que nunca había salido de la redondez de la isla en que había nacido: la alta mar, la blancura gaditana, el campo andaluz, la llanura manchega, la capital con sus grandes avenidas y sus museos...; pero todo cobró sentido cuando al fin se halló ante la tumba de María de la Caridad con un ramo de flores en su mano. Esperaba encontrar una lápida sucia, abandonada, y halló una tumba de mármol rosa reluciente, rodeada de macetones con geranios, lirios, gladiolos y crisantemos. El sepulturero no fue demasiado explícito, pero sí lo suficiente para hacerle entender que aquel cuidado lo pagaba un giro postal que le llegaba todos los meses puntualmente desde Canarias. También el giro incluía una misa al mes y los días señalados, como el de Todos los Santos, en beneficio de la difunta. No le cupo duda de que el giro era enviado por Ernestina a través de Venancia, la secretaria de don Feliciano Silva, que había seguido al servicio de su hija. Se alivió todavía más cuando pasó por el piso en el que vivía María de la Caridad, todavía no había sido alquilado a ningún otro inquilino. Pudo entrar presentándose como de la familia. Se encargó de vaciar todos los cajones, de tirar la ropa más usada y de entregar a las vecinas cestas con lo aprovechable para que dispusieran de ello como quisieran, para sí o para entregarlo en alguna iglesia para los más necesitados. Consigo solo se llevó varios marcos de fotos y las joyas. Cuando llegó a Las Palmas hizo un paquete con ellas y se lo envió todo a Ernestina con un escueto «Vi que descansa en paz, con su alma y su tumba bien atendidas. Gracias». No hubo respuesta de su parte ni devolución alguna de las pertenencias

entregadas, lo que Fernanda Castellano apreció como una batalla ganada al aparente desamor de la Guirra por su madre.

## La sucesión

Los cadáveres mostraban evidentes signos de corrupción. El hielo, que les seguían echando abasto con palas para cubrirlos, no fue suficiente para que algunas partes de sus cuerpos comenzaran a pudrirse; ya hedían. El calor, que el tiempo del sur acompañado de calima había infligido a la isla, había contribuido a acelerar el proceso natural de descomposición. Cuando Ernestina llegó al Berlín solo admitió antes de verlos el beso de Ofelia O'Higgins, que suspiraba con su venida para por fin enterrarlos. Cada nuevo día que se levantaba de la cama tras el atentado era para la irlandesa un suplicio, una prueba dolorosa, al observar aquellos cadáveres flotantes en hielo en la bodega, donde habían decidido instalarlos por ser el lugar más fresco del recinto. Casiano Ballesta, a cierta distancia, pues nunca había dejado de temer una recaída del padecimiento de ardores por la irlandesa en el que había sucumbido hacía tanto tiempo, le sugirió que evitara entrar en la bodega, que no era necesaria su presencia allí; pero ella no dejó de hacerlo ni un solo día, alargando aquel duelo extraño y doloroso hasta que por fin llegó Ernestina. Esta quiso quedarse sola con su padre y sus hermanos. Allí estuvo por espacio de casi una hora. Fue el tiempo que empleó en manifestarles a Pascual y Paulino que lo sentía mucho, de verdad; que, a pesar de estar muertos desde hacía más de una semana, de lo deformados que estaban sus miembros, de los agujeros morados de las balas, todavía se los veía guapos y jóvenes como eran antes de que ella se marchara en el *Faro del Cabo Mayor* hacia Madrid para estudiar. Les pidió perdón por no estar también ella en una de aquellas bañeras envuelta en hielo, que solo por haber nacido mujer se había salvado de morir acribillada. Le dio tiempo también a excusar la ausencia de su madre, que no había querido volver a la tierra donde le habían matado a sus hijos. A su padre solo le confirmó que no debía preocuparse, que ella mantendría su reino en pie. Le habló de su plan de venganza y de los cambios que había pensado llevar a cabo en sus negocios; eran nuevos tiempos y había que amoldarse a ellos. Supo que la habían escuchado. Determinó que ya era hora de enterrarlos. No esperó más, no quiso retrasarlo ni para descansar unas horas de aquel viaje desde Cádiz que había puesto al barco al límite de la extenuación, tal fue el castigo que sufrieron los motores por la orden expresa de Ernestina de regresar a la isla cuanto antes. Solo empleó un rato en asearse y en cambiarse el vestido por el único de luto que guardaba en su armario, el que llevó en el funeral por su abuela Elena tres años antes. Vio que había adelgazado,

le quedaba suelto en las caderas; pero se las arregló con un cinturón negro que ajustó en el último de los agujeros.

El entierro fue privado, solo asistieron Ernestina, Ofelia O'Higgins, Agapito Luzardo y Casiano Ballesta. Fueron enterrados en el panteón familiar del cementerio de Vegueta, que Feliciano Silva había construido para dar una sepultura más digna a sus padres; el panteón donde pensaba depositar el ramo de la tienda de flores de don Federico antes de que lo asesinaran junto a sus hijos y a sus guardaespaldas. No había sobrevivido ninguno de estos, también los primos gallegos, Ramón y Luciano Castro, habían sido ejecutados. Ernestina quiso visitar la fosa común donde los habían enterrado junto con los otros tres guardaespaldas que habían sido eliminados por los soldados ingleses. Dispuso que los sacaran de allí y que los enterraran a cada uno en un nicho, con una lápida en la que constara el día de su muerte al servicio de Feliciano Silva. Aunque no habían entrado en el camposanto por el expreso deseo de Ernestina de que el entierro fuera privado, esta exigió que todos los hombres al servicio de don Feliciano acompañaran a los féretros en una caravana de coches que parecía un desfile militar. Rodearon el cementerio como un collar. Allí, entre aquellos sujetos a sueldo que dudaban de su futuro, empezó a surgir el apelativo de la Guirra para referirse a la hija de don Feliciano, sobre la cual, ahora que su progenitor yacía muerto, se atrevían a hacer comentarios libidinosos que se extendían también ya sin ningún recato a Ofelia O'Higgins, sobre la que empezaron a hacer apuestas en torno a cuándo retornaría a ser puta y en quién iba a ser el primero que volviera a disfrutar de su coño encarnado. Ernestina había decidido llevar a todos los hombres al cementerio no para formar un fingido homenaje de aquellos por su patrón y sus hijos, sino para hacer visible a ojos de cualquiera que tuviera dudas cuáles eran los efectivos de su ejército, un ejército que se mantenía fiel a la hija de don Feliciano. Para ello había alquilado trece coches, entre taxis y vehículos particulares. El Rolls-Royce y el Ford testigos de la masacre habían sido trasladados hasta El Silencio por una grúa que los aparcó bajo el emparrado, ni siquiera se habían tomado la molestia de meterlos en el garaje. Nadie los había tocado. Desde lejos se distinguían los huecos que habían dejado las balas, cientos de cráteres que habían reventado la carrocería. Ernestina se acercó a los coches, abrió las puertas y vio la sangre derramada, grandes manchas parduzcas sobre el tapizado de los sillones. Dio órdenes a Agapito para que se los llevaran lejos de allí y los quemaran. Quizás en un taller podrían haberlos reconstruido y devuelto a la fisonomía anterior al atentado, pero aquella imagen de la sangre de su padre y sus hermanos incrustada en los asientos era tan hiriente que prefirió no verlos más. Tampoco fue opción la venta, por el Rolls-Royce habría obtenido una buena suma; pero no iba a permitir que algún desgraciado se regodeara con el trofeo de poseer el vehículo donde había sido asesinado don Feliciano Silva. A los pocos días de su regreso a Gran Canaria junto a Ernestina, Almanegra se trasladó con los dos coches hasta la costa de Bañaderos y allí, después de rociarlos con gasolina, les prendió fuego. El relajo entre las huestes que rodeaban el cementerio mientras se daba sepultura a Feliciano Silva y sus hijos llegó a tanto, con las bravatas en torno a imaginarias fantasías sexuales protagonizadas por Ofelia

O'Higgins y Ernestina, que cuando estas salieron escoltadas por Casiano Ballesta y Almanegra, el murmullo en vez de amainar arreció, y hasta uno de los gallegos contratados años atrás cuando el asunto de Exuperancio Arenal, de buen ver, con rubios rizos acaracolados y mirar violeta, se atrevió a abrirle la puerta a la Guirra y agacharse más de lo debido cuando esta se sentaba para mostrarle una sonrisa del todo inapropiada, que culminó con un guiño de ojos que traspasó cualquier línea permitida en aquellas circunstancias. Si hubiera sido en otro lugar, en otro momento, Ernestina podría haber amortiguado aquellos gestos como los excesos de un ebrio; pero allí era una ofensa inaceptable. No tardó ni un minuto en decidir lo que había de hacer al respecto. Almanegra, que no había visto ni la sonrisa ni el guiño del gallego, sí que se había percatado de la algarabía que circulaba entre aquella tropa. Enseguida se echó la mano a la culata de la Luger y roció con una ojeada fulmínea a aquellos desbravados, que recogieron velas. Las risas se fueron enlenteciendo y los rostros comenzaron a recobrar el rictus propio que se esperaba de un entierro.

Por la ciudad corrió la noticia de que al fin el Guirre y sus hijos habían sido enterrados, un ciclo de poder se cerraba. Casiano Ballesta había quedado a cargo de los asuntos de Feliciano Silva en espera de la llegada de Ernestina y de Almanegra. Esos días fueron de espanto para el abogado, temiendo que en cualquier momento abrieran la puerta de su despacho y le pegaran un tiro a bocajarro. Peor era todavía pensar que le hicieran algo a su extensa familia, eso lo traía por el camino de la amargura. Sin embargo, este interregno no fue aprovechado por ningún aspirante al trono. Nadie dio el paso al frente, sobre todo porque no estaba nada claro quién había quitado de en medio al Guirre y sus hijos. Don Víctor Quintana Luján, como alcalde de Las Palmas, vivía con gran preocupación este periodo marcado por la incertidumbre. Sus rondas de consultas con los políticos y empresarios más avezados en la isla no le proporcionaron datos fiables que lo condujeran a rebajar su estado de inquietud; más bien, se la reavivaron. Fue entonces cuando se comunicó con don Pablo Ildefonso Velarde, el coronel de infantería de la Comandancia Militar y este elevó su estado de inquietud al de alarma. No le cabía duda alguna al coronel que la acción contra el Guirre había sido llevada por una fuerza militar, muy bien preparada y muy bien entrenada, por la munición debían de ser los ingleses. Ya había enviado el informe a sus superiores en Madrid, con la hipótesis de que bien podía ser un ajuste de cuentas particular de imagínese qué historia tratándose del individuo que se trataba, aunque lo más juicioso era centrarse en los suministros a navíos tanto aliados como alemanes que se le atribuían a tal contrabandista; pero tampoco había dejado de mencionar el interés secular de los británicos por las Canarias, así que había que tener mucho cuidado por si no se trataba de un ensayo bien ejecutado de una posible invasión valiéndose de la condición de neutralidad de España en la Gran Guerra. Don Víctor colgó el teléfono tras la conversación con el coronel con una desazón que le provocó un mal cuerpo general; nunca pensó que fuera a echar de menos a Feliciano Silva. El regreso de Ernestina empezó a volver a poner las cosas en su sitio. El entierro fue el viernes, 12 de julio. El lunes siguiente, pues el fin de semana no salía prensa, apareció en esta un breve

aviso firmado por la señora Silva. Venancia Figueras, que había vuelto como secretaria a El Silencio a petición de Ernestina, fue quien transcribió su dictado y se atrevió a corregirla para indicarle que debía figurar como señorita, pero ella insistió en firmar con tal tratamiento:

Ayer se dio cristiana sepultura a mi padre, Feliciano Silva Urrutia, y a mis hermanos, Pascual y Paulino Silva Ortiz. Sé que a muchos de los que leen ahora estas líneas les hubiera gustado estar junto a mí en este luctuoso trance, pero por motivos personales preferí que la ceremonia fuera privada. Quiero que sirva este comunicado también para hacerles saber que la administración de los negocios de mi padre pasa a mis manos. Estaré complacida en atender cualquier asunto concerniente a los mismos en mi residencia particular de Los Arenales.

SRA. ERNESTINA SILVA ORTIZ

Antes de solicitar la presencia de Venancia para dictarle este mensaje, Ernestina decidió reunirse en privado con Agapito, Casiano Ballesta y Ofelia O'Higgins. Iban los cuatro en el coche de vuelta del cementerio. Podía haberles dicho lo que quería en el vehículo, pero prefirió hacerlo en el antiguo despacho de su padre en su casa, que ahora iba a ser el suyo. Atravesaron de Vegueta a Triana por el Puente de Piedra. Las estatuas de *Las Cuatro Estaciones* fulgían bajo un sol de verano que aún no se amilanaba a pesar de que ya pasaban más de veinte minutos de las ocho de la tarde. Por el barranco del Guiniguada subían olores de hierbas de tisanas mixturados con otros de detritus de animales muertos que habían quedado encallados en el cauce seco. Quiso Ernestina entresacar de aquel enjambre de olores el de la hierbaluisa que su madre les servía con galletones de merienda a ella y a sus hermanos. A la derecha, en la desembocadura al mar, las fachadas en ruinas del teatro Pérez Galdós mostraban, ennegrecidas, el alcance del incendio del día que celebraba su decimoctavo cumpleaños, cuyo regalo estrella había sido el concierto privado de Enrico Caruso. No habían transcurrido más de dos semanas justas, catorce días, y el mundo se había girado; ahora gobernaba un emporio que aguardaba sus decisiones, su mandato. Casiano Ballesta hubiera preferido dejar la reunión para la mañana siguiente, llevaba consigo el cansancio de unos días terribles embargado por una tensión insoportable. Gracias a Paquita Araujo, que lo abstraía de los pensamientos catastróficos repitiéndole en la cama, como si fuera una nana de cuna, que todo el mundo sabía allí que al verdadero cabrón a quien querían ver muerto era a Feliciano Silva, y que sus hijos por desgracia también habían caído porque estaban con él. Muerto el perro, se acabó la rabia. Ernestina fue la primera que entró en El Silencio. Venancia le había abierto la puerta antes de que descendiera del coche. La secretaria había hecho limonada, le había echado una pizca de canela en polvo siguiendo la receta de María de la Caridad. En el tiempo que había servido como secretaria de don Feliciano Silva en El Silencio, antes de que este decidiera dejar la casa matrimonial y trasladarse al Berlín para vivir sin interrupciones con Ofelia O'Higgins, no faltó el día en que María de la Caridad no le llevara al habitáculo donde trabajaba un par de tazas de café y un vaso de limonada. Sin habérsela pedido, María de la Caridad le dio la receta de la limonada desde el primer cumplido que sobre la bebida le hizo Venancia, muy agradecida, por otra parte, de la atención que le dispensaba. Todos

tomaron la limonada que había hecho la secretaria y comprobaron que, en efecto, era idéntica a la que les servía María de la Caridad. Ofelia la tomaba por primera vez y no pudo dar fe del parecido. También era la primera vez que entraba en El Silencio. No lo hubiera hecho nunca si no hubiera sido por la insistencia de Ernestina. La irlandesa le suplicó por lo bajo que la excusara de ir aquella tarde, tras salir del entierro, a aquella reunión inesperada. Más allá del deseo por Feliciano, que era una variable que no podía controlar, siempre había respetado a María de la Caridad; siempre se negó a que aquel abandonara a su mujer, a la que le debía respeto. Cuando Feliciano se instaló en su alcoba del Berlín lo hizo porque abusó de su fragilidad, estaba en los puros huesos, la plaga de la diarrea lanzada por Exuperancio Arenal la había convertido en un pellejo moribundo. Ya cuando mejoró no hubo manera de convencerlo de que aquello no estaba bien, de que debía volver a su casa. Por eso no deseaba pisar El Silencio. Era otra patada más que le daba a María de la Caridad sin quererlo. No, no estaba bien. Sin embargo, Ernestina insistió más que su padre, además con el argumento cierto de que aquella casa ya no era la de su madre, sino la suya; su madre había decidido no regresar a la isla donde habían asesinado a sus hijos.

Venancia preguntó si querían que les preparara un café. Antes de que Casiano Ballesta contestara que sí, que le vendría muy bien un café cortado con leche con dos cucharaditas de azúcar y, si no era molestia, acompañado con unas galletas, pues no había tenido oportunidad de merendar y lo notaba, Ernestina le indicó que no hacía falta y que se sentara junto a ellos con una libreta para tomar notas de sus decisiones. En el sillón Chesterfield de cuero verde que había sido de su padre y que ahora era el suyo, su cuerpo espigado pero estrecho parecía bailar en la anchura del respaldo. La seriedad invadía su rostro. Comenzó diciendo que la reunión iba a ser breve y cumplió. En un cuarto de hora se levantó del sillón. Había dicho todo lo que quería decir y Venancia había tomado acta de ello, era la primera vez que se tomaba acta de algo que se comentase en aquel despacho, pero Ernestina así lo quiso en aquella junta inaugural con su gente de confianza y en todas las demás ocasiones en que dispuso comunicar decisiones de calado para la compañía, como gustó denominar al entramado que había recibido en herencia. Nueva reina en el poder, nuevos modos. Con los años, bien entrada en la senectud, cuando la memoria empezó a resbalarle, apreció como nunca haber decidido que se diera testimonio por escrito de aquellas reuniones; sus actas se habían convertido en el mejor diario de la nueva vida que arrancó a los dieciocho años recién cumplidos como heredera de la familia Silva. También era verdad que eran la mejor prueba para incriminarla y someterla a los juicios en contra que nunca tuvo, por eso siempre guardó las actas en la caja fuerte que hizo instalar en su dormitorio, donde también guardaba la Luger de su padre, con la que mató a un hombre, el único crimen que cometió con su mano en sus noventa y cuatro años de vida. Venancia había pasado a limpio el borrador, que había hecho a toda prisa, pues resultó que Ernestina se expresaba con suma rapidez, sin tener en cuenta que en su boca las palabras corrían mucho más veloces que en el papel, donde la secretaria no daba avío a recogerlas tal y como habían sido expresadas, moviendo la pluma con tanta celeridad que a punto estuvo de rasgar la hoja. Gracias a que transcribió sobre la marcha

aquellos renglones acelerados, en los que la tinta ampliaba más de lo debido las grafías, pudo entender lo que ella misma había escrito hacía unos minutos. Iba a dejarlo para entregárselo al día siguiente por la mañana, pero fue Ernestina la que se acercó a su despacho al ver la luz encendida. Se había quitado el vestido y llevaba una bata aguamarina sobre un camisón a juego. «Señora, ya está pasado a limpio, ¿quiere leerlo?»

En primer lugar, quiero que a partir de ahora todos me llamen señora. No voy a casarme nunca ni a traer hijos al mundo, no quiero padecer el miedo que ha sufrido mi madre durante toda su vida pendiente de que nos pasara lo que les sucedió al final a mis hermanos. Sin embargo, como digo, quiero que me llamen señora porque no voy a consentir que nada me haga débil, y menos el tratamiento de señorita.

En segundo lugar, tengo el propósito de continuar con los negocios de mi padre por fidelidad a su persona y a su trabajo. De la nada forjó un imperio, todos sabemos que para lograrlo hizo uso de la fuerza cuando la necesitó. Ahora nos examinarán, verán si somos capaces de defender lo que nos pertenece y, sobre todo, si una mujer tendrá lo que hay que tener para hacerse respetar. Cuanta menos sangre haya que derramar, mejor; cuantos menos sujetos haya que torturar, mejor. Sin embargo, cuando haya que hacerlo se hará, no podemos dejar que se filtre ninguna duda de que nos acobardamos.

En tercer lugar, el Berlín cerrará. Quiero centrarme solo en el puerto, en el sector de la construcción y en el préstamo, con la intención en el futuro de dejar también todo lo concerniente al contrabando. Ya sé que el Berlín y el puerto fueron los dos pilares de los negocios de mi padre, pero también los que le dieron más problemas. Mi padre utilizó el Berlín para hacerse ver y para chantajear con las mujeres y el juego a quien quería tener controlado. Ya estamos demasiado vistos, ahora es mejor esconderse, quiero que hablen de mí lo menos posible. En cuanto a los chantajes, prefiero utilizar el dinero. Si esto falla, ya utilizaremos mujeres, juego o lo que haga falta; pero lo haremos fuera del Berlín. Ofelia, tú te encargarás de decírselo a las chicas y al resto de los empleados. Les darás dos meses de sueldo por adelantado para que no se queden en la calle sin un duro. Este domingo será el último día que abra. La semana que viene quiero que empiecen a derribarlo, construiremos allí un hotel. Casiano, haz las gestiones pertinentes para el derribo y contacta con un buen arquitecto, métele prisa con los planos. Ofelia, puedes venirte a vivir aquí conmigo o mudarte donde decidas; por supuesto, yo corro con los gastos de tu alojamiento.

Mantendremos el contrabando por ahora porque tenemos muchos compromisos que cumplir; pero, como les dije, tengo la intención de que nos deshagamos de ello cuanto antes. Los sindicatos de portuarios están siendo cada vez más fuertes, como el sindicato único en Barcelona. Ha sido el negocio que más dinero nos ha dado, pero exige demasiado esfuerzo para controlarlo y exigirá cada vez más. El Atlántico es muy grande para controlarlo una sola persona. Al final, la Gran Guerra ha demostrado que quien gobierna el océano es quien tiene la mejor armada. No podemos entrar en esa lucha ni caer en la megalomanía, como le ocurrió a mi padre, que se creyó de verdad que dominaba el comercio del Atlántico desde esta isla, y encima se vio tentado por conquistar Europa marchándose a París. Un disparate. Sé que ustedes intentaron convencerlo de que no cometiera tal idiotez, pero el delirio de grandeza ya lo había arrasado. De hecho, poco después llegó el Rolls-Royce para demostrar a todos quién era de verdad don Feliciano Silva; un Rolls-Royce que no le sirvió de mucho cuando lo asesinaron. No vamos a correr, no queremos que crean que nos morimos de ganas de quitárnoslos de encima; pero vete dejando por ahí, Casiano, que podríamos estudiar una oferta por nuestros barcos.

En último lugar he dejado la venganza. Mi padre y mis hermanos serán vengados, pero no deseo convertir esa venganza en una guerra, así que debemos elegir muy bien quiénes deben ser nuestros objetivos. Agapito, te doy cuarenta y ocho horas para que me digas la verdad de lo que pasó. Luego, actuaremos.

No tengo más que decirles, salvo que espero que tengan en mí la mitad de la confianza que tenían en mi padre. Espero no defraudarlos.

Las Palmas de Gran Canaria, 12 de julio de 1918

SRA. ERNESTINA SILVA ORTIZ

Felicitó a Venancia; había recogido con exactitud lo que ella había dicho. Nadie la había

interpelado, por cansancio o porque vieron en ella la determinación invariable que su padre exponía en sus decisiones ya tomadas. En el papel, sus palabras adquirían el cariz de un discurso programático, justo lo que había pretendido. Ernestina lo firmó dando constancia de su aquiescencia. «Señora, vamos a la cocina, necesita cenar; no ha comido nada desde que llegó, le preparo algo sobre la marcha.» El impulso de Ernestina fue negarse a que Venancia se encargara de aquella tarea doméstica por la que no estaba contratada; pero tenía hambre y desgana de meterse a faenar entre sartenes, así que accedió con gusto a la oferta de Venancia. Mientras esta preparaba una ensalada de tomate con queso tierno y aceitunas negras del país, el tentempié más rápido que se le ocurrió para que la niña que quería ser llamada señora comiera algo enseguida, Ernestina le pidió que se encargara de contratar al servicio necesario para la cocina y el mantenimiento de la casa. No iba a continuar con la absurda manía que había instaurado su madre de hacerse cargo de todas las labores de El Silencio sin necesidad alguna. En la puerta trasera de la cocina, que daba al jardín, tocó Agapito. También se había acomodado, se había desprendido de la americana y se había arremangado la camisa. Había ido con ánimos de hacerse un bocadillo y beberse un vaso de vino si veía alguna botella abierta. Siempre tuvo el acceso abierto a la casona, pero nunca se acostumbró a entrar sin pedir permiso. Tras terminar la reunión, Ernestina le había susurrado que volviera a las diez, que lo esperaba para hablar de un asunto. Se había ido a su habitación encima del garaje y se había tendido sobre la cama, quedaban aún unos cuarenta minutos hasta las diez. El hambre también le hizo mella, así que a las menos cuarto estaba ya fuera, y fue entonces cuando vio por la ventana de la cocina a Ernestina con Venancia. Agapito se sentó en la mesa y comió de la ensalada mientras que la tortilla de papas, que había preparado en un momento la secretaria, se terminaba de hacer en la sartén. Ernestina fue a la bodega y trajo una botella del vino del Monte, el preferido de su padre. Brindó por este y sus hermanos, Agapito y Venancia se unieron al brindis. La tortilla de Venancia mereció los parabienes, sobre todo del lugarteniente. Todo un detalle, debido a la sobriedad expresiva de la que este hacía gala; pero en esta ocasión se deshizo en cumplidos. La cena no se alargó, fue corta pero agradable, se asemejaba a la de cualquier familia. Venancia no dejó que ni la señora ni Agapito tocaran los platos, ella se encargaría de recoger y de fregar la loza. Les dijo que se fueran a descansar, que estarían rendidos después del viaje y la ceremonia. Ernestina acompañó a Agapito hasta el garaje, en cuyo altillo vivía. El crujido del picón al ser pisado se cruzó con el canto de los grillos y con algunas voces, ininteligibles a aquella distancia, que venían del retén de hombres que custodiaba El Silencio fuera del muro que lo cercaba.

—Quiero que busques al gallego que me abrió la puerta del coche en el cementerio y que lo subas a mi habitación esta noche, a las doce en punto.

—¿Está segura, señora?

—Sí, muy segura. Ahora ocupo la habitación que era de mis padres; lo llevas allí a las doce, ¿de acuerdo?

Almanegra suspiró, asintió, se rascó la cabeza y se dirigió hacia la entrada de la mansión, allí

ordenó que le buscaran al gallego guapo y atrevido, que se lo trajeran allí antes de las doce. Almanegra tocó en la puerta del dormitorio de Ernestina a la hora prevista. «Muy bien, Agapito, puedes irte.» El gallego, que se había mostrado contenido ante Almanegra, por fin se relajó y mostró una cargante sonrisa de orgullo masculino al saberse deseado por la jefa, a la que le iba a enseñar quién mandaba de verdad en la cama. Ernestina estaba de pie, con las manos en la espalda, un tanto inexpresiva; sus ojos verdimiel escrutaban al hombre, midiéndole todos sus movimientos, todos sus instintos. Antes de que este tomara la iniciativa, fue ella la que se adelantó. «Desnúdate ahí donde estás, quiero ver lo que ofreces.» El gallego rio con una carcajada demasiado forzada para ser natural, parecía haberle afectado el requerimiento de la Guirra. Se sabía bien macho, pero ninguna mujer lo había tratado así, como un caballo al que le quieren mirar el dentado antes de comprarlo; no le gustó la gracia de aquella puta que lo había mandado llamar para que la follara. No debería jugar a esos juegos con un hombre como él. Cuando estuviera dentro de ella ya se encargaría de hacerle pagar la humillación. Se quitó la ropa y quedó desnudo con sus genitales al aire; Ernestina comprobó que su pene era más pequeño que el de sus hermanos, a los que había visto muchas veces desnudos al entrar en el baño o en sus habitaciones sin llamar a la puerta, con el consiguiente escándalo entre ellos. Su cuerpo era de una blancura láctea que contrastaba con el color rojizo de sus brazos y cuello. Le vino a la mente la imagen de los ratones blancos que en una época, de chica, le había dado por criar para desespero de su madre, a la que le daban un asco tremendo. Ahora también ella los recordó con asco.

—¿Qué pasa, no se te pone dura? Creía que iba a dormir esta noche con un hombre de verdad. Igual solo eres un hombre de boquilla, de esos que solo presumen pero que a la hora de la verdad no dan la talla.

—Eres una puta y te voy a...

La cabrona aquella lo había intimidado al punto de que, en vez de empalmarse, se le había retraído el miembro, que parecía agusanado, recogido, tímido y perezoso. No aguantó su insultante comentario, la iba a agarrar y a romperle aquel camisón aguamarina y a follarla por todos lados hasta que suplicara. La quemazón fue terrible, luego sobrevino el dolor, después el pánico y al final la agonía a causa del desangramiento. Había empezado a moverse desnudo hacia ella cuando Ernestina lo encañonó con la Luger de su padre, que llevaba empuñando en su espalda a la espera del momento oportuno. Le disparó apretando la pistola con las dos manos y apuntando a las partes de su hombría, que se movían como adminículos. Le acertó en el bajo vientre, sobre la vejiga del orín. El hombre paró de inmediato la carrera que había iniciado, miró hacia el hueco por donde manaba un chorro de sangre y cayó al suelo. Su blancura se había hecho pálida. La angustia no lo dejaba ni llorar, que era lo que en esos momentos quería hacer; llorar por saberse a punto de morir a manos de aquella hija de puta que lo había engañado para matarlo como a un cerdo, solo porque había tonteado con ella al salir del cementerio. No era justo morir por tan poco. Cuando entró Almanegra ya moría enrollado como un caracol

sangriento. Venancia se había asomado, pero Agapito la instó a desaparecer, él se encargaría de todo. De hecho, a la mañana siguiente, del cadáver del gallego no había rastro en la casona. Agapito se había tomado la molestia de fregar el piso a conciencia, restregándolo hasta eliminar toda la sangre; incluso las mínimas gotas que habían salpicado las paredes y se habían empegostado las había limpiado el lugarteniente con paciencia profesional. Ernestina permaneció despierta más de lo deseado, tenía el estómago revuelto. No sentía ningún remordimiento por haber matado a su primer hombre, que también resultó ser el último, así que debía de ser por el olor a lejía que había dejado en la alcoba la limpieza profunda de Agapito. También le escocía la nariz, a pesar de que la ventana estaba abierta y la tarosada ya refrescaba la tierra. Agapito le había aconsejado que durmiera esa noche en otra habitación; pero ella se negó, no quería que nadie, y menos ella misma, pensara que se había refugiado en otro dormitorio porque no soportaba la imagen de aquel gallego agonizante con su vientre abierto. Nada más lejos de la verdad; desde que se apaciguó el olor de la lejía la somnolencia la fue venciendo hasta hacerla dormir y disfrutar de un sueño profundo, calmo y reparador.

## Últimas disposiciones

Almanegra había empleado el fin de semana en buscar toda la información que en la ciudad se tenía del atentado que les había costado la vida a don Feliciano y sus hijos. Encajó todas las piezas y el resultado remitía a la verdad consabida de que fueron los efectivos del ejército inglés quienes habían llevado a cabo la operación. Puso al corriente a Ernestina de la especial intervención de Mr. Sharman; todo hacía sospechar que había descubierto los tratos de su padre con los alemanes. Ernestina interpretó aquello como la clave del incendio del Pérez Galdós y la desaparición de la cartera. La Guirra concertó a través de Casiano Ballesta una entrevista con Mr. Sharman en la cafetería del hotel Metropole. Cuando se presentaron, recordó haberlo visto ya antes: un veinteañero rubio pecoso, en extremo delgado, que merodeaba por el vestíbulo del hotel y por la piscina con cara de conejo fisgón. Almanegra se quedó fuera; desde allí contempló como el inglés saludaba con cortesía y la invitaba a sentarse en una de las mesas que daban hacia el mar, que era una lámina gris, el día había amanecido encapotado. Ernestina dejó que el camarero tomara nota de un café cortado para ella y de un té con leche y limón para Mr. Sharman antes de volcar lo que había venido a decirle; no quería perder más tiempo del necesario y, por supuesto, no iba a continuar la conversación iniciada por el inglés sobre la variabilidad climática de la isla. «Mr. Sharman, sé que mató a mi padre y a mis hermanos. Si no apretó el gatillo, fue el que lo organizó, así que me da igual, yo lo considero el culpable. Pero no tema, no he venido hoy aquí a insultarlo ni a amenazarlo. Comprendo que usted en realidad sirve a su país y lo que hizo fue solo cumplir órdenes. Es la guerra, ¿no? Bien, mi padre era un hombre de negocios y yo también lo soy. Yo sé que el bando con el que se debe comerciar es con el que vencerá y ese lo representa usted en la isla, así que le ofrezco todos mis servicios, que son muchos, como usted sabrá. Por supuesto, hemos cortado cualquier relación que pudiéramos haber tenido en su momento con sus contendientes. Como verá, no busco venganza sino un acuerdo, un buen acuerdo para ambos.» Mr. Sharman, que había esbozado una sonrisa nerviosa, de incomodidad, ante las primeras palabras de Ernestina, luego fue recomponiendo su semblante hasta sentirse halagado y cómodo con las circunstancias halagüeñas que le ofrecía la heredera de don Feliciano.

Poco después de terminar la Gran Guerra, Mr. Sharman fue destinado a Hong Kong por la

Corona británica como jefe de departamento, un ascenso de reconocimiento por sus excelentes servicios en Canarias durante la contienda. Una de las personas en las que tuvo más interés en despedirse fue de Ernestina, que le agradeció el detalle y aceptó la invitación que el corno le cursó para una merienda de nuevo en la cafetería del hotel Metropole, donde se habían tratado por primera vez. Fue tan grata para Mr. Sharman que habló como nunca lo había hecho antes en la isla. Le contó que tenía intención de salir hacia Hong Kong lo más pronto posible; pero antes tendría que pasar por Inglaterra, lo que aprovecharía para visitar a su madre en Cornualles, hacía más de dos años que no la veía. Se despidieron con entrañable afabilidad. Mr. Sharman prometiendo que volvería a Canarias algún día, y Ernestina rogándole que si lo hacía no dudara en comunicárselo. Un día antes de partir hacia Hong Kong, Mr. Sharman recibió dos cuchilladas mortales en una calle mojada y fría de Cornualles. Su asesino se las había asestado pronunciando en un inglés barriobajero los nombres de Feliciano Silva y sus hijos muertos. Se llevó también la cartera. Desde el ministerio le hicieron llegar las condolencias a su desconsolada madre por aquel desgraciado incidente, un robo callejero había cortado la carrera brillante de su hijo. Lo lamentaban mucho.

Don Federico volvió a la floristería a pesar de los malos augurios de Carmita, su mujer, que le insistía en que no se le ocurriera volver allí, que se quedara encerrado en casa. El finlandés no comprendía la absurda teoría de su esposa, no cabía en cabeza alguna que se le pudiera achacar ninguna culpa de aquella matanza delante de su floristería. Sufrió lo indecible al verlos allí tiroteados y ensangrentados dentro de los coches, con sus cabezas idas hacia un lado como muñecos de guiñol inertes. Lo primero que pensó fue en que tiraban voladores por alguna festividad, lo que era práctica habitual en la isla; pero luego escuchó gritos y quejidos y eso ya lo asustó. Estaba entonces rellenando algunas macetas, tenía las manos metidas en la tierra, salió sin habérselas lavado. Solo vio un coche verde que se alejaba, la pólvora en el aire ahogaba el aroma de las flores y árboles de su huerto, incluso el del limonero, que se imponía a los demás. Luego empezaron a llegar gente y los guardias, y la locura se incrementó cuando Carmita se lo llevó reprochándole que le hubiera hablado al inglés y dicho que don Feliciano pasaría a las seis por la floristería, cuando todos sabían, incluso él, que era extranjero, porque ella se lo había repetido más de una vez, que a don Feliciano no había que mentarlo nunca. Exageraciones de los isleños, de los pueblos del sur, calientes, exaltados, impulsivos. El finlandés ya se había cansado de estar encerrado en la casa, llevaba más de una semana, sus flores estarían secándose. Sacó el poco genio que llevaba dentro para plantarse ante Carmita y decirle que o lo dejaba ir al huerto o cogía el primer barco para irse a la América intertropical, su destino inicial antes de topar con ella y quedarse en Gran Canaria. El chantaje surtió efecto, así que don Federico volvió a su huerto, donde encontró algunos ejemplares exánimes; pero la mayoría, a pesar de la ausencia del botánico, había resistido. Los primeros días tras el regreso los dedicó a mimar sus flores, a limpiarlas hoja a hoja con un algodón, a cortar esquejes para plantarlos, a enderezar algunos tallos; en definitiva, a recomponer sus hábitos más preciados. El lunes de la semana siguiente ya

abrió la tienda a la venta. Poco a poco los clientes fueron apareciendo y empezó a recobrar la rutina anterior al atentado. Fue el viernes de esa semana cuando las hermanas Ascanio, dos viudas que vivían juntas en la casa familiar de la calle La Peregrina y que iban a comprar unas flores para llevarlas a la Virgen del Carmen, quedaron horrorizadas al comprobar que aquello que colgaba de la puerta de El Jardín de la Alameda era una lengua y no un trapo sucio como habían pensado de lejos. El cuerpo de don Federico apareció dentro de la floristería amachetado, sin la lengua que le habían arrancado y colgado en la puerta. No tuvieron ni la delicadeza de ponerle una flor encima, con todas las que había a su alrededor. Carmita casi enloquece al enterarse. Maldijo a la Guirra, que había heredado la sangre criminal de su padre; pero la maldijo en silencio, para adentro, tragándose las maldiciones que le echó por haber matado a su muñeco de nieve.

Ofelia O'Higgins decidió marcharse tan pronto cerró el Berlín. Desde que murió Feliciano Silva su futuro se convirtió en neblina. Cuando Ernestina le dio la noticia del cierre todo quedó aclarado. Se llevó solo el dinero que había guardado durante años en una alcancía de hierro y un par de mudas para el viaje. Todo lo demás, incluidas las fotografías de Feliciano, lo dejó donde estaba, no quiso ni recogerlo ni empaquetarlo. La vuelta a Arigna se le hacía penosa. Pensar en tener que explicar quién era, de qué familia, dónde había estado y por qué había vuelto le borró las pocas ganas de regresar a Irlanda; así que no vio con malos ojos que uno de los barcos anclados en el puerto dispuesto a admitir pasaje tuviera como destino Ciudad del Cabo. Para allí partió con el compromiso adquirido con Ernestina de que, desde que se asentara, le escribiría para darle cuenta de su estado y de sus señas. Ambas sabían que aquello no era un compromiso válido, sino solo una excusa para la despedida. Ofelia O'Higgins prefería el olvido que la nostalgia e iba a intentar olvidar la ciudad en la que había sido la puta pelirroja más requerida del Atlántico. Ernestina sintió un gran vacío cuando la vio subir al barco y agitar la mano para dar su adiós; con ella se marchaba otro cabo que la ataba a su padre, a Feliciano Silva. Desde el muelle de Santa Catalina siguió la estela del barco, que cogió rumbo sur, luego desvió la vista hacia el litoral arenoso que llegaba hasta la ciudad y se estremeció al detenerse en la desembocadura del barranco del Guiniguada. Desde allí donde se hallaba, tan lejos, solo alcanzaba a vislumbrar la silueta de las ruinas calcinadas del teatro Pérez Galdós; pero a su mente acudieron, vivas y ácidas, las imágenes del incendio del 28 de junio de 1918, fecha de su decimotavo cumpleaños. Ya había concertado una próxima cita con don Víctor Quintana Luján, el alcalde, para confirmarle el compromiso que su padre le había hecho a este en su día de sufragar los gastos de la restauración; el Pérez Galdós volvería a abrir pronto y sería mucho más lujoso. Se equivocó en el pronóstico temporal, pues la reforma tardó diez años, hasta el 20 de mayo de 1928, cuando se reinauguró con *Aida*; pero no en cuanto al lujo, pues, en efecto, todos los asistentes a aquella función, entre los que se hallaría la Guirra, pudieron comprobar el arte y el fasto que habían dispuesto los hermanos Miguel y Néstor Martín Fernández de la Torre, los artífices de la

metamorfosis que por fin hizo olvidar la fatídica noche de fuego que sufrió aquel teatro en medio del océano.

*El teatro en medio del océano*  
Francisco Juan Quevedo

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.  
Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño  
© de la ilustración de la cubierta: Stephen Mulcahey / Arcangel  
© Francisco Juan Quevedo, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022  
Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)  
[www.edestino.es](http://www.edestino.es)

Primera edición en libro electrónico (epub): julio de 2022

ISBN: 978-84-233-6201-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima lectura!**



**¡Síguenos en redes sociales!**



 **Lorenzo Silva**  
La llama de Focea



DESTINO

# La llama de Focea

Silva, Lorenzo

9788423362165

500 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Queralt Bonmartí, una joven barcelonesa de familia acomodada, aparece asesinada en un paraje idílico del Camino de Santiago. Había salido tres semanas antes de Roncesvalles, donde tuvo un incidente con un desconocido. El subteniente Bevilacqua recibe el encargo de ocuparse del caso, dado el perfil del padre de la víctima, Ferran Bonmartí, un expolítico y empresario vinculado al independentismo catalán que a su vez está en el radar de la justicia por sus oscuras actividades en apoyo del desafío al Estado. La investigación llevará a Bevilacqua desde Lugo hasta Barcelona, la ciudad a la que llegó en los días del sueño olímpico, donde vivió acontecimientos que removerán su corazón y su memoria y que en el otoño de 2019 verá incendiarse con la llama de una rabia que viene de lejos. Una llama a la que no era ajena la víctima, una veinteañera díscola que, tras revolverse contra los suyos, hacía el Camino para encontrar su propio lugar. Un nuevo caso lleva a Bevilacqua, tres décadas después, a la Barcelona de su amor de juventud.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



 María Oruña  
El camino del fuego

DESTINO

Los libros del Puerto Escondido 5

# El camino del fuego

Oruña, María

9788423361748

400 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La teniente Valentina Redondo y su compañero Oliver deciden tomarse unas vacaciones y viajan a Escocia para visitar a la familia de este. Su padre, Arthur Gordon, está empeñado en recuperar parte del patrimonio y de la historia de sus antepasados y ha adquirido el castillo de Huntly, en las Highlands, que había pertenecido a su familia hasta el siglo XVII. Durante la rehabilitación del edificio encuentra un diminuto despacho que llevaba oculto doscientos años y en él, documentos que revelan que las memorias de Lord Byron —supuestamente quemadas a comienzos del siglo XIX— pueden seguir intactas y hallarse entre esas paredes. Pronto correrá la voz del extraordinario hallazgo y tanto la prensa de todo el país como varias personas allegadas a la familia se acercarán a ellos para seguir el curioso acontecimiento. Sin embargo, la aparición de un hombre muerto en el castillo hará que Oliver y Valentina se sumerjan en una inesperada investigación que los llevará a adentrarse en la Escocia de épocas pasadas y que cambiará el destino de los Gordon e incluso la propia historia. Al tiempo, viajaremos a mediados del siglo XIX y descubriremos cómo Jules Berlioz —un modesto librero de las Highlands— y Mary MacLeod —una joven perteneciente a una familia escocesa acomodada— entrecruzan sus pasos en un camino literario y prohibido en el que el crimen lo salpicará todo de dudas y silencio hasta nuestros días.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

 **María Oruña**  
Lo que la marea  
esconde

DESTINO



# Lo que la marea esconde

Oruña, María

9788423359967

416 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

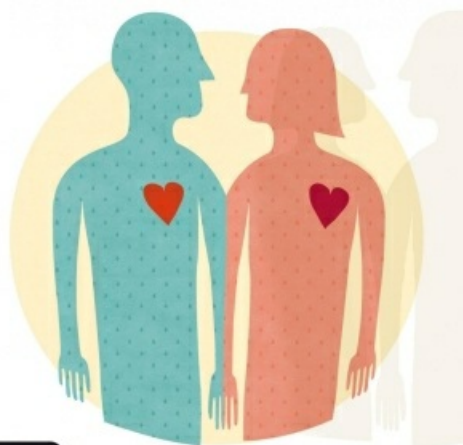
¡7.<sup>a</sup> edición a la venta! Más de 400.000 lectores La autora de El bosque de los cuatro vientos recupera la serie Puerto Escondido. La presidenta del Club de la Bahía de Santander, una de las mujeres más poderosas de la ciudad, ha aparecido muerta en el camarote de una preciosa goleta que con unos pocos y selectos invitados del mundo del tenis surcaba el mar al anochecer. El crimen recuerda a las novelas de la «habitación cerrada» de principios del siglo pasado: el compartimento estaba cerrado por dentro, tanto la extraña herida que presenta el cuerpo de la empresaria como el misterioso método utilizado para perpetrar el asesinato resultan inexplicables y todos los invitados a la fiesta parecen tener motivos para haber acabado con su vida. Nadie puede haber salido o entrado de la nave para cometer el crimen o escapar. ¿Quién ha matado a Judith Pombo? ¿Cómo? ¿Y por qué? La novela más ambiciosa de María Oruña, un thriller adictivo y elegante en el que descubriremos una nueva faceta de la vida de Valentina Redondo, quien además de enfrentarse al caso más enigmático de su carrera deberá luchar contra un sorprendente e inesperado golpe en su vida personal.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

# El buen amor en la pareja

Joan Garriga

Cuando uno y uno suman  
más que dos



DESTINO

# El buen amor en la pareja

Garriga, Joan

9788423346431

208 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Este no es un libro sobre lo que hay que hacer o lo que no hay que hacer en una relación de pareja. No habla de modelos ideales. Habla de relaciones diversas, con sus propias pautas y estilos de navegación. Pero también de aquellas cuestiones que habitualmente hacen que las cosas funcionen o se estropeen en una pareja, y de los ingredientes que facilitan o dificultan construir una buena relación y mantenerla. Además, da pistas para que cada uno encuentre su propia fórmula, su modelo y su manera de vivir en pareja. Joan Garriga, psicólogo gestaltista y especialista en constelaciones familiares, experto terapeuta que ha visto pasar por su consulta a muchas parejas, deja claro que en las relaciones no hay buenos ni malos, culpables o inocentes, justos o pecadores. «Lo que hay son buenas y malas relaciones: relaciones que nos enriquecen y relaciones que nos empobrecen. Hay dicha y desdicha. Hay buen amor y mal amor. Y es que el amor no es suficiente para asegurar el bienestar: hace falta el buen amor.»

[Cómpralo y empieza a leer](#)



# Puerto escondido

Oruña, María

9788423349869

432 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

8ª edición Oliver, un joven londinense con una peculiar situación familiar y una triste pérdida, hereda una casona colonial, Villa Marina, a pie de playa en el pueblecito costero de Suances, en Cantabria. En las obras de remodelación se descubre en el sótano el cadáver emparedado de un bebé, al que acompaña un objeto que resulta completamente anacrónico. Tras este descubrimiento comienzan a sucederse, de forma vertiginosa, diversos asesinatos en la zona (Suances, Santillana del Mar, Santander, Comillas), que, unidos a los insólitos resultados forenses de los cadáveres, ponen en jaque a la Sección de Investigación de la Guardia Civil y al propio Oliver, que inicia un denso viaje personal y una carrera a contrarreloj para descubrir al asesino.

[Cómpralo y empieza a leer](#)